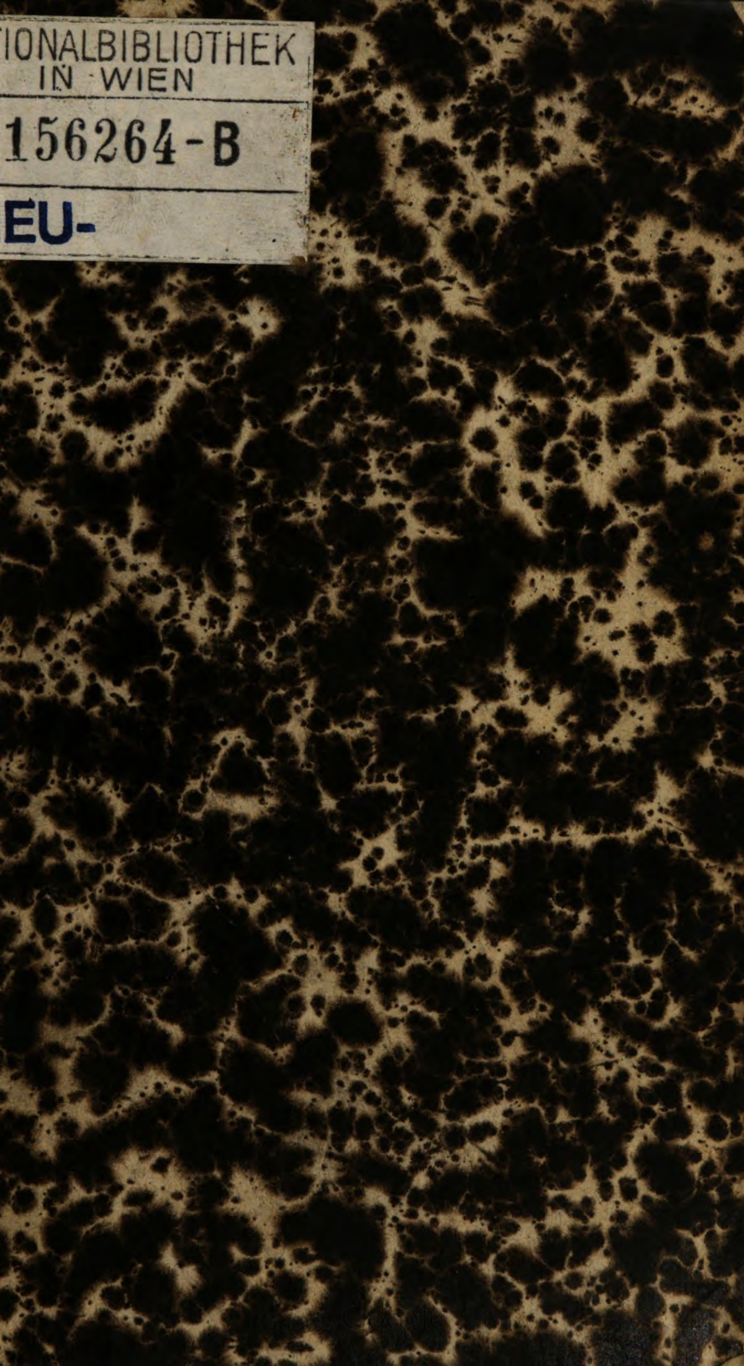
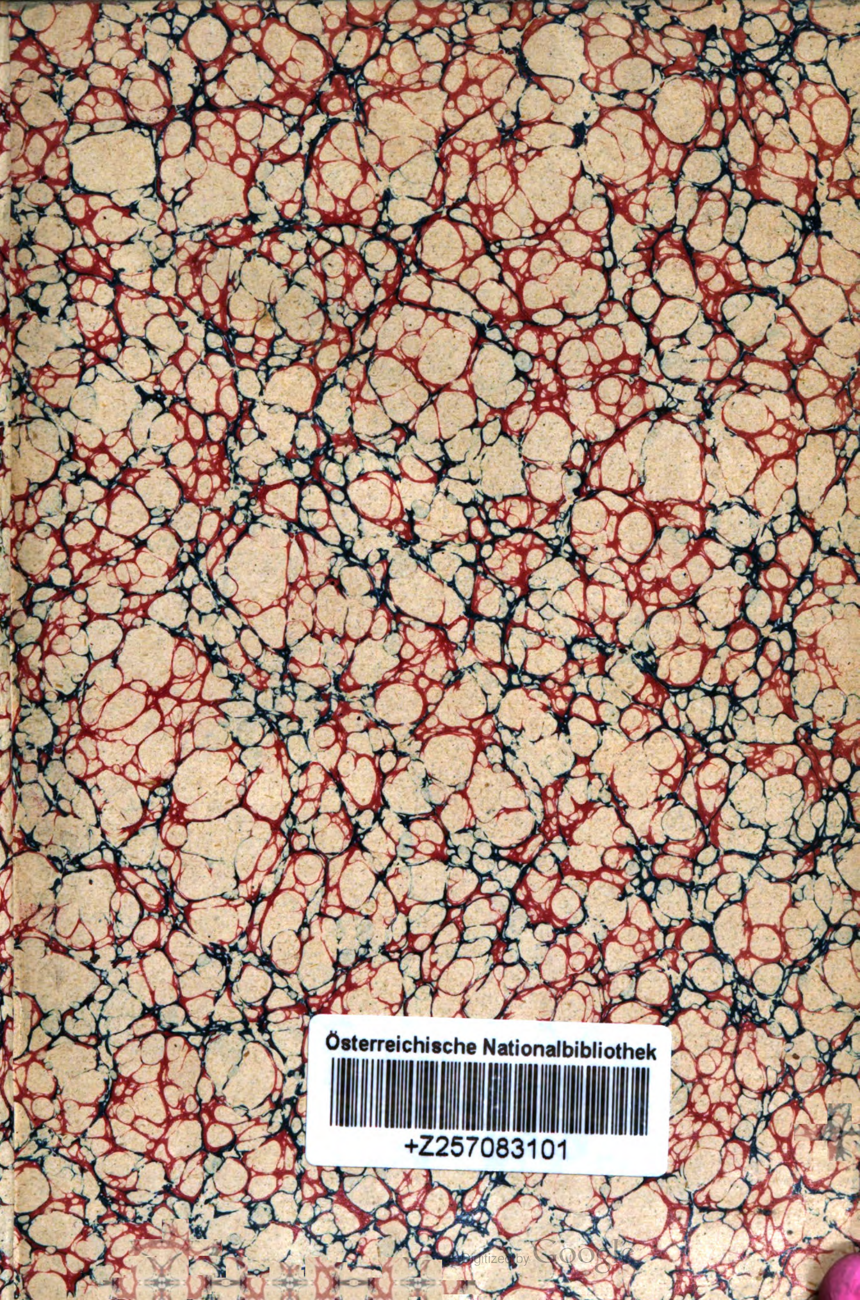
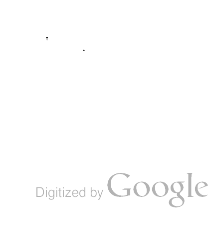

IONALBIBLIOTHEK
IN WIEN
156264-B
EU-





CUENTOS CAMPESINOS.

CUENTOS

CAMPESINOS,

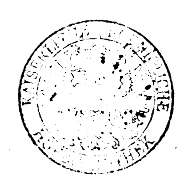
POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

TERCERA EDICION,
corregida y aumentada.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. LEOCADIO LOPEZ, EDITOR,
calle del Cármen, número 15.

1865.



Imp. de M. Rivadeneyra, Madera, 8.

AL Sr D. CARMELO PUYOL.

Hace dos años dediqué un libro á las costumbres campesinas de Vizcaya que habia observado en mi niñez, y ahora dedico otro á las costumbres campesinas de Castilla, que he observado en mi mocedad. Sin embargo, los Cuentos de color de rosa se idearon en Castilla, y los Cuentos campesinos se idearon en Vizcaya.

¿Por qué el autor de este libro pensaba en Vizcaya cuando estaba en Castilla, y en Castilla cuando estaba en Vizcaya? No era porque las cosas vistas desde léjos son más hermosas que vistas desde cerca, no: era porque el autor de este libro divide su amor entre Vizcaya, donde pasó la infancia, y Castilla, donde pasó la adolescencia, dos épocas de la vida que llenan el corazon de infinito amor y de infinitos recuerdos.

Desde su hogar, divisa usted, noble y leal amigo mio, allá en la falda del monte, unos nogales que dan sombra á una casa, y allá en el fondo del valle, unos fresnos que dan sombra á una iglesia. A la sombra de aquellos nogales duermen las memorias de mi infancia, y á la sombra de aquellos fresnos duerme para siempre mi madre!

¡Cómo no ha de parecerme ese valle tan hermoso de cerca como de léjos!

Desde mi hogar diviso los campos donde agitaron mi corazon todos los sueños de amor y gloria de mi juventud, donde la amistad me prodigó su cariño, donde la experiencia y los libros iluminaron mi inteligencia, donde el trabajo y el dolor enaltecieron mi alma, y donde Dios me consoló con el sol que hacen brillar sus miradas y las flores que hace brotar su aliento.

¡Cómo no han de parecerme estos campos tan hermosos de léjos como de cerca!

Aquí tiene usted explicado por qué hace dos años dediqué un libro á Vizcaya, y ahora dedico otro á Castilla. Fáltame aho-

ra explicar cómo concebí la forma de este libro.

Hace poco más de un año, me hallaba yo en ese valle, en el valle donde nací y á donde no habia vuelto desde que le abandoné en mi niñez. Las lluvias de otoño detenian á los labradores en torno de los hogares, donde yo penetraba con los ojos húmedos y el corazon palpitando, y encontraba tesoros de amor que nunca olvidaré.

Uno de aquellos nobles aldeanos estaba leyendo un libro, rodeado de su mujer y sus hijos, que escuchaban con regocijo, la primera cosiendo afanosamente, y los segundos alzando sus caritas sonrosadas é inocentemente maliciosas, para oir mejor lo que su padre leia.

El amor y la dicha que allí reinaban, conmovieron y encantaron al escritor naturalmente inclinado al estudio de las costumbres y los afectos domésticos.

Poco despues, el labrador quiso enseñarme sus cosechas, y me condujo al piso superior de la casa.

En medio de una gran sala se alzaba un gran monton de trigo limpio como la plata y pesado como el plomo; más allá, otro de maíz amarillo como el oro; aquí la blanca alubia; allá la parda y útil patata; en este lado la pintoresca y olorosa manzana, y en el otro la lustrosa castaña y la sabrosa nuez.

—Considera tú, me dijo el labrador señalando alternativamente á su corazon, á sus cosechas y al sitio donde quedaban su mujer y sus hijos, considera tú si seré yo feliz con *este*, con *eso* y con *aquello!*

El escritor pensó en aquel instante en maldecir el dia que salió por primera vez de su aldea; pero, enemigo de maldecir, porque le parece más noble y más santo en el hombre pasar por este mundo bendiciendo hasta las espinas que Dios ha colocado á su paso, abandonó al punto tan indigno pensamiento, y pensó en escribir un libro.

El labrador, cuya felicidad doméstica y cuyas palabras me inspiraron el libro, fué usted.

El libro que he escrito, poco á poco, con

mucho trabajo, robando todas los noches una ó más horas al descanso de las áridas tareas periodísticas, como he escrito todos los que llevan ni nombre al frente, son los CUENTOS CAMPESINOS.

¿Pero por qué, me preguntará usted, te complaces en recorrer los campos, en penetrar en las pobres aldeas, en conversar con los rústicos campesinos, en adorar á Dios en el humilde templo de la aldea, donde encuentras por únicas galas, fe en los corazones y flores en los altares? ¿Por qué prefieres las aldeas á las ciudades, donde todo brilla, la sabiduría en los hombres, el lujo en las mujeres, la comodidad en las moradas, la esplendidez en las fiestas y la riqueza en los templos? ¿Qué son nuestras pobres y olvidadas aldeas, comparadas con las ciudades, donde viven los que nos gobiernan, donde se hacen las leyes que nos rigen, y donde se imprimen los libros que nos enseñan?

He pasado la mayor parte de mi vida en las ciudades, he procurado conocer á sus

moradores, y he hallado en ellos grandes vicios y grandes virtudes, como en los moradores de las aldeas; pero cuando veo llegar de los campos el oro que viene á henchir el Tesoro público, los frutos de toda especie que vienen á alimentar á los ciudadanos, y los mancebos que vienen á servir á la patria, me remonto en alas del pensamiento mucho más alto que todas estas grandezas que me rodean, y en la inmensa llanura que domina desde su trono la augusta nieta de san Fernando, distingo, en torno de diez mil campanarios, quince millones de campesinos que riegan y fecundan con el sudor de su frente los campos de donde proceden aquel oro y aquellos frutos y aquellos mancebos.

¿Hago mal en acercarme á esos pobres aldeanos, en estrechar su encallecida mano con la mia, en decirles: «¡valor, amigos, que el trabajo es santo!» y en alargarles un libro, que escrito en su rústico lenguaje, lleve alguna luz á su inteligencia y algun consuelo á su corazon?

Jóven soy aún de cuerpo y alma, y cuando mi planta se niegue á hollar las campiñas, y el estudio y la experiencia me hayan hecho más apto para llorar los dolores y cantar las alegrías de los habitantes de las ciudades, entónces seré el intérprete de los que con una pluma, ó un pincel, ó una espada, ó una aguja, ó una garlopa en la mano arrostran en las ciudades la maldicion que Dios fulminó al hombre en el Paraíso.

Hoy, campesino soy, y CUENTOS CAMPESINOS debo escribir.

Acoja usted en su hogar á estos pobres hijos de mi alma con el cariño con que acogió á

ANTONIO DE TRUEBA.

Madrid, noviembre de 1860.

LAS SIEMBRAS Y LAS COSECHAS.

LAS SIEMBRAS Y LAS COSECHAS.

I.

Pepe y Pepa, su mujer, duermen como bienaventurados.

La luz del alba comienza á sonreir en la ventana que Pepe dejó anoche entreabierta para que la luz pudiera asomarse á decirle:

—¡Levántate, dormilon!

Y los pájaros comienzan á cantar en los árboles del huerto:

Pío, pío,—¡que ya viene el dia!
Pío, pío,—¡que le guarde Dios!
Pío, pío,—¡qué gusto, qué gusto
ver las flores y el cielo y el sol!

Señores pájaros, hoy verán ustedes el cielo y el sol; pero lo que es las flores....., perdonen ustedes por Dios, que estamos en noviembre.

Pepe y Pepa se levantan de puntillas para no despertar á sus hijos que duermen en la alcoba inmediata, y miéntras Pepe prepara el almuerzo á sus mulas, Pepa prepara el almuerzo á su marido.

A gloria con sal molida huele el platito de huevos y torreznos que Pepe encuentra en la mesa á la orilla del hogar.

—¡Estimando, pichona! quiere decir á la cocinera; pero por no despertar á los niños, calla y obra, es decir, da á su mujer un par de besos como un par de soles, se sienta á la mesa, y á lo que estamos, tuerta.

Relinchan las mulas en la cuadra, como quien dice:

—Ya hemos sacado la tripa de mal año.

Y entónces Pepe las unce, les planta sobre el yugo el arado, se echa al hombro un costal de trigo, arrea otro beso á su mujer, que le contesta con un «¡anda, gitano!» y con las mulas delante y el pensamiento detras, sale de la aldea en tanto que el sol despunta por los oteros de oriente.

Allá va Pepe, allá va Pepe, caminito de la vega, cantando su amor y sus esperanzas.

La mañana está muy fresca, que los cierzos de noviembre dicen desde la cumbre del Guadarrama:

—Siembra, siembra, que nosotros soplarémos para que el trigo caiga á la tierra limpio de polvo y paja.

Pepe deja las mulas en la linde, tomando un piscolabis, y, paseo va, paseo viene por la heredad, cubre la tierra de dorados granos.

—¡De éstas entran pocas en libra, *camará!* dicen los pájaros, y cada vez que Pepe vuelve la espalda, se dan una pechada de grano, de padre y muy señor mio.

Pepe canta, y penas y pájaros espanta.

—Vamos, chiquitas, vamos, dice á las mulas.

Y las mulas le contestan, poniéndose en actitud de manos á la obra:

—Cuando usted guste, nuestro amo.

El arado rompe la tierra, y á un surco sigue otro surco, y los pájaros trinan llamando al labrador palurdo y á las mulas animales, porque entierran una dorada semilla que excitaba su desordenado apetito.

Los cierzos del Guadarrama soplan cada vez más recio, y echan al labrador en cara yo no sé qué cosas parecidas al granizo.

Labrador y mulas, pájaros y cierzos, pasan en éstas y las otras el dia, hasta que allá á lo léjos, en la torrecita que del valle, donde se esconden la iglesia y las casas, surge como diciendo al labrador: «Memorias de tu mujer y tus hijos», tan, tan, suena una campana.

Pepe se quita el sombrero, y se santigua y reza, y piensa en Dios y en sus padres que están en el cielo, y en su mujer y sus hijos que le esperan, y siente en su corazon eso....., eso....., yo no sé cómo demontres le llaman, pero ha de ser poesía, ó cosa así.

Con las mulas y el pensamiento delante, torna Pepe

á la aldea, á la hora en que todos los gatos comienzan á ser pardos, aterido de frio, rendido de cansancio, desfallecido de hambre, lleno de lodo y empapado en agua.

Triste viene la noche; pero alegre viene el labrador, que aquellos dorados granos que deja escondidos en el seno de la tierra, y aquella lucecita que ve brillar á traves de la ventana de su casa, y aquella blanca columna de humo que ve alzarse de la chimenea de su hogar, como diciendo: «Al cielo subo, porque hasta el tormento del fuego he sufrido en la tierra», le hacen entonar este cántico de esperanza:

Trabajitos se pasan
al tiempo de sembrar;
pero Jesus ha dicho:
«Quien siembra, cogerá.»

II.

Pepa volveria de buena gana á lo caliente, despues de ver á su marido alejarse cantando caminito de la vega, que la mañana está fria, y Pepa se acostó anoche tarde por coser á la luz del candil la ropa de sus hijos, que, como son el enemigo malo, rompen que es una bendicion; pero no quiere ser ménos que su marido, ni hacerse sorda á la luz del dia, que, colándose por todas partes en su casa, le grita:

— Toma ejemplo de mí, que hace cerca de una

hora empecé á andar por esas calles de Dios, despertando á los dormilones y alegrando á los tristes.

Pepa pudiera replicar á la luz :

— Ya, ¡ como usted se acuesta con las gallinas!.....

Pero como sabe que no es justo contrariarla, pues se turba fácilmente, en vez de entrar en palabras, se decide á entrar en obras.

— Voy, dice, á la fuente ántes que esos enemigos comiencen á dar guerra, que le dan á una más que Napoleon.

Y tomando el cántaro en la cabeza, sale á la calle, procurando no despertar á sus hijos con el ruido de la puerta.

El perro Leon sale con ella, como diciendo :

— ¡ Qué demonche, ya que no pueda ayudar á usted á alzar el cántaro, la defenderé si la acomete en el tomillar algun conejo ó alguna liebre!

El gato pide magro desde el alero del tejado, y las gallinas le replican desde el huerto :

— ¡ Cá, cá, cá, cá!.....

Ó lo que es lo mismo, puesto en lengua vulgar :

— ¡ Sí, no te untes!

El gallo, encaramado en la tapia del huerto, grita con todo el fervor de un sultan cristiano, mal comparado :

— ¡ Cristo nacioop!

Y otro colega suyo le contesta desde un serrallo inmediato :

— ¡ Ya lo sé yooo!

Las gallinas corren al encuentro de Pepa, creyendo que les lleva el desayuno, en tanto que una de sus compañeras, que acaba de depositar en el ponedero un huevo de dos yemas, que, segun la ha hecho ver las estrellas, debe ser muy rico para estrellado, expone la razon por que piden el desayuno, tartamudeando en alta voz este discurso:

— ¡ Por, por, por poner!..... ¡ Por, por, por poner!.....

Como en cuestiones de vientre á todo Dios se olvida, el gallo olvida la santidad de la causa que sostenia sobre la tapia, y corre á apoyar el discurso de su odalisca, si no con razones más sólidas, alzando más el gallo.

Indignado Leon con la conducta del gallo, embiste al presuntuoso sultan; pero al ver que las gallinas ponen el grito en el cielo y cacarean la arbitrariedad de la agresion, suspende sus rigores, y se vuelve al lado de su ama, diciendo probablemente para sí:

— ¡ Esas infelices que alborotan el gallinero en cuanto ven que álguien ofende á su tiránico señor, no consideran que si el déspota muriese, otro gallo les cantaria!

Pepa, precedida de Leon, toma la veredita de la fuente del tomillar.

Al dar vista á la cañada donde brota la fuente, salta un conejo de una mata de tomillo.

—¡Jesus! exclama Pepa asustada, recordando que el diablo tiene cara de conejo.

Y Leon corre, corre por el tomillar arriba, atrapa el conejo, y en un abrir y cerrar de boca, se le zampa, como diciendo:

—Vil asesino, ¿con que querias jugar una partida serrana á la pobre de mi ama? Yo te diré cuántas son cinco.

Pepa llena su cántaro, se le vuelve á plantar en la cabeza, y torna á la aldea, dejando á Leon tumbado junto á la fuente.

En vano mira á Leon, que éste se contenta con levantar la cabeza mirando hácia la vereda, como si quisiera decir:

—Señora, vaya usted descuidada, que con el ejemplar castigo que acabo de hacer, nadie se meterá con usted en el camino.

El cerdo, el gato, y una diputacion de las gallinas, presidida por el gallo, salen á recibir á Pepa, á veinte pasos de la casa, ejecutando las piezas musicales de su repertorio.

El gato alza la cola, encorva el lomo, y da un cariñoso refregon á las faldas de su ama, recibiendo en cambio una caricia de ésta. ¡Qué gatos son los gatos!

Muerto de envidia el cerdo, quiere imitar al gato; pero como acaba de salir de un charco, donde ha hecho la cochinada de revolcarse á más y mejor, pone á su ama perdidita de lodo.

Pepa le pone á su vez de puerco y de marrano que no hay por donde cogerle, y se mete en casa, cerrando tras sí la puerta muy enfadada.

El gato y las gallinas corren tras ella, y se cuelan por la gatera como Pedro por su casa.

El cerdo trata de imitarlos; pero cansado de meter inútilmente el hocico, desiste de su empeño, y se desespera y gruñe, pidiendo un cuchillo para anticipar su san Martin.

III.

En un periquete pone Pepa los pucheros á la lumbre; en otro da el desayuno á las gallinas, y al gato y al cerdo; y en otro, barre, arregla y pone como una tacita de plata la casa, dando la entretenida con un «¡allá voy, enemigos!» á Periquito, á Canuto y á Hermenegilda, que claman en coro desde la cama:

— ¡A *vetir!* ¡á *vetir!*

Canuto tiene ocho años, Periquito seis y Hermenegilda cuatro, y los tres duermen en una sola cama.

Hé aquí la conversacion que sostienen los niños en tanto que la niña da el pecho y arrulla á una muñeca, abrazada con la cual se quedó anoche dormidita:

— Yo voy á sembrar trigo en mi tiesto.

— Y yo tambien en el mio.

— ¿Y cogerémos mucho trigo?

— Sí que cogerémos mucho.

— ¿Y qué hemos de hacer con lo que cojamos?

— Lo sembramos en el huerto y cogemos mucho más.

— ¿Y despues?

— Despues sembramos mucho, mucho en la vega.

— ¿Y más despues?

— Seguimos sembrando muchito.

— ¿Y cuando tengamos muchote, muchote?

— Entónces serémos ricos.

— Y ser ricos, ¿qué es?

— Toma, ser ricos es tener una pelota de goma como la del hijo del mayorazgo.

— ¡Ay qué gusto! ¿Y cuesta mucho sembrar?

— ¡Mira tú si le cuesta á padre!

— Pero para eso tendrémos pelota de goma.

— Sí que la tendrémos.

— ¡Ay qué gusto!

— ¡Qué gusto!

Hermenegilda, Meregilda ó Minigilda, que con todas estas variantes se la nombra, continúa dando el pecho á su muñeca, miéntras sus hermanos continúan engolfándose en cuestiones económicas.

Y luego canta, meciendo y apretando contra su seno á la muñeca:

Duerme, mi niña, duerme,
que viene el coco,
y se lleva á las niñas
que duermen poco.

—Grandísima pícara, exclama luego, ¿no quieres dormir, despues que has llenado la tripita? ¡Azotitos á la niña! ¡Hola!

Y vuelve á cantar:

A la niña que es buena
Dios la bendice,
y á la niña que es mala
le da lombrices.

—Ea, ea, continúa, que ya duerme mi niña. ¡Bendita sea tu alma, que vales tú más pesetas que el mundo! Mi niña ha de ser muy buena, porque su madre la enseñará á serlo. Aprenderá á leer y á escribir, y la doctrina, y á coser, y á guisar, y á arreglar la casa. Y cuando sea grande, como será muy guapa y muy mujercita de bien, se despepitarán por ella los mejores mozos del pueblo, y se casará con el más guapo y más trabajador. Y haciendo lo que á su madrecita ha visto hacer, miéntras su marido siembre en el campo, ella sembrará en casa. Y con la cosecha del campo y la de casa, será rica y vivirá muchos años, y morirá muy dichosa, y se irá derechita al cielo.

Miéntras en estas niñerías se entretiene Hermenegilda, dos mujeres, es decir, su madre y una vecina, á quien por mal nombre llaman en el pueblo la señora Juana la loca, se entretienen en escucharla junto á la puerta de la alcoba.

Aquellas niñerías han hecho asomar lágrimas de ternura á los ojos de Pepa.

—¡Hija, qué pico tiene esa chica! exclama la señora Juana la loca, soltando la carcajada.

—Señora, contesta Pepa, los niños son como los loritos reales: lo que le oyen á una.

IV.

—Madre, ¡á *vetir!* ¡á *vetir!*

—¡Allá voy, hijos, allá voy! Con permiso de usted, señora Juana, voy á aviar á esos guerreros, que si no me van á destrozar la cama. ¿En qué dirá usted que se entretuvo ayer el pícaro de Canuto miéntras yo estaba aseando un poco la casa, que esas criaturas la ponen que parece que una no da una escobada en todo el santísimo dia? Pues no lo va usted á creer: se entretuvo en sacar la paja del jergon, en extenderla sobre la cama, y en dar vueltas sobre ella, que decia que aquello era trillar. Si le digo á usted que estudian con el enemigo malo, y particularmente Medialengua, que es como le llamo yo á Canuto por su gracioso modo de hablar.

—Vamos, y los tuyos por fin se entretienen en la escuela la mayor parte del dia; pero los mios.....

—¿Y por qué no los manda usted tambien á la escuela?

—Hija, un dia por uno y otro dia por otro, casi todos la pierden, y el resultado es que están hechos unos borriquitos. Pero hablando de otra cosa, ¿dónde anda tu hombre que no le veo por ahí?

—Señora, ¿dónde ha de andar? En la vega sembrando.

—Mal haya vuestra avaricia, que os parece á tí y á él que os ha de faltar tiempo para reventar.

—Pero, señora, ¿qué hemos de hacer sino trabajar los que somos pobres?

—¿Y no lo somos nosotros acaso? Pues á pesar de eso, trabajamos cuando viene al caso, y cuando no, nos divertimos, que en muriéndose una, campana por gaita. Hoy, sin ir más léjos, ha visto aquel que el dia no estaba muy católico para ir á hozar tierra, y sabiendo que el rio viene muy bueno para pescar, ha dicho: «Anda, ve á casa de Pepe á ver si él y su mujer y sus chicos quieren venirse con nosotros al ventorrillo del puente á pasar alegremente el dia tomando un bocado y un trago, y sacando con el esparavel media docenita de libras de peces.

—Señora Juana, muchas gracias por el recuerdo, y déselas usted de nuestra parte al señor Juan; pero hija, el que no siembra no coge, y luégo, es tontería, la que está mano sobre mano, es porque quiere estarlo; porque caramba, no me digan á mí que en una casa falta nunca que hacer á la mujer que es como Dios manda.

— Calla, mujer, calla, que á vosotros la avaricia os come, y no hay medio de traeros á mandamiento.

— Qué quiere usted, señora? como dijo el otro, genio y figura.....

— Pues hija, con vuestro pan os lo comais. La verdad es que hoy, miéntras vosotros esteis echando el cuajo, tu marido en la vega y tú en casa, nosotros pasarémos el dia tan ricamente en el ventorrillo, que está aquello tan abrigado y tan.....

— ¡Madre, grita Canuto llorando, yo queria ir al ventorrillo con la señora Juana la loca y el señor Juan Bigardo!.....

Si una víbora hubiera picado á la señora Juana, ésta no daria el respingo que da al oir la salida del chico.

— Oye, deslenguazuelo, exclama echando fuego por los ojos, ¿es eso lo que te enseñan en la escuela?

— Señora..... balbucea Pepa más colorada que un tomate, no haga usted caso de niños.....

— ¡Que no haga caso! ¡Juana la loca! ¡Juan Bigardo! ¡Pues me ha hecho gracia la salida de ese trastuelo! ¡Pero no tiene él la culpa, que la tienen sus padres que le enseñan esas gracias; y luégo se alabarán de que educan bien á sus hijos!..... Si no me las paga ese mocoso, he de perder yo el nombre de cristiana. De la primera patada que le pego en cuanto se acerque á mi casa le reviento.

— Señora, se guardará usted muy bien.

— Ó no me guardaré. Pues qué, ¿no hay más que dejarse una poner motes por una sabandija como esa!.....

— Pues si yo no los pongo, dice Canuto desde la cama, que todos les llaman así á usted y al señor Juan Bigardo.....

— ¿Me estás toreando todavía, hijo de mala madre y peor padre? grita la señora Juana en el colmo de la exasperacion.

— ¡Señora, mire usted lo que se dice!....., exclama Pepa ya fuera de sus casillas.

— Lo que digo es que me voy, me voy de aquí, porque si no, hago un disparate.

— Váyase usted mucho con Dios, señora.

— Y sí que me voy, y no volveré como no sea para darle fuego á la casa..... ¡Pues me ha hecho gracia, como hay Dios! ¡La loca!..... ¡Bigardo!

La señora Juana desaparece dando rabotadas, y al abrir la puerta de la calle para salir, el cerdo, que estaba de acecho para entrar, arremete por entre sus piernas, la hace dar una voltereta, unos chicos que presencian el fracaso se rien de ella, la emprende con ellos á pescozones y pedradas, y al fin se refugia en su casa como perro con maza, en tanto que unos pavos que se buscan la vida en un altito cercano, dicen en catalan:

— ¡Pau, pau, pau! que es lo mismo que decir en castellano: paz, paz, paz.

— *Indino*, exclama Pepa lanzándose á Canuto apénas la señora Juana desaparece; *indino*, que te he de sacar la lengua!

— Sí, cabalito! dice Canuto sonriendo picarillamente.

— ¿Y por qué no, grandísimo pícaro?

— Porque dice usted que no tengo más que media.

— Anda, gitano, que tienes tú más gitanerías que los de *Gito!* dice Pepa, procurando en vano contener la risa que le retoza en los labios, ó mejor dicho en el corazon.

Cualquiera daria á Canuto cuando más dos cuartos por la gracia; pero su madre le da dos besos que valen dos doblones.

V.

Permítaseme aquí una digresion sobre el optimismo de las madres.

Los ingleses, que son muy raros, como lo prueba el haber enjaulado á una águila en 1814, y en 1860 haber dejado á un aguilucho posarse sobre los Alpes, anunciaron hace pocos años una exposicion de niños, señalando un premio de 500 libras esterlinas al más hermoso; con el objeto, decian, *de estimular el perfeccionamiento de la especie humana.*

¡Échele usted guindas al humanitarismo de los ingleses!

El dia del juicio llegó, y ya verémos que si aquel no fué el dia del juicio, al ménos lo parecia.

Los jueces ocupaban un tablado levantado en medio de un campo, y sobre diez mil madres, cada cual con su chiquillo en brazos, se presentaron á disputar el premio.

Cualquiera creerá que los niños que no eran hermosísimos al ménos serian hermosos, porque ¿qué madre, sin esperanza fundada de alcanzar el premio se habia de exponer á las molestias que lleva consigo el viajar con un niño mamon?

Pues no señor, no eran todos hermosísimos, ni áun siquiera eran todos hermosos: de los diez mil, lo ménos cuatro mil eran más feos que Picio.

Presentados los diez mil á los jueces, éstos adjudicaron el premio al que creyeron más digno de él; pero apénas se anunció su decision, ¡aquí te quiero ver, escopeta! Nueve mil novecientas noventa y nueve madres pusieron en el cielo un grito de indignacion contra los venales jueces que no habian adjudicado el premio á su niño, que era el más hermoso, no sólo de todos los presentados, sino del mundo entero.

Hasta la madre de un niño jorobadito y canijo gritaba: ¡Qué picardía! ¡qué picardía!

Aquello parecia el dia del juicio.

Los jueces no habian contado con aquello, y con dificultad pudieron salvarse de la furia de nueve mil novecientas noventa y nueve madres, que una hora

ántes contaban con las 500 libras esterlinas, como si las tuviesen ya en el bolsillo.

Las madres inglesas y las madres españolas sólo se diferencian en que á los recien nacidos dan las primeras rom y las segundas jarabe.

Volvamos á las segundas.

Una de las cosas que más enamoran á Pepa, es la media lengua de Canuto. ¡Alabo el gusto de Pepa.

Cuando un niño me pregunta: —¿Me va á compá uno cabayo gane? — me lo comería á besos; pero cuando un niño me pregunta, sin comerse siquiera una letra: —¿Me hace usted el obsequio de comprarme un caballo grande? — digo lo que suelen decir las mujeres: —¡Si fueras hijo mio no sé lo que hacia contigo!

Si fuera hijo mio me haria tanta gracia su lengua entera, como á Pepa la media lengua de su hijo.

En lo que no estoy conforme con Pepa ni con los franceses, es en la cuestion de nombre: Pepa dice que Canuto es un nombre muy lindo, y los franceses sostienen que *le nom ne fait rien à la chose.*

¿Quién, por poco tentado á la risa que sea, no se rie al oir: «Oiga usted, D. Lesmes», ú «oiga usted, D. Canuto?»

Un amigo mio, que tiene la desgracia de llevar un nombre de éstos que hacen reir, me decia un dia: — Dos desgracias hay en el mundo, que ni siquiera cuentan con el consuelo de la compasion: el ser gor-

do y el tener un nombre ridículo. Usted mismo, que es amigo mio, y me quiere sinceramente, tiene que hacer un violento esfuerzo para no reirse cuando me nombra, ó cuando le refiero los disgustos que me proporciona el llamarme como me llamo. Más de una vez he ido á una reunion, y desde la antesala he oido la explosion de risa que causaba mi nombre al anunciarme el criado de la casa. Así es que hago todo lo posible, particularmente delante de señoras, por no decir cómo me llamo, porque ¡ con qué cara digo yo en ninguna parte que me llamo D. Trifon !

Tenía razon mi amigo: casi con lágrimas en los ojos me contaba esto, y sin embargo no pude reprimir la risa. Tambien la tenía al decir que el ser gordo es otra verdadera desgracia, que inspira risa cuando sólo debiera inspirar profunda compasion. Las personas obesas están expuestas á accidentes tan graves como la apoplegía; se fatigan al menor movimiento, han perdido su belleza, y hasta su inteligencia participa de la torpeza de su cuerpo. En una palabra, son tan desgraciadas como aquel que padece una hemoptísis, un aneurisma ó un cáncer, y como no ignoran esta desgracia, apénas dan un paso sin que hasta el amigo que más las quiere venga á clavarles un puñal en el corazon, exclamando: — « ¡ Hombre, usted engorda sin vergüenza ! » ó « ¡ Está usted hecho un tocino ! » ó « ¡ Adónde va usted á parar con tanta barriga ! »

VI.

Pido un *bill de indemnidad*, como dicen los parlamentarios á la inglesa, por las anteriores inútiles divagaciones, y vuelvo á Pepa y sus chiquillos, porque ahí es donde estoy yo en mis glorias cuando escribo: entre madres é hijos.

No sé si porque le importe poco perder las amistades de la señora Juana la loca, ó porque Canuto es muy gitano, lo cierto es que Pepa ya no se acuerda del mal rato que la ha dado Canuto.

Perico ha saltado de la cama dándose tono con que sabe vestirse, y en efecto, ha conseguido meterse el pantalon; pero al tratar de echarse los botones, su ciencia le ha jugado una mala partida, y allí está el pobre Periquillo devanándose los sesos por resolver el difícil problema de abotonarse el pantalon.

—¡Quítate de ahí, torpe! le dice su madre dándole un manotazo en las manos. ¿No te da vergüenza, tan grande y sin saber vestirte?

Pepa le viste en un abrir y cerrar de ojos, y en otro hace la misma operacion con Canuto y Hermenegilda.

—Ea, ¿qué es lo que se hace ahora, señoritos?

—Almorzar, contesta Canuto.

— ¿Cómo qué almorzar, grandísimo pícaro? A ver cómo se persignan ustedes. Por la señal.....

Los niños se persignan.

— ¿Y ahora? Ahora «Con Dios me acosté.»

Los niños exclaman en coro, sirviéndoles su madre de apuntadora:

Con Dios me acosté,
con Dios me levanto,
y voy por el mundo
el cielo buscando.
La Vírgen me cubre
con su rico manto,
y al ver que tropiezo
me alarga la mano.
Delante de mí,
un ángel muy guapo
me va el caminito
del cielo enseñando.

— Así se dice. Ahora á almorzar para ir á la escuela.

Los niños se sientan á la mesa, y despues de un par de peloteras sobre quién es el verdadero propietario de una cuchara, y sobre si á Periquito le ha echado su madre más racion que á Canuto, peloteras que Pepa reprime con mano fuerte, y aprovecha para disertar un poco sobre los perniciosos efectos de la envidia y las guerras entre humanos, la familia menuda despacha por completo su racion.

— ¡Ave María Purísima! clama una pobre anciana

desde la puerta. ¿Me dan ustedes una limosnita por el amor de Dios?

Pepa pone un zoquetito de pan en la mano de cada uno de sus hijos, y éstos corren á ponerle en la de la pobre.

—Hijos mios, dice la anciana, el Señor bendecirá lo que vuestro padre siembra en el campo, y lo que vuestra madre siembra en vuestro corazon!

La tremenda voz de «¡ahora á la escuela!» dada por Pepa, viene á consternar á Hermenegilda y á sus hermanos.

Nótanse al principio tímidos conatos de rebelion, y los rebeldes concluyen por pronunciarse abiertamente, dando el grito popular de «¡yo no quiero ir á la escuela!»

Pepa no se asusta al oir este grito, porque ya está acostumbrada á él. Trata de ganar á los insurgentes, si no con oro, con unas manzanas que se le parecen en el color; pero sólo se rinde la niña aviniéndose á ir solita á la maestra.

Periquito y Canuto continúan vociferando «¡yo no quiero ir á la escuela!» y ya entónces su madre se decide á tomar medidas extraordinarias, es decir, á tomar de la mano á los rebeldes, y á llevarlos, quieran ó no quieran, á la escuela.

A mitad del camino encuentran Pepa y sus hijos un burro que revienta con la carga.

—Madre, pregunta Canuto, en quien la curiosidad



puede más que el enojo, ¿por qué va tan cargado ese burro?

— Porque es burro, contesta Pepa.

Periquillo y Canuto se miran en aquel espejo, y se rinden á discrecion.

VII.

Mañanitas de Mayo, queridas de Calderon, ¡quién fuera pájaro para cantaros, posado en las flores de mi ventana, donde mi canto á la par celebraria vuestra hermosura, y arrullaria el sueño del ángel que duerme en el regazo de la compañera de mi vida y de mi alma!

Mañanitas de Mayo, mi corazon os debe el más dulce y entusiasta de sus cantares, porque en una de vosotras, cuando el *Pastor santo* ascendia de la tierra al cielo, llamó á la puerta del pobre cantor de los valles y los hogares un ángel peregrino, á quien nueve meses hacia esperábamos en mi tranquilo hogar, temblando de amor y de incertidumbre.

Mañanitas de Mayo, una de vosotras alumbró con su sol, y engalanó con sus flores, y ungió con sus perfumes, y arrulló con sus cánticos al ángel viajero que llamó á mi puerta, y sonrió en mi hogar, y se adurmió en el regazo de la compañera de mi vida y de mi alma!

Mañanitas de Mayo, ¡Dios os bendiga!

Los tomillares del cerro se cubren ya de florecitas tan blancas como la nieve, y no hay mata de tomillo ó de retama donde un pájaro no entone un cántico de gratitud y alabanza á Dios, porque ha dicho: «¡flores de los campos y sol de los cielos, tornad á dar vida y alegría á los moradores de los campos y las enramadas!»

¡Oh qué hermosa está la vega donde el labrador, arrostrando el cierzo y el granizo de noviembre, dejó la semilla más hermosa de sus trojes, fiando en que el sol de Marzo la trocaria en esperanzas y el sol de Junio en oro!

Si verde es el color de la esperanza, héla qué fresca y qué lozana y qué hermosa ha brotado en la vega, donde las perfumadas ráfagas de la mañana agitan los verdes trigos, cuyo suave movimiento semeja las olas del mar cuando vienen á morir lánguidamente en la playa.

Canta un pajarillo en los floridos manzanos del huerto, y al oirle, Pepe se asoma á la ventana, y mira al oriente y al ocaso.

En el fondo oscuro y triste del ocaso brillan aún las estrellas; pero un vivo resplandor se extiende ya por oriente como una ancha cinta de plata y fuego, y lejanos sonidos de esquilas, y balidos de ovejas, y cantos de pájaros, de pastores y de labriegos, confundiéndose con murmullos de fuentes y rios, anuncian

que el sol se acerca, como el murmullo de la multitud anuncia la aproximacion de un rey querido á quien su pueblo esperaba con ánsia.

Los céfiros le traen las fragantes emanaciones del tomillo, de las manzanillas y de las retamas en flor, que engalanan los oteros que dominan á la aldea, y en su corazon oye una voz misteriosa que le dice: — ¡Vuela, vuela á esos campos embellecidos con las flores de la primavera y la sonrisa de la aurora!

Y el labrador da un beso de amor y paz á su mujer y sus hijos, y trepa por los oteros exhalando en sus cantares la alegría de su corazon.

Ya apénas brilla una estrella en el cielo, ya los primeros rayos del sol doran las cumbres lejanas, ya el astro vivificador de la naturaleza aparece en toda su majestad sobre la montaña, y arroja torrentes de luz á las llanuras.

El labrador dirige su mirada á la vega que se extiende á sus piés como una inmensa alfombra verde bordada de flores, y siente latir su corazon de alegría al ver que sus trigos, con tanto afan y tanto amor sembrados y cultivados, empiezan á trocar el color de la esperanza por el color del oro.

Entónces vuelve el pensamiento y los ojos á la aldea, y ve que de su hogar comienza á elevarse una blanca columna de humo, que le dice: ¡Tu compañera piensa en tí y en tus hijos!

Y el labrador bendice á Dios, pensando en el santo

regocijo que dentro de algunos dias han de sentir su mujer y sus hijos al ver henchidas sus trojes.

VIII.

Las gallinas contemplan desde el otero que domina la aldea y la vega la dorada mies que cubre esta última. Bien saben que aquello que amarillea es trigo, y de buena gana bajarian á la llanura á sacar la tripa de mal año; pero un milano se cierne sobre la vega y no quieren ser desplumadas. ¡Quién sabe si habrán leido las fábulas del buen Samaniego!

Pero hé aquí que distinguen á su amo que viene de hácia los trigos, y á Leon que le precede á larga distancia, lamentándose de no tener alas para dar caza á los gorriones que vienen jugando con él al juego «¿á qué no me coges?»

Leon y sus amigas parten camino así que se ven, y entablan el siguiente diálogo:

—¿Qué se hacen ustedes por aquí?

—Tomar una racion de vista.

—Que aproveche como si fuera leche.

—Y usted, ¿de dónde viene por ahí?

—De ver el trigo que sembramos por noviembre.

—Ya debe estar tal cualillo.

—Como que mañana empezamos la siega.

—Bien podia usted haberse traido una muestrecilla.

— Vayan ustedes por ella en un vuelo.

— Tenemos miedo al milano.

— Ustedes se amilanan por nada.

— Sea usted mejor hablado.

— No sean ustedes tan gallinas.

— ¿Viene usted á decirnos perrerías?

— ¡Mirá quién habla!

— Hablamos mejor que usted, que cuando habla parece que ladra.

— No, pico no les falta á ustedes.

La llegada de Pepe interrumpe la réplica de las picoteras.

— ¿Qué es eso, Leon? pregunta Pepe creyendo que el perro trata de hacer alguna perrada á las gallinas.

Leon le pide perdon con una fiestecilla.

— ¡Buen pájaro estás tú! dice Pepe.

Un pájaro que estaba escondido entre la yerba á la orilla del camino, cree que Pepe le ha visto y lo dice por él, y huye en alas del miedo perseguido por Leon, cuyo amor propio se pica al oir decir á su amo:

— ¡Sí, échale un galgo!

Pepe viene desgranando unas espigas de trigo, y las gallinas que lo ven, le rodean reclamándole las aechaduras.

Pepe les echa el trigo, y las gallinas, que son voto en la materia, acaban de convencerle de que el trigo está ya en sazon.

El pájaro perseguido por Leon va á posarse en el

alero del tejado, y miéntras desde allí canta la cartilla á Leon, que desde abajo le pone cara de perro, ¡zas! viene por detras el gato que hace á pelo y á pluma y le echa la zarpa, bajando con él á la puerta para darse tono.

Entáblase juicio de competencia entre el perro y el gato, sobre á quién corresponde juzgar y castigar al pájaro, y el gato está que bufa cuando llega Pepe.

Pepe dirime la cuestion en favor del gato con un «á quien Dios se lo dé, san Pedro se lo bendiga», pues á este fallo equivale un empellon que da al perro exclamando:

— ¡Qué siempre han de estar ustedes como el perro y el gato!

IX.

Dos veces nada más ha cantado el gallo y ya en casa de Pepe se nota un movimiento inusitado á tales horas. Todo Dios está ya levantado: una cuadrilla de mozos y mozas, cada cual armado con su hoz, se agita, y rie, y canta, y retoza á la puerta donde Pepa ha hecho circular de mano en mano el vasito de aguardiente y los bollos fabricados en casa.

Leon salta alegremente porque tambien ha echado la mañana, que su amo le ha dado media hogaza de pan diciendo: «toma, traga-aldabas, que tambien tú eres de Dios.»

Hasta Periquillo y Canuto y Hermenegilda andan por allí en camisa sin que los rigores de su madre pasen de decirles: — Vosotros siempre habeis de ser perritos de todas bodas.

— «¡Muchachos que ya amanece!» grita el labrador extendiendo la mano hácia el oriente, donde en efecto aparece la primera luz de la aurora.

— ¡A la vega! ¡á la vega! contestan alegremente los segadores, y toman el camino de la vega acompañados de Pepe y Leon.

Cuando llegan á la linde de la mies que los espera, ya la luz del dia baña todo el horizonte y las estrellas van desapareciendo.

¡Hermosa está la mañana! El cielo está azul como la flor del lino. El tomillo, y el cantueso, y la salvia, y las manzanillas con sus perfumes, y los mirlos y los ruiseñores con sus cantos, y el trigo con sus promesas de blancas hogazas se encargan de avenir con la tierra á los que suspiran por descansar sobre aquel azul pabellon.

Segadoras y segadores, cada oveja con su pareja, forman viviente y dilatada cinta en toda la extension de la linde, y á la voz de «manos á la obra», que da Pepe, acompañando el dicho con el hecho, comienzan su tarea.

El peso de las espigas dobla por medio la gavilla que los segadores levantan en alto.

— ¡Cada grano de trigo se ha vuelto un grano de

oro! exclaman todos al ver cómo Dios ha bendecido el trabajo del labrador.

Y éste, con los ojos húmedos de gratitud y de amor y de alegría, piensa entónces más que nunca en Dios, y en su mujer y en sus hijos.

En la torre de la aldea que se alza allá á lo léjos, como la columna miliaria que señala el camino..... del cielo, suena el toque de maitines que sirve de santo acompañamiento al himno de amor y gratitud que entona el corazon del labrador.

Los segadores siegan con ardor y Leon duerme sobre una gavilla.

Allá en el centro de la heredad llora su soledad una tórtola.

Y no léjos de ella, da una codorniz el *do* de pecho, ó lo que es lo mismo, alcanza los siete *golpes*, repitiendo siete veces: — ¡Buen pan hay!

El mundo en una pieza: ¡unos trabajan, otros duermen, otros lloran y otros cantan!

¡La chicharra calienta ya de firme! ¡El sol comienza á hacer chiribitas! Pero el ardor del sol parece aumentar el de los segadores, cuyo tostado rostro inunda el sudor.

La campana de la aldea da las doce, y los labios que dieron la voz de «manos á la obra» dan la voz de «¡á comer!»

Pepe y sus obreros tornan á la aldea cantando alegremente, y Leon queda durmiendo sobre la gavilla.

Ya sobre una ancha mesa ha colocado Pepa el limpio mantel, el blanco pan y el chispeante vino, y los niños que acaban de venir de la escuela, cencerrean con el «¡gem! ¡gem! ¿cuándo comemos?»

Abundante y bien sazonada es la comida que encuentran los segadores. La alegría la acompaña, y la cocinera es objeto de unánimes elogios.

La siesta toca á su término y los segadores tornan con Pepe á la vega.

¡Allí los cantares y las risas y el tiroteo de agudezas, y los quiebros y requiebros entre damas y galanes!

El toque de oracion suena en la torre de la aldea, cuando ya toda la mies que puede abarcar la vista está por el suelo.

Los segadores suspenden su trabajo, y Pepe guia las tres Ave-Marías, todos le responden, y terminada la oracion, todos toman el camino de la aldea.

En aquella larga fila de séres vivientes que abandonan la vega, sólo hay uno que camina triste y desmayado: es Leon que por dormir no ha comido.

—¡En esta vida caduca el que no trabaja no manduca! le dice Pepe.

—¡Habla usted con cabeza! contesta Leon bajando la suya.

X.

Descrita una vuelta de la noria, es inútil describir las demás, porque siempre la rueda gira lo mismo, y lo mismo toman y vierten el agua los cangilones. Lo que decimos de la noria es aplicable al labrador, que como siembra y recolecta un año, siembra y recolecta los demas.

La uniformidad de las vueltas de la noria no impide que poco á poco se vaya llenando de agua el estanque, como no impide la uniformidad de las faenas del labrador que poco á poco se vayan llenando de trigo las trojes.

Han pasado muchos años desde la primera vez que vimos á Pepe sembrar trigo en la vega y á Pepa sembrar economía y amor y virtud en el hogar doméstico. Digamos que estas siembras se han venido repitiendo durante tan largo tiempo, y averigüemos si las cosechas han correspondido á la constancia y al afan de los labradores.

Novedad y grande se nota en casa de Pepe y Pepa, á quienes sus vecinos han puesto motes, que contrastan con los de sus vecinos Juan y Juana: á Pepe llaman Madruga y á Pepa llaman Araña.

Ha desaparecido de casa de Pepe aquella *feliz pobreza* que revelaban el edificio y cuanto se encerraba

en él: la casa ha sido blanqueada y ensanchada, los muebles aumentados, la despensa enriquecida, la cuadra ocupada con muchos y hermosos pares de mulas; allí, donde en otro tiempo sólo se veia un cerdo, se ven ahora seis, y las puertas que guardaba un inofensivo perro sabueso, se ven ahora guardadas de noche por cuatro terribles perros de presa.

¿Quién ha hecho estos milagros? — El afan con que Pepe y Pepa han sembrado y recolectado durante muchos años.

Hemos hablado de milagros; pero áun nos quedan por ver otros mayores.

Estamos en domingo, y alguna cosa muy notable ocurre en casa de Pepe Madruga.

Grandes cepas arden en el hogar rodeado de enormes ollas y cazuelas, y dos ó tres criadas y otros tantos criados se mueven de aquí para allá, dirigidos por Pepe y Pepa, que revelan la felicidad en sus palabras, en sus ojos, en su sonrisa, en su rostro.

Muchos ricos hacendados de las aldeas cercanas van llegando, y tambien acuden á casa de Pepe muchos de sus vecinos, entre los cuales se encuentran los más acomodados del pueblo.

— Ea, ya es hora de comer, dice Pepa acabando de adornar con mil primores una enorme mesa colocada bajo el verde emparrado del patio. Id á ver si vienen *aquellos*, añade dirigiéndose á dos gallardos mocetones que conversan con los forasteros.

— Allá vamos, madre, contestan los mozos, que son, ni más ni ménos, Perico y Canuto.

Canuto vuelve poco despues.

— Ya vienen ahí, dice, la Hermenegilda y mi cuñado. Canario, ¡qué amartelados están todavía los tontos!

— Y lo estarán siempre, porque se han casado por amor y no por interes.

— Ya, pero hace ocho dias que se casaron, y cualquiera pensaria al verlos que son novios todavía.

— Los casados que se quieren son novios siempre.

— Eso vino á decir padre una noche. Antes de casarse el hijo del Mayorazgo con mi hermana, veníamos una noche de la vega, y cate usted que le vemos hablando con la Hermenegilda por la reja. — Mañana tapio la reja, dijo padre sonriéndose: — Señor Pepe, le contesta mi cuñado echándose á reir, ¿es envidia ó caridad? — ¿Envidia de qué? — ¡De qué ha de ser! De lo que los solteros gozamos con las citas de amor que volaron para los casados. — Te equivocas, hijo, replicó padre, que para los casados que se quieren las citas no acaban hasta que muere uno de ellos. Veinte años hace que mi mujer pasa el dia en casa pensando en mí, y yo le paso en el campo pensando en mi mujer. Llegar la hora de vernos, es llegar la hora de la cita, y ahí tienes tú cómo hace veinte años que asistimos cada dia á una. — Sí, pero en esas citas no se goza como en las de los novios. — ¿Cómo que no? Se

goza doble. Tú gozas porque la que encuentras á la reja es la que has escogido para mujer, y yo porque la que encuentro junto al hogar, ademas de ser la que escogí para mujer, es la madre de mis hijos y la gobernadora de mi casa.

— ¡Benditos sean su pico y su alma y el dia en que me casé con él! exclama Pepa, cuyos ojos se han llenado de lágrimas miéntras hablaba Canuto. Con un padre como el vuestro no es extraño que tu hermana se haya casado con el más rico y más hombre de bien y mejor mozo del pueblo, ni que por tí y por tu hermano se despepiten las muchachas más ricas y más guapas de diez leguas á la redonda. De tal padre tales hijos.

— De tales padres querrá usted decir. Vamos, madre, no se haga usted la chiquita, que si la cosecha vale algo, no es usted quien ménos ha sembrado y escardado.

La conversacion de Pepa y su hijo se interrumpe con la llegada de Hermenegilda y su marido y sus suegros y una porcion de convidados, entre los cuales viene el señor cura, á quien Pepe ha ido á rogar que, como honró con su presencia la comida de boda en casa del recien casado, honre la comida de tornaboda en casa de la recien casada.

—¡Ea, señores, á hacer penitencia! dice modestamente Pepe.

Y la dilatada mesa se ve rodeada por cincuenta

personas todas de buen diente, por más que algunas de ellas ni siquiera conserven las muelas.

Cada vez que un nuevo plato aparece, Pepa recibe un nuevo título de excelente cocinera, y cada vez que una nueva botella se destapa, Pepe, si no fuera tan modesto, creeria que su bodega puede competir con las mejores de Jerez, y de Oporto, y de Burdeos, y de Valdepeñas.

Un hombre que trae en la mano un baston con puño dorado, aparece en la puerta del patio convertido en comedor, y pregunta sonriendo:

—¿Hay algo para mí?

—¡El señor alcalde! exclaman todos con alegría haciendo sitio al recien venido, que toma asiento á la mesa.

—Dichosos los ojos que le ven á usted, dice Pepe, que hemos ido á buscarle á usted, y nos han dicho que estaba usted fuera del pueblo desde esta mañana.

—Sí, contesta el alcalde, he estado á levantar un cadáver.

—¡Un cadáver!

—Que apareció esta mañana junto al ventorrillo del puente.

—¿Y de quién es?

—De Juan Bigardo.

—¡Jesus! ¡pobre Juan!

—Parece que él y otros estaban anoche robando á unos arrieros cuando llegaron los civiles, y haciendo

una descarga, mataron á Juan y ahuyentaron á sus compañeros.

— ¿Si estarian allí los hijos de Juan, aunque hace tanto tiempo que no han vuelto por el pueblo?

— Esos están presos en la cárcel del partido por robo de unas caballerías.

— ¡Pobre señora Juana! exclama Pepa con lágrimas en los ojos. ¿Y qué hace esa infeliz, cargada de años, con los hijos presos y el marido muerto por ladron? ¡La pobre se morirá de hambre!

— No, contesta Pepe, no se morirá nadie de hambre en el pueblo miéntras haya trigo en mis paneras.

— Ó en las mias, añade su yerno.

Pepa y su hija miran cada cual á su marido, de un modo tal, que indudablemente quiere decir:

— Si no hubiera gente delante te comia á besos.

La comida termina alegremente, y despues que el señor cura da gracias á Dios por el sustento recibido, cada cual habla del fruto que han dado ó prometen sus campos.

— ¡Buena, buena mano tienes tú para sembrar! dice el alcalde á Pepe.

— Mejor aún la tiene mi mujer, contesta Pepe sonriendo de gozo. ¿No saben ustedes por qué revientan de llenas nuestras paneras? Pues es porque hemos sembrado á dos manos.

En esto la gente moza va levantándose de la mesa alborotada con los preludios de una guitarra que Ca-

nuto se ha puesto á templar al extremo del emparrado.

—Ea, ea, dice el alcalde, á ver si bailáis, con permiso del señor cura, unas seguidillas que se hunda la tierra.

El señor cura hace una señal de asentimiento, y Canuto entona esta seguidilla al compás de su guitarra :

Miéntras yo con afanes
siembro en la vega,
con afanes en casa
mi mujer siembra,
y al fin del año
¡qué cosecha tan rica
nos encontramos!

FIN DE LAS SIEMBRAS Y LAS COSECHAS.

LA FELICIDAD DOMÉSTICA.

LA FELICIDAD DOMÉSTICA.

I.

Permítaseme empezar este cuento con algunos detalles topográficos, y en el hecho de pedir que se me permitan estos detalles, confieso que no están del todo en su lugar.

Donde los cuentos dan á su autor mucha gloria y mucho dinero, la crítica debe tener la manga muy estrecha; pero en España, donde poco ó nada de eso dan, la crítica debe tener la manga tan ancha, tan ancha, que puedan pasar por ella los extravíos que para nuestro particular solaz nos permitimos los autores.

— Autor, me dice el público, ven acá y cuéntame un cuento.

— ¡Allá voy, señor mio! le contesto; pero cate usted que apénas empiezo el cuento, veo pasar á una

personita que me gusta, y por ir á charlar con ella un rato, dejo al público con un palmo de narices.

— ¡Cómo se entiende! me grita indignado el público. Me falta usted al respeto olvidando que las leyes del arte niegan la autonomía á los novelistas.

— Vamos á cuentas, señor público. Cuando va usted á un teatro de aficionados ¿silba usted á los actores?

— No señor.

— ¿Y por qué?

— Porque son aficionados.

— ¿Y por qué razon son aficionados?

— Porque no ganan dinero.

— Pues mire usted, por esa razon somos tambien aficionados los novelistas españoles, y porque somos aficionados no se nos debe silbar, aunque nos tomemos libertades como la siguiente:

El oriente es la region de la luz y el ocaso la de la sombra. Vámonos hácia el oriente saliendo por la puerta de Alcalá.

Siguiendo la carretera de Aragon, caminamos por espacio de un cuarto de hora dominando con la vista las llanuras que cercan á la capital.

Descendemos á un vallecito donde hay un puente sobre un arroyo nominal y emprendemos la subida de una cuesta agradable por lo corta y desagradable por lo pendiente.

¡Ya estamos arriba! El pecho se ensancha y los ojos

brillan de alegría con el ambiente que aquí se respira y el panorama que desde aquí se descubre. El pecho respira las brisas del Somosierra que en su viaje hácia nosotros recogen el aroma de los tomillares en las márgenes del Lozoya y el Jarama, y los ojos se deleitan contemplando: al ocaso, en primer término, la populosa capital, y en segundo las colinas de Sumasaguas; al oriente, los hermosos campos de Alcalá; al mediodía, las feraces llanuras que sirven de antesala al regio Aranjuez, y al norte la quebrada cordillera de los Carpetanos, casi eternamente coronada de nieve.

Respirando este ambiente y contemplando este panorama, caminamos por espacio de un cuarto de hora, y comenzamos á descender una larga cuesta á cuyo término vemos un hermoso valle.

Esa sombría arboleda á traves de cuyo ramaje se descubren las pintadas casas de una aldeita y las ruinas de un castillo feudal, nos dice al ver el ánsia con que la contemplamos: «Mírame y no me toques, que el noble duque de Osuna, mi señor y dueño, viéndome tan linda y viciosa, me ha rodeado de cal y canto para que no se acerquen á retozar conmigo los pasajeros.»

Dejamos la carretera de Aragon y tomamos la izquierda á la sombra de la tapia que cerca la arboleda y á la de la arboleda que se asoma á la tapia para ostentar sus gracias y dar envidia al pasajero.

Apénas nos adelantamos á la arboleda, saludamos las ruinas del castillo en cuyos medio cegados fosos guisa y despacha su miserable pitanza alguna vagabunda familia manchega, si es de dia, y en cuyo único cubo existente se guarece la misma familia, si es de noche.

Entónces descubrimos el campanario de Barajas, á cuya plaza circundada de soportales llegamos un cuarto de hora despues, y donde nos detenemos solo un momento, porque restos de pasada grandeza nos contristan aquí el alma.

Caminando cuesta abajo por medio de fértiles campos y al cabo de media hora llegamos á la orilla de un rio, á la orilla del Jarama. Una barca nos pasa á la orilla opuesta. Alzamos la vista al oriente, y en la cima de un cerro casi perpendicular, cuyos piés besa el Jarama cuando éste sale de sus casillas, vemos una torre negra, que más que un campanario parece una atalaya morisca.

A la sombra de aquella torre yace el humilde Paracuellos.

El cerro corre en direccion al norte paralelo con el rio, pero separándose de éste cada vez más, como huyendo de los toros que suelen pastar en las verdes praderas que entre el cerro y el rio se extienden.

Más de media hora caminamos por la llanura sin abandonar la base del cerro coronado de enormes peñascos, desde los cuales examinan los buitres la ri-

bera, dispuestos á lanzarse sobre el primer corderillo que haga la inocentada de separarse un poco de su madre.

El camino abandona el llano torciendo un poco á la izquierda, y trepa por una cañada que se nombra la cuesta de Ibar-Ibañez.

Despues de un cuarto de hora de subida, dominamos la cadena de cerros que nos ha dominado, y caminando por medio de tomillares y tierras de pan llevar, unas veces bajando un poco, otras veces subiendo un mucho, seguimos hácia el nordeste, hasta que allá de una hondonada vemos surgir un campanario que parece el de una catedral.

Aquel campanario nos sirve de guía y al acercarnos á él, descubrimos á su pié unas ochenta casas escalonadas como un nacimiento en la falda de un empinado cerro.

Ya estamos tan cerca de la aldea, que oimos cantar en ella los gallos.

Descendemos una cuesta no muy pendiente, pasamos un arroyo y llegamos á Coveña despues de un viaje de cuatro leguas.

Ahora, refrescamos en la hermosa fuente de la aldea y descansamos á la sombra del olivar con que linda por la izquierda la aldeita donde pasó mucho de lo que despues de descansar contarémos.

II.

Linda Coveña por oriente con huertos poblados de frutales, por mediodía con el arroyo que ya hemos nombrado, por el norte con ribazos que forman los escalones del cerro llamado del Castillo, que domina la aldea, y por ocaso con el modesto y hermoso olivar á cuya sombra hemos descansado.

Una de las pocas y escabrosas calles que cuenta la aldea, parte de la plaza y desemboca frente al olivar.

En esta desembocadura hay, ó al ménos habia en la época á que nuestro cuento se refiere, dos casas, una frente de otra y formando notable contraste por la humildad de la una y la soberbia de la otra.

Conocíase la de la izquierda por *ca* de Juan Cachaza y la de la derecha por *ca* del tio Berrinche.

Tenía la primera un solo piso compuesto de portal, cocina, despensa, dos alcobas y una salita con puerta á un corralon donde habia otro cuerpo de edificio, mitad del cual servia de cuadra y la otra mitad de granero.

Una parte del corral, la del lado de la casa, era una especie de jardin, que contaba hasta una docena de árboles frutales, una parra que daba sombra á la puertecita que comunicaba con la sala, cuatro cuartelitos

destinados al cultivo de legumbres y verduras, y algunas matas de rosales, de claveles y de otras flores y plantas aromáticas, que orlaban los cuarteles, interpoladas con los frutales.

En el interior de la casa, todo era pobre, pero limpio y arreglado. Lo único que merecia especial mencion eran el mueblaje y los adornos de la salita. Los muebles se reducian á una sillería de Vitoria, á una cómoda antigua y á una mesita cubierta con un tapete de hule, y en cuanto á los adornos, consistian en un cuadro al óleo de la Vírgen de los Dolores, un san Antonio de talla, colocado sobre la mesita, bajo un fanal, dos cuadritos bordados y algunos juguetes de niño colocados al lado del san Antonio.

Tal era la casa de Juan Cachaza.

Veamos lo que era la casa de Pepe Berrinche.

El conjunto del edificio tenía honores de palacio, sobre todo en Coveña, donde, como en la generalidad de las aldeas de Castilla la Nueva, los aleros de los tejados se entretienen en apabullar los sombreros á los buenos mozos.

En el piso bajo, portal, leñera, lagar, cuadra, pajera, granero y algunos departamentos más, todo esto sobremanera espacioso.

En el piso principal, un salon donde segun la frase vulgar podrian correr caballos, régias alcobas, ancho comedor, cocina más ancha aún, despensa y veinte piezas más, todo con hermosas luces y hermosas vis-

tas, y todo ricamente amueblado ó provisto de cuanto puede necesitarse en una casa.

El piso superior estaba destinado á la conservacion de frutas conservables, que abundaban allí, y eran por extremo exquisitas.

A la espalda de la casa se extendia un espacioso cercado, que encerraba una hermosísima huerta-jardin, poblada de innumerables frutales, de emparrados que formaban largas y sombrías galerías, de cenadores y de cuantas flores y plantas aromáticas se conocen en España.

A esta huerta-jardin se bajaba desde el comedor por una escalerilla exterior, sombreada con el pomposo ramaje de una enorme parra, que se sabía tradicionalmente haber plantado el bisabuelo de Pepe Berrinche.

— Pero, por los clavos de Cristo, me grita el público, déjese usted de descripciones, que eso ya pasa de castaño oscuro.

— Perdone usted, que estoy en mi derecho, porque no es cosa de que los autores no se luzcan describiendo «el teatro de los sucesos.» Y si no, ¿no está usted harto de leer todos los dias cuentos ó novelas ó artículos, que comienzan:

«La luna rielaba en las plateadas ondas del rio,» etc.; ó

«Los pajarillos cantaban, volando de rama en rama», etc.;

ó

«El reloj de san acá ó san allá acababa de dar las tantas ó las cuantas», etc.?

— Sí que estoy harto de leerlo.

— Pues entónces, aguante usted la mecha si yo le encajo un trozo de la *poesía* descriptiva que se usa ahora, que lo que se usa no se excusa.

— No, si le dejan á usted hablar..... Hable usted hasta mañana.

Quien va á hablar no soy yo, que son Juan Cachaza y su mujer, miéntras comen bajo el emparrado de su jardincito, donde duerme la siesta en una cunita de mimbre, su hija que apénas tendrá un año.

— ¡Uf, qué calor! ¡Se asan las piedras en aquella vega! exclama Juan, haciéndose aire con el sombrero y dirigiéndose á la mesita que acaba de poner su mujer.

— ¡Válgame Dios, hijo, vendrás achicharrado!..... ¿Por qué no te estás en casa durante las horas de más calor?

— Pero mujer, ¿no ves que se está desgranando el trigo, y hay que segarlo á toda prisa? Sí, ¡para echarla de señores estamos!.....

— Tienes razon, hombre. ¡Válgame Dios, qué gana tengo de que vayas á Madrid con un par de cargas de trigo á ver si te echas un poco de ropa, que te vas quedando en cueritos vivos! Hoy he estado desojándome á ver si podia arreglarte una camisa para ma-

ñana, que es domingo, y apénas lo he conseguido, porque están todas ellas que se le van á una de la mano.

— Anda, que peor estaba la que nuestro padre Adan gastaba en el Paraíso.

— Hijo, Juan Cachaza te llaman, y el nombre te está pintiparado.

— Pues no sé cómo á tí no te han puesto Mari-Paciencia, que ese nombre te vendria tan de molde como á mí el mio.

— ¿Y quieres que me vaya á desesperar por los trabajos y los apuros que Dios le da á una?

— Pues eso mismo digo yo. ¿Que no tenemos hoy un cuarto? Anda con Dios, que mañana lo tendrémos, y si no es mañana, será otro dia. Nuestra obligacion es trabajar para ser ricos. ¿No trabajamos?

— Sí.

— ¿Lo somos?

— No.

— Pues hija, si esa desgracia fuera para ahorcarse como Júdas, son tantos los que padecen de ella, que no habria en el mundo saúco sin espantajo. Pero hablando con formalidad, yo tambien tengo gana de que saquemos algunos cuartos de la cosecha, no para echármelos yo encima, que el hombre va majo cuando va al trabajo, sino para que tú te avies un poco.....

— Yo ya estoy aviada.....

— ¡Sí, aviadita estás sin poder salir de casa!

— La mujer en casa ó la pierna quebrada, dice el

refran. Mira, con el par de zapatos que me traerán esta noche.....

—¿Esta noche dices? Sí, ¡como no te pongas otros!.....

—¿Pues no le dijiste al zapatero de Algete que los necesitaba para mañana?

—Ni para mañana, ni para otro dia, que cuando fuí á encargarlos estaba el zapatero á Madrid, y no he podido volver.....

—Pues anda, que para ir mañana á misa me gobernaré con los viejos. Ea, vamos á comer, que ya tendrás gana.

—Esa nunca me falta, á Dios gracias. Anda, tráeme el botijo, que quiero hacer boca con un trago.

Juan empina el botijo, y arroja en seguida la bocanada de agua.

—¡Está como caldo! exclama.

—¡Válgame Dios, hijo, cuánto lo siento!

—Yo creí que habias ido como todos los dias á traerla fresca de la fuente.

—Como está tan impertinente esa criatura con su denticion, no me he atrevido á dejarla en casa ni á llevarla conmigo, no fuera que con el calorazo que hace le diese un tabardillo.

—Has hecho perfectamente.

—Sí, pero tú estarás ahogado de sed.

—Anda, que aquí al aire se refrescará el botijo para cuando acabemos de comer.

Mariquita saca un puchero, cala la sopa que ya estaba partida, y le coloca á su lado en el suelo.

— Qué, tenemos puchero?

— Sí, hombre. La comida sin puchero no tiene fuste ni fundamento.

— Yo creí que teniamos las truchas que saqué anoche del Jarama.

— Tambien las tenemos fritas y rebozaditas con huevo. Verás qué ricas están. Sólo que..... Eran cuatro, ¿no es verdad?

— Sí.

— Pues me descuidé un poco cuando las estaba friendo, y el Morroño me birló una.....

— Verás cómo le quito yo esas mañas.

Juan va á arrear una patada al gato que anda bajo la mesa; pero el gato más ligero que su amo, huye hácia la cocina murmurando no sé qué.

Juan se levanta para perseguirle, pero Mariquita le detiene, apresurándose á decirle:

— Déjale, hombre, que el animalito de Dios no tiene la culpa.

— No, que la tendrá el del vecino.

— La tengo yo.

— ¿Tú?

— Yo, sí. ¡Caramba, que todo lo ha de decir una! Mira, cuando estaba friendo las truchas, vino la tia Gaceta á pedir una limosna, y la pobre traia una cara de necesidad, que de seguro no habia entrado gracia

de Dios en su cuerpo desde ayer. Y como yo no tengo alma para ver lástimas, ¡qué habia de hacer! la mandé entrar y sentarse, y le dí una trucha que se comió calentita con un zoquete de pan. Hijo, ¡si vieras con qué ánsia la comia!..... La pobrecita parecia otra mujer despues que tomó aquel refrigerio.

— Hiciste bien en sacarle la tripa de mal año, aunque otras lo merecen mejor que ella.....

— Hombre, si la infeliz está cargada de años y de hambre.

— Y tambien de picardía.

— ¡Qué lengua tienes!

— Peor la tiene esa infernadora de matrimonios.....

— Anda, déjala, que si es mala, *allá* lo encontrará.

— Si viene á pedir una limosna, se la das, y cuanto ántes se largue mejor, que esa es una tia bruja.....

— Pues mira, yo no me atrevo á ponerme mal con ella, porque no sea que le vaya á hacer á mi niña mal de ojo.....

— ¡Mal de ojo!..... ¡Quítate de ahí, mujer! ¿No te da vergüenza creer en esas tonterías?

— ¡Sí, tonterías! Mira, á la Rosa le ha contado Santiago, su novio, que la tia Gaceta fué un dia á Algete, y porque no le quiso dar limosna una mujer que estaba dando de mamar á un niño, se puso á mirar, á mirar al angelito de Dios, y así que la tia Gaceta se marchó, el pobre niño se quedó muerto como un pajarito en los brazos de su madre.

— Mujer, no creas disparates.

— Pues así lo ha contado Santiago.

— Santiago es un tonto, que siempre está viendo visiones. Para que te convenzas de que eso del mal de ojo es cuento, te voy á contar uno. Un vecino de Ajalvir, muy hombre de bien y muy poco ambicioso miéntras no tuvo familia, tuvo un niño muy hermoso, y desde aquel instante empezó á ambicionar como si temiera que le faltasen siete piés de tierra para enterrarse. Todo su afan venía de que queria mucho á su hijo, y todo le parecia poco para dejarle rico cuando él cerrase el ojo. Pues señor, poco á poco se fué metiendo hasta la mitad de una tierra que lindaba con otra suya; pero el dueño de la tierra, que era un señor de Alcalá, lo sabe y le pone pleito. El de Ajalvir pensó que lo que una mujer no alcanza con sus ruegos no lo alcanza nadie, y dijo á la suya que fuese á Alcalá y rogase al dueño de la tierra que no le arruinára andando en justicia. La mujer se plantó en Alcalá llevando consigo el niño, y preguntando por el señor á quien iba á ver, le dijeron que habia ido á Madrid, pero que podia ver á su madre. La hicieron entrar en un gabinete y allí se encontró con una señora muy viejecita, que estaba muy arrellanada en un sillon. La señora le prometió interceder para que no siguiera el pleito, y la despidió con mucho cariño. A la de Ajalvir le chocó que durante la visita la viejecita no quitase ojo del niño, mirándole sin pestañear siquiera, y

tomó el camino del pueblo; pero apénas salió de Alcalá, el niño empezó á ponerse malo, y malo fué que al llegar á Ajalvir angelitos al cielo. La mujer contó todo lo que le habia pasado en Alcalá, y al llegar á lo del modo de mirar de la viejecita, marido y mujer convinieron en que aquella pícara habia hecho mal de ojo á la criatura, y en seguida dieron parte del caso al juez de Alcalá; pero cátate tú que al ir el juez á tomar declaracion á la señora que habia hecho mal de ojo al niño, se encontró con que la señora era ciega.

— La muerte del niño fué castigo de Dios, que hirió al ambicioso donde más le dolia.

— Mujer, eso es ya meterse en honduras que no son para ignorantes como nosotros. Trae las truchas, que quiero volver pronto á trabajar sin meterme en tierras ajenas, no sea que Dios nos hiera en ese pedazo de nuestro corazon que tienes al lado.

— ¡Hija de mi alma! exclama Mariquita dando un beso á la suya, que duerme á su lado, y se dirige á la cocina, de donde sale el Morroño como espantado y presa de crueles remordimientos.

— ¡Ah, pícaro! exclama Mariquita al verle, apuesto que tú has hecho alguna de las tuyas!

Y se lanza presurosa á la cocina.

— ¿No lo dije? añade. Ese gato me ha de quitar á mí la vida. Le mato, le mato sin remedio.

— ¿Qué es eso, mujer?

— Qué ha de ser, que el Morroño no ha dejado ni las espinas ni las truchas.

— Dame la escopeta y verás cómo se las hago yo salir del cuerpo de una perdigonada.

— No, no le mates, exclama Mariquita asustada, que yo tengo la culpa. Dejé las truchas á su disposicion y ¡qué habia de hacer el animalito de Dios!

— Vamos, le perdonarémos la vida ya que te empeñas, mujer.

— Y tú, pobre, que te estuviste anoche matándote para pescar las truchas.....

— Las pesqué para tí y se las has dejado llevar al gato..... Buen provecho te haga tu descuido..... ¿Sabes lo que iba murmurando el gato cuando huia acusado por tí de un delito que no habia cometido? Pues iba diciendo: « Ya que me acusan de ladron sin serlo, lo seré, y si me lleva el diablo me llevará almorzado »; que así dicen y hacen los concejales donde hay la costumbre de acusarlos de ladrones, aunque sean hombres de bien.

III.

El tio Jeromo, que cuenta ya sus setenta inviernos, está partiendo leña en el portal de casa de Pepe Berrinche, y la tia Gaceta se acerca renqueando y apoyada en su báculo á la puerta de la misma casa.

— ¡ Ave María Purísima !

—Sin pecado concebida.

—¿Cómo va, tio Jeromo?

—Unas veces cayendo y otras levantando. ¿Y usted, tia Gaceta?

—¡Cómo quieres que me vaya, cargada de años y de necesidad!

—¿De necesidad, eh? Si en lugar de echar en aguardiente los cuartos que usted recoge, los echára en una hucha.....

—Calla, calla, mala lengua, y no quites el crédito á los pobres.

—Para quitarle á usted el crédito era menester que le tuviera.

—Le tengo y muy grande.

—Sí, de borracha.

—Mira, Jeromo, que el pobrecito que llega á tu puerta es Dios.....

—No estoy conforme.

—¿Por qué?

—Porque Dios no bebe aguardiente, y usted huele que apesta.....

—Pero, hijo, si sabes que el cuartito que me echo es por medicina.

—¡Que no reventára usted!

—¡Calla, lengua de hacha!

—¡Quién cogiera la de usted sobre este tajo!

—Sí, eso quisieras tú. Pues, hijo, el que no la hace no la teme.

—¿Qué es lo que usted quiere decir, tia bruja?

—Nada, nada, hijo. No te asustes, que ya me hago cargo de que tus amos son ricos, y lo mismo les da vender el trigo á cuarenta que á cuarenta y dos.

—¿Qué es lo que está usted ahí hablando, grandísima.....?

—Nada, que, como soy bruja, todo lo sé.

—¡Voto á brios Baco balillo!..... Ó se explica usted, ó le arranco la lengua!

—Lo dicho dicho, hijo. No la hagas y no la temas.

—Si no fuera usted mujer.....

—No soy mujer, que soy un duendecillo que todo lo sabe.

—Me va usted á decir que es lo que sabe de mí, ó.....

—Suelta, suelta, que te prometo callar como una muerta.

—¡Tia Gaceta, explíquese usted ó me pierdo!

El tio Jeromo tiene asida por el pescuezo á la tia Gaceta con la una mano, miéntras con la otra aprieta, temblando de ira, el mango del hacha.

Á los gritos que dan los contendientes sale á lo alto de la escalera la señora Isabel, que es la mujer de Pepe Berrinche.

—Tio Jeromo, pregunta asustada, ¿qué es eso?

—¡Que voy á matar á esta bruja borracha!

—Pero ¿por qué, hombre?

—Porque me está quitando la honra.

— ¡Qué honra ni qué calabaza! ¡Suéltela usted, y nó sea usted bruto!

El tio Jeromo suelta á la vieja, tira el hacha y se va á la calle echando sapos y culebras por aquella boca contra la tia Gaceta y contra su ama.

— Tia Gaceta, suba usted, y no haga caso de ese vinagre.

— Hija, algun ángel te ha hecho salir, que si no me mata esa fiera. Pobrecita de mí, que, como me ven vieja y necesitada, todos me tiran al degüello.

Y la tia Gaceta se echó á llorar.

— Vamos, no llore usted, que no todos la tratan á usted mal. Entre usted y beberá un poco de agua y vinagre para que se serene.

— Dios te lo pagará, hija..... Mira, no te molestes en hacer mezclas. Dame una pintita de vino ó aguardiente si lo tienes á mano.

— ¡Eh, mal haya el aguardientazo, que no sé cómo no tienen ustedes abrasadas las entrañas con él!

— ¡Ay, hija, bien se conoce que no lo bebes! ¡Si supieras tú el excelente refresco que es!.....

— ¡No tiene usted mal refresco!

— Pues qué, ¿no has visto echar unas gotas de aguardiente en el agua para refrescar?

— Sí que lo he visto.

— ¡Pues si el aguardiente aguado refresca, calcula tú lo que refrescará puro.

— Será lo que usted quiera, tia Gaceta; pero le ase-

guro á usted que, si me hubiera tocado un marido aficionado al aguardiente, no sé lo que haria..... En casa lo tenemos siempre por si se ofrece para un remedio; pero sólo con olerlo me dan náuseas, y eso que es del mejor.

A la tia Gaceta se le encandilan los ojos al oir este elogio del aguardiente que se gasta en casa de Pepe Berrinche.

— Pues, hija, tú aborreces á los que huelen á aguardiente, pero á tu marido no le sucede lo mismo.....

— Y ¿por qué dice usted eso?

— Porque lo acabo de ver.

— Caramba, explíquese usted de una vez y déjese de misterios.

— Mujer, ten paciencia, que desde que te casaste parece que se te ha pegado el mal genio de los Berrinches. Sácame eso á ver si se me despega un poco la lengua del paladar, y luégo hablarémos.

Isabel trae una botella de aguardiente y echa una copa á la tia Gaceta, que la desocupa con delicia, exclamando:

— ¡Bendito sea el Señor, qué pecado mortal cometeis los que hablais mal de esta gracia de Dios!

— Pero vamos, ¿por qué dice usted que mi Pepe no aborrece á los que huelen á aguardiente?

— Porque le gusta arrimarse á la aguardientera.....

— ¿A la Celedonia?

— Sí, á la buena moza de la plaza.

A Isabel se le desencajan las facciones y se le encienden de cólera las mejillas.

— Vamos, tia Gaceta, déjese usted de embustes y no turbe la paz de los que viven como Dios manda.

— Hija, perdona, que no me acordaba de que eras celosilla.

— Yo no soy celosa, que soy una mujer que tiene fe en la honradez y el cariño de su esposo! replica Isabel con altivez.

— Pues nada, hija, no hablemos más del asunto. Haces perfectamente en no querer averiguar las vidas y milagros de tu marido. Yo, que he vivido mucho, sé mucho de estas cosas, y creo firmemente que cuando los hombres salen como el tuyo alegrillos de cascos y aficionados á las hijas de Eva, lo mejor es cerrar los ojos y salga el sol por Antequera.

— Tia Gaceta, exclama Isabel casi llorando de rabia, váyase usted, váyase usted de aquí.

— Bien, hija, ahora me iré, pero échame una pintita, que me ha destroncado ese pícaro de tio Jeromo.

Tome usted, y váyase usted de aquí más pronto que la vista.

Isabel, desatentada, echa otra copa de aguardiente, derramando sobre la mesa dos ó tres.

La tia Gaceta desocupa la copa y se pone á sorber el aguardiente que cuela de la mesa, exclamando:

— ¡Válgame el Señor, qué lástima ver la gracia de Dios por el suelo!

— ¡Tio Jeromo! grita Pepe en el portal. ¿Dónde anda el tio Jeromo, que tiene aquí tirada el hacha y la leña por partir?

Nadie le contesta.

La tia Gaceta toma escalera abajo así que siente á Pepe; pero se encuentra con éste al pié de la escalera.

— Ya le he dicho á usted, tia bruja, que no tiene que subir las escaleras de mi casa. Aquí no queremos cuentos ni chismes.

— Bueno, bueno, no te sofoques, cascarabias, que no volveré á subir. He subido hoy, porque tu mujer, que tiene mejores entrañas que vosotros los Berrinches, me ha mandado subir.

Lárguese usted de aquí, tia Gaceta, que usted es muy amiga de sacar la lengua á paseo, y si se me atufan las narices voy á olvidar que es usted una pobre vieja.

— Sí, ya sé que las viejas no somos santas de tu devocion. Pues, hijo, vieja ha de ser, si no se muere ántes, la buena moza de la plaza.

— ¿Qué es lo que va usted ahí rezando, so bruja?

— Nada, nada, hijo, que no me gusta abrir los ojos á nadie, porque lo mismo reza con los hombres que con las mujeres aquella copla que dice:

El que quiera en este mundo
tener paz con su mujer,
aunque vea muchas cosas
ha de hacer que no las ve.

Pepe sube la escalera diciendo para su chaqueta, pues es de advertir que Pepe gastaba chaqueta en verano y zamarra en las demas estaciones :

— Apuesto doble contra sencillo á que tenemos pelea de resultas de la visita de esa bruja encismadora; pero voy á hacer de tripas corazon á ver si una vez siquiera en mi vida oigo como quien oye llover los improperios de mi mujer.

Rosa, una chica como su nombre, que sirve en casa de Pepe, canta que se las pela andando de aquí para allí en sus faenas.

Como Pepe no ve á su mujer, pregunta por ella á Rosa, y ésta le dice que acaba de oirla cerrar la puerta-vidriera de uno de los gabinetes de la sala.

— ¡ Adios! dice para sí Pepe, tormenta tenemos!, y se dirige á la sala y va á entrar en el gabinete; pero la puerta-vidriera del gabinete tiene echado el pasadorcito con que se sujeta por dentro el picaporte para que no se pueda levantar desde fuera.

— ¡ Isabel, abre!

Isabel ni abre ni responde.

— ¿Si le habrá dado algo? dice para sí Pepe, y procura ver por un costado de la cortinilla interior si Isabel está en el gabinete.

En efecto, Isabel está tumbada en un sillon y con la frente apoyada sobre el brazo.

Pepe agota el vocabulario del cariño y la persuasion para hacer abrir y hablar á su mujer; pero su mujer ni habla ni abre.

La sangre de su padre el tio Juan Berrinche, el hombre más irascible de que hay memoria en Coveña y sus contornos, y en el que tuvo orígen el mote que lleva la familia, corre por sus venas y dice á voces aquí estoy yo; pero Pepe, que ha tomado la firme resolucion de imitar al vecino de enfrente, da un papirotazo á su sangre y la hace callar.

A través de la puerta-vidriera empiezan á oirse sollozos. Pepe los considera truenos precursores de un diluvio de improperios, y redobla sus esfuerzos para conjurar la tormenta; pero la tormenta estalla de repente más fuerte que nunca.

Isabel se levanta con los ojos llorosos y centelleantes y el rostro desencajado y todo su cuerpo agitado por una convulsion nerviosa, y abre la puerta-vidriera exclamando:

— Hipócrita, infame, déjame en paz y vete á gastar conversacion con la bribona que te ha entretenido toda la mañana.

— Pero, mujer, ¿estás loca? dice Pepe esforzándose por conservar la calma habitual en el vecino de enfrente, á quien se ha propuesto imitar. Si he pasado la mañana.....

— ¡Demasiado sé dónde la has pasado, grandísimo pícaro!..... ¡Pobre de mí, en qué hombre puse yo mi cariño!

É Isabel llora sin consuelo.

— Pero, mujer, óyeme, y luégo me condenarás si lo merezco.

— ¡Lo que tú mereces es un presidio!

A Pepe le faltan ya fuerzas para contener los botes y rebotes que da en sus venas la sangre de los Berrinches.

— ¡Isabel, que se me acaba ya la paciencia!..... grita meneando la cabeza y soltando un tremendo taco y dando una terrible patada en el suelo.

— ¡Mátame, mátame si quieres, que más vale que me mates de un golpe que no poco á poco! replica Isabel presentándose delante de él del modo más provocativo.

Pepe hace el último esfuerzo para poner una mordaza á la sangre de los Berrinches.

Algunos vecinos escuchan la disputa desde la esquina de enfrente, y el tio Jeromo sube la escalera con toda la ligereza que le permiten sus setenta años.

— ¡Qué escándalo es este, caráspita! exclama lanzándose en medio de sus amos. ¡A ver si se calla aquí todo Dios!

— Tio Jeromo, vaya usted á cumplir con su obligacion y no se meta usted en los asuntos de sus amos! le replica Pepe.

—Mi obligacion es no consentir que esteis siempre como el perro y el gato por un quitame allá esas pajas.

—¡Obedézcame usted y calle! grita Pepe con severidad al viejo.

—Pues no me da la gana de obedecer, caráspita, que tú no eres mi amo ni Cristo que lo fundó. Mi amo era el pobre de tu padre, que esté en gloria, y aquel me tenía autorizado hasta para cascarte las liendres, ¿con que estás enterado?

—Vaya, á usted hay que dejarle ó matarle, dice Pepe sonriendo; pero viendo que Isabel se deshace en lágrimas agitada por la convulsion nerviosa cada vez más fuerte, hace un supremo esfuerzo para convencerla de que sus quejas son infundadas, y de que si quiere tranquilizarse lo conseguirá sólo con escucharle.

—Vamos, vamos, dice el tio Jeromo uniendo sus esfuerzos á los de Pepe, tú tambien eres una cascarabias, y es necesario que domines ese geniecillo que se te ha pegado de tu marido.

Y cogiendo á Isabel del brazo y procurando arrojarla á los de su marido,

—Anda, añade, dale un abrazo y estamos todos al fin de la calle.

Pero Isabel paga la oficiosidad del viejo con un sofion, y se deja caer nuevamente en el sillon quejándose de lo desgraciada que Dios la ha hecho dándole el marido que le ha dado.

— Pues tú y tu marido y toda vuestra casta os vais á donde se fué mi dinero, exclama el tio Jeromo, furioso al ver que nadie le hace caso. Sois un atajo de ingratos y descastados, y no mereceis que nadie se tome interes por vosotros. La culpa tengo yo, que no digo al veros enzarzados: «anda que se descuernen..... » ¡Ay si alzára la cabeza el pobre señor Juan, y viera cómo tratan su hijo y su nuera á este pobre viejo que lleva cerca de sesenta años en la casa.....

Y el tio Jeromo toma la escalera, empuña el hacha que estaba tirada en el portal, y continúa partiendo leña con tal rabia, que de cada hachazo divide una gruesa rama de álamo negro, figurándose que el zoquete de madera es el pescuezo de la tia Gaceta, á quien con razon echa la culpa de toda la gresca que esta vez anda en la casa.

Entre tanto Isabel y Pepe discuten á más y mejor en la sala, porque es de saber que Pepe ha alcanzado por fin la gran victoria de que su mujer le escuche y le replique.

En política la discusion conduce generalmente al odio, pero en cuestiones domésticas la discusion conduce á la reconciliacion, aunque á veces hace dar un rodeo por los trastazos.

Pasaba esto la víspera de una solemne fiesta, y las campanas de la iglesia parroquial de Coveña comenzaron á repicar con gran enojo de Isabel y Pepe en el momento en que Pepe é Isabel comenzaron a discutir.

Un grito de horror se oyó de repente hácia la plaza, las campanas callaron, y llantos y voces lastimeras, que se extendieron rápidamente por todo el pueblo, siguieron á aquel grito.

— ¡Santo Cristo del Amparo, favorecedle! gritaban las mujeres.

Y Pepe y su mujer, olvidando repentinamente su querella, se precipitaron al balcon, y tan pronto como supieron la causa de aquel llanto y aquellos lamentos, corrieron hácia la iglesia, á cuya plaza se agolpaban todos los habitantes del pueblo.

IV.

La iglesia parroquial de Coveña es uno de los templos más hermosos que alegran con la voz de sus campanas las llanuras de Castilla la Nueva.

No en vano hemos dicho que su torre parece la de una catedral. Apénas salimos de Madrid, distinguimos allá léjos, muy léjos, en el vago y extenso horizonte, una aguja que surge de la llanura, y en torno ó al pié de la cual en vano buscamos algun edificio. Aquella aguja que al salir de Madrid nos parecia negra, y segun vamos caminando hácia ella va tornándose blanca, es el campanario de Coveña, que se alza de una hondonada, en cuyo fondo se oculta á nuestros ojos el hermoso templo que le sirve de pedestal.

La tradicion popular que, con permiso del axioma *vox populi, vox Dei*, suele ser muy embustera é incurre en anacronismos de marca mayor, atribuye á Herrera, al gran artífice del monasterio del Escorial, la construccion de la iglesia parroquial de Coveña, que en mi concepto, cuando más, será obra de algun discípulo de Herrera.

La tradicion no se contenta con esto : echándose sin duda la cuenta de presa por ocho presa por ochenta, se aventura á contar lo siguiente :

Juan de Herrera veia ya casi terminada la iglesia de Coveña y se complacia en contemplar su obra, unas veces á vista de pájaro, es decir, desde el cerro del Castillo, y otras á vista de hormiga, es decir, desde la plaza donde está edificada la iglesia.

Juan de Herrera tenia un hijo que valia un Perú en punto á teoría, pero que no valia un comino en punto á práctica.

El chico emprendió un dia la subida al campanario por la altísima escalera espiral, encerrada en una especie de tubo de piedra, que aún subsiste, y al llegar al fin de aquel poco ménos que interminable remolino se sintió mareado con tantas vueltas y revueltas. Su padre que le seguia sin que él lo supiese, le vió asomarse á una ventana que da á la plaza y echarse inmediatamente atrás espantado del abismo á cuya orilla se hallaba.

—¿Cobarde, tienes miedo? exclamó Herrera indig-



nado al ver que su hijo se asustaba de la altura que no asustaba á los niños de Coveña.

El muchacho quiso defenderse de la acusacion que su padre le dirigia, y volvió á asomarse á la ventana; pero Herrera notó que miéntras permanecia asomado, cerraba los ojos no pudiendo contemplar con serenidad el abismo sobre el cual se inclinaba.

Herrera renovó sus reconvenciones cada vez más irritado con su hijo, que no puso gran empeño en defenderse.

Algunos dias despues se bendijo el templo, y con tal motivo el arquitecto y su hijo fueron obsequiados por el municipio con un espléndido banquete, al que asistian muchas personas notables de los pueblos comarcanos, de Alcalá y de Madrid.

Durante el banquete, Herrera quiso aprovechar la ocasion que le pareció oportuna para castigar la que él creia falta de su hijo, y refirió ante aquel lucido concurso la prueba de cobardía dada por el muchacho.

Éste, lleno de vergüenza, trató de probar que no habia sentido miedo al asomarse á la ventana de la torre; pero como le desmintiese su padre y nadie le creyese, exclamó herido en su amor propio:

—Padre, consentid que me someta á una gran prueba solemne y pública, y nadie habrá que se atreva á tacharme de cobarde.

—Lo consiento, hijo, contestó Herrera con alegría,

porque por lo mismo que queria mucho á su hijo, no le queria falto de valor. ¿Qué prueba deseas?

— Aun falta coronar la torre con el globo y la cruz que hoy se han traido de Madrid. Permitidme subir á colocar ese coronamiento.

— ¿Tendrás valor para ello?

— Le tendré.

— Mira, hijo, que si allí te falta el valor, te faltará la vida.

— Ni el valor ni la vida me faltarán.

— Pues bien: mañana subirás á colocar sobre la torre el globo y la cruz, dijo Herrera estrechando regocijado la mano de su hijo, cuya resolucion aplaudieron tambien cuantos estaban presentes.

La noticia de que al dia siguiente se iba á verificar aquella arriesgada operacion circuló por los pueblos comarcanos, y al dia siguiente millares de forasteros acudieron á presenciarla. Lo mismo los campos inmediatos á Coveña que la plaza contigua á la iglesia, estaban llenos de espectadores.

La enorme *bola*..... (la tradicion que está más familiarizada con las *bolas* que con los globos, esferas y otras garambainas, habla sólo de una bola), la enorme bola de bronce estaba ya á la mañana siguiente al pié de la torre sujeta con fuertes maromas que debian servir para elevarla.

— Si no tienes confianza en tu serenidad, no subas, hijo, que aún estás á tiempo para evitar un gran

peligro, dijo Herrera á su hijo á la puerta del templo.

El mancebo se sintió nuevamente humillado con aquella advertencia que implicaba duda de su valor, y por única respuesta tomó apresuradamente la alta escalera espiral del campanario, y un momento despues se le vió salir al tejado por uno de los arcos donde algunos dias ántes habian fijado las campanas.

Muchas de las personas que ocupaban la plaza oyeron con supersticioso terror una lúgubre campanada al pasar el jóven por bajo la campana con cuyo badajo sin duda tropezó.

—¡La campana ha tocado á muerto! repitió la multitud, y esta exclamacion se oyó en seguida por todas partes.

Herrera, sin embargo, parecia tranquilo, viendo desde la plaza á su hijo trepar al remate de la torre por una escalera de mano colocada en el tejado, y preparar el macho que habia de recibir el globo.

El globo empezó á ascender, y el jóven necesitaba subir dos peldaños más para recibirle, pero trató de hacerlo y no se atrevió.

—¡Mi hijo es muerto porque teme! exclamó Herrera con terror observando á su hijo desde la plaza.

Y en efecto, apénas lo habia dicho, la multitud lanzó un grito de horror viendo al mancebo vacilar y caer haciéndose pedazos contra uno de los botareles del templo.

Juan de Herrera, añade la tradicion, no tuvo des-

de entónces dia alegre ni noche tranquila. Una noche oscura, oscura, subió al cimborrio de San Lorenzo del Escorial, y al dirigir la vista hácia el oriente descubrió sobre la lejana torre de Coveña dos ojos centellantes y amenazadores que se fijaban en él. Ocho dias despues, al cumplirse el año de la muerte de su hijo, espiró á la misma hora en que éste habia espirado.

Puede ser embustera la tradicion que cuenta esto, y puedo serlo yo tambien que cuento cosas que no habrán averiguado algunos moradores de Coveña ménos investigadores que yo; pero por muy embusteros que la tradicion y yo fuésemos, nunca lo seriamos tanto como un poeta madrileño que queriendo pagar poéticamente la hospitalidad que durante algunos dias encontró en Coveña, consagró á aquella humilde aldea un cántico, en que se refiere que el templo atribuido á Juan de Herrera fué un tiempo mezquita mahometana y á la sombra de aquellos jóvenes olivos, donde descansamos al terminar nuestro viaje, descansaron los hijos de Ismael.

El que pase por Coveña, y quiera oir este *licencioso* cántico, pida á aquellos campesinos que se le reciten, y pronto encontrará quien le complazca.

Pero basta de digresion, y volvamos á nuestro cuento.

A la misma hora en que Pepe Berrinche y su mujer andaban poco ménos que á la greña, pasaba en la plaza de la iglesia lo que vamos á referir.

En la manzana de casas fronteras á la iglesia habia una tiendecita, quizá la única del pueblo, donde se vendian géneros tan heterogéneos como las tachuelas y el aguardiente, y á la puerta de la tienda habia un toldo de estera vieja que se reia por todas partes de la ruindad de dos parras que pugnaban por trepar á su altura, y reemplazarle en su benéfica mision de dar sombra á las vecinas que á la puerta de la tienda se sentaban á coser y murmurar.

La buena moza, nombre un poco aventurado con que era conocida Celedonia la tendera, y su vecina la tia Claudia, madre de Rosa, la criada de Juan Berrinche, estaban cosiendo á la puerta de la tienda miéntras unos chicos retozaban en un monton de cal á la sombra de la torre de la iglesia.

—Hija, decia la tendera, por más vueltas que le doy, no sé cómo componer este pantalon de ese enemigo malo de Pascualillo, porque está que no hay por donde cogerle, aunque apénas hace un mes que le estrenó.

—¡Pues no te digo nada de esta camisa de mi Antonio!

—¡Vamos, si no gana una para vestir á esas criaturas!

—Pero hija, ¿qué quieres que suceda con la vida que le dan á la ropa? ¡Mira, mira el mio! ¡Pues no está el condenado á muerte revolcándose en la cal! Vamos, hija, si te digo..... ¡Antonio!

— ¿Qué quiere usted?

— ¡Ah pícaro, si voy allá!

— Sí, me meterá usted un brazo por una manga.

— ¡Grandísimo insolente! Aguarda, aguarda, que ya te diré yo.....

— Eh, mujer, déjale.

— ¡Cómo que le deje! Sin hueso sano, á ver si es ese modo de responder á su madre.

— ¡Gem! ¡gem! ¿pues yo qué he dicho?

— Pícaro, ¿dónde has aprendido tú ese modo de responder?

— Padre dice así.

— ¡Ya! lo malo es lo que aprendeis vosotros, que lo bueno no. Cuando digo que voy á hacer y acontecer á los chicos, salta siempre su padre haciéndose el incrédulo: «Sí, lo que harás tú es meterle un brazo por una manga.»

— Pues *velay*. Los niños, ya se sabe, son como los papagayos que dicen lo que oyen, y como los monos que hacen lo que ven. Ahí tienes al mio sentado con las piernas cruzadas á lo moruno. ¿Pues sabes por qué es? Porque su padre, que esté en gloria, tenía el vicio, como todos los valencianos, de sentarse así, y él, que lo veia, hace lo mismo. Desengáñate tú que los niños son monos de imitacion.

— Por fin el tuyo es una malva.

— A Dios gracias no es de los peores.

— ¿Sabes que crece sin vergüenza?

— ¡Vaya si crece! Como que ya ando á ver si puedo ponerle á estudiar para cura.

— Pues oye, no es mala idea.

— No puedes figurarte la aficion que tiene esa criatura á la iglesia. Como que el sacristan tiene una ganga con él. Que hay que repicar, que hay que ayudar á misa, que hay que acompañar al cura para dar el Señor; allí está mi chico, que parece se encuentra hechas todas esas cosas. Así es que hace poco ha pasado por aquí Pepe Berrinche.....

— Eh, no anden ustedes con motes.

— Tienes razon, hija. Todos le llaman así, y una hace lo mismo; pero no merece que se le pongan motes un sugeto, que no agraviando lo presente, de mejor corazon no le hay en Coveña ni en veinte leguas á la redonda. Pues como iba diciendo, hace tiempo que ando cavilando á ver cómo podria yo darle una *miaja* de carrera al chico, y esta mañana viendo pasar por ahí al señor Pepe, dije: qué caramba, como él conoce tantos señores en Alcalá y Madrid, voy á hablarle á ver si tiene un buen empeño para meter á mi chico en algun colegio donde estudie el latin y se haga cura. Con que como lo dije lo hice, y me ha prometido hablar á sus amigos, y hasta si el chico se da buena maña á estudiar, ayudarle con uno, dos ó medio.....

— ¡Bendito sea él, que es mejor que el pan candeal! ¡Dios le dé un hijo que sea el íris de paz en su casa!

— Pues mira, no has tenido tú mala suerte en meter á la Rosa en ella, que si se porta bien, no saldrá desnuda de allí.

— Eso por sabido se calla. Como que su amo por un lado y por otro su ama, que son tal para cual, le han dicho que ellos se encargan de hacerle el ajuar cuando se case.

— Y ya que la pregunta viene á pelo, ¿la Rosa habla aún con Santiago el de la Roma?

— Toma, y cada vez están más encalabrinados.

— Pues es buen muchacho.

— No digo que no; pero hija, es tan simplon que á mí me pudre las entrañas.

— Anda, que en casándose, bien se avispan los hombres.

— Qué quieres que te diga, hija: dudo mucho que Santiago se avispe. Te voy á contar lo que le pasó el otro dia, y no lo vas á creer. Pues hija, estaba mala su madre y el cirujano la recetó ya no sé qué medicina, encargando que se fuera volando, volando por ella á Algete. Toma Santiago el camino de Algete, y ántes de pasar el arroyo, ve á Juan Cachaza, que estaba segando trigo en la tierra que tiene junto al camino. Tú ya sabes lo burlon y alegre que es Juan.

— Sí, dígamelo usted á mí que me desternilla de risa con los cuentos que me cuenta cada vez que pasa por aquí.

— Bien puede decir su mujer que si á pobre le ga-

nan pocas en Coveña, á dichosa ninguna le gana..... Pero volviendo á Santiago, —¿á dónde vas por ahí, hombre? le pregunta Juan. — Voy á Algete por una medicina para mi madre. — Pues chico, ándate con mucho cuidado con el boticario, que ha salido una órden de la reina permitiendo á cada boticario que eche mano cada año á un par de mozos bien gordos y les saque las mantecas para sus medicinas, y como tú estás tan de buen año..... —¿Pero es verdad eso, señor Juan? replica el bobo de Santiago temblando como un azogado. — Vaya si lo es, responde el otro. Y cátate tú, hija, que Santiago vuelve piés atrás como si viniera persiguiéndole cuchillo en mano el boticario de Algete, y cuenta el caso á media Coveña, de suerte que el tio Jeromo, como es tan zumbon como el mismo Juan Cachaza, le da cada mate á la Rosa con estas y otras simplezas de Santiago, que la pobre chica tiene frita la sangre.

Aquí llegaban en su conversacion las vecinas cuando un viejecito se asomó á la ventana de una casita inmediata á la iglesia, y dijo, dirigiéndose al hijo de la tendera, que continuaba retozando sobre el monton de cal con los otros chicos :

— Pascualillo, ven por la llave de la iglesia, y á ver si das un repique de los que tú sabes, que mañana es fiesta.

Pascualillo, loco de contento, fué de un brinco por la llave, y un momento despues, seguido de los otros

chicos, subia la altísima y estrecha escalera del campanario.

Campanas y cimbalillos empezaron inmediatamente á voltear, atronando el pueblo y los campos circunvecinos.

El director de aquella estrepitosa orquesta era Pascualillo, que llevaba la batuta agarrado á la cruz de la campana mayor, con la que daba vueltas con una rapidez asombrosa, en tanto que su madre reventaba de orgullo contemplando desde la puerta de su casa la habilidad del chico.

De repente un grito de inexplicable espanto se exhala del pecho de Celedonia, que exclama:

— ¡Santo Cristo del Amparo, socórrele!

Y se lanza como una loca hácia el pié de la torre, seguida de la vecina, tan espantada como ella.

Era que la campana que volteaba Pascualillo habia despedido á éste de la torre abajo.

¿Necesitamos decir más para hacer comprender el espanto de la desgraciada madre?

La cornisa que circuye la torre por bajo las campanas, tiene la suficiente anchura para que puedan andar por ella algunos atrevidos muchachos; pero es imposible á éstos dar vuelta á toda la torre, porque en el lado de oriente la cornisa tiene una rotura, y es imposible sin gravísimo peligro saltar al otro lado.

Quizá Pascualillo hubiera quedado sobre la cornisa á haberle lanzado otra campana; pero precisamente

le lanzó la que se halla sobre la rotura de la cornisa, y por aquel espantoso boquete descendió de la torre.

Al acercarse al pié de ésta, Celedonia lanza otro grito, pero es un grito de alegría y de esperanza, porque su hijo ha caido precisamente sobre el monton de cal donde hace pocos momentos jugaba con sus compañeros, y donde yace tendido boca abajo y sin hacer movimiento alguno.

No sin alguna razon suele decirse que los muchachos tienen siete vidas como los gatos.

Temeroso yo de que el lector creyese inverosímil que Pascualillo no se hubiese hecho doscientos pedazos al caer de la torre de Coveña, porque muchas veces los hechos históricos son más inverosímiles que los inventados, consulté á un amigo muy experimentado en la vida y en la literatura, y me contó lo siguiente:

« En tiempo de la guerra estaba yo en Santa Cruz de Mudela con el batallon de que era jefe. Un dia tuvimos ejercicio en la plaza y se formaron pabellones al pié de la torre de la iglesia, en ocasion en que las campanas repicaban á más y mejor. Mandé deshacer pabellones y en el momento en que cada cual tomaba su fusil, y por consiguiente la plaza estaba erizada de bayonetas, un chico fué despedido por una campana que volteaba, y vino á caer en medio de los soldados. Admirámonos todos de que no hubiese quedado clavado en alguna bayoneta, y cuando yo me precipité

hácia él creyéndole estrellado, vi con asombro que se levantó como si hubiera caido á consecuencia de un resbalon, y despues de pedirme que no le dijera nada á su madre, que era mi patrona, echó á correr á tomar nuevamente la escalera del campanario donde le vimos todos dos minutos despues girando velozmente agarrado á la misma campana, como si quisiera vengarse de ella por la mala partida que le habia querido jugar.»

Pascualillo no fué tan feliz como el chico de Santa Cruz, porque cuando su madre le cogió en sus brazos estaba sin sentido, y tenía el rostro bañado en sangre.

— ¡Hijo de mis entrañas!..... ¡Está reventado!..... ¡Santo Cristo del Amparo! ten misericordia de mí y del hijo de mi corazon! gritaba Celedonia loca, trastornada, muerta de pena.

Y muchas personas que habian acudido á sus gritos, formaban coro con ella sin osar siquiera infundir á la pobre madre una vislumbre de esperanza, porque era una insensatez el esperar que una criatura caida de la torre conservase resto alguno de vida.

Entre la muchedumbre que habia acudido se hallaban Pepe Berrinche y su mujer.

Isabel viendo que, aturdidos todos, nadie prestaba auxilio á Celedonia ni al niño,

— Por la Vírgen santísima, exclamó, ¿no hay quien favorezca á esa pobre mujer y á esa pobre criatura? Traigan ustedes el niño á mi casa, que allí hay cuanto

se necesita para curarle, y tú Pepe que tienes más fuerza que ninguno, coge en brazos á la pobre Celedonia y llévala á su casa donde no vea á su hijo, que le desgarra las entrañas.

En efecto, el niño fué conducido inmediatamente á casa de Pepe Berrinche á donde se adelantó corriendo Isabel para disponer todo lo necesario á su curacion, caso de que no estuviese ya muerto, en tanto que Pepe conducia en brazos á la tiendecilla á Celedonia que estaba desmayada.

—¿Pero no hay aquí quien despache dos cuartitos de aguardiente? preguntaba muy quemada la tia Gaceta, dando con el báculo en el mostrador.

Y al volverse y ver á Pepe que traia á la buena moza en brazos.

—¿Qué es eso? preguntó á una vecina.

—Qué ha de ser, que se ha matado el chico de la pobre Celedonia.

—No hay mal que por bien no venga, dijo la tia Gaceta señalando con su puntiaguda barbilla hácia Pepe, y añadió dirigiéndose á éste con una malévola sonrisa:

—Aprieta, aprieta, hijo, que de esas entran pocas en libra.

Miéntras Pepe, con ayuda de algunas vecinas, procuraba tornar en su acuerdo á Celedonia y lo conseguia al fin, el cirujano reconocia á Pascualillo, que no sin admiracion del mismo facultativo, recobró el

conocimiento y se encontró sin ninguna lesion grave; pues la sangre que tenía en el rostro era consecuencia del golpe que se habia dado en las narices al caer de bruces sobre el monton de cal.

Isabel se apoderó de las dos gallinas más gordas que tenía en el corral, y por conducto de Pascualillo, que por su pié tomó el camino de casa, se las mandó á Celedonia diciendo al chico:

— Toma, hijo, llévale éstas á tu madre para que tome unos buenos caldos si le obliga á hacer cama el susto que tú, enemigo malo, le has dado.

V.

El sol toca ya al ocaso.

Juan Cachaza, acompañado de su mujer y Santiago el de la Roma, está en una de las eras con que lindan las últimas casas de la parte alta de Coveña.

Ha estado de trilla y ya tiene amontonada en la era toda su miserable cosecha.

El dia ha sido calurosísimo y aunque la noche se acerca, el viento no mueve una paja ni una arista en la era, lo cual impide á Juan dejar limpio de polvo y paja el trigo de la parva.

Un poco más abajo de la era está la fuente á la que se dirige una muchacha cantando y con el cántaro apoyado en la cadera.

La muchacha, que es ni más ni ménos Rosa, la criada de Pepe Berrinche, canta:

Si quieres que yo te quiera
me has de venir á buscar,
como el arroyo á los rios
y los rios á la mar.

Santiago, que entiende la indirecta, se sonrie de gozo, suelta el bieldo y se va hácia la fuente con pretexto de echar un trago.

Juan y su mujer, que tambien entienden la indirecta de la Rosa y la sed de Santiago, se sonrien maliciosamente.

—¿Es envidia ó caridad? dice Santiago.

—¡Envidia! replica Juan. ¿De cuando acá envidian á los que buscan los que ya han encontrado? Anda, anda á la fuente, que nosotros la tenemos más cerca que tú.

Y al decir esto, Juan enlaza con el brazo el cuello de su mujer que si no le contesta con otro abrazo, le contesta con una mirada y una sonrisa que encierran un poema de amor.

Santiago y Rosa llegan á un mismo tiempo á la fuente.

Santiago pasa en el pueblo por tonto ó poco ménos. ¿Lo será tambien en amor? Vamos á averiguarlo.

Por de pronto tenemos un gran dato para creer que no lo es: la cara de pascua florida de su novia.

Oigamos la conversacion de Rosa y Santiago aunque esto de oir conversaciones ajenas es una maldita maña de que debemos ir corrigiéndonos los novelistas y los dramaturgos.

— Chica, haz una obra de *miselicordia.*

— ¿Cuál?

— Dar de beber al sediento.

— ¿Y por qué no hiciste tú anoche otra?

— ¿Cuál?

— Consolar al triste.

— Qué, ¿estabas triste anoche?

— Mira tú qué alegre estaria sin verte en todo el dia de Dios.

— Ya, porque estuve á Madrid.

— Pero viniste al anochecer.

— Miéntras desaparejé las caballerías fué oscureciendo.

— Y yo toda la noche bajando á la huerta á ver si te sentia al pié de la tapia.

— Y ¿no me sentirias?

— Si no fuiste, ¿cómo te habia de sentir?

— Por eso lo digo.

— Y ¿por qué no fuiste?

— Porque..... chica, de dia iré al quinto infierno si tú me lo mandas, pero de noche no cuentes conmigo.

— Con que ¿no he de contar con mi marido de noche?

— Es un decir..... segun, donde y para lo que sea.

— Anda, cobarde!

— Le doy yo al más pintado el andar en una noche oscura tras de las tapias de la huerta de tu amo.

— Pues qué, ¿no has estado yendo todas las noches?

— Sí, pero desde que me salió la fantasma.....

— ¡Qué fantasma ni qué niño muerto!

— Muerto sería, pero niño de seguro no era, que buenas zancadas echaba corriendo tras de mí.

— ¡Quítate de ahí! ¿No te da vergüenza el creer y contar esas tonterías?

— Pero, canario, ¡si yo no lo saco de mi cabeza!

— Pues mira, sáqueslo ó no lo saques, yo no quiero casarme con cobardes.....

— Qué, ¿para casarse uno necesita ser valiente?

— Sí que se necesita.

— ¡Je, je, je! Pues yo no me atrevo.....

Y Santiago quiere plantar un abrazo á la Rosa, que le arréa un gaznatazo de padre y muy señor mio.

— ¡Toma y vuelve por otro!

— ¡Canario, que me has hecho ver las estrellas!

— Eso es para que temas á los vivos como temes á los muertos.

El cántaro está ya lleno.

— Ayúdame á alzar este cántaro.

— Chica, pelemos otro poco la pava.

— No, que mi ama no está hoy para fiestas.

— ¿Por qué?

— Porque ha reñido con mi amo.

— Y ¿por qué ha reñido?

— Por lo de todos los dias.

— Y ¿cuál es eso?

— ¿Tú lo sabes?

— No.

— Ni yo tampoco.

— Pues lo sabrán ellos.

— Tampoco ellos lo saben.

— Canario, si nosotros fuéramos ricos como tus amos, no habiamos de reñir mucho.

— ¿Riñen Juan Cachaza y su mujer?

— ¿Esos? *En* jamas de Dios.

— Pues ¿no son pobres?

— Como las ratas.

— Pues *velay* como se puede ser pobres y vivir en paz, y ser ricos y vivir en guerra.

— Canario, que tienes razon.

— Ea, ¿con que irás esta noche un rato al pié de la tapia?

— Si te he dicho que hay allí fantasma.

— Pues mira, en la vida vuelvo á hablar contigo.

— ¿Que no?

— No.

— Pues yo habia pensado que tuviéramos esta noche un buen rato de palique.

— ¿Dónde si no es en la tapia?

— ¿Dónde? En el portal.

— El portal de casa de mi amo se cierra al anochecer.

— Pero puedes tú abrirle con mucho tiento cuando todos se hayan acostado.

— Para abrir la puerta á un novio se necesita una llave.

— El herrero la hace.

— No, que la hace el cura. Vamos, echa aquí una mano, y no seas pesado.

— ¿A dónde la echo?

— Al cántaro.

— ¡Je, je, je! ¡Ahupa!

— Adios.

— ¡Adios, alma de los dos!

Rosa echa á andar con su cántaro en la cabeza y Santiago vuelve hácia la era, parándose de cuando en cuando á contemplar á Rosa, hasta que la ve desaparecer tras de las primeras casas del pueblo.

En estas y las otras ya anocheciendo.

— Ea, dice Mariquita, miéntras vosotros acabais de recoger esto, me voy yo á acostar á mi niña y á hacer en un verbo la cena.

— Mira, dice Juan, ¿quién se mete ahora en casa con el calorazo que hace? Avia la cena, y la despachamos aquí á la fresca.

— Tienes razon, hijo.

La Mariquita coge á la niña, que duerme á un ex-

tremo de la era, acostadita con mucho cuidado en un monton de paja.

—¡Huy, qué rica es la hija de su madre! exclama queriéndose comer á besos á la criatura, y se aleja de la era en direccion al pueblo.

—Chico, chico, dice Juan á Santiago, basta por hoy de trabajar. Tumbémonos por aquí un rato, y miéntras viene la cena, cuéntame un cuento.

—¡Qué cuento he de contar yo!

—¿A que sabes alguno de brujas?

—Toma, de esos á manta sé, como que mi madre sabe mas de mil, y no tenía yo seis años cuando ya me los habia encajado todos en la mollera.

—Y sin duda no te mandó á la escuela, considerando que ya sabias bastante con lo que ella te habia enseñado?

—A la cuenta sería por eso.

—Pues oye, ya que hablamos de tu madre, quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué llaman á tu madre la Roma, porque es roma de nariz, ó porque es roma de entendimiento?

—Canario, deje usted á mi madre en paz, y oiga usted, si quiere, el cuento.

—Vamos, suéltale.

Pues, señor, ha de saber usted que habia en Algete una mujer con tres hijos, que cabian bajo un celemin, y sabía muchos cuentos de brujas y aparecidos. Cuando sus hijos lloraban de noche, sonaba con él

puño en la pared, y les decia: —El muerto que enterraron la semana pasada viene á buscaros para que vayais á hacerle compañía en el campo santo, porque le da miedo el pasar allí las noches solo.—Y los niños callaban como muertos. Un dia á la buena mujer le dió un patatús, y estiró para siempre la pata. Cuando se presentó delante de Nuestro Señor en el cielo, le dijo Nuestro Señor: — De buena gana te diria que te quedáras aquí sin llenar el requisito de pasar por el purgatorio, porque te falta poco para santa; pero Miguel, el encargado del peso, me ha dicho que tienes contra tí unos cuantos adarmes de mentirijillas, y es preciso que los purgues, que aquí no se hace la vista gorda á nada, como sucede entre los hombres. — Señor, exclamó la de Algete, mire Vuestra Majestad que todos estamos sujetos á equivocaciones, y el Sr. Miguel puede haberse equivocado, porque yo no he echado una bola en mi vida. — Hija, ahora la acabas de echar, y no tienes más remedio que ir á purgar esa y las que echaste en Algete. — Pero, Señor, ¿á quién le eché yo bolas en Algete? — A tus hijos. — Caramba, que tiene Vuestra Majestad mil razones, dijo la buena mujer. Algunas veces engañé á mis chicos contándoles cosas de muertos; pero le aseguro á Vuestra Majestad que si desde luégo no he confesado mi culpa, es por habérseme ido el santo al cielo. — Pues bien, te voy á echar una penitencia muy suave: estarás en el purgatorio nada más que hasta que cualquiera de tus hijos ponga

los piés en el campo santo donde tu cuerpo está enterrado. Me parece que no te quejarás de la sentencia.
— Dios se lo pague á Vuestra Majestad, que no esperaba yo tanta indulgencia. Casualmente el campo santo de Algete está á la orillita del camino de Coveña, y como mis chicos, desde que han quedado huérfanos, van todos los dias á comer en casa de una tia que tienen en Coveña, ya ve Vuestra Majestad, si ellos, que son tan curiosos y diablejos, dejarán algun dia, cuando pasen, de colocarse en el campo santo por cima de las tapias. Ni una semana estoy yo en el purgatorio.
—La de Algete se retiró tan contenta á cumplir su condena; pero han pasado años y años y años, y sus hijos se han hecho viejos sin poner los piés en el campo santo, que cada vez que pasan junto á sus tapias se acuerdan de aquel muerto que queria llevarlos para que le hiciesen compañía, y se alejan del campo santo llenos de terror, por más que oyen una voz muy triste, muy triste, y parecida á la de su madre, que los llama, saliendo del campo santo, y repitiéndola el eco en todas las cañadas de Valderrabé.

Al contar esto, el terror se habia ido apoderando de Santiago, que volvia la vista como espantado hácia Valderrabé, nombre que tiene un hermoso vallecito situado entre Coveña y Algete, y donde hay un santuario á cuya sombra se cobija el cementerio de la segunda de estas poblaciones.

— No tiembles, le dijo Juan, no temas oir aquella

triste voz, que ya la mujer de Algete, que la daba, está en el cielo, porque sus hijos entraron en el campo santo obligados por la muerte.

—¡Ay, Juan! ya veo que sabe usted este cuento mejor que mi madre y yo.

—¿Con que tu madre sabe ese cuento?

—Sí.

—Y quien te contó ése y otros parecidos ¿fué ella?

—Sí.

—No me contestes ya á la pregunta que ántes te hice, pues ya sé que tu madre es más roma de entendimiento que de nariz.

La era en que Juan y su jornalero Santiago se hallaban, está al lado del camino de Algete.

Cuando Santiago dirigia la vista, lleno de terror, hácia el mismo camino, vió asomar por él un bulto que se movia lentamente en direccion á Coveña.

Entónces subió de punto el terror de Santiago, que se acercó á Juan como buscando su proteccion.

—¿Qué te pasa, hombre? le preguntó Juan.

—¿Ve usted aquello que viene por allí?

—Vaya si lo veo. Si la vista no me engaña, es la mujer de Algete, que cansada de estar en el campo santo, ha salido á estirar un poco las piernas.

—Señor Juan, no tenga usted esas *gromas*, canario!

Y Santiago se arrimaba, se arrimaba cada vez más á Juan.

El bulto se acercaba ya á la era; pero como iba oscureciendo ya, no se distinguia si era racional ó irracional.

Pronto desaparecieron las dudas, y á Santiago le volvió el alma al cuerpo, porque inmediatamente se oyó la temblorosa y cascada voz de la tia Gaceta, que decia:

— Buenas noches os dé Dios, hijos.

— Buenas las hacia, tia Gaceta, contestó Juan con despego.

— ¡Canario, tia Gaceta, qué susto me ha dado usted! dijo Santiago.

— Qué, ¿me habias tomado por la fantasma que te salió la otra noche tras de casa de Pepe Berrinche?

— Y ¿quién le ha dicho á usted, tia bruja, que me salió allí la fantasma?

— Las brujas lo sabemos todo.

— Pues entónces ya podia usted decirme qué me queria la fantasma.

— La fantasma no te queria á tí, que queria á cierta *rosa* que trepa á la tapia del jardin de los Berrinches.

— ¡Canario, no diga usted eso, tia Gaceta!.....

— Hijo, tú me preguntas y yo te respondo; pero ya que te incomodas, hablemos de otra cosa, que en este mundo el que más ignora ménos llora.

— Pero diga usted, ¿la fantasma buscará *rosas* y encontrará espinas?

—Es verdad que en los rosales no hay rosa sin espinas, pero tampoco hay espinas sin *rosa*.

—¡Miente usted como una bribona! exclamó Juan interrumpiendo indignado á la tia Gaceta, á pesar de su habitual longanimidad, por la propension de la vieja á meter el cisma en todas partes. En los rosales hay á veces espinas sin haber rosas.

—¡Adios, ya saltaste tú!

—Salto porque es una iniquidad el que usted, que está con un pié en la sepultura, en lugar de pasar el tiempo encomendándose á Dios, le pase metiendo guerra entre los que viven en paz.

—Quiero abrirle los ojos al muchacho para que no salga un tonto como tú, que por todo pasas, y si tu mujer te dice.....

—Tia Gaceta, no tome usted en boca á mi mujer, porque salimos mal.....

—Bueno, hijo, bueno, no la tomaré, y si te salvas comulgando con ruedas de molino, buen provecho te haga.....

—Calle usted, lengua de víbora.

—Ya me callo, hombre, ya me callo..... Hijo, con este bochorno vengo ahogadita de sed. Si tuvierais por ahí una pintita de vino.....

—Cerca está la fuente.

—¡Ay! no me atrevo á beber agua, que puede hacerme daño.

—Pues beba usted rejalgar de lo fino.

— Calla, mala lengua.

— ¡Quién habló que la caso honró!

— Juan, respeta á los ancianos.....

— Usted no es anciana : es vieja, que es cosa muy distinta.

— No desprecies las canas.....

— Las de usted no son canas : son pelo, que es cosa muy diferente.

— Vamos, no pongas mala cara ya que Dios te ha dado buen corazon. Si teneis por ahí la bota, dame una pintita de vino, que me voy á acostar porque vengo rendidita.

Juan tomó una bota que estaba bajo una espuerta á un extremo de la era.

— Tome usted á ver si revienta, que al fin y al cabo siempre se ha de salir usted con la suya, dijo alargando á la vieja la bota.

La tia Gaceta no acertaba á quitarse la bota de la boca.

— Caramba, suelte usted, dijo Juan quitándosela, que se queda usted dormida como niño con la teta.

— Vaya, hijo, muchas gracias, y que descanseis.

— Vaya usted con Dios, y la del humo.

Hácia la fuente se oyeron pisadas de caballerías, y poco despues un «¡sóo, caráspita!» en el que Juan y Santiago conocieron al tio Jeromo.

— Tio Jeromo, ¿es usted? preguntó Juan.

— ¡Hola, Juan y la compañía! Buenas noches.



— ¿Viene usted ahora de Madrid?

— Sí, y voy á dar de beber á las caballerías, porque venian sudando al pasar el Jarama y no las he dejado beber allí.

— Bien hecho.

La tia Gaceta, que se acercaba á la fuente, metió baza en la conversacion.

— Tio Jeromo, guarda la bolsa y habla á la gente.

— Qué, ¿andan brujas por aquí?

— Sí, brujas y duendes que todo lo saben, y á pesar de eso tienen que hacerte una preguntilla. ¿Has llevado trigo á Madrid, no es verdad?

— Sí que lo es, pero ¿á usted qué le importa?

— El que pregunta no yerra. ¿A cómo has vendido el trigo, á 40 ó á 42?

— ¡Tia Gaceta! exclamó el tio Jeromo poniéndose de repente hecho una furia, no me tiente usted la paciencia, que voy á hacer el mejor dia un disparate.

— Pero ¿no ves, Juan? dijo la tia Gaceta volviéndose hácia los de la era, ¿no ves qué genio tienen todos los de *ca* los Berrinches? Parece que le he llamado al tio Jeromo perro judío, porque le he preguntado si ha vendido el trigo á 40 ó á 42?

— ¡Tia Gaceta, que me voy á perder!..... gritó el tio Jeromo, cada vez más furioso.

— Vamos, vamos, tio Jeromo, dijo Juan en tono conciliador, no sea usted así, que no es para enfa-

darse el que la tia Gaceta le pregunte si ha vendido el trigo á 40 ó á 42.....

— ¡Juan, tú tambien te quieres divertir conmigo! exclamó el tio Jeromo balbuciente de cólera.

— ¡Canario! dijo Santiago, si viene usted de mal humor de Madrid, pegue con una esquina y no con los que le preguntan si ha vendido el trigo á 40 ó á 42.....

Al oir esto, ya la cólera del tio Jeromo no tuvo límites, y se exhaló en un torrente de denuestos contra el pobre Santiago, que como Juan, no sabia á qué atribuir el mal efecto que aquella inocente pregunta causaba en el tio Jeromo.

Éste abandonó la fuente desahogando su rabia en las pobres caballerías, y poniendo á Santiago y á Juan de brutos é insolentes que no habia por donde cogerlos, y á la tia Gaceta de bruja y bribona y borracha, que no habia por donde echarle mano.

Juan y Santiago estaban ya echando cálculos sobre la tardanza de la Mariquita en volver con la cena, cuando la Mariquita apareció trayendo en un brazo la niña y en el otro una cesta de asa, de la cual se exhalaba un olorcillo capaz de resucitar á un muerto.

— Anda, anda, mujer, dijo Juan, que tenemos ya las tripas como cañon de órgano.

— Calla, hombre, contestó la Mariquita, que vengo dada á Belcebú, Dios me perdone.

— Pues ¿qué te ha pasado?

— ¡Qué me ha de pasar! Que dejé á medio dia en el vasar, partiditas y todo, una docena de magras tan ricas para freirlas con tomate, y el Morroño se las ha merendado todas..... Vamos, si me va á quitar á mí la vida ese animal. El mejor dia le mato.

— Verás qué estofado tan rico hacemos mañana con él.

— ¡Sí, por supuesto!

— De ésta no se escapa.

— ¡Ay mi gato! No me da la gana.

— Que no sea ladron.

— Toma, el animalito de Dios ¿qué ha de hacer, si es gato?..... El nombre lo dice.

— Tienes razon. Quien tiene la culpa de que el gato se haya manducado las magras, no es el gato, que eres tú que las dejaste en el vasar.

— Justamente. Ríñeme, que muy bien lo merezco.

— Y con reñirte ¿volverán las magras al vasar? Mira, en lugar de reñir veamos de olvidarlas entreteniéndonos en paz y gracia de Dios con sus sustitutas.

— No son sustitutas, que son sustitutos.

— ¿Hola, hola, huevos con tomate? Bien venidos sean. Santiago, ¿qué dices tú de esto?

— ¿Qué he de decir? que ahora que se habla de huevos, me acuerdo de un lance que pasó un dia que estaba yo trabajando á jornal en la huerta de Pepe Berrinche.

— Ea pues, cuéntale miéntras damos fin al conte-

nido de esta fuente y vemos si la tia Gaceta no nos dejó pez con pez la bota.

Miéntras Juan va por la bota, la Mariquita aparta dos cucharadas en una taza y guarda la taza en la cesta.

— Ea, dice Juan alargando la bota á su mujer, que á su vez se la alarga á Santiago y éste á Juan, preparémonos con un buen latigazo. ¿Qué es lo que hubo en casa de Pepe Berrinche? Siempre sería alguna pelotera de las que son el pan nuestro de cada dia en aquella casa.

— Cabalmente.

— ¡ Válgame Dios, exclama la Mariquita, que Pepe y su mujer no han de estar en paz un solo dia, cuando podian vivir en la gloria siendo como son ricos, siendo como son buenos y queriéndose como se quieren!

— ¡ Canario! eso es lo que dice la Rosa, y digo yo y dice todo el mundo.

— ¿No sabeis en qué consiste eso? Consiste en que el hombre equivoca la media naranja cuando busca mujer. ¿No sabeis vosotros el cuento de las medias naranjas?

— Yo no, contesta Santiago.

— Ni yo tampoco, añade la Mariquita.

— Pues os le voy á contar. Viendo el diablo que Adan y Eva no tenian un quítame allá esas pajas, porque como no habia taberna, Adan no se gastaba los cuartos emborrachándose, y como la moda era andar

en cueros, Eva no se gastaba el jornal de su marido en vestidos y perifollos, dijo para sí: — Las tabernas y las modas sabe Dios cuándo se inventarán. Éstos tendrán hijos, y si sus hijos y sus nietos y sus tataranietos salen tan avenidos como ellos, ¡estoy aviado como hay Dios! — El diablo se pasó aquella noche cavila que cavila, y á la mañana siguiente, apénas Dios amaneció, tras, tras á la puerta de Adan y Eva, que estaban aún en la cama. — ¿Qué se le ofrece á usted tan temprano, vecino? le contestó Adan. — Hombre, contestó el diablo, he encontrado en dos naranjos dos naranjas hermosísimas, y como yo siempre me acuerdo de ustedes, traigo para usted la mitad de una que era de las del Moro, y para su parienta de usted la mitad de la otra que era de las de la China. Con que ahí tienen ustedes para postre cuando almuercen. Verán ustedes qué ricas estan con un polvito de azúcar. — Muchas gracias, vecino. — Vecino, no hay de qué darlas. — Adan se volvió á la cama con su mujer, dejando en el comedor las medias naranjas, y el diablo se fué á trabajar en la invencion de la baraja, que era el gran proyecto que entónces traia entre manos. Poco despues se levantaron Adan y Eva y se pusieron á almorzar. Cuando ya se iban á levantar de la mesa, — Caramba, dice Adan, que tenemos aquí postre y no me acordaba, — y coloca sobre la mesa las dos medias naranjas; pero eran tan parecidas, que Adan por coger la del Moro, que era la suya, cogió y se

zampó la de la China, que era la de su mujer, y desde entónces él y su mujer armaron cada dia una pelotera, y sus hijos salieron tan propensos á equivocar su media naranja, que de cada cien no hay diez que no la equivoquen.

—Pues, por lo visto, tambien la equivocó Pepe Berrinche, dice Santiago.

— Y yo acerté con ella, añade Juan mirando amorosamente á su mujer.

— ¡Canario! ¿Si querrá Dios que yo haya acertado con la mia? Eso que la tia Gaceta ha dicho de la fantasma me ha dado un poquillo en qué cavilar.

—No hagas caso de las habladurías de la tia Gaceta, y cuenta lo que pasó en casa de Pepe Berrinche.

—Pues lo que pasó fué lo que ustedes van á oir. Debajo de la escalera de la huerta está colgado un cesto para ponedero de las gallinas. Cuando íbamos á comer, oimos á una gallina cantar el « ahí queda eso », que segun dice el tio Jeromo, eso *senifica* lo que cantan las gallinas así que sueltan el huevo. Pues señor, baja Pepe al ponedero y sube con un huevo de dos yemas, que salva la parte, era como mi puño. «Vean ustedes, dice, qué huevo ha puesto la gallina blanca. — No, que le ha puesto la negra, dice la señora Isabel. — Si he visto yo saltar del ponedero á la blanca, replica Pepe. — Si he visto yo saltar á la negra. — Pues te has equivocado. — Pues el que se ha equivocado eres tú.» Que si era la negra, que si era la blan-

ca, van enzarzándose, enzarzándose de palabras el señor Pepe y la señora Isabel; el tio Jeromo, queriendo meter paz, coge al señor Pepe del brazo para obligarle á sentarse á la mesa; al señor Pepe se le atufan las narices, y pegando un puntapié á la mesa, lo hace todo pedazos; á la señora Isabel le da un patatús; la Rosa y el tio Jeromo lloran; hay que llamar al cirujano, y en estas y las otras nadie comió aquel dia en la casa!.....

— ¡Válgame Dios, qué vida!

— Pues aguarde usted, tia Mariquita, que *en tuavía* falta lo mejor del cuento. Así que la señora Isabel se sosegó un poco, la Rosa, que habia visto, como su ama, salir del ponedero á la gallina negra, bajó al ponedero y se encontró entre la paja otro huevo casi caliente, que por lo visto habia escondido la gallina blanca al escarvar para poner el suyo. De modo y manera que el señor Pepe y la señora Isabel tenian razon en cuanto á las gallinas.

— Pero ni la señora Isabel ni el señor Pepe la tenian en cuanto á la disputa.

— Justo y cabal.

— Pues oye: tú y la Rosa, que os vais á casar pronto y habeis visto esas peloteras y otras por el estilo, no debeis echar en saco roto lo que habeis visto.

— ¡Canario! ya se ve que no loecharémos.

Pepe y su mujer y Santiago han dado fin al contenido de la fuente y al de la bota.

— Ea, yo me voy á acostar á mi niña, dice Mariquita recogiendo los bártulos.

— ¿Qué es eso? le pregunta Juan reparando en lo que habia apartado en la taza.

— Es para mi pobre gato, que como estaba tan enfadada con él, no le dí nada cuando hice la cena, contesta Mariquita.

— Veneno le daria yo.

— ¡Anda, judío!..... ¿Con que se queda Santiago guardando la era?

— Sí.

— Pues entónces vámonos nosotros, que ya es tarde.

— Anda, véte para allá, que yo voy en cuanto echemos un cigarro.

Juan y Santiago se sientan á fumar sobre el monton de trigo sucio.

— A ver si prendeis fuego al trigo, enemigos malos. ¡Mal haya el tabacazo!

— Anda, gruñona, que ya te entiendo, tú quisieras llevarme siempre prendido á la falda.

La Mariquita se aleja de la era, y Juan y Santiago continúan sobre el monton de trigo chupando cigarros de papel del tamaño de un alfiletero.

— Señor Juan, ¿sabe usted lo que digo?

— ¿Qué?

— Que cuando voy por casa del señor Pepe Berrinche se me quitan las *entinciones* de casarme, y cuando voy por la de usted me vuelven de firme. ¿Qué me aconseja usted?

— Que te cases.

— ¿Y si he equivocado la media naranja?

— Que te contentes con la que has escogido, porque los hombres de bien no deben escoger dos veces. Las naranjas agrias, agrias son siempre, pero el que no es lerdo siempre encuentra medio de hacerlas pasaderas.

VI.

Apénas se despidió Juan Cachaza de Santiago, éste sintió pisadas hácia el camino de Algete, pero como la luna no hubiese salido aún, en vano trató Santiago de averiguar quién se acercaba dando trompicones á causa de la oscuridad. Sin embargo, su incertidumbre duró muy poco.

Cuando nos vemos asaltados de un pensamiento importuno, solemos instintiva y maquinalmente ponernos á hablar ó á cantar para ahuyentar aquel pensamiento. Santiago se puso á cantar para ahuyentar el miedo que le causaba el ruido de las pisadas que se iban acercando.

— Buenas noches, Santiago.

— Buenas noches, tio Piqueta. ¿De dónde se viene por ahí tan tarde?

— De Valderrabé.

En Valderrabé hay, como hemos dicho, una ermita á cuyo amparo está el cementerio de Algete, cemen-

terio que llamariamos hermoso si no nos costára trabajo aplicar tal adjetivo á una cosa tan esencialmente triste como los campos santos.

Sólo el nombre de Valderrabé hacia siempre extremecer á Santiago, porque le recordaba el lastimero grito de aquella mujer de Algete que en vano llamaba á sus hijos para que, visitando su sepultura, la librasen de las penas del purgatorio. Así fué que todos sus temores se renovaron al oir al tio Piqueta, que era el padre de su novia y de oficio albañil, decir que venía de Valderrabé.

— Y ¿qué se ha hecho usted por allí?

— Hombre, allí hemos estado haciendo unos remiendillos en las sepulturas, que los de Algete se han empeñado en que su campo santo eche la pata á los de Madrid, y me parece que se van á salir con la suya.

— Canario, ¿con que tan bueno es?

— Da gusto entrar en él. Mañana voy á rematar la obra, y si quieres llegarte por allá verás una cosa de gusto.

— Que aproveche como si fuera leche, tio Piqueta.

— ¡Qué! ¿tienes miedo á los muertos?

— Qué canario, ¿por qué no he de decir la verdad? Sí que le tengo.

— Pues si yo te contára lo que me ha pasado esta noche.....

— ¿Qué ha sido? Canario, venga usted acá y me lo contará miéntras echamos un cigarro.

El tio Piqueta se llegó á la era, y él y Santiago se sentaron á fumar sobre el monton de trigo.

— Pues has de saber, dijo el albañil, que en el campo santo de Valderrabé hay muchas cosas buenas.

— Para el que le gusten.

— Y para todo el mundo, que lo bueno siempre es bueno. Allí está enterrado un cura de Algete, que le llamaban D. Pedro Lopez Adan, y tiene en la lápida un verso que mejor no le sacan los poetas de Madrid. El mismo difunto le sacó.

— Canario, ¡qué miedo! ¿Despues de muerto?

— No, hombre.

— Pues entónces no le sacó el difunto. ¿Cómo dice?

— Déjate á ver si me acuerdo..... Dice :

Como tú te ves me ví,
como me ves te verás :
no ofendas á Dios, que estás
muy cerca de estar aquí.

La cita de este epitafio, que existe aún en el cementerio de Valderrabé, que debe ser de algun discípulo de Góngora, y que realmente asusta por la tremenda verdad que encierra, infundió á Santiago tanto miedo como el recuerdo de la consabida alma en pena.

— Sabe usted, tio Piqueta, que oyendo eso le tiemblan á uno las carnes?

— Pues ¿qué te sucederia si hubieras visto lo que yo esta noche?

— Vamos, diga usted qué ha sido.

— Esta tarde estuvieron allí unos señoritos de Algete que venian de una merendona, y se pusieron á chancearse con unas calaveras amontonadas en un rincon del campo santo.

— Canario, ¡qué judiada!

— No tenian ellos toda la culpa.

— Pues ¿quién la tenía?

— Un morenillo de Valdepeñas que iba con ellos.

— Si será ésta, dice uno, la calavera del tio Chupa-cepas, que cuando no tenía vino bebia agua de sarmientos? — Si lo es, responde otro, veréis cómo en cuanto le enseñemos la bota desde la puerta se va tras de nosotros á la querencia. — Yo, la verdad, estaba un poco asustado oyéndolos, porque no me gustan bromas con los muertos. Pues ¿qué creerás tú que hicieron aquellos herejes? Cuando se marchaban empezaron á enseñar á la calavera una bota de vino desde la puerta, gritando : — Tio Chupa-cepas, venga usted á echar un trago, que esto no es agua de sarmientos en *enfusion*. — A mí se me erizaban los pelos oyendo aquellos sacrílegos, y figúrate tú cómo me quedaria cuando de repente veo que se mueve un poco una calavera.

— ¡Jesus, qué miedo! exclamó Santiago acercándose más al tio Piqueta.

— Los de Algete se marcharon y yo continué mi trabajo, diciendo : qué canasto, la *movicion* de la ca-

lavera debe haber sido aprension mia. Llegó la noche, y como ya no veia trabajar, recogí la herramienta y me salí del campo santo para venirme hácia acá; pero cátate tú que cuando estaba cerrando la verja, oigo ruido dentro como de una cosa que rodaba, miro y veo que la calavera viene rodando hácia la puerta!.....

— ¡Dios nos ampare! exclama Santiago casi abrazando á su futuro suegro y poseido de indescriptible terror. Y ¿qué hizo usted entónces?

— ¿Qué hice? Tomar más que á paso el camino de Coveña.

— Y ¿no le ha pasado á usted nada en el camino?

— Al subir la cuestecilla del arroyo sentí rodar por el suelo una cosa que sonaba como la calavera.

— Toma, y sería ella.

— Eso pensé yo entónces y cogí un susto de los buenos; pero al llegar al pié del cerro del Castillo eché de ménos en la espuerta el puchero de la comida, y me convencí de que se me habia caido al subir la cuesta del arroyo, y de que él era lo que sonaba rodando como la calavera de marras.

— Pues á mí me da un *ensulto* si me pasa lo que á usted.

— Hombre, el caso no era para tanto.

— Canario, pues ahí es poco andar sola una calavera!

— Cosa que asombra es; pero tal vez no habrá milagro en ello.

— ¡Pues no le ha de haber!

— Hombre, muchas cosas parecen milagro y no lo son.

— ¿Cuáles?

— Una de ellas el que te quiera mi hija siendo tan cobardote.

— Pues no le sabe muy bien que lo sea.

— Y hace muy bien.

— Pero canario, ¿tiene uno la culpa *verbo y gracia* de que haya fantasmas tras de la huerta de los Berrinches?

— Y ¿qué fantasmas hay allí?

— Toma, una que me salió el mártes á las diez de la noche.

— ¿La viste tú?

— No, señor, que hacia muy oscuro, pero la sentí correr tras de mí.

— Pues esa noche pasé yo por allí á la hora que dices, cuando venía de trabajar de Paracuellos, y sintiendo que andaba junto á la tapia mi burro, le corrí hasta el otro lado del arroyo para que no entrára á hacer daño á la huerta por el pedazo de tapia medio caida.

— ¡Calla!..... ¿Dice usted que sintió á su burro?

— Sí.

— ¡Canario, pues si allí no habia entónces ninguno más que yo!

— Pues serías tú el que sentí.

— Y la fantasma me corrió hasta el otro lado del arroyo.

— Pues la fantasma era yo y el burro tú.

— De juro.

— Ea, con que buenas noches, que me voy á acostar á ver si madrugo para volver temprano al campo santo de Valderrabé á concluir aquellos remiendillos.

— Yo que usted como no volviera en andas.....

— ¡ Anda, cobarde ! Buenas noches.

— *Di quiá* mañana.

— Cuidado no baje por ahí rodando la calavera.

— Canario, tio Piqueta, que no gaste usted chanzas pesadas!

El tio Piqueta baja al pueblo, y Santiago queda en la era pensando en el epitafio del cura de Algete y en la calavera del tio Chupa-cepas.

Un airecillo se ha levantado poco á poco, y cada vez que á su impulso rueda un cardo seco hácia el camino de Algete, el pobre Santiago cree oir rodar la calavera y tiembla como un azogado y pierde el aliento y apénas tiene fuerza más que para santiguarse é invocar en su ayuda al Santo Cristo del Amparo, patron de Coveña.

El viento sopla cada vez más fuerte y silba en las ventanas de la ermita de san Roque, que está al pié del cerro del castillo, aumentando el terror del pobre Santiago, á quien parece aquel silbido el ay de la mu-

jer condenada al purgatorio por contar á sus hijos embustes de muertos y aparecidos.

Santiago no se atreve ya á pasar la noche en la era entregado á aquel terror y á aquel sobresalto contínuo; pero tampoco se atreve á irse á su casa, porque pueden limpiar el trigo que Juan ha dejado sucio, y en tal caso á nadie más que á él echará Juan la culpa.

Despues de profundas cavilaciones, encuentra un medio que concilia su obligacion de guardar la era y su necesidad de calmar el sobresalto en que se halla su espíritu.

Este medio consiste lisa y llanamente en pasar la noche en compañía del guarda de otra era, propia de Pepe Berrinche, no muy distante, velando desde allí por la seguridad de la que le está encomendada.

Tan pronto como le ocurre esta idea, la pone en práctica; la era de Juan Cachaza queda enteramente sola, y Santiago se contenta con aplicar de cuando en cuando el oido hácia ella desde la de Pepe Berrinche.

El viento continúa soplando cada vez más recio.

Santiago y el guarda de Pepe Berrinche notan á favor de la luna, que comienza á aparecer, una especie de humo que se extiende por toda la parte de las eras.

— Será niebla, porque la noche ha refrescado, dice Santiago.

— La niebla no huele á paja quemada, replica su compañero.

— Vendrá el humo de la tahona de Coveña.

— En la tahona queman retama y tomillo y no paja.

Y cuando ambos guardas estaban aún en qué será, qué no será ese humo, una gran hoguera ilumina de repente todas las afueras altas de Coveña.

Santiago lanza un grito de terror al vér que el fuego es en la era de Juan Cachaza, á donde se dirigen á escape él y su compañero.

El monton de trigo que constituye toda la cosecha del pobre Juan Cachaza es presa del fuego, que avivado por el viento, envuelve ya toda la hacina.

En vano Santiago y el guarda de la era de Pepe Berrinche se esfuerzan por dominarle. Chamuscados y faltos de toda esperanza en sus propias fuerzas, dan la voz de

— Vecinos, ¡fuego! ¡fuego!

Inmediatamente cesa el profundo silencio que reinaba en la poblacion, reemplazándole ayes lastimeros, golpes á las puertas, ruido de puertas y ventanas, y por último, el lúgubre toque de fuego.

Todos los vecinos de Coveña, y el primero de todos Pepe Berrinche, acuden al sitio del siniestro; pero ¡ay! inútilmente, porque el fuego ha consumido toda la cosecha del pobre Juan Cachaza.

Juan, cuando ya nada le queda en la era con que consolarse más que la compasion y las simpatías de sus vecinos, piensa, para consolarse, en su mujer y en su hija, y se encamina á su hogar ya más pobre y

triste que nunca, y al llegar á la fuente encuentra á su mujer, que con la niña en brazos va llorando sin consuelo, porque ya le han dicho que se ha consumado su desgracia.

Juan, que apénas sabe leer, no ha aprendido en los libros santos ni en los profanos los deberes del hombre; pero por una divina intuicion que en los rústicos de espíritu levantado suple á la sabiduría que se adquiere en los libros, sabe que Job debe ser imitado por los hombres, como debe serlo por las mujeres la mujer fuerte del Evangelio.

Y al ver llorar á la compañera de sus tristezas y de sus alegrías, la estrecha en sus brazos, no bañándola con sus lágrimas sino fortaleciéndola con su sonrisa, y le dice:

— No llores, no, que si es Dios justo cuando nos da las mieses, no puede ménos de serlo tambien cuando nos las quita. Con los ojos ciegos de lágrimas y la frente abatida por la tristeza, no se busca el bien, que se busca con los ojos enjutos y la frente levantada. Fuerza tengo en los brazos y voluntad en el alma. ¿Te parece á tí que con estas dos cosas no se encuentra en España lo que para vivir necesitan los pobres? Echa muy enhoramala el llanto, que con ese monton de ceniza que queda en la era abonarémos las tierras, y verás cómo el año que viene nos da Dios doble cosecha que ogaño. ¿Sabes tú la copla que cantaba el difunto mi padre? Pues si no la sabes, te la voy á decir:

El rico está siempre triste
y el pobre está siempre alegre,
porque uno ser rico espera
y el otro ser pobre teme.

— ¡ Tiene razon Juan, dijeron Pepe Berinche y otros vecinos que estaban presentes.

Y Mariquita, enjugando las lágrimas del dolor para dar salida á las del amor y la alegría, alzó los ojos al cielo, exclamando :

— ¡ Bendito seas, Señor, que has colocado en mi casa la dicha al lado de la pobreza !

No sé qué amargo sentimiento se agitó en el corazon de Pepe, pues el rostro de éste se entristeció, y á sus ojos asomó una lágrima.

Aquella lágrima y aquella tristeza desaparecieron muy pronto, pues Pepe, al separarse de sus vecinos, frente á su casa, y por consiguiente frente á la de Juan, dijo á éste y á la Mariquita en tono alegre y cariñoso :

— Ea, á dormir y no penseis en el trigo, que como ha dicho Juan, Dios os dará cosecha doble el año que viene.

— Ay, sí, contestó la Mariquita; pero entre tanto.....

— Entre tanto, la interrumpió Pepe, en mi era hay dos montones, cada uno tan grande como el que se ha quemado en la vuestra, y uno de ellos vendrá mañana á vuestra panera, que la gracia de Dios se ha de partir.

— ¡ Gracias, gracias, señor Pepe ! exclamaron Juan

y su mujer casi llorando de alegría y agradecimiento; pero Pepe se apresuró á meterse en su casa recomendándoles que dejáran no sé qué para las amas de los curas.

. . .

VII.

Cuando Pepe entró en su casa, el tio Jeromo salió á recibirle al alto de la escalera.

— Caráspita, me alegro que vengas, dijo el viejo, porque ya no podia con la fiera de tu mujer.

— ¡Adios con la colorada! ¿Ya andan ustedes de pelea? ¿No le tengo á usted dicho, tio Jeromo, que no dispute con la Isabel? Es usted lo más.....

— Soy lo más borrico que come pan en darme malos ratos por vosotros, en vez de decir: ¡A ver cómo no se desouernan! ¡Ah, si levantára la cabeza el pobrecito que come tierra.....!

— ¡Adios, ya salió aquello! Pero, hombre, ¿qué es lo que ha pasado?

— Qué ha de pasar? que tu mujer dale que ha de ir á la era de Juan Cachaza, estando, como quien dice, con un pié en la sepultura, del berrinche de ayer. Y porque yo no se lo he permitido, se ha puesto conmigo como un toro, y ha habido aquí la de Dios es Cristo; de modo que si no vienes tan pronto, le digo: A ver cómo no te lleva pateta; y la dejo ir..... ¡Mira tú qué

falta haria ella en el fuego! La que los perros en misa.

— Ha hecho usted bien en no dejarla ir, porque en tales casos las mujeres sólo sirven de estorbo, y estando tan delicada, le hubiera costado cara la imprudencia; pero, por Dios, tio Jeromo, no la exaspere usted.....

— ¡Amigo, muchas gracias! ¡Con que tras de cornudo apaleado!..... La culpa me tengo yo por no.....

— Pero, hombre, escuche usted.....

— ¡Ingratos!

— ¡Tio Jeromo, por María Santísima, no me saque usted de mis casillas!

— De tu casaza me sacarán á mi pronto para llevarme al campo santo con la vida que me dais.....[1]

Pepe hace heróicos esfuerzos para contener su enojo.

— Pero, tio Jeromo, escúcheme usted.....

— ¡Sí, sí, contémplale un poco, lávale la cara, dale las gracias por el buen rato que ha dado á tu mujer!..... exclama desde la cama la señora Isabel en tono capaz de hacer perder la paciencia al mismo Juan Cachaza.

Y al verse Pepe abrumado de reconvenciones por uno y otro lado; al ver que allí todo el mundo habla y nadie se entiende, pierde los estribos y une sus gritos y sus apóstrofes á los de su mujer y el tio Jeromo, y rabia y patea y llora y maldice su suerte y se tumba en la cama en la alcoba del gabinete opuesto al que ocupa su mujer.

Por fin todo queda en silencio.

Pasa una hora y otra y otra, y los criados dan cabezadas y roncan, éste sentado por aquí y el otro tumbado por allá esperando que sus amos salgan á cenar.

Por fin Rosa se decide á entrar á preguntar á sus amos si se les ofrece algo y recibe un sofion de su ama, que está echada sobre la cama sin desnudarse. Segura de hallar la misma acogida en su amo, pasa al gabinete opuesto y ve á Pepe tambien tumbado sobre la cama.

—¿Quiere usted algo? le pregunta, pero su amo no responde.

Se acerca á la cama y repite la pregunta, pero la repite inútilmente.

Acerca la luz á la cara de su amo, y al ver á éste encendido como la grana, respirando con dificultad é inmóvil, grita:

—¡Ay Dios mio, que á mi amo le ha dado algo!

Oir, así la Isabel como el tio Jeromo y los demas criados, estas palabras y precipitarse al gabinete todo es uno.

—¡Pepe, Pepe de mi alma! exclama Isabel prorumpiendo en llanto y procurando despertar á su marido; pero éste continúa inmóvil y como insensible á cuanto pasa á su alrededor.

—Mira, Isabel, grita desesperado el tio Jeromo, mátame, haz que me arrojen por ese balcon, haz que me echen á un presidio, que yo tengo la culpa de

todo, que yo he matado al pobre de tu marido!.....

Y acercando los labios al oido de su amo, continúa:

—¡Pepe, Pepe, vuelve en tí y perdóname!..... ¡Ay Dios mio, no me oye!..... ¡está muerto!..... ¡Vírgen de Valderrabé!..... ¡Ay si el pobre señor Juan levantára la cabeza y viera que el tio Jeromo ha matado á su hijo!

Al mismo tiempo Isabel grita y besa á su marido y se echa á sí misma toda la culpa de aquella desgracia.

— Señora, por Dios, le dice Rosa, tenga usted valor y sea lo que una mujer como Dios manda debe ser en estos casos.

—¡Sí, sí, tienes razon! contesta Isabel haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, id volando á llamar al cirujano.

Y miéntras los criados cumplen la órden de su ama, ésta exclama con toda la efusion de su alma:— «¡Santo Cristo del Amparo, sálvamele, sálvamele, que mi agradecimiento será eterno!.....» y pone en juego todos los remedios caseros para procurar alivio á su marido.

El cirujano viene, y encontrando á Pepe con un ataque cerebral, le hace una sangría, con lo cual consigue devolverle el conocimiento y proporcionarle notable alivio.

—Hombre tenemos, dice el facultativo al retirarse, y entónces Isabel y el tio Jeromo lloran de alegría.

Al salir el sol vuelve el cirujano, y viendo que con-

tinúa rápidamente el alivio, levanta la prohibicion absoluta de hablar al enfermo.

Isabel se sienta á la cabecera de la cama, en tanto que el tio Jeromo, oyendo tocar á misa, va á oirla á pesar de que es dia de trabajo y no acostumbra á ir á misa más que los dias de precepto.

— ¡Pepe de mi alma, perdóname!.....

— Isabel, quien tiene necesidad de perdon soy yo. Dios que os hizo á las mujeres débiles de cuerpo y alma, debe perdonaros las faltas y debilidades de carácter; pero no así á los hombres que hemos sido puestos á vuestro lado para que os demos ejemplo de prudencia y de generosidad. Grande fué el que me ofreció anoche Juan, un hombre que carece de la educacion que yo he recibido, y sin embargo no supe imitarle. Dios me castigó, y este castigo que no ha sido tan cruel como el que yo merecia, será una leccion que nunca olvidaré. El apodo que hasta aquí he oido con indiferencia, le oiré con paciencia en lo sucesivo, porque servirá para recordarme mis faltas; pero no le mereceré en lo sucesivo. ¿Dónde está el tio Jeromo?

— Ha ido á misa.

— ¡Es decir, á pedir á Dios por mí!

— Sin duda.

— ¡Pobre tio Jeromo! ¡Desgracia tiene en servir á quien olvida que los ancianos merecen la indulgencia que nunca se niega á los niños!

— Si hubieras visto cuánto ha llorado y cuánta ha sido su desesperacion creyéndose causa de tu mal.....

— Mira, Isabel, no hablemos más de nuestras disensiones. Evitémoslas de hoy en adelante, y al fin gozarémos la felicidad doméstica que envidiamos á los pobres que viven ahí enfrente.

— Pobres llamas á Juan y su mujer, y razon tienes para ello, porque por bien avenidos y trabajadores que sean, ¡cómo van á vivir despues de haber perdido su cosecha!

— ¡Dios no desampara á los pobres!

— Pues mira, yo he pedido al Santo Cristo del Amparo que te salvára, ofreciéndole que mi agradecimiento sería eterno. ¿No te parece que el Señor agradeceria el que reparásemos la desgracia del pobre Juan?.....

— Anoche me anticipé á tus deseos ofreciéndole la mitad del trigo que tenemos en la era.

Isabel inclina como avergonzada la frente sobre el pecho de su marido, exclamando con los ojos arrasados en lágrimas:

— ¡Y yo, en vez de recibir con los brazos abiertos y bendiciones en los labios al que tan santa obra acababa de hacer, le recibí con denuestos y provocaciones!.....

— ¡Isabel, por Dios te ruego que no volvamos á hablar de eso!

Isabel y Pepe no volvieron en efecto á hablar de

aquello: hablaron de la felicidad que podia sonreirles, jóvenes aún, ricos, estimados de sus convecinos, y más que todo, amándose mutuamente, si no con el amor exaltado de la adolescencia, semejante á la cerveza que arroja estrepitosamente el tapon, que toda es espuma, y que se corrompe apénas se pone en contacto con el aire; con el amor tranquilo de la edad viril, semejante al vino de Jerez, que, sin arrojar el tapon de la botella, ni escaparse de ésta, hirviente y espumoso, da salud y alegría, y conserva con creces toda su fortaleza y su virtud á traves de los años y de los elementos corruptores que le rodean.

Miéntras esto pasaba en casa de Pepe Berrinche pasaban cosas muy diferentes en la plaza.

Bajo el toldo de estera que sombreaba la puerta de la tienda de la Buena moza estaban ésta y su vecina, la tia Claudia, la primera sentada en una silla, y la segunda de pié á su espalda peinándola.

—Como yo no me puedo mover de aquí por la mañana, decia la Celedonia, porque la *miaja* que una vende, lo vende á esa hora, no he podido llegarme á ver al pobre señor Pepe; pero mi Pascualillo ha ido, y le ha dicho la Rosa que está ya casi bueno.

—Hija, ¡qué dolor hubiera sido que, por una disputa sin fuste ni fundamento, se hubiera desgraciado un hombre de tan buen corazon como el señor Pepe, y hubiera quedado viuda una mujer tan de su casa, y tan amiga de hacer bien á las vecinas como la señora Isabel!

— ¡Ya se ve qué hubiera sido un dolor! Mira tú lo que me ha contado Santiago: que el señor Pepe le ha regalado al pobre Juan Cachaza un monton de trigo, mayor aún que el qué se quemó anoche.

— ¡Bien haya su alma, y Dios le dé por tan buenas obras lo único que necesita, que es un hijo, para que haya paz en su casa!

Santiago el de la Roma aparece en escena.

— Dios guarde á ustedes.

— Y á tí tambien. ¿Vienes á echar la mañana?

— Lo que es hoy no la hago á usted gasto, *señá* Celedonia, que la *señá* Mariquita nos ha preparado un almuerzo de los buenos, y hemos almorzado hasta alcanzarlo con el dedo, así que hemos recogido el trigo que el señor Pepe Berrinche ha regalado al señor Juan Cachaza.

— Pero hombre, ¿qué hiciste tú anoche para que se prendiera fuego en la era?

— Canario, yo no hice nada. Habiamos estado fumando sobre el monton de trigo el señor Juan y yo, y á la cuenta cayó una chispa, y así que arreció el aire, el fuego, que habia estado escondido, dijo allá voy.

— Si soy yo la tia Mariquita, os araño á tí y á su marido por haberos puesto á fumar allí. . .

— Pues la tia Mariquita ni siquiera lo ha mentado.

— Porque no lo sabrá.

— ¡Pues no lo ha de saber, canario! Como que nos vió fumando sobre el trigo. Pero la tia Mariquita se parece á su marido, que, cuando el mal no tiene re-

medio, se deja de disputas, y perdona al que tiene la culpa del mal.

—¿Y qué traes tú por aquí? pregunta la tia Claudia á Santiago.

—¡Qué he de traer! Venía á ver si habia vuelto ya de Valderrabé el tio Piqueta.

—No ha vuelto áún, pero no tardará, que al ser de dia ya habia salido para allá.

El tio Piqueta aparece por la esquina con la espuerta de la herramienta al hombro.

—¡Calla! dice Santiago. En nombrando al ruin de Roma.....

—El ruin serás tú, replica la señora Claudia algo amostazada.

—Es un decir.....

—¡Hola, valiente..... comedor! dice el tio Piqueta dando con una mano en el hombro de Santiago y con la otra echando al suelo la espuerta.

—¡Buenos dias, tio Piqueta!

—¡Vaya usted muy noramala, trasto, y ponga usted motes á la..... Tio Piqueta! Ya podias hablar con más respeto al que, como quien dice, es ya tu padre.

—¡Usted ha de perdonar tia Claudia!.....

—Eh, dejarse de disputas. Tio Piqueta me llaman, y á mucha honra, que es porque sé manejarla.

—Diga usted, tio Pi..... digo maestro, ¿qué hay de bueno por Valderrabé, que por el aquel de saberlo venía?

— Pues lo vas á saber ahora mismo. Has de saber que apénas entré esta mañana, entre dos luces, al campo-santo, encontré la calavera del tio Chupa-cepas junto á la verja.

— ¡Canario, qué miedo!

— Como el terreno está más bajo á la entrada que al otro extremo del campo-santo, la calavera no habia tenido fuerza para subir la cuestecilla, y se habia quedado al pié de ella; pero así que yo entré dió un salto.....

— ¡Jesucristo, qué miedo!

— Miedo tenía seguramente, pues echó á correr, y en un abrir y cerrar de ojos desapareció por la rendija de una sepultura.

— ¡Canario, qué milagro! ¿La calavera?

— No, hombre: ¡un ratoncillo que salió de ella!

— ¡Calla!..... ¿Eso es decir que el raton era el que la hacia rodar anoche?

— Justo y cabal.

— ¡Canario, bien decia usted que no todo lo que parece milagro lo es!

— Ahí verás tú.

Un nuevo personaje tenemos en escena. Es la tia Gaceta, que viene por la calle que desemboca en el olivar.

— ¡Buenos dias, hijos!

— Buenos dias, tia Gaceta. ¿Cómo va?

— ¿Cómo quereis que me vaya, pobrecita de mí,

cargada de años y necesidad? Mira, Buena moza, sácame dos cuartitos de aguardiente, y con tu permiso voy á sentarme aquí un poco, que me estoy cayendo de débil.

La tia Gaceta se sienta en la silla de donde acaba de levantarse la Celedonia, y ésta le saca un vasito de aguardiente, que la vieja se bebe saboreándolo con indecible delicia.

— Tia Gaceta, dice Santiago, ¡qué buena era usted para cura, canario!

— ¿Por qué?

— Porque desocupa usted bien las vinajeras.

— ¡Vaya una *comparanza!* dice la Celedonia disgustada.

— Usted ha de perdonar, tia Celedonia, que no he dicho nada malo.

— Ni nada bueno.

— Canario, ¿á quién he ofendido yo?

— A mí.

— ¿Tiene usted algo que ver con los curas?

— Lo tendré si no mañana ú otro dia.

— ¡Ah, ya caigo! ¿Lo dice usted porque Pascualillo va á estudiar para cura?

— Y tres más que lo digo.

— Sí, ¡no va poco largo eso!

— ¡Así tuviera la edad!

— Dirá usted los estudios.

— Los estudios pronto los hace, que ya le he com-

prado la gramática latina, y él, que tiene buena memoria, pronto la aprende de carretilla.

—Canario, si yo supiera leer, me hacia tambien cura.

— Mira el zoquete ese, exclama la tia Claudia, ¡qué querencia le tendrá á su novia cuando dice eso!

— Pero Canario, tia Claudia, si es un decir.....

La gente comienza á salir de la iglesia, y Pascualillo, que ha ayudado á misa, viene á aumentar los interlocutores de la escena que vamos describiendo.

— Madre, dice, voy á ver si me aprendo hoy cuatro hojas de la gramática.

— Bien, hijo, bien. ¿Cuántas te sabes ya?

— Lo ménos la mitad.

— ¿Ven ustedes cómo ya sabe la mitad del latin? dice la Celedonia reventando de orgullo.

En esto el tio Jeromo sale de la iglesia, donde ya no quedaba nadie más que él.

— Pascualillo, hijo, dice la tia Gaceta, sube á la torre y repica las campanas, que hoy es gran dia en Coveña.

— ¿Por qué, tia Gaceta?

— Porque se ha convertido un judío.

— ¿Qué judío?

— El tio Jeromo, que en dia de trabajo ha ido á misa y sale el último de la iglesia.

— Tia Gaceta, dice el tio Jeromo con una mansedumbre poco comun en él, por Dios le ruego á usted que no sea provocativa.

— Tú por fuerza has cometido algun pecado gordo, continúa la tia Gaceta. ¡Ah! ya caigo, añade, es que estuviste ayer á vender trigo de tus amos.....

Al tio Jeromo se le enciende de ira el rostro, pero las palabras de la vieja quedan sin contestacion.

— ¿A cómo dices que vendiste ayer el trigo?

— Vamos, tia Gaceta, no me tiente usted la paciencia, contesta el tio Jeromo dominando su enojo.

— ¿Fué á 40 ó á 42?

El tio Jeromo inclina tristemente la cabeza haciendo un gran esfuerzo para no incomodarse, y sin contestar se dirige á casa.

— Canario, dice Santiago, sí que parece otro el tio Jeromo.

— Cabal que lo parece, asienten el tio Piqueta y las mujeres.

— ¡Toma! dice Pascualillo, hoy no rabia ni echa pecados, porque se ha confesado ántes de misa.

VIII.

Era una hermosa noche de verano.

Todo yacia en silencio en Coveña, que acababa de dar las doce el reloj de la iglesia parroquial, y los moradores de la aldea dormian con la tranquilidad de alma y el bienestar de cuerpo con que Dios recom-

pensa así que llega la noche á los que pasan el dia notablemente ocupados en el trabajo.

Sólo turbaban el silencio de la noche el ladrido de algun perro en el pueblo, el canto de las ranas en las charcas del arroyo, y en los campos circunvecinos ese infinito y vago concierto que alza en las noches de verano la inmensa orquesta en que sobresalen las notas del grillo como en la orquesta de nuestros teatros las notas del clarinete.

Sólo allá, muy léjos, en la carretera de Francia que se descubre al poniente de Coveña se oia de vez en cuando la interjeccion de algun carretero que no pensaba cuán sacrílego era profanar la solemne majestad de aquella noche serena y bendita con una torpe blasfemia que la brisa llevaba por la llanura.

En casa de Juan Cachaza ocurria algo notable.

Una lamparilla colocada sobre la mesita iluminaba débilmente la sala y más débilmente aún la alcoba.

Juan dormia vestido sobre un colchon tendido en la sala, y Mariquita sentada en la alcoba, á la cabecera de la cama, inclinaba con ansiedad el oido hácia la niña que estaba acostadita y respiraba de un modo irregular.

Los ojos de Mariquita estaban escaldados por las lágrimas y el insomnio, que hacia ya muchas noches que Mariquita velaba constantemente con los ojos preñados de lágrimas y el corazon de inquietud, á la

cabecera del lecho en qué dormia ó más bien agonizaba su niña.

¡Señor! un ángel duerme sonrosado y tranquilo en la estancia donde escribo estas rústicas historias. Consérvale siempre á mi lado, que mi vida cada vez más llena de tristeza y desaliento necesita su sonrisa para no desmayar; pero si un dia me le arrebatas, ántes, Señor, arráncanos á mí y á la que le sostiene en su amoroso regazo este corazon consagrado por entero á amarte y á bendecirte porque le has puesto á nuestro lado. Que pase de nosotros ese amargo cáliz, y en cambio seguirémos agotando llenos de resignacion y mansedumbre cuanto te dignes ofrecernos, por muy amargo que sea.

Mariquita notó que la lamparilla se apagaba, y salió á la sala á renovar la mariposa.

Alzó los ojos á la Vírgen de los Dolores y se le arrasaron en lágrimas.

¿En qué pensaba? ¿Qué pedia á la Vírgen con los ojos, medio cegados por el llanto, fijos en la santa imágen?

¡Ay! ¡qué santa debe ser la madre, por muy culpable que la mujer sea, en el momento en que invoca á la Madre de Dios para que salve al inocente fruto de sus entrañas!

Mariquita se arrodilló ante la Madre de Dios exclamandó, en voz baja para no despertar á su marido:

—¡Salvad, Madre mia, á la hija de mi alma! To-

das las penas y todos los dolores serán para mí llevaderos si el ángel hermoso que vino á alegrar mi vida sonrie á mi lado. Su alegría es mi alegría, su dolor es mi dolor, y si á todas horas no veo ese dulcísimo encanto de mi alma y de mis ojos, el mundo me parecerá triste y oscuro como una noche sin luna ni estrellas.

El llanto que la ahogaba impidió á la desconsolada madre seguir implorando más que en silencio, desde el fondo de su corazon, á la consoladora de los afligidos.

Los sollozos de Mariquita despertaron á Juan, que levantándose sobresaltado, preguntó á su mujer:

—¿Qué es eso, hija, qué es eso? ¿Está peor la niña?

—¡Ay, sí, me parece que está peor! contestó Mariquita volviendo á la alcoba á escuchar la anhelosa respiracion y á tocar la ardorosa frente de la niña..

Juan tomó entre sus rudas y callosas manos las tiernas y delicadas de la enfermita, é hizo un gran esfuerzo para ahogar un doloroso suspiro que pugnaba por exhalarse de su pecho.

—Está peor, ¿no es verdad? le pregunta Mariquita con ánsia vivísima.

—No, hija, al contrario, está algo mejor. ¿A qué hora vino el cirujano?

—Vino al anochecer.

—¿Por qué no le dijiste que volviera ántes de acostarse?

—Ya se lo dije, pero me contestó que iba á casa de Pepe porque está la Isabel de parto, y no podia separarse de su lado hasta que saliese del paso, á no ser que la niña se pusiese peor, en cuyo caso podias pasar á avisarle. Juan; por Dios, avísale si te parece como á mí que está peor la niña.

—La niña no está peor. No te aflijas, mujer, que los niños son la flor de la maravilla, cátala muerta, cátala viva: verás cómo el dia del Santo Cristo diablea en la peana del divino Señor, y el dia de la Vírgen corre por las praderas de Valderrabé.

Y al decir esto, Juan procuraba sonreir y recobrar su habitual carácter alegre y chancero.

—¡Dios nuestro Señor y la Vírgen santísima te oigan! exclamó Mariquita llorando de gozo ante la esperanza que las palabras de su marido le infundian.

¡Ay! no sólo necesita la mujer para sostener su debilidad la fortaleza física del hombre, que más áun que la fortaleza física necesita la fortaleza moral!

Serafin hermoso, que duermes apaciblemente miéntras tu padre se estremece pensando que un dia puede presenciar y sentir en su pobre hogar lo que refiere del ajeno, con cuánta razon te cantará tu padre cuando comprendas sus cantares:

«Débil yedra, hija mia,
son las mujeres,
y los hombres son árbol
robusto y fuerte.....

«¡ Ay de la yedra
que vive sin un árbol
que la sostenga! »

— Pues mira, ya que la niña está algo mejorcita, voy á pasar en un brinco á casa de Pepe á ver si Isabel se ha hecho dos.

— Sí, ve, y si Isabel no le necesita, haz por traerte al cirujano para que vea si mi niña está en efecto mejor.

— Pues allá voy.

Juan pasó pocos momentos despues á casa de Pepe.

Éste bajó á abrirle la puerta.

A la luz del candil que Pepe tenía en la mano, vió Juan que Pepe tenía los ojos arrasados en lágrimas.

— Señor Pepe, ¿qué ocurre? preguntó Juan asustado.

— Qué ha de ocurrir, hombre, contestó Pepe derramando sobre el candil un lagrimon que le hizo churruchar, y alargando la mano para estrechar la de Juan, que ya no te tengo envidia, que ya tengo un galan para tu dama, que mi pobre Isabel ha parido un chico como un ternero.

— Que sea en hora buena.

— Gracias, hombre, gracias.

— No me ha dado usted mal susto.

— Susto, ¿por qué, Juan?

— Porque al verle á usted con los ojos como un tomate, creí que habia ocurrido alguna desgracia.

— Sí, Juan, te confieso sin avergonzarme que he llorado, que lloro como un chico al pensar que mi mujer se ha salvado, y que hay ya en mi casa una criatura, carne de mi carne y alma de mi alma..... ¡Juan! añadió Pepe bajando la voz y brillando la alegría entre las lágrimas que cegaban sus ojos, ¡me mataba la pena al ver que Dios no me daba hijos!

— ¡Ah, pícaro, y cómo lo callaba usted, y hasta decia que no deseaba tenerlos, porque así estaban ustedes más libres de impertinencias y disgustos!

— Callaba y disimulaba por no contristar á mi mujer, y sospecho que mi mujer hacia lo mismo por no contristarme á mí. Hoy, á Dios gracias, ya tengo un hijo, que será el íris de paz en mi casa, donde las tormentas estallaban tan de continuo!

— ¡Dios se le bendiga á ustedes, y le libre del mal que aflige á mi hija!

— Qué, ¿sigue mala tu chiquitina?

— Cada vez peor.

— ¡Cómo estará la pobre de tu mujer!

— ¡Y eso que no sabe todo lo mala que está su hija!

— ¡Pobre Mariquita! Ea, sube, que arriba está el cirujano y te le podrás llevar hácia allá.

Pepe y Juan subieron, y poco despues Juan regresaba á su casa con el cirujano.

Éste examinó á la niña y guardó silencio.

— ¿Cómo está la hija de mis entrañas? le preguntó Mariquita con ansiedad.

— Sigue lo mismo, contestó el cirujano.

Mariquita, que habia cobrado alguna esperanza con la afirmacion de su marido de que la niña estaba algo mejor, se echó á llorar.

El cirujano procuró consolarla, y despues de explicar lo que habian de dar á la niña, se retiró.

Juan salió á abrirle la puerta.

— ¿Con que la encuentra usted peor? preguntó al facultativo en voz baja para que su mujer no lo oyera.

— Sí, está muy mala, y me temo muchísimo que no pueda resistir la calentura que se le ha desarrollado.

El cirujano se alejó, y Juan, oyendo sollozar á su mujer, se apresuró á volver á su lado para animarla.

— ¡ Ay Juan de mi alma, que la niña se nos muere! exclamó Mariquita.

— ¡ Qué se ha de morir la niña, tonta de capirote! replicó Juan sonriendo.

— ¡ Ay, si Dios me la llevára no iria sola al campo santo, que iria su madre tras ella!

— Pues su madre haria un grandísimo disparate. El sentimiento por la muerte de los niños no debe ser como el sentimiento por la muerte de los mayores.

— Y ¿por qué, Juan?

— En primer lugar, porque los niños van á ver á Dios, y los mayores suelen ir á ver á Pedro Botero; en segundo, porque los niños padecen y no sienten, y los mayores sienten y padecen; y en tercero, porque los mayores son personas hechas y derechas, y

los niños son la octava parte de una persona. Si hubiéramos perdido nosotros la cosecha cuando el trigo estaba recien nacido, ¿lo hubiéramos sentido tanto como lo sentimos cuando el trigo estaba amontonado en la era?

— No.

— Pues aplica el cuento.

— No le puedo aplicar, porque si el trigo se nos hubiera perdido cuando estaba recien nacido, aunque tarde, hubiera nacido otro.

— Pues aplica el cuento, repito.

Mariquita comprendió á su marido, y se sonrió á pesar de la angustia que oprimia su corazon.

Juan la estrechó contra el suyo, y miéntras Mariquita observaba y arropaba á la niña, se salió al jardincillo, y entónces, en la soledad, donde nadie podia verle ni oirle, aquel hombre de cuerpo inquebrantable en el trabajo y de alma inquebrantable en la adversidad, prorumpió en llanto, quizá por la primera vez de su vida, por la primera vez desde que Dios le dió la razon para medir la extension de sus infortunios.

IX.

El hijo de Pepe Berrinche tiene ya cerca de un año, lo cual quiere decir que estamos en la primavera.

¿Qué ha pasado en Coveña durante esos diez ú once meses?

Si nos metemos á referirlo, este cuento será el de nunca acabar.

Contemos lo que pasa el dia 10 de Mayo, gran dia en Coveña, pues se celebra la fiesta titular del Santo Cristo del Amparo, y que cada cual saque por el hilo la madeja.

Hubo un tiempo en que el autor de los Cuentos campesinos creia que la vida no podia tener encantos allí donde no hubiese altos y quebrados montes, sombrías arboledas y verdes y profundos valles, lo cual equivalia á creer que no tenía encantos la vida fuera de la tierra donde él nació ú otra que se le pareciera mucho; pero pasaron años y años, y el autor de los Cuentos campesinos vió pasar por su corazon muchas penas y muchas pasiones, y por su mente muchos pensamientos y muchas esperanzas engañosas, y mudó completamente de parecer, que su razon y su corazon le dijeron: tan dulce y tan alegre es el cántico del pájaro que canta oculto en la mata de tomillo en las inmensas y áridas llanuras de Castilla, como el cántico del pájaro que canta oculto entre el verde ramaje de los valles vascongados, y si santa poesía tiene la voz de la campana que repiten los ecos de los hondos valles, tambien la tiene la voz de la campana que se dilata por la llanura y muere melancólicamente, sin encontrar un eco que la recoja y la repita.

Yo he vagado, sumido en honda meditacion, por las llanuras de Castilla al nacer y al morir el sol, y he sentido mi alma sumergida en un piélago de poesía.

Miéntras el occidente estaba oscuro, oscuro, y en el fondo negro de su cielo brillaban las estrellas como si el dia estuviera aún muy distante, una inmensa faja luminosa se extendia por oriente, donde las estrellas se iban desvaneciendo casi por completo. Un vago resplandor comenzaba á aparecer en el centro de aquella faja como si procediese de una hoguera encendida en la hondura interpuesta entre el límite del horizonte terrestre y el cielo; y aquel resplandor iba creciendo en intensidad y extension hasta llegar al cenit y tomar el color del fuego. De repente el disco del sol, el foco, la hoguera de que aquel resplandor procedia, aparecia á mis ojos, y torrentes de luz inundaban la llanura, y ante la belleza de ésta, iluminada por el sol naciente, mis rodillas se doblaban y mi alma se alzaba á la altura para reverenciar y bendecir y cantar á Dios.

El sol se acerca al ocaso.

Una línea de fuego se extiende sobre la línea negra del horizonte por la parte de occidente, y el vivo resplandor de aquella línea eclipsa el pálido y frio y moribundo resplandor del sol.

El espectáculo que ofrece la llanura es solemne y triste.

Allá á lo léjos se alzan los campanarios bañados por la amarillenta luz del sol, que hundido ya tras de la

línea negra del horizonte, sólo envia sus reflejos á la torre ó la colina que domina la llanura.

Conforme la luz desaparece, los rumores lejanos llegan más distintamente á nuestro oido. Los que no habeis observado esto nunca, cerrad los ojos y escuchad, y os convencereis de que se verifica este fenómeno.

La voz de las campanas que la brisa de la tarde esparce por la llanura, llega hasta nosotros tan solemne y misteriosa y triste, que sin querer alzamos á Dios el pensamiento, y sólo podemos separarle de Dios para fijarle en los que amamos ó hemos amado, en los que nos esperan en el hogar ó en el campo santo.

¡Madre! las lágrimas más santas que por tí he derramado han brotado de mis ojos en las llanuras de Castilla á la hora del crepúsculo de la tarde.

Una tarde de setiembre penetré en el campo santo de nuestra aldea despues de una ausencia de veinte años, y caí de rodillas llorando al tropezar con una cruz de madera clavada en tu sepultura y escondida entre la yerba mojada por la llovizna; pero por muy santas que fueran entónces mis lágrimas, paréceme que lo eran aún más las que cien veces derramé pensando á la par en Dios y en tí en las llanuras de Castilla al oir las oraciones en el campanario lejano.

¡Madre! yo no sé cómo explicar esta diferencia entre unas lágrimas y otras; pero me parece que cuando vi tu sepultura con los ojos materiales quien te lloraba

era la materia, y cuando la vi con los ojos del pensamiento, quien te lloraba era el alma.

Para el alma, siempre abierta al sentimiento, la poesía está en todas partes : en el sol moribundo como en el sol naciente, en la árida llanura como en la verde montaña, en la patria como en el destierro.

Por eso, campos de Castilla, he bendecido y he cantado á Dios vagando en vuestras áridas soledades, como le bendije y le canté vagando en las verdes soledades de los campos nativos.

Las campanas de Coveña repicaban alegremente, alborozando á los moradores de la aldea y llamando á los de las circunvecinas, que en largas hileras acudian á la fiesta por el camino de Fuentelzaz, por el de Algete, por el de Ajalvir y por otros.

Eran las ocho de la mañana, y apénas habia casa que no tuviera ya huéspedes forasteros.

La de Pepe Berrinche tenía ya hasta media docena, entre los cuales se contaba un sacerdote de Madrid que habia ido la víspera para decir la misa primera y predicar al tiempo de celebrarse la mayor.

— Tio Jeromo, dijo Isabel al pobre viejo, que hacia tiempo andaba muy triste, anímese usted, caramba, que todavía ha de bailar usted hoy unas seguidillas con la tia Gaceta. Véngase usted con nosotras á misa primera, para que durante la mayor cuide usted del niño y podamos la Rosa y yo dedicarnos á la cocina.....

— Pero oye, Isabel, interrumpió Pepe á su mujer,

la Rosa querrá ir á misa mayor, porque para ella esa es misa de música.....

— Qué, ¿hay música? preguntó la Rosa.

— Música celestial tiene para las mozas la misa en que se lee su primera amonestacion.

— ¡Ande usted, burlon! dijo la Rosa poniéndose como sus tocayas del reino vegetal.

— Pues por eso, por eso mismo, porque se amonesta hoy no quiere ni debe ir á misa mayor, añadió Isabel.

— No faltará Santiago.

— Ya, si las mujeres fuéramos tan descaradas como vosotros los hombres.....

La campana mayor de la iglesia dió unas cuantas campanadas.

— ¡Anda, el último toque! dijo Isabel.

Y ella y la Rosa corrieron hácia la iglesia.

El tio Jeromo las siguió poco á poco, porque le pesaban mucho las piernas.

Media hora despues volvian á casa.

La gente hormigueaba en la plaza, y particularmente á la puerta de la Buena Moza, donde media docena de mozos zumbones, de esos que se complacen en hacer rabiar á los niños y á los viejos, se entretenian en hacer rabiar á la tia Gaceta, que por tercera vez y en celebridad, decia, del divino Señor, cuya fiesta era aquel dia, habia ido á echar los consabidos dos cuartitos de aguardiente.

Uno de los mozos zumbones era Santiago, que no cabia en el pellejo de orgullo y alegría con motivo de su próxima boda.

— Tia Gaceta, dijo Santiago, allí viene el tio Jeromo. Dígale usted algo, canario, á ver si le anima usted, que hace un monton de tiempo anda muy alicaido.

— Ahí veréis vosotros, contestó la vieja, lo que es el gusanillo de la conciencia.....

— Pero, canario, qué *senefica* eso, que siempre anda usted con el gusanillo á vueltas?

— Yo me entiendo, y el tio Jeromo me entiende. Y si no, ahora lo veréis. Tio Jeromo, ¿qué tienes, hombre, que andas tan triste desde que no vas al mercado de Madrid?

— Tia Gaceta, contestó el tio Jeromo en tono de humilde súplica, ¡por el santo dia que hoy es, la ruego á usted que me deje en paz!

— Pero tio Jeromo, dijo Santiago, ¿qué gusanillo es el que le pica á usted en la *concencia?*

El tio Jeromo bajó la cabeza tristemente, y continuó hácia casa sin contestar.

— Pero oye, tio Jeromo, siguió la hedionda y provocativa vieja, todavía no me has dicho á cómo vendiste el trigo la última vez que fuiste al mercado de Madrid. ¿Fué á 40 ó á 42?

El tio Jeromo siguió lentamente su camino sin contestar.

Cuando perdió de vista la plaza se paró, reflexionó un momento, y alzando los ojos al cielo inundados de lágrimas, exclamó:

— ¡Ya no puedo, Dios mio, con este peso que llevo en el corazon! ¡Yo necesito arrojarle para morir tranquilo!

Cuando el tio Jeromo desapareció de la plaza, apareció en ella, saliendo de la iglesia, el sacerdote madrileño que acababa de decir misa é iba á predicar poco despues.

Pascualillo y otros chicos que estaban jugando á la puerta de casa de Celedonia, corrieron á besarle la mano.

El sacerdote, que era un anciano muy afable y jovial, empezó á preguntarles si asistian á la escuela y á qué altura estaban de instruccion, fijándose muy particularmente en Pascualillo, cuyo despejo llamaba su atencion.

La Celedonia, que observó esto último desde la puerta de su casa, sintiéndose como herida de súbita inspiracion, se dirigió hácia el grupo formado por el señor cura y los muchachos.

No cabia en sí de orgullo y alegría, porque creia que ella y su hijo iban á alcanzar un gran triunfo en presencia de la mitad de la gente que aquel dia encerraba Coveña.

— Pascualillo, hijo, preguntó al muchacho, ¿por qué no le hablas al señor cura en latin?

—¡Qué! dijo el señor cura admirado, ¿habla en latin este chico?

—Lo mismo que un papagayo, contestó la Buena Moza reventando de orgullo.

—Y ¿quién le ha enseñado?.....

—Haga usted cuenta, señor cura, que yo.....

—¿Usted?

—Sí, señor, porque yo le he comprado la gramática y se la he hecho estudiar..... Pero, ¡borrego! añadió la Celedonia dirigiéndose al chico, ¡habla al señor cura en latin! ¡Hum! ¡Le aseguro á usted, señor cura, que me frie la sangre este chico con su cortedad de genio!

—Vaya, vaya, ¡con que todo eso habia y lo tenias tan callado! exclamó el sacerdote acariciando á Pascualillo, y para animarle á latinizar, le hizo una pregunta en latin.

El chico, por única contestacion, empezó á recitar la gramática, sin pararse en puntos ni comas.

—¡Basta, hijo, basta!..... le interrumpió el señor cura, sonriendo bondadosamente, aunque ya estaba seguro de que se detendria al llegar al *quis vel quid*.

—Con que ¿no le parece á usted que sabe tanto latin como muchos señores curas? dijo la Celedonia, no cabiendo ya en la plaza de orgullo maternal.

—¡Positivamente! contestó con tristeza el sacerdote.

— ¡Qué lástima, señor, que no tenga la edad para ordenarse!

— ¡Qué! ¿trata usted de dedicarle al sacerdocio?

— Ya ve usted, señor cura, teniendo hecho ya el estudio.....

El cura se sonrió, asombrado de la ignorancia de aquella pobre mujer, que creia que para saber un idioma basta aprender de memoria la gramática, y para cantar misa basta saber el latin.

— El señor Pepe, que le quiere mucho, continuó la Celedonia, me ha prometido darle la mano para que pueda *desaminarse*, porque ya ve usted, señor, yo soy una pobre.....

— Bien, bien. Ya hablarémos sobre eso el señor Pepe y yo, y harémos de su hijo de usted algo más que un cura de aldea, aunque tenga que hacer algunos estudios más.....

— ¡Ay, Dios y la Vírgen santísima se lo pagará á ustedes, señor! exclamó la Celedonia llorando de alegría.

— Ea, muchachos, dijo el señor cura, que seais buenos y que aprendais mucho en la escuela. Tomad para cerezas, y cuidado con lo que se hace.

Y el sacerdote dió cuatro cuartos á cada chico.

La tia Gaceta, que vió la liberalidad del predicador, se apresuró á dirigirse á él para pedirle limosna.

— Señor, una limosnita por el amor de Dios á esta pobrecita anciana, que pasa ya de los cuatro duros y no tiene más amparo que el de las buenas almas!.....

— Tome usted, hermana, contestó el sacerdote alargando á la vieja una peseta y dirigiéndose en seguida hácia casa de Pepe Berrinche.

Al ver la tia Gaceta que era una peseta lo que el cura le habia dado, se echó á llorar de alegría, porque en el centro de aquella peseta no veia el busto de Isabel II, que veia dos cuartillos de aguardiente.

— Mira, buena moza, dijo á la Celedonia cuando se hubo repuesto un poco de su sorpresa y del aturdimiento que le habia causado la alegría : me vas á dar una botellita del mejor aguardiente que tengas.

— ¡ Quite usted de ahí con el aguardientazo! replicó la Celedonia. ¿No le valia á usted más ir gastando la peseta en cuarteroncitos de carne, para tomar buenas tazas de caldo?

— Hija, el caldo es agua, y el agua cria ranas. Dame, dame una botellita de aguardiente para tomar una pintita todas las mañanas, á ver si me abrigo este estómago, que le tengo echado á perder.

— ¡ Bueno, ya que usted se empeña, á ver como no revienta usted!.....

Y la Celedonia, así diciendo, dió la botella de aguardiente á la vieja, que traspuso la esquina con direccion al chiribitil donde habitaba, más contenta que si llevase el elíxir de la inmortalidad.

Volvamos al pobre tio Jeromo.

El tio Jeromo, al llegar á casa, encontró á Pepe Berrinche en el portal.

Pepe se asustó al ver que el viejo, á quien profesaba



un cariño verdaderamente filial, venía con el rostro desencajado y lloroso.

— Tio Jeromo, exclamó, ¿qué tiene usted?

— Qué he de tener, caráspita, contestó el anciano riendo y llorando á la vez, un peso en el alma que ahora mismo voy á echar con doscientos mil de á caballo, á ver si puedo acabar tranquilo los pocos dias que me quedan de esta pícara vida.

— No le entiendo á usted, tio Jeromo.

— Sube conmigo, y os hablaré á tí y á tu mujer de modo que me entendais.

— Pues vamos allá.

Pepe y Jeromo subieron, y el viejo se dirigió á la sala rogando á Isabel, á quien encontraron al paso, que le siguiera como Pepe.

El tio Jeromo, despues de cerciorarse de que no habia por allí quien pudiera oirle, cerró la puerta de la sala, miéntras Isabel y Pepe se miraban asombrados como preguntándose mútuamente qué secreto sería el que el anciano iba á revelarles.

— ¡Pepe! ¡Isabel! exclamó el tio Jeromo asiendo de la mano á sus amos, matadme ó perdonadme, que el tio Jeromo, el que os ha visto nacer, el que era el ojo derecho del pobre señor Juan, que esté en el cielo, el que debiera mirar por vuestros intereses más que vosotros mismos, porque ha comido el pan en esta casa más tiempo que vosotros, ése os ha estado robando, ése es un ladron!.....

— Tio Jeromo, preguntó Pepe, ¿está usted loco?

— Tio Jeromo, ¡usted tiene gana de broma! exclamó Isabel.

— No, no estoy loco, ni tengo gana de broma, replicó el tio Jeromo derramando lágrimas como avellanas. ¿No habeis notado que en un año he envejecido por diez? ¿No me habeis visto desde hace un año siempre rabiando y siempre triste?

— Sí que lo hemos visto.

— Y ¿á qué lo habeis atribuido?

— A nada malo: á que al fin y al cabo se le habria pegado á usted nuestro mal genio.

— Pues os habeis equivocado, que lo que me envejecia ántes de tiempo, lo que me habia vuelto un cascarabias, lo que no me dejaba dormir ni velar tranquilo, lo que me hacia el más desgraciado de los hombres, era un gusano que me roia la conciencia, era un remordimiento que nunca podia echar de mí, era un delito que ya todos me echaban en cara y todos sabian, á pesar de que cuando le cometí creí que sólo Dios y yo le habiamos de saber.

— Vaya, vaya, no sea usted pesado, y diga qué tremendo delito es ése.

— Pues lo vais á saber. Hace un año fuí á Madrid á vender un carro de trigo, y vendí el trigo á 42 rs. la fanega. Desde el mercado me fuí á la posada con ánimo de que descansáramos allí las mulas y yo, para emprender la vuelta con el fresco de la noche, porque aquel dia hacia un calorazo que se asaban las piedras.

Eché un pienso á las mulas y en seguida me eché á dormir la siesta; pero en toda la tarde no pude cerrar los ojos, porque contínuamente me estaba zumbando en los oidos la voz de una ciega que gritaba á la puerta de una lotería que estaba frente de la posada: «Hay billetes á ochenta reales. La suerte y la fortuna de los jugadores tengo en la mano. Esta noche se cierra el juego. Mañana es el sorteo y pasado mañana se cobra.» A pesar de que no tenía dinero para jugar á la lotería, caí en la tentacion de jugar, y dando por cosa hecha el tomar un billete, dí por cosa hecha tambien el sacar el premio grande. En seguida empecé á calcular lo que debia hacer con tanto dinero, y edifiqué casas, compré tierras, planté viñas, ayudé á Pascualillo á estudiar para cura, socorrí á necesitados, hice regalos á la iglesia de Coveña y alejé de Coveña el infierno, señalando á la tia Gaceta medio duro diario, con la precisa condicion de que nunca volviera á poner los piés en Coveña ni en veinte leguas á la redonda. Cuando enganché las mulas para partir, la ciega volvió á gritar: «Mañana es el sorteo y pasado mañana se cobra.» Y cogiendo ochenta reales del importe del trigo, los gasté en un billete, diciendo: Anda, diré que he vendido el trigo á 40, y si el otro viaje lo vendo á 42, diré que lo he vendido á 44.» La lotería salió, y ni siquiera los ochenta reales volvieron á entrar en mi bolsillo, ni han vuelto á entrar en el vuestro. Con que ya veis que soy un ladron, un.....

Isábel y Pepe interrumpieron al viejo con una alegre carcajada.

—Pecador, *ego te asolvo!* como dice el señor cura, dijo Pepe plantando un abrazo al pobre viejo que lloraba de alegría.

—Pues yo, dijo Isabel cogiéndole de la mano, no le absuelvo hasta que cumpla una penitencia que consiste en venir conmigo á la bodega á probar el vino de todas las tinajas, á ver cuál es el mejor para obsequiar hoy á los convidados.

—Caráspita, qué peso me habeis quitado de encima del alma!..... exclamó el tio Jeromo llorando de alegría..... Que venga, que venga ahora la tia Gaceta á preguntarme á cómo vale el trigo, que la oiré como quien oye llover!

Poco despues, toda la familia de Pepe Berrinche y los convidados almorzaban en el hermoso comedor, y el tio Jeromo asombraba á los que no conocian el secreto de su trasformacion, comiendo y bebiendo como un cavador, y contando cuentos como un Juan Cachaza.

X.

Las campanas de Coveña echadas á vuelo, mezclaban su alegre voz con la solemne y majestuosa del órgano, y la incalificable de un violin, un clarinete,

un figle, un redoblante y dos ó tres instrumentos más, que constituian la murga llevada de Madrid por el Ayuntamiento de la villa, para dar realce á la funcion del Cristo del Amparo.

Era que la procesion salia.

La santa efigie apareció á la puerta de la iglesia colocada en unas anchas andas, y un griterío inmenso de mujeres y niños la saludó desde la plaza.

Al llegar á mitad de esta, el señor alcalde, que como los demás *señores* de justicia iba en la procesion envuelto en una capa que pesaba media arroba, á pesar de que calentaba de firme la chicharra, hizo una seña y los conductores de la imágen se detuvieron.

Cien mujeres con otros tantos niños y niñas en brazos, se lanzaron hácia el divino Señor, y empujándose, pisándose, acodeándose, estrujándose, fueron colocando sobre la peana los niños, que ponian el grito en el cielo, espantados al verse en aquella altura.

Los pocos niños que reprimian el llanto y se contentaban con temblar asiéndose fuertemente al santo madero, hacian con su valor reventar de orgullo á sus madres, y eran considerados como héroes por los espectadores.

Isabel apareció corriendo desalada con su niño en brazos, y fué á colocar la criaturita en la peana del Santo Cristo; pero el chiquitin empezó á dar tales alaridos, se agarró con tal fuerza al cuello de su ma-

dre, cogió tal *perrera*, en fin, que la pobre Isabel, sofocada, avergonzada, desesperada, furiosa, hubo de renunciar á su piadoso intento y volverse á casa con el niño, mientras los espectadores decian por lo bajo:

—Anda, que ese no niega la sangre de los Berrinches!

Un instante despues, una niña como de tres años apareció sobre las andas, hermosa, tranquila, sonriendo, ataviada con todos los primores que á las madres *como Dios manda* inspira y proporciona el amor maternal cuando carecen de medios para engalanar á sus hijos.

Aquella niña era la de Juan Cachaza, que la contemplaba á corta distancia, sonriendo como un bobo de Coria.

La niña se empinó para besar los piés del Señor, y con una media lengua deliciosa, pronunció esta oracion, que sus padres la hacian repetir todas las noches al acostarla:

Seño mio Jesuquito,
aunque no dé nego e pan,
en pa déjano comelo,
que á roquiya no sabá.

En seguida tendió los bracecitos á su madre, que la recibió en los suyos mas feliz y orgullosa que Isabel la Católica al recibir la noticia de que era señora de un nuevo mundo, y la dejó correr á los de veinte

mujeres y otros tantos hombres que se la comian á besos.

Juan Cachaza, al ver aquello, sintió pujos de llorar como un becerro, y no encontrando otro medio de desahogar su orgullo y su alegría tiró el sombrero al aire exclamando:

—Vengan penas!....

La procesion recorrió la calle que desembocaba en el olivar, hizo alto junto á este, sin duda por esa simpatía que la religion, amiga de los recuerdos como todo lo elevado y poético, tiene por los olivos, que presenciaron la última meditacion del Cordero inmaculado, y regresó á la iglesia por otra calle.

La misa fué solemne, y el sermon arrancó más de una vez lágrimas de consuelo al auditorio, porque el predicador procuró fortalecer en el corazon de los labradores el amor á los campos y al trabajo.

El autor de los Cuentos campesinos ha sentido más de una vez no ser cura de aldea para imponerse la noble tarea de reconciliar á los pobres moradores de los campos con la vida que Dios les ha deparado, demostrándoles cuán preferible es á esta vida febril é inquieta en que nos consumimos los moradores de las ciudades.

La Celedonia cometió un pecado muy gordo durante el sermon: se dejó tentar del diablo de la vanidad, pensando en los triunfos que su hijo Pascualillo alcanzaria en el púlpito cuando fuese cura.

Cuando el predicador salió de la iglesia se acercó á él y le dijo:

—¡Señor, bendito sea su pico de usted, que nos ha hecho á todos llorar!

—Déjese usted de alabanzas y guárdelas para cuando su hijo de usted ocupe mas dignamente que yo ese púlpito, la contestó el anciano.

—¡Ay señor, Dios sabe si mi chico llegará á ser sacerdote!

—Si quiere serlo, lo será.

—¡No ha de querer, señor!

—Pues si quiere, tambien Pepe y yo queremos, en prueba de lo cual anuncio á usted que hemos acordado facilitarle cuantos medios necesite para que estudie y se ordene.

—¡Dios y la Vírgen santísima se lo pague á ustedes, señor! exclamó Celedonia llorando de alegría.

Y poco despues andaba de casa en casa anunciando la dichosa nueva.

Plaza y calles fueron quedando desiertas conforme fué llegando la hora de comer.

La comida preparada en casa de Pepe Berrinche era opípara, magnífica, digna de príncipes.

La preparada en casa de Juan Cachaza se reducia al puchero cotidiano, pero con el aditamento de media librita de carne fresca y un par de cuartillejos de vino.

Familia y convidados se pusieron á comer en casa de Pepe, todos alegres ménos Isabel, que estaba

de un humor endiablado con el berrinche del niño.

Pepe fué perdiendo la alegría viendo que apenas comia su mujer, y sobre todo, viendo que se amontonaba una tempestad en el cielo de su casa.

Los convidados, incluso el predicador, se fueron despues de comer hácia la plaza, y cuando Isabel y Pepe quedaron solos, estalló la tempestad que Pepe se temia.

¡Ay! cuando por coger la media naranja del Moro se ha cogido la de la China, ni doscientos chiquillos hacen un arco íris!

Pepe se dirigió á la plaza, porque..... porque cuando en casa no hay paz, en cualquiera parte se está mejor que en casa, y lo primero que se echó á la cara fué á Juan Cachaza y á Mariquita, que bailaban juntos *como si fueran novios*.

En aquel instante tocaron las campanas á muerto.

¡Quien sabe si Pepe sintió que no tocaran por él!

—¿Quién ha muerto, preguntó á Santiago, que estaba muy quemado viendo que la Rosa no llegaba detenida por la tempestad.

—La tia Gaceta, contestó Santiago

—¡Cómo!

—¿Cómo? bebiendo. La han encontrado muerta con una botella de aguardiente medio vacía al lado. ¡Canario, que pícaro vicio es el de la bebida, y sobre todo en las mujeres!

—Malo es que las mujeres beban aguardiente, pero

peor es que beban vinagre, repuso Pepe con amarga sonrisa.

—Canario, señor Pepe, no entiendo por qué dice usted eso.

—Dios me entiende y yo me entiendo.

En esto terminó la tanda de seguidillas manchegas que Juan Cachaza y su mujer estaban bailando. Mariquita fué á coger en brazos y *ahupar*, para que viera á la gente, á su niña, que habia dejado al cuidado de las señoras Claudia y Celedonia, y Juan fué á saludar á Pepe.

—Buenas tardes, señor Pepe.

—Buenas tardes, Juan. ¿Con que la gente se divierte, eh?

—¡Qué quiere usted que hagamos! ¿Nos hemos de dejar morir como la tia Gaceta?

—¿Con que es cierto que ha muerto esa pobre?

—Y tan cierto.

—Canario, bien empleado le está, ya que era tan aficionada á empinar el codo.

—Calla, majadero, replicó Juan Cachaza á Santiago. De los muertos no se debe acordar nadie mas que para alabarlos, llorarlos y encomendarlos á Dios.

—Toma, ¿y por qué?

—Porque murió con ellos lo que merecia vituperio, que eran los vicios, y solo queda vivo lo que merece bendiciones, que es el alma.

—Tiene Juan mil razones, dijo Pepe.

—Y ya que háblamos del alma, continuó Juan dirigiéndose á Santiago, ándate con cuidado, pues milagro será que tú te libres de que se te aparezca por ahí alguna noche la de la tia Gaceta.....

—Canario, señor Juan, que no ande usted con *gromas* pesadas!

—¡Mire usted, mire usted, señor Pepe, cómo me hace señas mi chiquitina para que vaya allá!.....

—¿Sabes que está hecha una alhaja?

—¿Que si lo está? Consérvemela Dios y..... que vengan penas!

La Rosa apareció, trayendo en brazos al heredero de los Berrinches.

El chiquitin extendió los bracecitos á su padre, saludándole con una risita monísima.

Y Pepe entonces, trocando de repente la sonrisa de la amargura por la de la esperanza y el consuelo, exclamó desde el fondo de su corazon como Juan Cachaza:

—¡Vengan penas!!

XI.

Este cuento tiene epílogo, en el cual no juegan mas personajes que el autor. Vaya un personaje!

El autor, que es casado y tiene una hija, cuyos padres se parecen un poquito á Juan Cachaza y Mari-

quita, y otro poquito á Pepe Berrinche é Isabel, es muy competente para decir á casados y solteros:

—Si en el hogar doméstico no sois felices, es porque no sabeis ó no quereis serlo. Tanto depende de nosotros la felicidad doméstica, que cuando pedimos á Dios que haga felices á los que salen de la iglesia de casarse, Dios pudiera contestar:—Yo? Allá se las compongan, que esas son cosas suyas.

FIN DE LA FELICIDAD DOMÉSTICA.

EL MAS LISTO QUE CARDONA.

EL MAS LISTO QUE CARDONA.

I.

Comedia sin teatro, para maldita la cosa vale. Antes de hacer la comedia, hagamos el teatro.

El teatro representa la plaza de un lugar de la provincia de Madrid. A derecha é izquierda, bocas-calles. En el fondo, una casa grande con balcones. Y hácia el lado del público, la concha del apuntador, donde el autor se mete y apunta en unas cuartillas de papel cuanto dicen y hacen los actores para ir en seguida á parlárselo al público.

Acaba de amanecer y acaba la tia Bolera de plantarse en medio de la plaza con una cesta de higos delante.

Sale Bartolo sin sombrero y mirando á todas partes, como si se le hubiese perdido algo.

Mucho oido, que comienzan á hablar Bartolo y la tia Bolera.

— Buenos dias, tia Bolera.

—Buenos te los dé Dios, Bartolo.

—Hoy los mozos que salgan bien de la quinta, de seguro la dejan á usted sin higos para regalar á las novias. Yo que usted no hubiera madrugado tanto teniendo la venta segura.

—Pues tú bien madrugas tambien.

—Es que anoche anduve por aquí de ronda, me llevó el sombrero el aire, y no puedo dar con él por mas que le busco.

—Cabeza es lo que debes buscar, que esa te hace mas falta que el sombrero.

—*Velay* usted lo que tiene el ser uno tonto.

—Vamos, ¿no me compras higos?

—¡Canasto, la pinta no es mala!

—Pruébalos, que son muy ricos.

—Vamos á ver, dice Bartolo manducándose higos. Este..... estaba un poco duro. Este..... estaba demasiado blando..... Este..... amargaba un poco. Este..... estaba demasiado dulce.

—Anda y prueba soliman de lo fino, que los higos están caros.

Y la tia Bolera amenaza con una pesa á Bartolo.

—¡Pero, tia Bolera, si como soy tonto no sé lo que me pesco!

—Eso te vale, que si no te rompia la cabeza con una pesa. Vamos, ¿cuántos higos quieres?

—Aguarde usted, mujer, que antes de todo es ajustar. ¿A cómo son?

—A cuatro cuartos la libra.

—Vamos, qué algo ménos serán.

—No son un maravedí ménos.

—¡Canasto, no ha de tener usted palabra de rey!

—Vaya, no muelas. ¿Cuántos quieres?

—Eche usted cuatro ó seis libras si me las da usted fiados.

—¿Ahora salimos con eso?

—Pero, tia Bolera, si no tengo un cuarto.

—Anda; anda, lárgate de aquí, ó te descalabro con una pesa.

—¡Tia Bolera, no me asuste usted, canasto, que me van á hacer daño los higos que he comido!

—¡Así reventáras!

—¿Pero tengo yo la culpa de ser tonto?

—¡Te he dicho que te largues!

Bartolo se retira á una esquina, y la tia Bolera añade en tono muy sentimental:

—¡Ay! el Señor nos conserve cabales los cinco sentidos!

Cardona, que es un mozo cuya sonrisita burlona va por todas partes diciendo:—«el que me la pegue á mí, no ha de ser rana», sale por la parte opuesta á la esquina en que está Bartolo y pregunta:

—¿Qué es eso, tia Bolera?

—¡Qué ha de ser! que si me descuido me zampa todos los higos ese zoquete.

—Canute, no me hable usted de ese tonto, porque

me tiene muy quemado..... ¿Creerá usted, tia Bolera, que pretende casarse con la Jeroma?

—¿Con la chica del señor alcalde? En el nombre del Padre y del Hijo.... ¡Con la mas rica del lugar!

—¡Cabalito!

—¿Pero ella no le hará caso?

—¡Pues no se le ha de hacer, canute! Si está *chalaa* por él, y dice que aunque la hagan tajadas no se casa conmigo.

—Pues ándate con cuidado, no sea que te la peguen.....

—¡Pegármela á mí! ¡A mí, canute! Já, Já, Já. ¡Que es tonto el muchacho!

—Es verdad que ya sabes tú dónde el zapato te aprieta. Cardona te llaman y te está pintiparado el nombre.

—Verá usted, canute, cómo le armo al tonto una zancadilla que vaya á presidio por toda la vida.

—¿Y cómo se la vas á armar?

—No se cómo, pero yo cavilaré y me saldré con la mia. Canute, ya podia usted, tia Bolera, ayudarme á inventar un embuste para que se lleve Pateta á ese bruto. Si me ayuda usted á desbancarle, pongo de balde á la disposicion de usted todos los frutales de mi huerto, y se hace usted de oro, canute!

—Pierde cuidado, que yo inventaré una cosa buena. Ya sabes que para eso me pinto sola. Como que por esta gracia que Dios me dió para inventar enredos y bolas, me pusieron la tia Bolera.

Bartolo, que si no quita ojo de los balcones de la casa del alcalde, tampoco le quita de los higos de la tia Bolera, exclama:

—Canasto, y qué ganas de comer higos me ha entrado!

—Vamos, ¿no me compras higos? pregunta la tia Bolera á Cardona.

—¿A cómo son?

—A cuatro.

—Pues eche usted un par de libras para que rumie el ganado.

—¡Canasto, exclama Bartolo, que no tuviera yo cuatro cuartos para comprar una libra de higos!

—Apara el sombrero, dice á Cardona la tia Bolera. Tú me estrenas, hijo.

—Con que son..... cuatro y cuatro..... doce, dice Cardona, contando por los dedos. Ahí tiene usted los doce cuartos.

Cardona repara en Bartolo.

—Canute, añade, ¿*entuavia* está ese tonto ahí? Verá usted, tia Bolera, cómo le apedreo. ¡Anda, Bartolo! anda, borrico! anda, bestia, anda, tonto!

Así diciendo, Cardona tira higos á Bartolo, éste los va cogiendo y zampando con mucho gusto; y el uno tirando, y el otro zampando sin más que decir:—Dime tonto y dame higos,—desaparecen por una de las bocas-calles.

—Já, já, já! qué listo es este Cardona! exclama la

tia Bolera desternillándose de risa. Con razon pasa por el mas listo del pueblo. ¡Já, já, já!

II.

Cardona vuelve inmediatamente, y dice enseñando el sombrero completamente desocupado:

—Se acabó la municion y me quedé desarmado.

El tio No-hay-Dios sale de la casa del alcalde y Cardona le grita:

—¡Eh, alguacil! ¡tio No-hay-Dios!

—¡Mira, Cardona, que no pongas motes á nadie! No gastes bromas con nosotros los señores de justicia, que te planto en el cepo como soy alguacil.

—Pues ya puedes plantar en él á todo el lugar, replica la tia Bolera, porque no hay quien no te llame tio No-hay-Dios.

—¿Y por qué te lo llaman? pregunta Cardona.

—Porque cuando volví del servicio no queria ir á misa, so pretexto de si habia Dios ó dejaba de haberle. Me casé poco despues; mi mujer me sopló tres chicos de un parto; se me perdió la cosecha; se me murieron dos caballerías, y mi casa era una perdicion. Un dia fuí á Madrid á vender un borriquillo, que era lo último que en mi casa quedaba por vender, y al llegar allá, le dió un torozon á la bestia y se murió. Vendí en un duro la piel del borrico, y volví á tomar

el camino del pueblo pensando si aquello me sucederia por decir que no habia Dios; cuando cátate tú que encuentro un pobre con tres chiquillos desnudos y muertos de hambre, y me pide limosna, diciendo que Dios me daria ciento por uno. Yo tenia por *fáula* lo de Dios, pero tenia tres chiquillos como el pobre y me puse á pensar que estaban á pique de pedir limosna. Pues señor, que se me ablanda el corazon, que doy el duro al pobre echándome la cuenta del perdido, y que sigo mi camino oyendo las bendiciones de los que se quedaban con el último duro de mi caudal. ¿Qué diréis que encontré al llegar á casa?

—¿Alguna cuerda para ahorcarte?

—No, eso hubiera sucedido si no hubiera Dios; pero, como le hay, me encontré con una carta en que me decian que el coronel de mi regimiento con quien estuve de asistente, habia muerto y me habia dejado mil duros. Salgo entónces por el pueblo gritando: «¡Hay Dios! ¡hay Dios!» mi casa comienza á prosperar, la justicia me nombra alguacil viendo que me he hecho buen cristiano, y hoy sería el más dichoso del pueblo si me llamáran el tio Hay-Dios, en lugar de seguir llamándome el tio No-hay-Dios.

—Pero oye, que para eso te llamaba: tú, que eres algo de justicia, ¿no has olido algo de la causa que el juez del partido nos sigue al tonto y á mí, por los palos que llevaron los forasteros el dia de la funcion?

—¡Pues no he de haber olido! Justamente vengo de

entregar al señor alcalde un oficio del juez que han traido esta madrugada.

¿Y sabes lo que dice?

—¡Vaya si lo sé! Como que su merced le ha leido alto delante de mí.

—¡Canute! ¿y qué dice?

—Dice que á tí te han condenado por buenas composturas á pagar mil reales de las costas.

—¡Canute! ¡por vida de....! ¿y Bartolo?

—Bartolo ha salido del todo libre.

—Pero si él fué quien pegó los palos, y yo no hice mas que enzarzarle con los forasteros, y luego meter paz para que no rezara conmigo la causa.

—Ya; pero el juez dice que como Bartolo es tonto, no tiene pena, y te ha cargado á tí las costas que el tonto debia pagar.

—¡Canute, recanute! ¡que esto me suceda á mí!

—Ea, con que *diquiá* luego, que hoy con la quinta estamos muy ocupados los señores de justicia. Tú, Cardona, no tengas miedo, que, como sois treinta los mozos útiles, y nada más que cuatro los soldados que piden, malo ha de ser que á tí te toque la china. Mira, ya tocan á misa. Vete á oirla, que ¡hay Dios!

El alguacil desaparece.

—¡Canute, para misas estoy yo, dice Cardona tirándose de los pelos.

—Hombre, le arguye la tia Bolera, no te desesperes por mil reales más ó ménos.

—Tia Bolera, si no es por los mil reales, que lo que me quema á mi es que el tonto se ria..... Pero, canute, no se ha de reir, que si yo aflojo mil reales, él ha de ir á un presidio.

—Hijo, eso está muy bien pensado. Si le echas á un presidio, ¿quién te disputa á tí la Jeroma? Y si te casas con la Jeroma, que es la moza mas rica de todo el pueblo, ¿qué te hacen á tí mil reales mas ó ménos?

—Canute, tiene usted razon, tia Bolera. Cavile usted á ver qué enredo le armamos, que yo voy á hacer lo mismo. Con que, *diquiá* luego.

—Adios, hijo.

Cardona repara al irse en un sombrero que está entre unas matas de ortigas, debajo de los balcones de la casa del alcalde, y exclama:

—¡Canute! ¿de quién será este sombrero?

—Será el del tonto que le perdió anoche andando por ahí de ronda.

—¡Ay, tia Bolera de mi alma, qué idea me ocurre, canute!

—Cuéntame, hijo, cuéntame.

—Espere usted un poco, que ahora hablarémos. ¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres!

Cardona tira el sombrero de Bartolo á uno de los balcones de la casa del alcalde, y añade reventando de satisfacion:

—¡Ah já! ¡Ahí está bien, canute!

—Pero, muchacho, ¿qué has hecho?

—¡Ya está armada, canute! El tonto va á presidio, como tres y dos son siete. Tia Bolera, ahora sí que la necesito á usted. Ogaño no les ha tocado llevar fruta á los frutales de mi huerto, y el año que viene van á estar á remo. ¿Ve usted el sombrero del tonto?

—Sí; pero le veria con mas gusto en los cerezos para espantar los tordos.

—No; mejor está en el balcon del cuarto de la Jeroma. Oiga usted, y mucho pésquis. Bartolo subió anoche al cuarto de la hija del alcalde; al bajar por el balcon dejó allí el sombrero; por el sombrero se descubre al salta-balcones y atropella-doncellas, y el alcalde echa á presidio al que asaltó su casa y la honra de su hija.

—¡Bendito sea Dios que tanto talento te ha dado, hijo!

—¿Pues qué, soy yo tonto, canute? ¿Con que, me ha entendido usted?

—A las mil maravillas. ¡Bien hayan las madres que paren hijos tan listos!

—Ahora sólo nos falta que todo el lugar sepa las gracias del tonto.

—El pregon de la plaza me toca á mí.

—Y á mí el de las calles y callejuelas. ¡Con que, manos á la obra, tia Bolera!

—¡Manos á la obra, Cardona!

Vuelven á tocar á misa, y Cardona se larga restregándose las manos de satisfaccion.

III.

Muchas gentes atraviesan la plaza en direccion á la iglesia. La tia Bolera habla misteriosamente con cuantos y cuantas se le acercan, señalando al balcon donde está el sombrero de Bartolo. El alcalde y su hija salen de casa, llevando la Jeroma pañuelo á la cabeza.

Hablan el alcalde y su hija.

—¡Jesus, padre, qué empeño tiene usted en ir á misa primera!

—Picarona, ¿quieres que me quede sin misa, para que al alcalde le llamen el tio No-hay-Dios como al alguacil?

—Pues oiga usted misa mayor.

—No quiero, que me está esperando todo el Ayuntamiento para hacer el sorteo, y en seguida la declaracion de soldados, para salir del paso cuanto ántes.

—La declaracion de soldados es de hoy en ocho.

—¡Qué sabes tú, habladora!

—Siempre ha sido así.

—Eso manda la ley; pero el Ayuntamiento ha acordado hacerla hoy y ponerle la fecha del domingo que viene, porque el domingo toda la justicia está convidada á una borrachera que da ese señor que ha venido de Madrid.

—¡Vaya un modo de cumplir la ley!

—¡Qué ley ni qué calabazas! En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Pues bien: váyase usted solo á misa primera; que yo me quedo para la mayor.

—¡Ya, ya te entiendo, pájara! Lo que tú quieres es ir sola á misa para gastar palique con el tonto. No te verás en ese espejo. Ya te he dicho que con quien te has de casar es con Cardona, que es el mas listo del pueblo.

—¿Y á los hombres de qué les sirve ser listos?.....

—¡Calla, habladora, que te voy á sacar la lengua! ¿Si no fuera yo listo, no me la hubieras tú pegado ya?

—Si quisiera pegársela á usted.....

—¡Pegármela tú á mí! ¡Facilillo es!

—Pues yo no me caso con Cardona, que me caso con Bartolo.

—Bartolo es tonto.

—Pues á mí me sirve aunque lo sea.

—¡Anda, el tercer toque! ¡Vamos á misa!

—¡Pues, y he de entrar en la iglesia sin mantilla!

—¡Qué mantilla ni qué..... En los pueblos no se anda con cumplimientos. ¡Vamos, vamos, pícara! ¿Qué va á que por tu causa me ponen el tio No-hay-Dios?

El alcalde echa á correr, y al trasponer una esquina se le escapa su hija, que va á meterse por otra callejuela diciendo:

—¡Sí, ahora me iba yo á quedar sin hablar con

Bartolo, cuando no le he visto desde el domingo pasado!

Por la misma callejuela viene Bartolo muy afligido y hablando consigo mismo como los tontos.

—Canasto, dice, lo que á mí me pasa no le pasa á nadie en el mundo con ser mundo, y mas valiera morirse uno que ser tonto.

Al ver á la Jeroma, corre á ella buscando el consuelo que le falta, y exclama abrazándola:

—Ay Jeroma de mi vida, qué desgracia la nuestra!

—Anda, bruto, y abraza á un toro, replica la Jeroma rechazándole y arreándole un bofeton que le hace ver las estrellas.

—Hi, hi! gimotea Bartolo, no esperaba yo de tí semejante correspondencia.

—¿Y qué tienes tú que abrazar á una moza soltera?

—Pero mujer, ¿no ves que como soy tonto no sé lo que me hago?

—Pues yo te iré avispando en cuanto nos casemos.

—¡Qué canasto nos hemos de casar, si corre por ahí un embuste que si lo oye tu padre, me echa á presidio por toda la vida!

—¡Ay Bartolo de mi alma! ¿Y qué embuste es?

—¡Qué ha de ser, canasto! que anoche subí á tu cuarto por el balcon.

—¿De véras dicen eso?

—Tan de véras como yo soy tonto.

—¿Y qué vamos á hacer para desmentirlo?

Un muchacho pasa por la plaza cantando una copla que oye Bartolo, pero que no debe oir el público hasta más adelante, á fin de que no pierda la ilusion.

—¡Ay, canasto, qué cosa me ocurre! exclama Bartolo al oir la copla, poniéndose más alegre que un entierro de pariente rico.

—¿Y qué cosa es?

—No te la digo, porque te vas á enfadar.

La gente que sale de misa aparece.

—¡Ay, que nos va á ver mi padre! exclama la Jeroma, disponiéndose á echar á correr.

—¿Me quieres, Jeromilla?

—Sí que te quiero.

—Pues adios.

—Adios.

Y cada cual tira por su lado.

El alguacil encuentra á Bartolo cuando este va huyendo, y le dice:

—¡Bartolo! ya sé que anoche hiciste un pecado gordo. ¡Mira que hay Dios!

Y el alguacil sigue su camino.

En el soportal de la casa de Ayuntamiento comienza el sorteo para la quinta; pero á pesar de lo que interesa á todos los vecinos aquel acto, muchos dejan de prestar atencion á él por cuchichear de otra cosa que debe ser muy diferente, pues los hace reir, y por contemplar el sombrero de Bartolo, que continúa en el balcon.

Bartolo se retira del soportal, llorando como un becerro, porque ha sacado el número cuatro, y poco despues hace lo mismo Cardona, pero saltando de alegría, porque ha sacado el número cinco, y tocando al pueblo sólo cuatro soldados, son útiles para coger el chopo los que han sacado los cuatro primeros números.

El Ayuntamiento se retira á tomar un refresco, compuesto de vino de Valdepeñas, un cochifrito y pan tierno.

Apénas el alcalde tira el primer latigazo al Valdepeñas, se le vuelve veneno en el cuerpo. ¿Por qué? Porque al fin llega á su oido lo que ya todos los vecinos saben: que su hija está deshonrada porque Bartolo asaltó anoche su honra, de lo cual es buen testigo el sombrero que áun campea en el balcon.

—¡Tio No-hay-Dios! grita hecho un soliman, prenda usted inmediatamente á ese galopo, y tráigamele aquí atado codo con codo.

El alguacil cumple inmediatamente la órden del alcalde. Y al ver conducir preso al tonto, casi todos los vecinos, incluso Cardona, corren á la casa de Ayuntamiento.

—¡Bartolo! dice el alguacil al preso, conforme le conduce, si has cometido un delito, no le niegues. ¡Mira que hay Dios!

—¡Bartolo! grita el alcalde, ¿no es verdad que no entraste anoche en mi casa? ¿No es verdad que es una

infame calumnia la que todo el pueblo levanta á la honra de mi hija?

—Senor alcalde, contesta el tonto, yo le diré á usted lo que pasó anoche.

—¡Di la verdad!

—¡No la he de decir, canasto!

—Pues despacha, que en cuanto dés tú la declaracion, la justicia tiene que comenzar la de soldados.

—Pues señor, pasaba yo debajo del balcon de la Jeroma, cuando digo: «Aquella estará ya en lo caliente; pero canasto, si duerme, que despierte.» Con que cojo una china y la tiro al balcon, y cate usted que la Jeroma sale en camisa.....

—¡Qué azotes! ¡Grandísima bribona!

—Comencé á echarla piropos, y se reia la tonta, y decia: «¡buenos galopos estais los hombres!» Con que digo; mira: échame una escupitina en el sombrero y me marcho, que aquí corre un gris de lo fino. —Dice: mira, Bartolo, ¿quieres subir?—Digo: no, que si me siente tu padre.....—Dice: qué, si mi padre está ya roncando como un marrano.....

—¡Marrano yo!.....

—¡Yo qué sé! ella así dijo. Con que en éstas y las otras, que si subes, que si no subo, dice: Voy á abrirte la puerta.

—¿Y abrió?

—¡Vaya si abrió, canasto!

—¡Ah hija de una cabra!

—¡Poco á poco, canasto, que es usted su padre!

—¿Con que abrió la grandísima?....

—¿No le digo á usted que sí, canasto?

—¿Y tú qué hiciste?

—Toma, yo como soy tonto me metí en casa de usted.

—¿Y subiste?

—Bajé por el balcon.

—¡Ah infame, qué presidio te vas á mamar!

—¡Cá!

—¿Cómo que cá? Te coge de medio á medio la ley.

—La ley no reza conmigo.

—¿Por qué no, bribon?

—Porque soy tonto.

—Ya te daré yo la tontería. ¡Penetrar en casa ajena á las altas horas de la noche!.....

—En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Alguacil, sopla en el cepo á este bribon.

—Si se acerca á mí, le hundo de un puñetazo.

—¡Favor á la justicia!

Cardona y otros mozos ayudan al alguacil, y entre todos sujetan á Bartolo, que alcanza á Cardona dos puñetazos dirigidos al alguacil.

IV.

Aqui viene un monólogo del barba, es decir, del alcalde. Los monólogos son de tan mala ley en las

comedias, como en los libros las dedicatorias á ministros; pero allá va, á ver si se acaba de llevar el demonio la literatura dramática, que poco le falta.

— Hasta los perros y los gatos saben que ese bribon penetró anoche en mi casa. Por consiguiente, hasta los gatos y los perros pueden declarar contra él, y me será fácil echarle á un presidio. Sí, voto á briosle Baco balillo, á un presidio ha de ir ese bribon.

El muchacho que cantó ántes la copla, vuelve á cantarla. Como ya no tenemos miedo de destruir la ilusion del público, no hay inconveniente en que el público oiga lo que canta el muchacho. El muchacho canta:

Dice el sabio Salomon
que el que engaña á una doncella
no tiene perdon de Dios
si no se casa con ella.

Esta copla iluminó ántes la oscura inteligencia de Bartolo, y ahora ilumina la nebulosa del alcalde. De modo que esta copla sirve de candileja en nuestro teatro.

¿Por qué su luz no habrá alcanzado tambien á la inteligencia de Cardona? Si Cardona no fuera el mas listo del pueblo, tendriamos por el mas tonto del pueblo á Cardona. Pero dejémonos de conversacion, y oigamos el monólogo del alcalde:

—¡Pero bestia de mí, cómo hablo de echar á presidio á ese galopo, si la fatalidad le ha hecho ya yerno mio! El único medio de lavar la mancha que ha caido

en la honra de mi casa, consiste en el casamiento del tonto con mi hija. Sí, se casará, voto á una recua de demonios! ¡Tio No-hay-Dios!

El tio No-hay-Dios aparece.

—Saca del cepo á Bartolo, y tráele aquí.

El tio No-hay-Dios obedece, y el respetable público, al ver que sacan al soportal al tonto, se agolpa al soportal.

—¡Bartolo, dice el alcalde plagiando sin conciencia, el que deshonra á una doncella no tiene perdon de Dios ni de los hombres si no se casa con ella mas pronto que la vista.

—No digo lo contrario, contesta Bartolo.

—Pues bien: te vas á casar con mi hija.

—Con mucho gusto y fina voluntad.

Eso no, canute, salta Cardona poniéndose como un toro. Quien se casa con la Jeroma soy yo.

—No puede ser, replica el alcalde.

—El guardar á una mujer, murmura Bartolo riéndose como un tonto.

—Sepa usted y sepan todos los presentes que lo de la subida de Bartolo al cuarto de la Jeroma es un cuento inventado por mí, con ayuda de la tia Bolera.

—Pues la tia Bolera y tú iréis á un presidio por calumniadores.

El respetable público prorumpe en aplausos.

—¡Canute, recanute, que me suceda á mí esto!

—Pero como unos lo creerán y otros no, la honra de mi hija quedará en vilo si Bartolo no se casa con

la Jeroma ; y para que no quede, quiero que la Jeroma se case con Bartolo.

—Pero casándose conmigo, queda todo compuesto, arguye Cardona.

—Si no eres calumniador, eres un mozo sin vergüenza. Cualquiera de las dos cosas que seas, no sirves para yerno mio.

El respetable público silba estrepitosamente á Cardona, y éste se larga echando sapos y culebras por aquella boca.

—Eh, Cardona, le grita la tia Bolera desde su puesto, ¿con que estamos conformes en que me cederás los frutales de tu huerto?

—No estamos conformes, contesta Cardona desesperado.

—¿Por qué, hijo?

—Porque los necesito para ahorcarme en ellos.

El respetable público aplaude la determinacion de Cardona. Ah pedazo de!.....

El juicio de exenciones y declaracion de soldados comienza.

Los tres primeros números son declarados útiles.

—¡Número cuatro! grita el secretario, y Bartolo se presenta.

—¿Tiene usted algo que alegar?

—Sí señor, que soy tonto.

El Ayuntamiento delibera y declara inútil para el servicio á Bartolo por tonto de capirote.

—¡Número cinco! vuelve á gritar el secretario, y comparece Cardona tan desesperado que se tiraria de los pelos si nó se los hubiera arrancado ya de rabia.

—¿Tiene usted alguna exencion que alegar?

—¿Sí señor, que soy mas tonto que una mata de habas, contesta Cardona con profunda conviccion.

El Ayuntamiento y el respetable público se echan á reir como quien dice ¡qué pillo es ese muchacho!

Cardona es declarado útil para poder manejar el chopo.

—¡Canute, recanute! exclama Cardona arreándose puñetazos á sí mismo; que llamen al número seis, porque yo voy á matar al tonto y ahorcarme en seguida en un árbol de mi huerto.

El respetable público vuelve á aplaudir.

—¡Tio No-hay-Dios! dice el alcalde, al cepo con ese quinto hasta que se haga la *entriega* en caja.

Cardona se defiende como un leon, pero al fin el alguacil ayudado por Bartolo y otros mozos, le sujetan.

—¡Cardona! le dice el alguacil por lo bajo al soplarle en el cepo, ¡hay Dios!

—¡Ya lo sé! contesta Cardona, ya mas manso que un cordero.

V.

Esta comedia tiene su epílogo y todo, lo que prueba que es muy buena; como las buenas escasean tan-

to, milagro será que algun empresario no nos la represente ó algun autorzuelo no nos la birle; pero si á tal se atreviesen, ¡ ay de ellos, que el autor los balda echándoles la ley encima!

El epílogo es pasados unos quince dias.

Cardona con los demas quintos, sale del pueblo para ir á entrar en caja. Al pasar junto á su huerto, dirige la vista á los frutales pesaroso de que no se le permita ahorcarse en uno de ellos.

Jeroma y Bartolo salen de la iglesia donde acaban de casarse. ¡ Ahora sí que el tonto se mete en casa del alcalde!

Entre la multitud de gentes que acompañan á los novios va el tio No-hay-Dios.

— ¡ Bartolo! dice el alguacil, el calumniador ha sido castigado y recompensado el inocente. Esto te probará que ¡ hay Dios!

— Sí, contesta Bartolo, y por eso tengo un remordimiento.

— ¿ Cuál?

— Cardona va soldado por haber alegado yo que soy tonto.

— ¿ Y sospechas que no lo eres?

— Lo sospecho.

— Yo tambien sospecho que eres mas listo que Cardona.

FIN DEL MAS LISTO QUE CARDONA.

LO QUE ES POESÍA.

LO QUE ES POESIA.

I.

Si yo fuera rey absoluto, y así como hay máquinas para medir el tiempo, las hubiera para medir el sentimiento, habia de dar un real decreto que dijese :

« Pues señor, no se permite hacer versos al que no tenga tantos ó cuantos grados de sentimiento.»

Anoche me asomé al balcon á tomar el fresco y á contemplar el azul del cielo, ante cuya serenidad suelo decir á mi alma : — « Aprende, aprende á estar serena », — y oí el siguiente diálogo entre la criada del cuarto segundo y el criado del cuarto principal de la casa de enfrente :

— ¿ Qué hora es ya, Perico?

— Las doce.

— Ya pronto vendrán mis señores.

— Y los mios tambien.

— ¿ Te toca salir mañana, Bonifacia?

— No, pero voy á pedir licencia á mi señora, como son mis dias.....

— ¡Y que tienes razon, chica! Que los tengas muy felices.

— Con dos cuartas de narices.

— Te voy á sacar unos versos.

— ¡Sí, buena cabeza tienes tú para eso!

— Trás, trás á la puerta los señores del cuarto principal, y se llevó Pateta la conversacion de Perico y la Bonifacia.

Me alegré de que así sucediera, porque si no cometo la imprudencia de gritar á la Maritornes de enfrente:

— Oiga usted, los versos no se sacan de la cabeza, que se sacan del corazon.

Quizá el vecino de al lado, que tambien tomaba el fresco en su balcon, y presume de perito en la materia, hubiera terciado en la cuestion diciéndome:

— Perdone usted, señor mio, que los versos pueden sacarse lo mismo de la cabeza que del corazon. Lo que sólo se saca del corazon es la poesía.

— El que ha de perdonar es usted, le hubiera yo replicado. Si por versos entendiera el vulgo las palabras que escritas forman *renglones desiguales*, y habladas *se pueden cantar*, santo y muy bueno, pero como el vulgo entiende por versos poesía, he hecho perfectísimamente en advertir que los versos se sacan del corazon y no de la cabeza.

El vecino de al lado hubiera caido de su burro á fuer de hombre razonable, y usted, lector mio, que es aún más razonable que él, hubiera caido tambien del suyo, dado caso que desde su balcon me hubiese hecho observacion parecida.

Repito, pues, que si yo fuera rey absoluto y se pudiera medir el sentimiento, base fundamental de la poesía, habia de mandar poner en limpio y autorizar con mi firma y sello el real decreto cuya minuta queda archivada en el presente cuento.

Me dirá usted, señor lector:

—Pero vamos á ver qué entiende usted por poesía, porque el epígrafe de su cuento le pone á usted en el compromiso de definirla, y Horacio.....

—Hombre, si he decir á usted la verdad, no entiendo mucho de Horacios ni de Curacios, pero creo que la poesía está definida con decir que es la *esencia de la belleza moral.*

—Pero, santo varon, ¿la belleza material no forma parte de la poesía?

—Justo, pero es porque los objetos hermosos engendran ideas y sentimientos hermosos tambien. El rosal es poético, pero es porque produce rosas.

—Estamos conformes, pero ¿á qué viene ahora explicar lo que es poesía, cuando todos los que la cultivan saben mejor que usted definirla?

—Si yo fuera á escribir este cuento para esos, hablaria usted como un libro..... como un libro bueno,

que no todos los libros hablan bien; pero como le escribo para los que todos los dias oyen campanas y no saben dónde, la observacion de usted no pega. Todo el mundo oye hablar cada instante de poesía, y de cada cien que oyen esta palabra, hay noventa y cinco que ignoran su significado. Pregunte usted á cualquiera de esos noventa y cinco ¿qué es poesía? y contestará riéndose como cuando se pregunta: «¿Nuestra Señora de Marzo, en qué mes cae?» «¡Toma, qué ha de ser! versos.»

Ahora bien: ¿por qué no ha de haber quien haga un esfuerzo á ver si llamando al pan pan y al vino vino, consigue explicar á tantos que no lo saben lo que con procedimiento distinto no ha conseguido explicarles ninguno de los que han compuesto poéticas, desde Aristóteles hasta Martinez de la Rosa?

Quien va á hacer esa prueba soy yo, y de seguro me salgo con la mia, gracias á mi método, que no á mi habilidad.

II.

Recuerdo al llegar aquí que no es esta la primera vez que intento explicar *lo que es poesía* á personas para quienes Aristóteles está en griego, Horacio en latin, y Martinez de la Rosa en lenguaje demasiado fino; pero desgraciadamente mi auditorio fué entónces tan escaso, que casi prediqué en desierto.

Voy á referir el caso, que los recuerdos han sido siempre la comidilla de mi alma.

En Villaviciosa de Odon tiene mi amigo Pepe una hermosa posesion donde reside con toda su familia, dedicado, más por aficion que por necesidad, á la agricultura, y allá suelo ir en primavera y verano á pasar algunos dias.

A Ana, la mujer de mi amigo, que es modelo de esposas y de madres, le ha sucedido una cosa muy parecida á lo de aquel personaje de comedia que habia estado toda la vida hablando en prosa sin saber que poseia tan rara habilidad. Ana ha estado toda la vida siendo poetisa sin saberlo, bien al contrario de otras mujeres que están toda la vida siendo poetisas sin saber que no lo son.

Eran las doce de un hermoso dia de Junio cuando llegué á casa de mi amigo Pepe.

El perro Leon que tambien es muy amigote mio, salió á recibirme buen trecho ántes de llegar á la casa, diciéndome con sus saltos y zalamerías : — « ¡ Dichosos los ojos que le ven á usted! » y un guindo que se asomaba á la pared de la huerta para dar dentera con sus guindas á los chicos, me dió un apabullo en el sombrero al ver que pasaba sin hacerle caso.

Al subir la escalera me pareció oir leer, y un momento despues noté que el ruido de mis pasos habia hecho interrumpir la lectura.

En un hermoso comedor, desde el cual se bajaba á

la huerta por una escalerilla de madera sombreada por una pomposa parra, estaban Ana, Mariquita, Luis y Pepito.

Ana cosia; Mariquita, que era una chica de quince años, con una cara que siempre me salga á mí cuando juegue á cara ó cruz, tenía en la mano un libro medio cerrado, y Luis y Pepito, gaterillas de cuatro á seis años, procuraban romper la cabeza al busto de un famoso socialista para ver si tenía algo dentro.

Luis y Pepito corrieron á mi encuentro, y como yo les preguntase si habian sido buenos, me contestaron que si les llevaba dulces.

Despues de los saludos de ordenanza, me dijo Ana que su marido estaba hacia dos dias á la feria de no sé dónde, y le esperaban aquella noche.

— ¿Con que estaban ustedes de lectura?

— Sí, en algo se ha de pasar el tiempo.

— ¿Y qué leia la Marujilla?

— Un libro de poesía que ha compuesto un poeta de Madrid.

— ¿Y qué poeta es ese?

— Uno que viene todos los años el dia de la funcion á poner las banderillas á los toros.

— ¡Banderillas un poeta! Mujer, ¿está usted loca?

— Pues, sí señor, que es banderillero de aficion.

— Pero no será poeta.

— Sí que lo es.

— ¿Y en qué se le conoce?

—Toma, en que cae en copla lo que dice ó escribe.

Cogí el libro que Mariquita tenía en la mano, leí cuatro versos, y como para muestra basta un boton, repliqué:

—Ni ese señor banderillero es poeta, ni en este libro hay poesía.

—¿Pues qué hay?

—Versos.

—Llámele usted hache.

—Pues no se lo llamo.

—¡Otra te pego, Anton! ¿Con que poesía y versos no son una misma cosa?

—No señora: puede haber en un libro versos y no haber poesía, y puede haber poesía y no haber versos.

—¡Anda, morena! ¿Pues qué son los versos?

—Antes de contestarle á usted, quiero hacerle una pregunta. ¿Cuántos vestidos tiene la Mariquita?

—Yo le diré á usted, decentes no tiene más que dos, uno de ellos verde y el otro azul.

—¿Y con cuál de ellos está más guapa?

—Con el azul. Y ya lo sabe ella, la vanidosota, que se despepita por ponerse el azul y no el verde.

—Pues mire usted, Ana: la poesía no tiene más que dos vestidos decentes: uno de ellos es la prosa, y el otro el verso, y como con el verso está más guapa que con la prosa, se despepita por ponerse ese vestido y no el otro.

— Pero si los versos no son poesía, y sí sólo el vestido que mejor le sienta, ¿qué es poesía?

Al hacerme Ana esta pregunta, oimos hácia la escalera una vocecita que decia:

— ¡Una limosnita por amor de Dios, que no tengo *pade* ni *made!*

Luis y Pepito que acababan de convencerse de que la cabeza del famoso socialista no tenía nada dentro, echaron á correr hácia la escalera.

— Mamá, es una niña que está comiendo un troncho. ¡Ay qué asco!

— Decidle que éntre.

En efecto, una niña como de seis años, casi desnuda y royendo un troncho de berza, entró en el comedor.

— Hija, le dijo Ana, quitándole el troncho y tirándole á la huerta, ¿por qué comes esa porquería?

— Tengo *hambe*, contestó la niña haciendo un pucherito y llenándosele los ojos de agua.

— ¡Pobrecita! exclamaron Mariquita y Ana.

— ¿De dónde eres, hija? añadió la segunda.

— De *Navalcanero.*

— ¿Y tus padres?

— No tengo *pade* ni *made*, que se han *mueto* del cólera.

— ¡Hija de mi alma, exclamó Ana arrasándosele los ojos en lágrimas, y besando á la niña sin reparar en la suciedad de que estaba cubierta. ¡Por qué su

Divina Majestad no se habrá llevado á esta criatura al llevarse á sus padres! ¡Qué dolor, Señor, qué dolor!

Y así diciendo, Ana corrió á la cocina, y dando cada suspiro que se oia en el comedor, en un abrir y cerrar de ojos preparó una cazuelita de sopas con el mejor caldo del puchero, y se la trajo á la niña, con el item más de un buen trozo de carne y una rosca.

Miéntras la niña comia, buscó Ana un vestidito y otras prendas que á la edad de ocho años habia desechado Mariquita, casi nuevas, porque la estaban ya chicas; y así que la huerfanita despachó su racion, le lavó la cara, trocó sus harapos por aquella ropa, y la despidió colmándola de caricias.

Ana tomó de nuevo su costura.

— Volviendo á nuestro pleito, me dijo, ¿qué es poesía?

— Poesía, contesté, es..... esas lágrimas que aún tiene usted en los ojos, esos suspiros que aún se le exhalan á usted del pecho, eso que aún siente usted en el corazon.

— ¡Ya! murmuró Ana empezando á comprender algo de lo que yo empezaba á explicarle prácticamente.

III.

— ¡Mamá, ¿cuándo comemos? ¡Jem! ¡jem! yo queria comer! cencerreaban Luis y Pepito zarandeando á su madre.

— ¡ Tened un poco de paciencia, que ahora vamos! ¡Jesus, qué enemigos de chicos!

Ana dejó su costura, se fué á la cocina á hacer en mi obsequio una de las habilidades que reservaba para los dias de incienso, y yo me fuí á dar una vueltecita por la huerta, donde me estuve charlando con un mozo rubio que trabajaba en otra huerta separada de la de Pepe por una tapia que me llegaba al pecho.

Poco despues me pareció que Luis y Pepito andaban al morro al pié de la escalerilla del comedor, y eché á correr allá para poner paz entre los ruines. Los ruines, á quienes su madre habia mandado que me avisáran para comer, habian empezado á pescozones sobre quién habia de ir el primero.

Al subir al comedor, me encontré con la mesa más *poética* que en aldea habia visto. Los cubiertos eran de boj y los platos de Talavera, pero ¡ qué nuevecitos! ¡ y qué blancos los manteles! ¡ y qué canastillitos de variadas frutas! ¡ y qué ramilletes de flores en los ángulos de la mesa! ¡ y qué gusto tan delicado en la colocacion de todo!

— ¡ Ana! dije, ¿ y es usted quien me pregunta qué es poesía?

— Sí que se lo pregunto á usted, porque todavía no me ha contestado como Dios manda.

— Poesía es esto.

— ¿Poesía la mesa? ¡ Calle usted, burlon!

—La mesa, y sobre todo lo que ha inspirado á usted todos estos primores.

—¡No tiene usted malos primores! ¿Qué tiene que ver la poesía con que á una le gusten las florecitas frescas, las frutas hermosas y los manteles blancos?

—Pues la poesía está en ese gusto, en el gusto delicado.

—¡Ay qué rico le tiene éste! dijo Pepito clavando el diente en un hermoso albaricoque.

—¿Y está tambien la poesía en los albaricoques? añadió su hermano abriendo uno.

—Sí que lo está, contesté sonriéndome.

—Engañoso, que no tiene más que hueso, me replicó Luisito.

Echámonos á reir con esta salida de pié de banco, y nos pusimos á comer alegremente, no sin que con frecuencia interrumpiera Ana la conversacion con un: —«¿Si habrá comido ya mi Pepe?» —Ó un: —«¿Dónde habrá comido hoy aquel?» —Ó un: —«¡Válgame Dios qué gobierno tendrá estos dias aquel pobre, acostumbrado al arreglito de su casa!» —¡Tiernos recuerdos y dulces inquietudes en que, como dije á Ana, habia mas poesía que en los versos de todos los banderilleros del mundo!

Estábamos echando un parrafillo de sobremesa, cuando los niños que habian salido al balcon del comedor, empezaron á gritar muy alegres: —¡Tio Bai-

lén! ¡tio Bailén! Mamá, dile al tio Bailén que suba á contar cuentos de soldados.

Ana se asomó al balcon, y dijo á un anciano que pasaba por la calle:

— Tio Bailén, ¿no quiere usted subir á echar un traguillo?

— Allá voy, hija, contestó el anciano, que á un trago y un cigarro no se niega nunca el español.

Miéntras el anciano subia, me contó Ana que le llamaban el tio Bailén porque su mayor dicha era contar lo que pasó en la batalla del mismo nombre, donde recibió una herida, de cuyas resultas quedó ciego. En efecto, el tio Bailén no veia mas que con los ojos del alma. ¡Dios nos los conserve á todos!

Ana le alargó un vaso de excelente vino, y yo un cigarro de excelente tabaco.

— Buen vino está éste, dijo el pobre ciego, pero lo he bebido yo mejor.

— ¿Dónde?

— En Bailén, cuando vencimos á Dupont. Estaba yo con una herida en la cabeza, pidiendo por todos los santos del cielo un vaso de agüa, cuando pasa el general Castaños, y con su propia mano me escancia un vaso de vino, y me lo da mezclado con dos lágrimas que se le saltaron al verme con la cabeza acribillada. ¡Aquel sí que era vino, voto á brios Baco!

— Vamos, tio Bailén, cuéntenos usted lo que pasó aquel dia.

El veterano se apresuró á complacer á Ana. Aquel dia de gloria en que treinta mil veteranos franceses rindieron sus armas á los piés de veinte mil reclutas españoles, hambrientos, desnudos y casi inermes, pero inflamados por el santo amor de la patria y el recuerdo de la traicion y la iniquidad que habian acompañado á los invasores desde el Vidasoa al Manzanares; aquel dia de gloria era pintado por el anciano, con tan vivos colores y tal entusiasmo, que nuestro corazon latia violentamente, y las lágrimas escaldaban nuestra mejilla lo mismo que la del narrador.

— Ana, dije yo, ¿se siente algo de lo que ahora sentimos leyendo el libro que ha compuesto el banderillero?

— No, nada de esto se siente.

— Pues consiste en que en aquel libro no hay mas que versos, y en lo que cuenta ese anciano no hay mas que poesía.

Levantámonos de la mesa, é íbamos á bajar á la huerta, cuando Ana se detuvo exclamando:

— ¡Ay, que no le habiamos dicho á usted nada del cuadro!

— ¿Qué cuadro?

— Uno que nos ha regalado un pintor de Madrid, amigo de Pepe.

— ¿Y es bueno?

— Precioso. Venga usted á la sala y le verá. Representa las inmediaciones de Villaviciosa con las huertas y el castillo. ¡Cosa más propia!.....

Encamináimonos todos á la sala, y en efecto me encontré en ésta con un cuadrito que merecia la calificacion de precioso que Ana le habia dado. Era un país pintado á la ligera, pero lleno de frescura, de verdad y de encanto.

— ¿Qué le parece á usted? me preguntó Ana.

— Me parece lindísimo. ¿Y cómo se llama el pintor?

— Se llama el señor de Haes.

Al oir este nombre se duplicó la alegría de mi corazon, porque confieso que los países de Haes tienen para mí tal encanto, que hasta el nombre del pintor me causa ese placer, esa alegría inexplicable que hace sentir todo lo que tiene relacion con los objetos ó con los sentimientos agradables.

En aquel reducido lienzo aparecian con todos sus accidentes el hermoso vallecito, por cuyo fondo corre el arroyo que fertiliza las huertas de Villaviciosa, y el cerro en cuya cúspide se halla el castillo donde espiró el rey D. Fernando VI.

— Yo me paso las horas muertas viendo ese cuadro, dijo Ana.

— Y yo tambien.

— Y yo.

— Y yo, añadieron Mariquita y los niños.

— ¿Pero en qué consiste, me preguntó Ana, el pla-

cer que se siente viendo ese cuadro, cuando está una harta de ver el original? ¿Y en qué consiste que el original no encanta tanto como la copia?

— Consiste en la poesía del arte.

— ¡Qué! ¿el arte tiene poesía?

— ¡No la ha de tener, si la poesía y la belleza vienen á ser una misma cosa!

— ¿Y cuál es la poesía del arte?.....

— La poesía del arte es lo que hace á usted pasarse las horas muertas contemplando ese paisaje, lo que hace á usted experimentar mayor encanto viendo la copia que viendo el original, lo que siente usted delante de ese cuadro.

— ¡Qué cosa tan hermosa es la poesía!

— Como que es la hermosura misma.

En la sala habia un piano.

— La poesía, la pintura y la música son hermanas. Ya nos hemos entretenido un rato con las dos primeras, y no sería malo que nos entretuviéramos un poquito tambien con la última, dije á Ana indicándole el piano.

— Vaya, vaya, déjeme usted de música, qué eso se queda para las jóvenes.

— Si es usted vieja, rejuvenézcase usted, cantando con acompañamiento de piano una de aquellas barcarolas con que tantas veces ha enamorado á Pepe.

— Si hace un siglo que no me he sentado al piano, con tanto como le dan á una que hacer esos enemigos.....

— Vamos, mamá, no se haga usted rogar, dijo la Mariquita viniendo en mi ayuda.

— Malo y rogado es dos veces malo, contestó al fin Ana sentándose al piano.

Y comenzó á tocar y cantar una barcarola de Arrieta, llena de la dulcísima melancolía que este inspirado artista derrama en todas sus delicadas creaciones.

Aquel canto y aquellas melodías empezaron á sumergirnos en una especie de éxtasis inexplicable, y cuando Ana se levantó del piano, lo mismo sus ojos que los de Mariquita y los mios estaban encendidos y húmedos.

Todos los recuerdos dulces y amorosos que encerraba mi vida se habian despertado en mi corazon al oir aquel tierno y melancólico canto, y creo firmemente que el mismo sentimiento habia hecho afluir las lágrimas á los ojos de Ana y á los de Mariquita.

— Señor, dijo Ana, ¿qué tendrá la música que hace sentir esto que una siente?.....

— Lo que tiene y lo que derrama en el alma es poesía, contesté.

Poco despues fuimos todos á dar un paseo por la huerta.

El mozo rubio se puso á cantar:

Te llaman la azulerita
porque te gusta lo azul:
por más que lo azul te guste
más me gustas á mí tú.

— ¡Canta bien ese muchacho! dije. ¡Y es guapo chico!

— Ya lo sabe mi hija, contestó Ana.

La muchacha se puso coloradita como una rosa.

— ¡Hola, hola, Mariquita! ¿con que todo eso tenemos?

— Vaya, replicó Mariquita ahuecando la voz y poniéndose encendida como un clavel, ¡qué cosas tienen ustedes!

— ¿Con que noviecito ya?

— ¡Sí, novio!

— Di que sí lo es, exclamó Pepito agarrándose de mis faldones y haciéndome burladero de las embestidas que le daba su hermana, llamándole picotero y otras picardías por el estilo.

El gaterilla me hizo seña con la mano para que me inclinase; me incliné, y entónces me dijo al oido, mirando de reojo á ver si se acercaba su hermana:

— Mira, el otro dia fuí con la Mariquita á la fuente, y encontramos al Rubio que tenía un clavel en la boca. El Rubio le dijo á la Mariquita: «¡bendita sea la madre que te parió!» y le tiró el clavel. La Mariquita se puso muy alegre, y despues que se marchó el Rubio, besaba el clavel y tenía los ojos mojados. ¿Sabes tú qué es eso?

Iba yo á contestar que todo aquello era poesía; pero recordé que quien me lo preguntaba era Pepito y no su madre, y contesté al oido del niño:

—Eso es que cuando los niños cuentan lo que oyen ó ven sin preguntárselo nadie, viene un pajarito muy feo, muy feo, y ¡pin! les da un picotazo muy fuerte, muy fuerte en la lengua.

—¡Anda, engañoso! ¡Ya no te quiero! dijo Pepito muy enfadado, dejando en libertad el faldon de mi levita para ir á hacer presa en la falda de su madre. A pesar de que habia aparentado no dar crédito á lo del picotazo, no debia tenerlas todas consigo, pues desde aquel instante calló como un muerto, y noté que, así como quien no quiere, se tapaba la cara con la falda de su madre cada vez que nos hacia la rosca algun pájaro.

Recorrimos de un extremo á otro la huerta, que tenia honores de jardin, y estaba tan deliciosa como la tarde, y disfrutamos entre otras cosas de una magnífica serenata que nos dieron los pájaros.

Estos artistas sabian muy bien que aquellas no eran sus mejores horas de inspiracion; pero dijeron: —Qué demonche, hay que hacer de tripas corazon para obsequiar á los forasteros, y cantaron que se las pelaron.

En una colinita que se alzaba á un extremo de la huerta nos detuvimos silenciosos. El sol declinaba tras de las lejanas lomas de occidente, y sus últimos y amarillentos rayos bañaban de vaga y misteriosa luz la campiña. Allá á lo léjos se oian los cantares del labrador que recogia sus aperos para volver á la aldea,

y nos pareció que la apacible brisa de la tarde traia hasta nosotros el toque de unas campanas mezclado con los vagos rumores del monte y de la campiña y el murmullo del Guadarrama, cuya corriente parecia callar cuando la brisa no venía á acariciar nuestra frente. Murmullos, perfumes, cantos de pájaros, el sol tocando en el ocaso..... todo esto sumia nuestro corazon en dulcísima melancolía.

Miré en mi derredor. Mariquita y los niños habian desaparecido, y sólo estaba á mi lado Ana, entregada á aquella especie de éxtasis que embargaba mis sentidos. Ignoro si mis ojos estaban húmedos; pero me pareció descubrir una lágrima en los de Ana.

— ¡Qué pensativa se ha quedado usted! dije á ésta.

— ¡Pues mira quién habla! me contestó haciendo un esfuerzo para sonreir.

— ¿En qué piensa usted?

— ¡En qué he de pensar! En mi marido, en mis hijos, en mis padres que estén en gloria, en mis hermanos, en..... en fin, en todas las personas que una quiere ó ha querido.

— ¿Y por qué piensa usted en ellas ahora con más ternura y más amor que otras veces.

— Justamente eso le iba yo á preguntar á usted. Señor, qué será esta dulce tristeza, este cariño, esta gana de llorar que una siente cuando se para á ver cómo el sol se pone, y á escuchar todos esos ruidos confusos que el viento trae al anochecer?

—¡Ana! ¿quiere usted saber qué es eso?

—¡Pues no he de querer!

—¡Eso es poesía!

—¡Bendita sea la poesía si es lo que ya me voy figurando!

IV.

—¡Calla! ¡pues sus hijos de usted se han despedido á la francesa!

—Lo que es los niños se habrán ido á casa y estarán ya durmiendo como cachorritos. No es extraño con lo que esas criaturas bregan todo el santísimo dia, que parece que tienen azogue en el cuerpo.

—¿Pero, y la Marujilla?

—¿La Marujilla? Esa no hay que preguntar á dónde ha ido: á hablar con el Rubio, que se despepita por él.

Dimos algunos pasos más, y encontramos á Luis y á Pepito sobre un monton de oloroso heno dormidos «como cachorritos», tranquilos, sonrosados, hermosos como el sentimiento que reflejaron los ojos de su madre cuando ésta me dijo lanzándose á desahogar en aquellos pedazos de sus entrañas el sentimiento que poco ántes la habia yo ayudado á definir:

—¡Mire usted, mire usted, qué alhajas de hijos me ha dado Dios! ¡Hiiiii! ¡benditos seais, que valeis vosotros más pesetas que el rey de España!.....

Y Ana, chillando como una loca y comiéndose á besos á sus hijos, despertó á los gaterillas, que nos siguieron restregándose los ojos con los puños y haciendo pucheritos con la boca.

En efecto, la Mariquita estaba hablando con el Rubio, y así que notó que nos acercábamos, se dispuso á cortar el coloquio con un ¡qué fastidio! que no se escapó á mi oido.

Iba ya anocheciendo, y mis ojos no pudieron distinguir lo que Mariquita hizo al despedirse de su novio; pero como á los ojos de las madres nada se escapa, Ana me dijo al oido para que no lo oyesen los niños:

— Mire usted qué condenada de chica: ha arrancado un pensamiento de la mata que hay al pié de la tapia, le ha dado un beso y se le ha echado al Rubio. ¡Ha visto usted qué grandísima pícara!

— Perdónele usted esa inocente fineza, en gracia del sentimiento que debe llenar el corazon de la pobre chica.

— Ya, pero eso es muy mal hecho; eso.....

— Eso es poesía.

La Mariquita se reunió con nosotros y todos nos dirigimos hácia la casa.

A la puerta de una de las inmediatas disputaban dos hombres con tal calor, que nos temimos concluyesen por venir á las manos.

En lugar de subir al comedor por la escalerilla de

madera, salimos á la calle por la puerta de la huerta con objeto de unir nuestros esfuerzos á los de otras personas que procuraban inútilmente aquietar á los contendientes.

Apénas habiamos puesto el pié en la calle, tan, tan, tan, las campanas de la iglesia parroquial tocaron lenta y silenciosamente á la oracion.

Todos los hombres, inclusos los que disputaban, nos descubrimos la cabeza; todos nos santiguamos y todos guardamos silencio para pensar en Dios y en los séres queridos, así vivos como muertos.

Me pareció que muchos de los circunstantes llevavan la mano á los ojos.

Los que momentos ántes disputaban sañudos, sólo se dirigieron algunas palabras de reconciliacion, y se separaron sin rencor en el alma, puesto que oí el nombre de Dios en sus labios.

— Ana se acercó á mí, llevando por segunda vez el pañuelo á los ojos, y me dijo en voz baja:

— Una pregunta, y si me contesta usted lo que espero, acabo de comprender lo que es una cosa que toda la vida he sentido y hasta hoy no he sabido qué nombre darle. Esto que todos hemos presenciado y esto que todos hemos sentido, ¿qué es?

— Es poesía.

— ¡Ah! lo repito, bendita sea la poesía, que viene á ser todo lo noble, todo lo hermoso, todo lo dulce, todo lo tierno, todo lo santo que una siente en este mundo!

—¡Sí, Ana, sí! exclamé estrechando la mano de aquella mujer.

Y volviendo el pensamiento á ese inmenso fárrago de palabras, que escritas *forman renglones desiguales*, y habladas *se pueden cantar*, que toda la vida he estado viendo en libros y periódicos, y oyendo en banquetes y teatros, oí á mi corazon que decia:

—¡Atras, impostores, que porque teneis más ó ménos páginas del Diccionario en la memoria, y vuestro oido distingue una frase de ocho sílabas de una frase de nueve, os dais el nombre de poetas! ¡Atras, los que llamais vírgen sin mancilla á la ramera desvergonzada, haciendo así que el mundo confunda á la vírgen con la ramera y á la ramera con la vírgen! ¡Atras, los que os llamais poetas y no sentis calor en el corazon ni lágrimas en los ojos cuando un niño tirita de frio ó desfallece de hambre, ó cuando el sol desciende al ocaso, ó cuando las campanas recuerdan á Dios y á los muertos, ó cuando glorifica á la patria el heroismo de sus hijos, ó cuando la virtud resplandece en la vida pública ó en la vida del hogar! ¡Atras, y dejad el nombre de poetas á los que sienten así, ya sepan expresarlo con cadenciosos versos ó pulida prosa, ó ya sólo con rudas y balbucientes frases! ¿Quién os ha dicho ¡mezquinos! que puede darse el augusto nombre de poeta al que sabe combinar más ó ménos hábilmente cierto número de palabras? ¿Quién os ha dicho que tienen un mismo nombre,

Dios que crea séres que piensan y sienten y ejecutan, y el hombre que crea autómatas que ejecutan y no piensan ni sienten?

Esto decia mi corazon, y esto escribo para vergüenza de los banderilleros que componen versos, y para gloria de los que llevando en su seno la poesía, caminan noblemente con ella, aunque sientan frio en el cuerpo y en el alma, y se niegan á hacerla bailar sobre el lodo de la calle, por más que les griten desde los balcones: —¡Hazla bailar, hazla bailar y te echarémos cuartos!

V.

Renuncio á explicar *lo que es poesía* por más que los brios con que comencé mi tarea hicieran esperar otra cosa á los que no conocian cuán débiles son mis fuerzas.

Está visto que la teoría no es mi fuerte.

Si algo he aprendido en este mundo, á la práctica lo debo.

—¡Niño! si sé cuáles son tus acciones, cuál tu lenguaje y cuáles tus sentimientos, es porque me he convertido en niño para hacer lo que tú hacias, para hablar como tú hablabas, y para sentir como tú sentias.

¡Madre! si comprendo tu amor, y tus alegrías y tus tristezas, es porque he identificado mi corazon con el tuyo para saber todo lo que pasaba en tu corazon.

¡Hijos del dolor y del trabajo! si comprendo vuestras fatigas y vuestros dolores, es porque el dolor ha arrugado mi frente y el trabajo ha encallecido mis manos.

¡Campos de Castilla, cuyo recuerdo voy depositando en estos cuentos! si alguna vez he pintado con fidelidad cómo sienten los que os pueblan, cómo os engalana la primavera, cómo os alumbra el sol cuando sale ó cuando se pone, y cómo la brisa de la tarde esparce por vuestras llanuras el murmullo de los rios que os bañan, los cantos de los labradores que os recorren, y el tañido de las campanas que os bendicen y santifican, es porque he vagado por vosotros á todas horas estudiando en el libro de la experiencia.

Acababa yo de llegar á Madrid, niño aún, y encontraba mi único consuelo en pensar en el pobre, pero tranquilo hogar de mis padres, y en aquellos sombríos valles y aquellas escarpadas rocas donde habia pasado la niñez.

Por entónces hice conocimiento con otro niño, que teniendo mucha aficion á la pintura, asistia hacia años á la academia de San Fernando y dibujaba ya admirablemente.

—¿Qué quieres que te pinte? me preguntaba mi amigo con un lápiz en la mano y un papel delante.

—Píntame una casita rodeada de árboles y rocas, le contestaba yo, que tenía siempre el pensamiento fijo en la casa de mis padres rodeada de rocas y árboles.

Pero mi amigo, que no habia salido nunca de Madrid, tenía una idea muy inexacta de lo que son las rocas, y por más que yo se lo explicase, las rocas que pintaba no me satisfacian.

Yo desconocia completamente el dibujo. Sin embargo, un dia, tratando de explicar por todos los medios al *académico* cómo eran las rocas, tomé el lápiz y dibujé, ó mejor dicho, copié la casa de mis padres con el paisaje que la rodeaba.

Sorprendiónos en aquel entretenimiento un caballero muy inteligente en pintura, y ántes que nosotros tuviésemos tiempo para esconder los dibujos, se apoderó de ellos y se puso á examinarlos.

Como al ir á devolvernos á cada cual nuestro dibujo, notase que yo estaba muy colorado, dió al madrileño el mio y á mí me dió el del madrileño diciéndome:

—Toma, hijo, y sigue avergonzándote de tu obra, miéntras no pintes rocas como tu compañero de glorias y fatigas artísticas.

Desde entónces cuando pinto rocas me acuerdo de las teorías de los maestros, pero me acuerdo mas aún de las rocas que rodean la casa de mis padres.

En las rocas que pinto no hay arte, pero hay verdad.

No niego que la verdad cabe en el arte, pero cabe mejor en la naturaleza.

¡Pintor! cuando quieras pintar un árbol, traslá-date con el pensamiento á las arboledas que alguna

vez recorriste, y tomando por modelo el árbol que con más claridad veas, copia fielmente las escabrosidades y el color de su corteza y las sinuosidades de su tronco y sus ramas.

Pero he dicho que la teoría no es mi fuerte, y estas divagaciones que tienen ínfulas de teoría lo prueban.

Escribo estas últimas líneas en Villaviciosa, y siento á los gaterillas acercarse á mí asidos de la falda de su madre. ¡Dios quiera que no se les antoje averiguar lo que tiene dentro este cuento!

— ¡Hola! ¡hola! me dice Ana, ¿se trabaja?

— Sí, aquí estoy devanándome los sesos á ver si puedo explicar lo que es poesía.

— ¡Vaya si podrá usted! Que me lo pregunten á mí.

— Es que hay mucha diferencia entre la práctica y la teoría.

— Santo varon, déjese usted de teorías y enseñe con la práctica.

— Ya, pero como tengo que explicarme por escrito.....

— ¡Eh, que no son ustedes para nada! ¿Tiene usted más que escribir de qué modo me enseñó á mí?

— Ya está escrito.

FIN DE LO QUE ES POESÍA.

RECUERDOS DE UN MUERTO.

RECUERDOS DE UN MUERTO.

I.

Nunca he intentado explicar lo que siento ante un monton de ruinas, porque es tan vago, tan misterioso, tan profundo el sentimiento que me inspiran, no ya sólo las de una ciudad ó un monumento célebre, sino hasta las de una humilde cabaña, que en vano trataria de explicar ese sentimiento.

Ayer pasé por una pobre aldea, y nada llamó mi atencion en ella, porque realmente nada habia allí que saliese de la esfera comun: edificios, historia, costumbres, inclinaciones, naturaleza, todo me pareció vulgar, y en realidad lo era; pero hoy vuelvo á pasar por aquel sitio, y al ver allí sólo un monton de solitarias ruinas, me detengo á contemplarlas con el corazon triste y agitado por un sentimiento indefinible.

Yo no sé si el sentimiento que las ruinas me inspi-

ran es el de la curiosidad ó el dolor; pero sí sé que es triste y lleno de la vaga melancolía que siente el alma cuando al tocar el sol en el ocaso contemplamos el último rayo que dora la cúspide de la montaña.

Una pobre mujer de esas que á fuerza de sentir mucho, saben expresar algo, exclama en uno de los CUENTOS DE COLOR DE ROSA :

— «¡Ah, señor, qué triste es ver un hogar desierto y arruinado! Cuando pasamos mi hijo y yo junto á esa aceña arruinada que hay á la orilla del rio, las lágrimas se nos saltan, que mucho quieren decir aquellas paredes aún ennegrecidas por el fuego del hogar, y aquel poyo que aún se conserva allí frio y solitario, y aquellas letras hechas con la punta de un cuchillo ó del badil, que aún se ven en la pared, y aquellos clavos que aún permanecen junto á la ventana!»

— Quizá estas palabras puedan servir de clave para descifrar el enigma del sentimiento que las ruinas inspiran : todo lo lejano es hermoso y triste, y por eso son tristes y hermosos los recuerdos.

¿Qué son sino recuerdos las ruinas?

II.

Lo que voy á contar no es cuento, pero es verdad, que es mucho mejor.

Un dia examinábamos un amigo mio y yo un mapa de Castilla la Nueva, trazado en el siglo anterior.

—¿Qué tal es este pueblo? pregunté indicando con el dedo el nombre de Sacedon de Canales, que aparecia en la orilla occidental del rio Guadarrama.

—Ése, me contestó mi amigo, cuéntale entre los muertos.

Por complacer á quien este encargo me hizo, voy á contar cómo murió el pobre Sacedon, y cómo lloré sobre sus olvidados restos.

A cuatro leguas de Madrid hubo una villa de trescientos vecinos, que llevaba el nombre de Sacedon de Canales.

Estaba situada á trescientos pasos del rio Guadarrama, en un vallecito que desemboca en el rio, cuya corriente tropieza allí con un cerro, y tiene que dar una penosa revuelta.

Los vecinos de Sacedon tenian por costumbre inmemorial prestar su auxilio al rio para que pudiese continuar su camino, y el rio les mostraba su agradecimiento, absteniéndose de invadir las hermosas huertas que los de Sacedon ostentaban á su márgen, y no consintiendo que subiese á la villa ninguna de las tercianas que llevaba consigo para castigar á los pueblos desidiosos ó mal intencionados que le negasen auxilio ó le pusiesen obstáculos para caminar.

A principios del presente siglo los vecinos de Sacedon probaron la fruta del árbol de la ciencia, es decir,



supieron que el rio llevaba un nombre arábigo, y determinaron negar su auxilio al infiel, sin considerar que la caridad no tiene límites.

El Guadarrama hizo titánicos esfuerzos para salvar los muros de arena que se oponian á su paso, y con furiosos bramidos llamó en su auxilio á los moradores de la villa, pero éstos no se dignaron bajar á auxiliarle. Entónces el rio, indignado, acampó en las floridas huertas de la vega, talándolas sin misericordia, y soltó el enjambre de tercianas que llevaba consigo, y que subiendo por el vallecito arriba, invadieron la villa y se cebaron horriblemente en los moradores.

Hácia 1817 Sacedon de Canales empezó á figurar como *despoblado* en la estadística territorial de España, y su archivo municipal yacia incorporado al de Villaviciosa de Odon, sin que hubiese nadie que por curiosidad ó por interes se acercase á hojear aquellos protocolos en que durante muchos siglos se habia ido reflejando la vida de un pueblo rico y alegre y dichoso.

En 1848 dirigíame yo á Villaviciosa con objeto de hacer algunas investigaciones en el archivo de aquella villa, y al salir de Madrid supe que el último alcalde de Sacedon de Canales ganaba miserablemente la vida en una chocita, en la que vendia fósforos y otros objetos en el puente de Segovia, donde en efecto me encontré con un anciano, cuyos ojos se arrasaron en lágrimas apénas pronuncié el nombre de Sacedon.

— ¡El último que abandonó á Sacedon fuí yo! me

dijo con la profunda pena del desterrado que tiene la certidumbre de que nunca ha de tornar á la patria.

— Y ¿no ha vuelto usted nunca por allá?

— ¡Nunca!

— ¿Por qué?

— Porque al llegar allí me moriria de pena; y allí no existe ya aquel campo santo adornado de cipreses y rosales donde descansaban mis padres, mi esposa, mis hijos, mis hermanos y mis amigos!

Comprendí el dolor del anciano y continué tristemente mi camino, que yo era tambien desterrado y veia á lo léjos un campo santo donde duermen el sueño eterno muchos séres queridos, y donde tal vez no me será dado dormirle!

III.

— ¿Dónde está Sacedon de Canales? pregunté al mayoral de la diligencia al llegar á las alturas que dominan á Villaviciosa.

— ¿Ve usted allá, al otro lado del valle, una cañada cubierta de árboles que baja hasta el rio? me preguntó el mayoral señalando hácia el poniente.

— Sí.

— Pues aquella es la barranca del Muerto.

— Pero ¿dónde está Sacedon?

— Estaba en aquella barranca.

— Y ¿no queda ya nada del pueblo?

— Haga usted cuenta que nada.

— Me parece que á la derecha de los árboles se distingue un edificio.

— Es la torre de la iglesia, que es lo único que queda del pueblo.

— Y ¿por qué llaman al sitio donde estuvo el pueblo la barranca del Muerto?

— A la cuenta será porque ha muerto el pueblo.

Sonreíme de la lógica del mayoral, aunque á la verdad ménos sólida la usan muchos etimologistas que blasonan de padres maestros, y aquel dia no volví á acordarme de Sacedon de Canales.

Al siguiente me fuí al archivo municipal, y al ver en el rincon más oscuro cubiertos de polvo y telarañas completamente olvidados los legajos pertenecientes al de Sacedon, yo no sé qué misterioso sentimiento se apoderó de mí : me parecia que el espíritu de la villa desolada habia sobrevivido á la materia, y desde aquellos papeles que le servian á la par de cárcel y de refugio, pedia misericordia.

Ocho dias pasé examinando los protocolos de Sacedon, familiarizándome con el nombre de sus moradores, con sus plazas, con sus calles, con sus campos, con sus discordias, con sus calamidades, con sus amores, con sus fiestas, con su vida, en fin, de tal modo, que al cabo de aquel tiempo me parecia haber

vivido en Sacedon, y conocerle como el anciano que no podia pronunciar su nombre sin llorar.

Una tarde tomé el camino del Guadarrama. Aquel camino empezó á despertar en mí el sentimiento indefinible que despiertan las ruinas, porque la yerba y la zarza brotaban en él, y lo que tenía evidentes trazas de haber sido carretera muy frecuentada, era ya una senda estrecha y solitaria.

Aquel camino conducia en otro tiempo á la villa de Sacedon de Canales, y ya sólo conducia á la barranca del Muerto!

Un recuerdo de mi niñez acudió entónces á mi memoria.

Habia en mi aldea dos caseríos separados por un verde prado, y en ellos vivian dos jóvenes amantes. A fuerza de visitarse éstos mútuamente, fueron señalando en el prado una senda que se distinguia perfectamente desde léjos. El jóven murió, y quince dias despues la senda habia desaparecido, porque la yerba habiá vuelto á brotar en ella.

Tal fué el recuerdo que acudió á mi memoria al recorrer el camino por donde en otro tiempo se visitaban mútuamente Sacedon de Canales y Villaviciosa de Odon.

IV.

La tarde estaba triste, triste como la idea y el sentimiento que las ruinas inspiran.

Llegué á la orilla del Guadarrama, y en la márgen opuesta, allí donde en otro tiempo se extendian fructíferas huertas y arboledas, sólo encontré inútiles juncales y ponzoñosas lagunas.

El rio rugia colérico, como si su venganza no estuviese aún satisfecha con la desolacion á que habia condenado á la vega que en otro tiempo fecundaba.

Y sin querer detenerme en aquella triste soledad, tomé vallecito arriba.

Apénas habria dado trescientos pasos, alcé la vista y miré en mi derredor, buscando la villa en que yo habia vivido con el pensamiento por espacio de ocho dias, y el corazon se me oprimió de tristeza al ver la soledad que reinaba allí donde la vida y la alegría reinaron en otro tiempo.

¡Ay! era un inmenso hogar, desierto, frio, desamparado, el que mis ojos contemplaban!

A mi derecha una heredad donde el trigo brotaba difícilmente entre escombros, y en medio de la heredad un campanario sin cruz y sin campanas, inútil para la tierra y el cielo, como un corazon sin amor y sin fe!

A la izquierda intrincados zarzales, entre los que se descubrian algunos álamos agobiados por la vejez y el desamparo, y tal vez, Dios mio, por los recuerdos de las alegres fiestas y los dulces amores que protegieron con su sombra!

A mi derecha los gritos de las urracas, y á mi izquierda el sordo murmullo de un arroyo, me parecian la quejumbrosa voz de aquellos muertos, cuya última morada habia ido á surcar y profanar el arado del labrador.

Haces bien, exclamé, haces bien, pobre anciano del puente de Segovia, en no tornar á estas soledades, que estas soledades gritan : « ¡ Oh, vosotros, los que por aquí pasais, contemplad y ved si hay un dolor como el nuestro! »

Sobre las santas ruinas del templo doblé la rodilla, y recé y lloré.

¡ Para qué he de decir lo que entónces sentí, si los que no tienen corazon no lo han de comprender, y los que le tienen lo comprenden sin decírselo!

Luégo me interné en los zarzales de la izquierda, donde el arroyo murmuraba tristemente, ¡ en la barranca del Muerto! que en muchos de los procesos conservados en el archivo municipal de Villaviciosa habia yo leido pasajes como éste : « É otrosí dijo que la querella acaesció en la alameda allende el arroyo, do es la fuentecica de la villa, é do se ayuntan los mozos é las mozas las tardes de disanto para se solazar..... », y

deseaba refrigerar mis labios en la fuentecica de la villa, y sentarme al pié de los álamos donde se solazaban las tardes de disanto los mozos y las mozas.

¡Sólo encontré una charca cenagosa, y esparcidos en sus cercanías algunos troncos de álamos podridos!

Y entónces, fatigado de emocion, incliné la vista al suelo y levanté el corazon á Dios, pensando cuán triste sería la tierra si tras lo perecedero de ella no estuviese lo eterno del cielo, y descendí tristemente por la barranca del Muerto.

FIN DE RECUERDOS DE UN MUERTO.

LOS BORRACHOS.

LOS BORRACHOS.

I.

El pintor, ántes de pintar el cuadro, prepara el lienzo, y lo mismo debo hacer yo, que tambien soy pintor, aunque de brocha gorda.

Preparemos el lienzo.

El lienzo en que voy á pintar es uno de los valles más hermosos de Vizcaya.

Entre las razones que tengo para llamarle hermoso, hay dos muy poderosas: la primera que lo es, y la segunda que nací en él.

— Y á nosotros, dirá el lector, ¿qué nos importa que naciera usted en él ó en el infierno, que es tierra caliente?

— ¡Pues no les ha de importar á ustedes! Diciendo que nací en él pruebo que sé lo que digo, cosa que no sucede á todos los que hablan ó escriben.



Por medio del valle corre un rio no muy caudaloso, pero sí muy claro y muy fresco.

¡ Ay, castaños! y ¡ ay, nogales! que os mirais en las fugitivas ondas de aquel rio, ¡ quién fuera, no ya nogal ni castaño, quién fuera alcornoque, con tal que pudiera mirarse en vuestro espejo!

En la ribera del sur hay un altito, y allí está, rodeada de fresnos y de casas blancas, la iglesia de Santa María, para mí la de más sonoras campanas, la de más hermosas imágenes y la de más santos y dulces recuerdos.

Desde la iglesia al rio hay una cuestecita de doscientos pasos.

En aquella cuestecita se encuentra lo siguiente: un cauce que lleva el agua á un molino y á una ferrería, que medio se ven un poquito más abajo entre los nogales, cuatro ó cinco casas á la derecha, un verde huerto á la izquierda, y por último, el puente, por el cual pasaba á gatas Lorenzo.....

Pero ¡ qué Lorenzo ni qué niño muerto, si aún no hemos acabado de preparar el lienzo!

El puente es muy viejo, muy firme, muy alto, muy angosto y muy escueto.

Al otro lado del rio hay un cerro muy alto, coronado por una cruz, á donde sube el párroco de la aldea durante las rogativas de Mayo para bendecir los campos desde allí.

La falda del cerro está cubierta de seculares enci-

nas, y las llamo seculares, porque á mi abuelo oí contar muchas veces que en sus mocedades, á la sombra de aquellas encinas retozaban los mozos con las mozas los dias de fiesta por la tarde, y acaso, acaso, cuando la luna los importunaba en el resto del valle.

¡Qué dato tan precioso para probar que nuestros abuelos gustaban de retozar con las mozas como los libertinos del dia!

La cuesta y las encinas y las lastras (1) calcáreas empiezan desde la misma orilla del rio, cubierta de alisas y salceñas (2).

El camino, no bien pasa el puente, comienza á hacer eses como Lorenzo.....

Pero ¡dale con Lorenzo, que se empeña en plantársenos en el lienzo ántes de que el lienzo esté preparado!

El camino, repetimos, costea, haciendo eses como un borracho, la falda del cerro, sin detenerse en la fuentecilla que encuentra á su paso, aunque allí no puede decirse que el agua cria ranas.

A la sombra de las encinas, en el primer término de la cuesta, están diseminadas tres ó cuatro casas.

Rio abajo, rio abajo, una vega siempre verde y un nocedal, entre cuyo ramaje medio se ven, como hemos dicho, un molino y una ferrería. El negro tejado de la ferrería dice á los pasajeros: «¡Vaya un cisco

(1) Suelo formado de roca.
(2) Alisos y sauces.

que se arma aquí á todas horas! » Y el blanco tejado del molino: « Ésta ya es harina de otro costal. »

Rio arriba, rio arriba, un angosto y retorcido valle, en cuyo fondo ruge el agua contenida por la presa que, quieras ó no quieras, la hace tomar la rauta hácia la ferrería y el molino susodichos.

Entre las casas del encinar hay una que nos conviene dibujar de cuatro pinceladitas.

Tres de sus cuatro fachadas dan á un huertecito muy lindo formado sobre la lastra, á fuerza de subir á mano tierra de la orilla del rio.

El huerto tiene un parral por toda la parte interior de la cerca, y arrimados á la casa hasta una docena de frutales.

Sobre la puerta de la casa hay un balconcito de madera, y sobre el balcon extiende sus multiplicados brazos, y á su debido tiempo sus multiplicados racimos, una parra.

Delante de la puerta, que por más señas mira al oriente, hay una esplanadita, que debe ser artificial, pues la roca en que se ha abierto muestra aún la señal de los barrenos, y esta esplanadita está sombreada por dos enormes encinas que se alzan cada cual á su lado, la de la izquierda cobijando un horno, y la de la derecha cobijando una casita, á cuya espalda se ve un monton de chatarra (1), lo que quiere decir

(1) Escoria.

que en aquella casita se halla establecida una fragua.

Tenemos, pues, preparado el lienzo.

Ahora..... pintemos en él.

II.

Una tarde del mes de Junio, poco ántes de anochecer, dejó Rosa la pieza en que sallaba borona con su padre y sus hermanos, y se encaminó á una de las casas que hemos dicho hay bajando de la iglesia al puente.

Poco despues salió humo del hogar de aquella casa, y poco despues salió de aquella casa Rosa cantando con la herrada colgada del brazo.

Rosa cantaba al pasar el puente :

> Déjame pasar, que voy
> á coger la agua serena
> para lavarme la cara,
> que han dicho que soy morena.

Y Lorenzo, limpiándose el sudor que brillaba en su frente, se asomó á la puerta de la fragua, sonrióse al ver á Rosa, Rosa se sonrió al ver á Lorenzo, y miéntras Lorenzo se preparaba á cerrar la fragua, Rosa continuó hácia la fuente cantando.

Rosa aplicó la herrada á la teja por donde corria el

escaso caudal de la fuente, y se puso á hacer un cabezal de helecho verde.

Rosa era una muchacha como de veinte años, no muy hermosa, pero sí muy fresca, muy robusta, muy graciosa, muy aseada, y sobre todo con una cara de mujer de bien que nada habia que pedir.

— Y ¿cuáles son las caras de mujer de bien?

— Las que lo son.

— ¡Dos cuartitos por la gracia!

Conocí yo en Castilla á una muchacha, que cuando su madre la mandaba á misa de diez, volvia á casa á las doce, porque se estaba hora y media hablando con el novio.

— Pero, muchacha, ¿dónde has estado tanto tiempo? le preguntaba su madre.

— Toma, ¿dónde he de estar? en misa.

— ¡Pero si la misa concluyó á las diez y media, y son más de las doce!

— *¡Velay usted!* contestaba la muchacha, y lo mismo contesto yo al lector que me pregunta en qué se conocen las caras de mujer de bien.

Rosa no servia para novela; pero servia para gobernar bien una casa y hacer feliz á un hombre. ¡Jesus, qué chica tan hermosa!

La herrada estaba ya llena cuando Lorenzo apareció junto á la fuente.

— Allá voy yo á echar una manita, alma de los dos.

— Creí que no venias, dijo Rosa sonriendo de satisfaccion.

— Poco favor me hacias, prenda.

— Al contrario, puede que te hiciese mucho, que ántes es la obligacion que la conversacion.

— Pues qué, ¿mi conversacion no te gusta?

— Muchísimo, pero me gusta aún mas tu laboriosidad.

— Cuando pasaste el puente dí el último martillazo á unas layas que he estado calzando, y ya no me quedaba más que trabajar.

— Entónces has hecho bien en venir.

— Si no nos viésemos ahora, no nos veriamos hasta mañana.

— Qué, ¿no vas luégo por casa á echar una pipada con mi padre?

— No, que se han empeñado el alguacil y Menchaca y otros en que juguemos un cabrito y una azumbre de clarete en la taberna.

— ¡En la taberna!..... Haces muy mal, Lorenzo, en poner los piés en semejante sitio.

— Pero, mujer, ¿no ves que si uno se niega creen que es por no gastar una peseta?

— No importa que lo crean.

— ¡Eso es! Vosotras las mujeres.....

— Nosotras las mujeres, aunque tengamos ménos talento que los hombres, tenemos el necesario para

enseñarles el buen camino, y sobre todo le tenemos cuando los queremos.

— Mujer, no será por el vino que yo he de beber, que con medio cuartillo me sobra.

— Ya lo sé, pero si quieres beber vino, bébelo en casa.

— Si yo tuviera familia lo beberia en casa con ella, pero como no la tengo y me da tristeza pasar la noche solo entre cuatro paredes, voy á distraerme donde encuentro compañía.

— ¡Ay, Lorenzo, qué gana tengo de que cese tu soledad!

— ¡Je, je, yo tambien la tengo! dijo Lorenzo mirando amorosamente á Rosa, que se puso colorada y se apresuró á replicar:

— Anda, malicioso, que lo digo por tí, porque deseo que tengas un poco de arreglo, que los hombres, en lo tocante á las cosas de la casa, no sois nada sin nosotras.

— Tienes mil razones, chica. Y ya que viene á pelo, ¿cuándo nos casamos?

Rosa volvió á ponerse colorada, y contestó bajando los ojos:

— Eso tú lo has de decir.....

— Pues mira, ya que lo he de decir yo, digo que, si tu padre quiere, el domingo se leerá la primera amonestacion.

— Mi padre ya te ha dicho que cuando tú quieras.

— Ea, pues mañana voy á enterarle del caso, y el domingo sabe todo el concejo que vas á ser rementera (1).

— ¡Ay qué vergüenza! exclamó Rosa sonriendo y poniéndose colorada por tercera vez.

— Mira, tengo ya ahorrados mil reales, y con ellos vamos á celebrar la boda como príncipes.

— La celebrarémos como pobres rementeros y nada más.

— Anda, que el dinero es para gastarlo, y nunca mejor ocasion.....

— Nunca mejor ocasion para tener juicio.

— Pero dejémonos de eso, y hablemos de lo dichosos que vamos á ser. ¡Qué gloria, chica, vivir siempre juntos, ir juntos á las romerías.....

— ¡Ay, Lorenzo, qué pena me da el ver que siempre estás pensando en las diversiones!

— Pues qué, ¿no soy buen trabajador?

— Porque lo eres te quiero, que si no.....

— Pues el que trabaja necesita tambien divertirse.

— Para los casados como Dios manda no hay mayor diversion que el cuidado de la casa y el amor de la familia.

— ¡Je, je, la familia! ¿Con que tú piensas tenerla?

(1) Herrera.

Rosa se puso colorada por cuarta vez al ver que Lorenzo tomaba la palabra familia en el sentido vulgar, en el sentido de hijos, y quiso dar á su novio una leccion filológica.

— Ea, ayúdame á alzar la herrada, que voy á hacer la cena á mi *familia*, dijo poniéndose con una mano en la cabeza el cabezal de helecho, y echando la otra al asa.

Lorenzo la ayudó, y valiéndose de la ocasion, aventuró un conato de abrazo, que Rosa rechazó, á pesar de embarazarla la herrada.

— Con que, chica, hasta mañana, dijo Lorenzo junto á su casa, tomando la sendita que conducia á ésta desde el camino que conducia al puente.

— Adios. Que no vayas á la taberna.

— Quiero ir, aunque no sea más que en celebridad de que el domingo nos amonestamos.

— No, pretextos no te faltan á tí nunca.

— Adios, predicadora.

— Adios, cascabel.

Rosa desapareció al otro lado del puente, y Lorenzo desapareció en su casa.

Por lo poco que el lector sabe de Rosa, sabrá que ésta, soltera aún, tenía ya la noble gravedad y el augusto instinto que Dios anticipa á las doncellas que han de ser buenas esposas y buenas madres.

III.

Un mes hacia que se habian casado Rosa y Lorenzo, y la presencia de una mujer propia habia trasformado la casa y cuanto á la casa pertenecia.

Un año ántes de su casamiento habia perdido Lorenzo á su madre, que era su única familia, y desde entónces el gobierno de su casa estaba á cargo de una viejecita de la vecindad, que abandonaba todos los dias sus quehaceres para atender un rato á los más precisos de Lorenzo.

Así que entró Rosa en la casa todo se animó, todo se rejuveneció, todo se alegró en ella. Las telarañas y el polvo desaparecieron del techo y las paredes; el entarimado de la sala volvió á brillar con el luciente barniz con que se lustra el pavimento en las casas medianamente decentes del país vascongado; vajilla, espetera y muebles volvieron á aparecer ordenados como un reloj y limpios como la plata; un hermoso gato ahuyentaba los ratones, que durante muchos meses habian paseado libremente por la casa; un perro velaba dia y noche por la casa y sus adherencias; un cerdo, que Rosa cebaba mañana y tarde, esperaba su san Martin, y prometia á sus amos excelentes magras; y por último, una docena de gallinas cacareaban las sabrosas tortillas que proporcionaban á sus amos.

La pobre parra, que habia dejado caer tristemente su cabeza sobre el balcon al ver el abandono en que la tenian, ocupó de nuevo el lugar que le correspondia, gracias al apoyo que su nueva ama le proporcionó.

La yerba, que en el huerto habia invadido las sendas no destinadas á su uso, y los cuarteles no destinados á su alojamiento, sufrió el exterminio que reclamaba su audacia; los rosales y las matas de claveles, de tomillo, de eneldo, de espliego y hoja-santa (1), que se morian de sed, refrescaron y recobraron su lozanía; y, finalmente, el huerto, que renegaba de su nombre, porque ni un puñado de perejil podia ofrecer á su amiga la cocina, se iba poniendo en el caso de regalar á ésta, desde la berza al piseo (2), desde la seruga (3) al tomate y el pimiento, y desde el ajo á la cebolla.

Y ¿á quién se debia todo esto? A Lorenzo no, que Lorenzo se pasaba la vida machaca que machaca en su fragua, acompañado de un aprendiz. Se debia sólo á Rosa, que, de pié desde que Dios amanecia hasta despues que se acostaba su marido, así traginaba en la casa como lavaba en el rio, cavaba en el huerto como cebaba cerdos y gallinas, iba á la fuente como ataba un haz de leña en la ladera del cerro y le bajaba

(1) Menta ó yerba-buena.
(2) Guisantes.
(3) Judías verdes.

á casa rodando ó arrastrando, calentaba el horno, y amasaba y cocia el pan de la semana como preparaba un almuerzo, ó una comida ó una cena, cuyo grato olor trascendia hasta el otro lado del rio.

La trasformacion tambien habia alcanzado á Lorenzo, que cuando los dias festivos, ántes de misa, conversaba con sus vecinos en el pórtico de la iglesia con la pipa en la boca, hacia decir á las vecinas que pasaban y le veian limpio como una patena y con la camisa blanca como la nieve:

—¿Quién dirá ahora que es rementero?

Era un domingo despues de mediodía, y las campanas de Santa María tocaban al rosario.

Lorenzo estaba en el balcon echando una pipada y haciendo fiestas á Capitan, que este honroso nombre tenía su perro.

Rosa se preparaba á plantarse la mantilla para ir al rosario.

Menchaca, que vivia en otra de las casas del encinar, se encaminó hácia la de Lorenzo con la chaqueta sobre los hombros, la pipa en la boca, y un enorme y nudoso palo de acebo en la mano.

Menchaca era un hombre de cuarenta años, de seis piés de estatura y de ocho arrobas de peso. Su fuerza era tal, que le hubiera envidiado el mismísimo fuerte de Ocháran, Hércules que floreció en las Encartaciones hácia el último tercio del siglo pasado, y cuyos asombrosos alardes de fuerza se relatan en un libro

escrito por el autor del presente con el nombre de *Capítulos de un libro*.

Menchaca era natural de una aldea del interior de Vizcaya, y hacia veinte años que vivia en las Encartaciones.

Celebridad le habian dado en éstas su fuerza y su facilidad de beberse una cántara de vino sin que se le pusieran los ojos alegres; pero su principal celebridad procedia de una desgracia no muy comun: Menchaca tenía la lengua tan suelta y tan perfecta como el primero, y, sin embargo, era casi mudo, por la sencilla razon de que habia olvidado la lengua nativa, que era el vascuence, y no habia aprendido la castellana, que es la que se habla, aunque un poco chapurrada, en las Encartaciones.

Pero basta de pelos y señales, que no merece tantos perfiles un pedazo de animal como Menchaca.

Advertimos que al reproducir sus palabras las hilvanamos y pulimos un poco, porque si no, no pudiendo reproducir con ellas la pantomima que las ayudaba, no las entenderia ni el mismo diablo, y entre paréntesis, hago muy mal en dar á entender que el diablo es muy listo para la lengüística, pues se cuenta que estuvo dos años en Bilbao aprendiendo el vascuence, y sólo aprendió dos palabras.

—Lorenso, ¿vieneste, pues, jugar asumbre viño y casuela sardiñas? dijo el colosal Menchaca, parándose en la portalada.

— No, que me voy al rosario, y luégo por ahí con el perro y la escopeta á ver si mato una liebre.

— Tonto eres, pues, que mejor casar es en casuela y jarro.

— Me vendré temprano á casa, y cazarémos mi mujer y yo en amor y compaña unas magras con tomate y un cuartillo de vino, que Rosa habrá preparado para cuando yo venga.

— A tí bien entender yo pues. Tú no vienes taberna por no gastar peseta.

— Te equivocas, Menchaca, exclamó Lorenzo con altivez. A mí no me duele nunca gastar un duro con los amigos.

— Refran dise obras estan amores.

— Pues para que veais tú y los demas que soy hombre para gastarme aunque sea una onza, á la taberna voy dentro de un momento. Vete para allá, que tras de tí voy yo.

Rosa entraba en la sala en aquel instante, y oyó las últimas palabras de su marido.

— ¿A dónde vas, Lorenzo?

— Se empeñan Menchaca y otros en que vaya con ellos á echar un mus.

— ¿En la taberna?

— Sí.

— Lorenzo, por Dios, no vayas á la taberna ni te juntes con esa gente.

— ¡Pero, mujer, si ya estoy comprometido!.....

— No hay compromiso que valga.....

— Ya lo que es hoy no hay remedio, porque lo he prometido.

— ¿No conoces que has hecho mal en prometerlo?

— Tienes razon, mujer; pero me han dicho que me negaba á ir por no gastar una peseta, y quiero probarles que se equivocan de medio á medio. Lo prometido es deuda.

— Cuando no es una picardía lo prometido.

— Mira, hija, ésta será la última vez que pongo los piés en la taberna.

— Dios lo quiera, Lorenzo; pero no lo querrá, que el que emprende un mal camino no vuelve atrás fácilmente.

Lorenzo emprendió el de la taberna, y poco despues emprendió Rosa el de la iglesia.

La taberna estaba á pocos pasos de la iglesia, y al salir Rosa de ésta, terminado el rosario, se quedó parada mirando hácia allá á ver si se asomaba á la ventana ó á la puerta su marido, para hacerle señas de que fuese con ella á casa. En la taberna se oia mucho ruido, y Lorenzo no se asomaba á la puerta ni á la ventana; pero en cambio Rosa vió salir de la taberna, trayendo medio oculta bajo el delantal su botita llena de vino, á la viejecita que habia asistido en casa de Lorenzo cuando éste era soltero.

Aquella viejecita era conocida en la aldea por el mote de la Botera, que le cuadraba perfectamente.

Aficionadillos ella y su marido á la *gota*, como allá dicen, y teniendo ambos la buena costumbre de empinar el codo en casa, y no en la taberna, veíasela con frecuencia con la bota bajo el delantal, yendo ó viniendo de la taberna, y de aquí el mote que habia sustituido á su nombre de Micaela.

La Botera, acostumbrada á disponer á su antojo de la casa del rementero, sentia cierto despecho de que otra mujer hubiese ido á quitarle el dominio de aquella casa.

— Qué, ¿esperas á tu hombre? preguntó á Rosa con cierta maligna fruicion. Ya ha de ser media noche ántes que le cojas por tu cuenta.

— ¡ Ave María, media noche ! Hágale usted más favor, que él no es de los que se pasan la noche en la taberna, replicó Rosa disgustada por la suposicion de que su marido fuera capaz de imitar á Menchaca, al alguacil y á otros dos ó tres perdidos que el dia de fiesta se estaban hasta las altas horas de la noche jugando y bebiendo en la taberna.

— Tú verás si me equivoco. Ya están tratando de jugar un cabrito y el vino correspondiente, que no bajará de azumbre por barba, y si se enreda la partida, no salen de allí hasta que el señor alcalde vaya á sacarlos á empellones.

— Lorenzo no dará lugar á eso.

— Del agua mansa me libre Dios. Ya habla más chapurrado que el mismo Menchaca, y de él ha salido lo de jugar el cabrito.

— Verá usted como no le juega, dijo Rosa muerta de vergüenza dirigiéndose á la taberna con objeto de sacar de allí á su marido.

Paróse bajo la ventana porque le repugnaba entrar en aquella casa de desórdenes y borracheras, y oyó la siguiente conversacion :

— Lo dicho dicho; el que sea hombre, que se siente aquí á jugar un cabrito y media cántara de vino, decia Lorenzo tartamudeando, aunque apénas habia bebido aún un cuartillo de vino.

— ¿De véras dises, pues?

— De véras lo digo. ¿Pensais vosotros que yo no soy hombre para gastarme un duro y aunque sea una onza?

— Sí que lo eres, pero tienes miedo á tu mujer, replicó el alguacil.

— ¿Miedo á una mujer yo?

— Sí que se le tienes, contestaron á una voz Menchaca y otros dos ó tres.

— Yo echo con doscientos mil demonios á todas las mujeres.

— Ménos á la tuya.

— A la mia le salto las muelas si me chista.

— ¡ Bien ! ¡ bien ! exclamaron palmoteando todos los circunstantes.

Rosa no sintió indignacion al oir hablar así á su marido : lo que sintió fué profundo dolor.

La vanidad mal entendida era lo que generalmente

apartaba á Lorenzo del camino de los hombres de bien. — «¿Vienes á la taberna, Lorenzo?» le decian sus amigos. — No. — «¡Anda, miserable!» Y Lorenzo para probar que no era miserable, iba á la taberna.

Lorenzo estaba haciendo alarde de que no temia á su mujer, y su mujer pensando acertadamente que era capaz en aquel instante de poner en ella las manos por vanidad, dió algunos pasos para alejarse de la taberna, pero al llegar frente á la iglesia pensó que si era deber suyo no exponerse á la violencia de su marido, deber más sagrado aún era arrancar á su marido de la taberna, ántes que perdiese del todo la razon y se hiciese objeto de las burlas del vecindario y acaso de la severidad de la justicia.

Rosa enjugó disimuladamente las lágrimas que brotaban de sus ojos y volvió resueltamente hácia la taberna.

— ¡Lorenzo! llamó acercándose á la ventana.

— ¿Qué se té ofrece? contestó Lorenzo asomándose.

— Oye un recado.

Lorenzo salió comenzando á hacer eses por más que se empeñaba en hacer eles.

— Vente conmigo á casa.

— En cuanto merendemos iré.

— Anda, que en casa merendarás.

— Chica, no puede ser. Con que hasta luégo si no quieres entrar á dar un besito al jarro.

Así diciendo, Lorenzo volvió la espalda á su mujer.

A todo esto, Menchaca y compañía se habian asomado á la ventana.

Rosa habia oido decir que una mentira bien compuesta mucho vale y poco cuesta y trató de probar el valor de una mentira inocente.

— Lorenzo, ven que me siento mala y me voy á acostar.

Lorenzo al oir á su mujer que estaba mala, se detuvo en la misma puerta de la taberna.

— ¿Qué tienes?

— No sé lo que tengo, pero me siento mal.

— Pues anda y toma una escudilla de caldo.

— Ven á acompañarme, que temo se me vaya la cabeza al pasar el puente.

— ¡Por vida de las mujeres de bríos!..... murmuró Lorenzo volviendo hácia su mujer ya decidido á irse con ella á casa; pero los que estaban asomados á la ventana soltaron una estrepitosa carcajada exclamando:

— ¡Vivan los hombres valientes!

Lorenzo los miró irguiendo altivamente la cabeza por más que ésta le pesase ya mucho.

— ¿A sayas tienes miedo y hases valentías? le preguntó Menchaca con provocativa sonrisa.

— ¿Miedo yo? exclamó Lorenzo apretando furiosamente los puños.

— Lorenzo de mi alma, exclamó Rosa asiendo amorosamente á su marido, no hagas caso de ésos y vente conmigo que estoy muy mala.

— ¡ Pues muérete y que te lleven doscientos mil demonios! replicó brutalmente Lorenzo desprendiéndose de ella por medio de un empellon y volviendo á la taberna en medio de los aplausos de sus amigotes.

Rosa guardó silencio y sin poder contener un torrente de lágrimas, se dirigió á casa; pero al pasar por la puerta de la iglesia que estaba ya casi desierta y sólo alumbrada por la lámpara del altar mayor, se detuvo un instante y penetró en el templo.

Un corazon lleno de fe y un templo alumbrado sólo por la lámpara del sagrario, triunfan del mayor de los dolores.

Cuando Rosa salió de la iglesia no habia ya lágrimas en sus ojos, porque habia resignacion en su alma y esperanza en su corazon.

Algunas horas despues todo era silencio en el valle, y sólo le interrumpián el murmullo del rio y el ladrido de los perros.

De cuando en cuando se abria una de las ventanas de casa del rementero y una mujer se asomaba á ella, escuchaba atentamente, y no oyendo pasos ni voz alguna hácia el otro lado del rio, se retiraba cerrando la ventana.

Inútil es decir que aquella mujer era Rosa que esperaba á su marido.

Cuando el reloj de la iglesia de Santa María dió tristemente las doce, Rosa se asomó por la vigésima vez á la ventana y creyó oir pasos hácia el lado opuesto del puente.

Como aquella mañana habia llovido mucho, el rio iba muy crecido y bramaba con furia al chocar con los estribos del puente.

—¡Dios mio! exclamó Rosa llena de angustia, ¡tiéndele tu santa mano y líbrale de todo mal!

Y tomando apresuradamente del hogar un gran tizon encendido, salió de casa y se dirigió hácia el rio temerosa de que su marido cayese al agua al atravesar en medio de la oscuridad el alto y estrecho puente desguarnecido de pretiles.

Al acercarse al puente, Rosa retrocedió dos pasos espantada porque á la luz del tizon que sacudia su mano, habia descubierto una masa oscura que se arrastraba como un reptil descendiendo por la rampa del puente.

Aquella masa se irguió con dificultad así que hubo pasado y entónces Rosa reconoció en ella á su marido.

El instinto de la propia conservacion que nunca falta á las bestias, tampoco falta nunca á esa otra clase de bestias á quienes Dios ha dado la razon, y renuncian á ella por un jarro de vino.

El estado de Lorenzo hubiera inspirado profunda compasion áun á quien no amase á Lorenzo con el sincero y generoso amor con que le amaba su mujer.

La pobre mujer á quien Dios habia dicho: «Sér débil que necesitas un apoyo para hacer la dolorosa jornada de la vida, ahí tienes un sér fuerte que sostenga tu debilidad»; la pobre mujer á quien Dios habia dicho esto ofreció su débil hombro á aquella

pesada cruz, que apoyada en él volvió al santuario del hogar.

Sólo palabras de amor salieron aquella noche de los labios de Rosa, miéntras ésta despojaba á su marido de la desgarrada y enlodada ropa y le colocaba en el lecho.

A la mañana siguiente, muy temprano, Rosa fué á la fuente y encontró allí á la Botera.

—¿Con que ayer tarde, le dijo ésta, á poco más te sacude el polvo tu marido?

—¡Señora, hágale usted más favor! contestó severamente Rosa. Mi marido es incapaz de pegar á nadie y mucho ménos á su mujer.

—¿Pues qué, negarás que te dió un terrible empellon?

—No lo niego, pero debo confesar que yo tuve la culpa, pues dejándome llevar de mi pícaro genio, le dirigí un insulto que ningun otro marido hubiera dejado de castigar con un bofeton.

—¿Por supuesto, hoy se pasará el dia durmiendo la mona?

—Hable usted con más respeto de mi marido, siquiera por la consideracion que merecen los enfermos, pues mi marido lo está.

—¿Y hecho una cuba?

—Está usted muy equivocada.

El tono en que Rosa pronunció estas últimas palabras, puso término á las preguntas de la Botera.

Cuando volvió Rosa á casa, encontró á la puerta de la fragua á dos ó tres vecinos de los pueblos inmediatos, que iban á que Lorenzo les compusiese las herramientas de la labranza.

— ¡ Ay cuánto siento que hayan hecho ustedes el viaje en balde, porque el pobre Lorenzo está enfermo! les dijo Rosa.

— Eso es lo peor, contestaron los labradores. ¿Y qué tiene? ¿Es cosa de cuidado?

— No, se mojó ayer mañana, y ha cogido un terrible constipado.

— Vamos, eso con un par de dias de cama y un par de cuartillos de vino caliente con azúcar se pasa. Al catarro dale con el jarro. Malilla obra se nos hace con volver, pero lo peor es para el pobre Lorenzo. Que se alivie, y hasta un dia de estos que volverémos.

Los forasteros tomaron el camino de sus pueblos, y Rosa, satisfecha de haber logrado ocultar ó atenuar hasta donde era posible la mala conducta de su marido, se acercó á la cama de éste, diciéndole:

— Hijo, te voy á dar una tacita de caldo del puchero para que se te siente el estómago ántes de almorzar.

Lorenzo, muerto de vergüenza ante el recuerdo de su falta y la generosidad de su mujer, quiso implorar el perdon de ésta, pero su vanidad se lo impidió. En cambio juró en lo profundo de su corazon no volver á incurrir en la falta de que se avergonzaba.

IV.

Mucho tiempo habia pasado desde que Lorenzo pasó por primera vez el puente á gatas. ¿Cuántas veces le habia vuelto á pasar de aquel vergonzoso modo? Examinemos el estado de su casa y su familia, y este exámen nos lo dirá.

Serian las dos de la tarde, y Lorenzo paseaba delante de su casa con una niña de dos años en sus brazos.

La fragua estaba cerrada y el monton de chatarra se iba cubriendo de yerba, lo cual probaba que hacia muchos dias no se echaba chatarra en él.

Lorenzo estaba flaco y ojeroso, y su traje, aunque limpio y cuidadosamente remendado, revelaba pobreza.

La yerba habia vuelto á enseñorearse del huerto, y en la casa no se notaba aquel perfecto órden, aquel aspecto de prosperidad que reinaba en ella un mes despues del casamiento de Lorenzo y Rosa.

La niña que Lorenzo tenía en brazos era muy hermosa, pero parecia algo triste y enfermiza. Lorenzo procuraba alegrarla, ora cogiéndola florecitas de las que se asomaban por la pared del huerto, ora entonándola tiernos y amorosos cantares, ora haciéndola bailar en sus brazos, ora, en fin, besándola y acariciándola con la mayor ternura.

Menchaca salió de su casa, dirigiéndose hácia el puente, y al pasar frente á casa de Lorenzo, se paró á hablar con éste.

— Mutila tienes guapo, Lorenso.

— Más guapa que ella no la hay en Vizcaya.

— Mucho la quieres pues.

— Todas las penas del mundo son para mí nada miéntras Dios me la guarde.

— Mutilas quiero yo mucho, pero haser como tú sensaño (1) mal me parese pues.

— Porque no tienes hijos, que si los tuvièras como yo, tendrias mucho orgullo y mucho gusto en cuidarlos y acariciarlos, y en hacerte niño como ellos para complacerlos.

— Mutila dale á la madre y vente jugar mus.

— No puede ser, que Rosa está al mercado.

— Mutila entónces tráete.

— No quiero más muses en la taberna.

— Tonto eres pues.

— Que lo sea.

Menchaca continuó su camino hácia el puente, y al verle alejarse, Lorenzo se fué ensimismando y entristeciendo.

La Botera salió á su vez de su casa con la consabida bota bajo el delantal, y se dirigió hácia la portalada de casa de Lorenzo.

(1) Cenzaña, es voz vascongada correspondiente á *niñera*.

— ¡Ay, Lorenzo, exclamó, cómo te vas acostumbrando á andar de viga derecha!

— A la fuerza ahorcan, contestó Lorenzo.

— Pero, hombre, se te ha roto el martillo que hace más de quince dias que no le haces sonar?

— Harto lo siento yo.

— ¿Qué, no tienes trabajo?

— No señora.

— Pues, hijo, tú tienes la culpa.

Lorenzo no replicó conociendo que tenía razon la Botera.

— Ya se ve, continuó ésta, eso de venir media docena de veces desde una legua ó dos cargado de herramientas, para volver siempre con ellas descompuestas, porque el rementero no está para composturas, concluye por cansar y ahuyentar para siempre al hombre de más paciencia.

— Déjeme usted en paz, que no necesito sermones; replicó Lorenzo herido al fin en su ridícula vanidad.

— ¡Qué! ¿te has convertido ya? Pues me alegro, hijo, y más se alegrará la pobrecita de tu mujer, que, como hay Dios, ¡hizo negocio casándose contigo!

— Le digo á usted que se meta en sus asuntos y deje los ajenos, contestó Lorenzo cada vez más irritado.

— Anda, cascarrabias, no te incomodes, que por tu bien te lo digo. Déjame dar un beso á ese angelito de Dios.

La vieja se acercó á la niña, y la besó exclamando:

— ¡Serafin hermoso, qué desgraciada tienes que ser!

Lorenzo bajó la cabeza en silencio para ocultar dos lágrimas que asomaron á sus ojos, y cuando la Botera volvió la espalda para continuar su camino, dejó correr aquellas lágrimas y otras, y besó á su vez con indecible ternura á la niña.

Poco despues Rosa apareció por la cuesta que descendia de la iglesia al rio, trayendo una cesta en la cabeza.

Tambien en Rosa se habia verificado una gran trasformacion. Aquellos hermosos colores que brillaban en su rostro, habian desaparecido, y se hubiera dicho que en tres años habia envejecido la pobre mujer diez ó doce.

La niña empezó á agitarse alegremente así que vió á su madre, hácia la que extendia los bracitos llamándola con infinita gracia.

Tambien el rostro de Lorenzo se alegró al aparecer Rosa.

— Mamá, ¡pan! ¡pan!..... decia la niña tendiendo la manecita con ánsia hácia la cesta de su madre.

— ¡Sí, hija mia de mi corazon y de mi alma! contestó Rosa besándola y acariciándola con mil extremos y dándole un blanco canton de pan, que la pobre criatura se puso á devorar con ánsia.

Lorenzo metió la mano en la cesta, y tomando otro

canton de pan, se puso á comerlo con más apetito aún que la niña.

—¡Qué! ¿no habeis comido, hijo? le preguntó Rosa.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no teniamos pan.

—¿No te dije que pidieras uno prestado á una vecina?

—Se lo pedí á la Botera y á la mujer de Menchaca, y me dijeron que á tí te darian el alma y la vida; pero á mí no.

—¡Y mi niña con hambre! exclamó con profundo dolor Rosa.

—A la niña le daban pan, pero yo eché enhoramala al pan y á ellas.

—Hiciste muy mal, Lorenzo.

—Es que cada uno tiene su orgullo.

—El orgullo ha de ser bien fundado, y aún el que lo es se sacrifica por dar pan á una inocente criatura como ésta.

—Tienes razon, hija, contestó al fin Lorenzo casi llorando de rabia y disgusto de sí mismo; soy un necio, y lo que es mucho peor aún, soy un malvado..... ¡No merezco ser padre de un ángel como éste, ni marido de una santa como tú!.....

—Adios, ya sales con tus tonterías de costumbre. Vamos, déjate de simplezas, y anda á comer, que, á

Dios gracias, traigo yo aquí pan y dinero para que no nos falte mañana; pues he vendido muy bien la fruta, y ademas he encontrado en el mercado á uno de tus deudores, que me ha dado lo que te debia. ¿Has cuidado de la olla?

—Sí, y he dado una taza de caldo de ella á la niña.

—Pues vamos arriba, y verás con qué apetito comemos en paz y gracia de Dios.

En efecto, en paz y gracia de Dios comieron Lorenzo, y su mujer y su hija, el pobre y poco sustancioso puchero que Rosa habia tenido buen cuidado de arrimar al fuego ántes de emprender aquella mañana el camino de la villa inmediata, cargada con una enorme cesta de fruta, que, aunque pesaba cuatro arrobas, era carga levísima comparada con la carga que Dios habia echado sobre sus hombros cuando se casó con Lorenzo.

Con lo que acabamos de ver y oir y con otros datos particulares que nosotros tenemos, podemos formar un juicio exacto de la triste situacion de Rosa y su marido en el momento en que volvemos á verlos.

Lorenzo queria á su mujer y á su hija, y reconocia que su conducta hacia infelices á ambas; pero, por más que todos los dias se propusiese firmemente abandonar el vicio que le dominaba y habia traido la ruina y el descrédito de su casa, aquel vicio podia más que su voluntad, y le arrastraba todos los dias á la taberna.

Aborrecido de todos sus vecinos, ni el hombre encontraba amigos, ni el artesano encontraba parroquianos. Sus únicos amigós eran Menchaca y otros dos ó tres, tan miserables y aborrecidos como él; porque como él consumian en la taberna el pan de sus familias.

La pobre Rosa, con una resignacion y una fuerza de voluntad, que bien le valian el nombre de santa, que su marido le habia dado, economizaba y trabajaba sin descanso; pero todos sus esfuerzos y todos sus heroicos sacrificios no le bastaban á cubrir las necesidades de la casa.

Despues de comer, la niña se quedó dormidita en el regazo de su madre, y ésta la acostó, y tomando la herrada se encaminó con ella hácia la fuente, seguida del perro.

Lorenzo se asomó al balcon, y vió á la Botera que volvia con su botita llena, oculta bajo el delantal.

— Así me gusta, Lorenzo, dijo la vieja; así me gusta, que estés en tu casita en vez de ir todas las tardes á la taberna á ponerte como una cuba, como se están poniendo aquellos borrachones.

Estas palabras, léjos de producir el saludable efecto que sin duda se proponia la Botera, produjeron el contrario. Lorenzo se figuró por un lado á la Botera y su marido empinando deliciosamente la bota, y por otro á Menchaca y compañía empinando el jarro en alegre coloquio, y, como siempre, todos sus buenos

propósitos huyeron ante aquellas seductoras imágenes.

Lorenzo se dirigió al arca donde su mujer habia guardado el dinero que habia traido del mercado, tomó parte de aquel dinero y se apresuró, ántes que volviese su mujer, á emprender el camino de la taberna.

Lorenzo buscaba y encontraba siempre un pretexto para satisfacer el vicio que le dominaba: cuando tenía disgustos, bebia para olvidarlos; cuando tenía satisfacciones, bebia para celebrarlas. El pretexto que encontró aquella tarde para justificar su ida á la taberna, fué la buena venta que su mujer habia hecho en el mercado.

Cuando Rosa volvia con su herrada en la cabeza, le vió en lo alto del puente y le llamó; pero Lorenzo, despues de detenerse un instante vacilando entre su *deber* y su *beber*, siguió adelante miéntras su mujer subia las escaleras, abrumada por las caricias de Capitan que con sus saltos y halagos parecia decirle: ¡Señora, yo no la ayudaré á usted á llevar las cargas; pero á quererla y estar contento á su lado, nadie me echa á mí la pata!

Una hora despues, Lorenzo y sus amigos salian de la taberna, echados á mogicones por el señor alcalde y con una turca de aquellas que gritaban en tiempo de Fernando VII: «Vivan las cadenas!» y gritan en tiempo de Isabel II: «¡Vivan los hombres libres!» y en todos tiempos: «Has de saber tú que yo tengo siempre un duro para los amigos.»

Otra hora despues, Lorenzo y Menchaca pasaban á gatas el puente.

Y pocos instantes despues, la mujer de Lorenzo y la mujer de Menchaca lloraban á duo, la primera tan bajo, que no la podian oir sus vecinos, porque Menchaca y Lorenzo, cada cual con una estaca en la mano, sacudian el polvo á sus compañeras de tristezas y alegrías con la fuerza que les permitia el morenillo de la Rioja que les inspiraba aquella heróica accion.

V.

Lorenzo el rementero tiene ya un gran aumento de fruto de bendicion, que consiste en dos hijos como dos soles. Uno de ellos tiene seis años, y el otro tiene cuatro. Su hermana Mariquita, que va á cumplir diez años, es toda una mujercita de su casa, segun la formalidad y la maestría con que en ausencia ú ocupacion de su madre, viste y arregla á sus hermanitos, barre la casa, cuida y prepara la comida, y ceba las gallinas y el cerdo.

Por lo demas, la casa y la familia de Lorenzo no han experimentado gran alteracion desde que la visitamos hace ya algunos años.

Capitan está ya viejo, pero firme y gordo, porque tiene vida muy arreglada y gana el sustento con el su-

dor de su piel, atrapando sus liebrecitas en los cerros inmediatos.

El monton de chatarra tiene no ya sólo yerba sino hasta zarzas y demonios colorados.

La Botera y su marido continúan empinando la bota, pero empinándola como Dios manda, es decir, en su casa, lo cual debe ser más saludable que empinarla en la taberna, pues al paso que Lorenzo y Menchaca, cuya edad es casi la mitad de la suya, están hechos unos carcamales, ellos dos están más firmes que las dos encinas de la portalada de Lorenzo.

Lorenzo y Menchaca siguen pasando á gatas el puente todas las noches.

La que está muy acabada es la pobre Rosa. Tales palizas morales y materiales lleva la pobre hace cerca de doce años!

En el momento en que volvemos á visitarla está en cama, al parecer gravemente enferma, y su marido y su hija la asisten con mucha solicitud, en tanto que los chiquitines juegan en el encinar con la feliz indiferencia de la ignorancia.

Lorenzo está como avergonzado, más avergonzado que de costumbre, lo cual prueba que ha hecho alguna picardía de doble tamaño que las ordinarias, tal como la de haber pasado á gatas el puente por la mañana y por la noche, en lugar de pasarle por la noche sólo, que es su costumbre ordinaria.

Rosa se queja de un fuerte dolor de costado que cada vez la mortifica más, aunque su marido, siguiendo su propio dictámen y el de la Botera, le ha aplicado al costado un ladrillo caliente, y le da escudilla tras escudilla de caldo con pimienta, medicinas ambas que tienen por eficacísimas los sencillos vascongados.

— ¡Lorenzo, por Dios, llama al cirujano, que me siento muy mal! dice Rosa revelando en su acento la verdad de su aserto.

— ¡Ay madrecita de mi alma! exclama Mariquita llorando sin consuelo y besando á su madre, que procura tranquilizarla á pesar de que apénas puede hablar.

Y Lorenzo, casi tan apurado y afligido como su hija, corre á buscar al cirujano, con el que vuelve un cuarto de hora despues.

El cirujano examina á la enferma y arroja indignado el ladrillo caliente que encuentra aplicado al costado de Rosa, y la taza de caldo con pimienta que la niña estaba preparando en su afan de proporcionar alivio á su pobre madre.

— Basta eso para matarla, dice, pues lo que Rosa tiene es una hepatítis que reclama todo lo contrario.

El cirujano habla en griego para que la enferma y su familia no comprendan que lo que Rosa tiene es una inflamacion aguda del hígado.

Despues de recetar lo que cree más conveniente y

de aconsejar á la enferma que procure tranquilizar su espíritu, lo cual en su concepto es la mejor medicina para las enfermedades del hígado, se retira acompañado de Lorenzo, á quien hace disimuladamente una seña para que le siga.

— ¡Lorenzo! dice á éste con severidad, tu mujer se muere, y tú le quitas la vida. El mal que padece, le ha contraido á fuerza de los disgustos que le has dado durante muchos años, y la terrible agravacion que ahora experimenta, es consecuencia del que ayer le diste, pasando todo el dia en la taberna é insultándola y golpeándola, al volver á casa, segun tú mismo me has confesado con un arrepentimiento que te honra, pero que desgraciadamente no puede salvar á tu mujer.

Lorenzo se echa á llorar.

— Ahora, añade el facultativo, que comprende y practica los deberes de facultativo y hombre, lo que necesita la pobre Rosa no son tus lágrimas sino tu serenidad, tu cariño y tu cuidado. Que al ménos en sus últimas horas vea en tí un buen marido, un buen padre y un hombre de bien.

— Señor, lo seré aunque nunca lo haya sido, yo se lo aseguro á usted, contesta Lorenzo esforzándose inútilmente por reprimir su llanto.

El arrepentimiento que Lorenzo muestra á su mujer recuerda á ésta el arrepentimiento que le ha mostrado mil y mil veces, y mil y mil veces ha cedido al

hábito del vicio. Con esa profunda hipondría y esa cavilosidad que caracteriza á las enfermedades del género de la que Rosa padece, Rosa pasa de este recuerdo á la consideracion del abandono y las violencias y la miseria que espera á sus inocentes hijos desde el momento en que les falte su madre, y este profundo dolor, que sólo las madres pueden comprender, agrava más y más el mal de Rosa, á quien el facultativo manda sacramentar al volverla á ver.

En medio del llanto de su marido, de sus hijos y de todos sus vecinos que conocen la hermosura de aquella alma delicada y santa, Rosa recibe los consuelos de la religion, y queda un momento tranquila de cuerpo y alma.

La alcoba en que Rosa yace está en la sala donde únicamente queda Mariquita cuidando de su madre, pero aterrada porque oye á Capitan aullar en el encinar. Cuando todos se han retirado, cuando Rosa nota que sólo queda la niña en la sala, llama á la niña y la llama en voz baja, no tanto porque su voz es débil, como porque desea conversar con ella de modo que nadie lo note.

— Hija mia, dice á la niña sin poder contener las lágrimas, yo voy á ser más feliz que vosotros.

— ¿Por qué, madrecita? le pregunta la niña con alegría, creyendo que su madre habla de felicidades mundanas.

— Porque voy á ir al cielo.



— Pero madrecita, para irte al cielo ¿tienes que morirte?

— Sí, hija mia.

— ¡Ay, no te mueras! clama la niña abrazándose á su madre con un desconsuelo imposible de pintar.

— Hija, si lloras y no me escuchas me moriré, porque ya has oido al cirujano que para ponerme buena es necesario que no me aflijan ni me disgusten.

La niña se calma, enjuga sus ojos y promete á su madre escucharla serena.

— Pues oye, hija, continúa Rosa, esforzándose á su vez por ocultar el dolor que desgarra su corazon. Todos estamos expuestos á morir, y mucho más los que como yo están enfermos. Me siento mejor, y estoy segura de que pronto me he de poner buena, que lo que á mí me hacia daño, ya se lo has oido al cirujano, era el ladrillo y el caldo con pimienta, pero mira, si Dios quisiese disponer otra cosa, si dispusiese llevarme al cielo, donde tan dichosa sería, te encargo que cuides de tus hermanitos como yo cuido, que les sirvas de madre porque ya no tendrán otra.....

Rosa se interrumpe, porque las lágrimas y el dolor la ahogan, y Mariquita se lanza á ella llorando y abrumándola con sus besos y sus caricias.

— ¡Yo te juro por ésta, madrecita mia, que haré todo lo que me encargas! contesta la niña formando una cruz con el dedo pulgar y el índice, y besando con efusion aquel signo que tan á mano tiene siempre

nuestro piadoso pueblo para dar solemnidad á sus promesas.

— ¡ Fio en tí, hija de mis entrañas! dice Rosa llorando á la par de dolor y de alegría, y luégo añade: tambien te encargo que cuides de tu padre y le obedezcas con el cariño, con el esmero y con la paciencia con que me has visto á mí cuidarle y obedecerle.

La niña hace á su madre esta nueva promesa, y Rosa se queda entónces como tranquilamente dormida, y la niña se retira de puntillas á la sala para no despertarla.

¡ Rosa duerme en efecto, pero es el sueño eterno que Dios hace santo y tranquilo para los que han amado y han llorado mucho en la tierra!

VI.

Hacia algunos meses que habia muerto Rosa, y Lorenzo estaba muy triste. El recuerdo de su santa y desventurada mujer le perseguia á todas horas y en todas partes, dulce y amargo á la vez, como la imágen del amor y del remordimiento.

Un montoncito de chatarra aparecia sobre el antiguo monton cubierto de yerba y maleza. Algunos vecinos, y áun algunos antiguos parroquianos de las aldeas cercanas, al ver á Lorenzo triste y arrepentido

de su conducta pasada, le confiaban ya la compostura de sus layas, de sus azadas y de sus rejas de arado, y el alegre són del martillo parecia disipar en cierto modo la tristeza que reinaba en torno de la casa del rementero, desde que Rosa habia trocado aquella casa por el solitario y fúnebre cercado que se veia bajo los fresnos á espalda de la iglesia de Santa María.

Hubiérase dicho que el alma de Rosa, en vez de volar al cielo, habia quedado en el débil cuerpo de Mariquita.

Mariquita era la viva imágen de su difunta madre, en el afan con que desempeñaba los quehaceres domésticos, y en la solicitud con que atendia al cuidado de sus hermanos y su padre.

Apénas la luz del dia empezaba á iluminar el valle, ya se alzaba una blanca columna de humo del hogar del rementero, y Mariquita iba á la fuente con la herrada que abultaba tanto como ella.

El cerdo gruñia y las gallinas piaban pidiendo el almuerzo; pero su peticion era muy pronto atendida, porque muy pronto aparecia Mariquita en la portalada con un caldero de agua caliente y somas (1) que vaciaba en la cocina (2), y con un delantal de aechaduras ó borona que sembraba en el suelo, en medio

(1) Salvado.

(2) Dornajo de piedra ó madera que suele haber á la puerta de las casas para comedero de los cerdos.

de los gritos de alegría del cerdo y las gallinas, que parecian decir á su amita: — Dios te lo pague y yo me lo trague.

A veces los niños, despertando con el estrépito que cerdo y gallinas armaban al ver que les bajaban el almuerzo, se lanzaban en camisa á la portalada tras de Mariquita.

— Poca vergüenza, les decia ésta, ¿es ese el modo de salir de casa?

Y colgando del brazo el caldero, cogia de la mano á los niños continuando la reprimenda, los volvia arriba, les lavaba la cara quisieran ó no quisieran, los vestia, les plantaba á cada cual un zoquetito en la mano, y les daba permiso para salir á diablear en el encinar, en la fragua ó en el huerto hasta la hora de almorzar.

Cuando una hora despues Mariquita se asomaba al balcon y avisaba á su padre y sus hermanos que los esperaba el almuerzo, Lorenzo se hubiera comido á besos á su hija con más gana que comia el apetitoso, aunque pobre almuerzo que la niña habia preparado.

Mariquita lavaba, Mariquita amasaba, Mariquita cosia, Mariquita estaba en todo, y lo hacia todo como su difunta madre, cuyo noble espíritu parecia haberle infundido Dios.

No habia una vecina á quien no se le saltasen las lágrimas al verla el domingo, al sonar el toque de misa mayor, encaminarse á la iglesia con sus herma-

nitos delante, vestidita de luto, con la amarilla candela en una mano y la blanca ofrenda en la otra, y arrodillarse sobre la sepultura de su madre, y permanecer allí durante la misa llena de piedad y compostura, con las lágrimas en los ojos, la oracion en los labios, el recuerdo de su madre en la mente y Dios en el corazon.

Lorenzo no habia vuelto á poner los piés en la taberna á pesar de que Menchaca, su enemigo tentador que continuaba pasando el puente á gatas, le invitaba todos los dias á volver á la senda del vicio, donde habia encontrado su perdicion y la de su familia.

Ya que volvemos á hablar de Menchaca, consignarémos aquí un recuerdo nuestro que se nos habia escapado y que es á pedir de boca para definir el carácter de aquel borrachon.

El autor de este cuento, al volver á su aldea hace tres años, despues de más de veinte de ausencia, encontró á Menchaca hecho un perdido.

—¿Cómo va, Menchaca? le preguntó.

—Mal pues.

—¿Cómo es eso?

— Viscaños no echar pues tragos como madriliegos.

—¿Y su hermano de usted, vive?

—Bebe.

—¿Y qué tal, está bien?

—¡Oh, aquel feliz es! Pellejo tiene en casa.

El bello ideal de los borrachos en las provincias del

norte es tener constantemente en casa un pellejo de vino riojano.

Pasion no quita conocimiento: preciso nos es confesar que en aquel país tan honrado que los miqueletes y la guardia civil casi están demas, son una verdadera plaga los *mosquitos*.

Una tarde concluyó Lorenzo de componer las herramientas de uno de sus parroquianos forasteros, despues de muchas horas de contínua y penosa tarea.

— Ea, Lorenzo, le dijo el parroquiano, vamos á echar un cuartillo, que te has portado hoy conmigo.

— Gracias, le contestó Lorenzo avergonzado del recuerdo que aquel ofrecimiento despertaba en él; no bebo vino hace mucho tiempo, ni pienso volver á beberlo.

— Anda, hombre, y no seas majadero. ¿Crees tú que por beber un cuartillo de vino cuando llega la ocasion, pierde un hombre su crédito, ni su casá, ni su salud?

— Por mi desgracia y la de mi familia, sé demasiado lo que se pierde con ese vicio.

— ¡Qué vicio ni qué niño muerto! Una cosa es beber para abrigar el estómago y cobrar ánimo para el trabajo, y otra beber para emborracharse. En esta tierra abundan los hombres de bien, y sin embargo escasean los aguados. Yo me tengo y todo el mundo me tiene por hombre de bien á carta cabal, y á pesar de eso si se trata de ir á beber un cuartillo en amor

y compañía con mis amigos, nunca les hago á mis amigos un desaire. ¡Pues no faltaba más que tú me le hicieras á mí!

— No es desaire, es propósito que he hecho.....

— No hay propósito que valga. Vamos, hombre.

— Te digo que no voy.....

— ¿Qué, temes que te haga pagar el escote?

— Para que veas que no temo tal cosa, vamos allá, contestó al fin Lorenzo, no pudiendo, como nunca habia podido, resistir su vanidad á la acusacion de ruin.

Lorenzo y su amigo se dirigieron á la taberna; pero Lorenzo iba con el firme propósito de no hacer más que probar el vino.

Mariquita los vió pasar el puente y se estremeció de horror sospechando á donde iban; pero se tranquilizó, considerando que el forastero léjos de ser un borrachon como Menchaca, era uno de tantos hombres de bien que sin dejar de serlo, beben porque el vino, no abusando de él, es una bebida saludable y consoladora, sobre todo para el pobre trabajador.

Lorenzo cumplió su propósito: cuando entre él y su compañero hubieron desocupado una jarra de media azumbre, abandonó la taberna y tomó el camino de su casa, sintiendo el bienestar y la alegría que nunca habia sentido al abandonarla con una azumbre ó más de vino en el cuerpo.

Lorenzo, que desde que enviudó no habia podido

echar de sí la tristeza que le consumia, ni ninguna noche habia cenado con apetito ni dormido tranquilo, estuvo aquella noche alegre, cenó con gana en compañía de sus hijos, y durmió tranquilamente.

Pasaron dias y dias, y no pasaba la tristeza de Lorenzo, que hallaba en todas partes y con todo motivo el recuerdo de su mujer, y no podia acallar el remordimiento que atormentaba su conciencia.

Una tarde, como casi todas, se acercó Menchaca á encender la pipa en la fragua de paso que iba á la taberna. Aquella tarde estaba el rementero más triste que nunca, porque la niña andaba algo enferma, y el pobre Lorenzo que siempre la habia querido mucho, habia dado en pensar qué sería de él y de sus hijos si les faltase la que sustituia á Rosa en el gobierno de la casa.

— Lorenso, le dijo Menchaca, tristesa echa demonios.

— ¡ No puedo, Menchaca ! contestó Lorenzo tristemente.

— ¿ En Rosa por qué te piensas puès ?

— ¡ Porque no puedo olvidarla !

— Mentir hases tú.

— No miento.

— Cuartillo bebe y verás como la olvidas.

— No te canses en aconsejarme que vuelva á la taberna.

— Con forastero fuiste otro dia pues.

— Me convidó, y no me atreví á hacerle un desaire.

— ¡Arrayu bat!..... ¿Y á mí hases pues?

— Contigo tengo confianza.

— Pues en confiansa dime si cuando fuiste con forastero no quitaste tristesa.

— Sí que se me quitó.

— Conmigo vente entónses.

— No voy.

— Cuartillo bebes nada más y vuelves senar con mutiles.

Lorenzo recordó la alegría y el apetito con que cenó con sus hijos, y la tranquilidad con que durmió despues de venir la última vez de la taberna; pero recordó al mismo tiempo, que cien veces habia ido á la taberna con Menchaca proponiéndose beber parcamente, y las cien veces habia bebido, excitado por el ejemplo, hasta perder la razon.

— Menchaca, dijo, háblame de otra cosa, y no me vuelvas á arrastrar al vicio con tus consejos.

— Tabernera resibido hoy vino que bebe Erreña, y yo voy estrenar pellejo. Tonto eres pues en no probar por ahorrarte peseta.

— ¡Menchaca! exclamó Lorenzo irritado, mira lo que dices, que si no voy contigo no es por ruindad.

— Amores están obras.

— ¡Pues vamos!

La resolucion con que Lorenzo pronunció estas dos últimas palabras, no dejó ya duda á Menchaca de

que aquella tarde tendria un *pagano* que le acompañase en el templo de Baco.

En efecto, Menchaca y Lorenzo tomaron juntos el camino de la taberna. Cuando llegaron á ésta, salia la tia Botera con la consabida botita bajo el delantal.

— ¡Ay Lorenzo, exclamó la anciana con verdadero pesar, bien te dije muchas veces que tu hija habia de ser muy desgraciada! ¡La pobrecita de mi alma heredó la bondad de su madre; pero tambien heredó la desgracia!

Lorenzo se estremeció al oir estas palabras, y dió un paso para volverse atras; pero Menchaca le cogió del brazo y le arrastró dentro diciendo:

— ¡No haser tú caso sorguiñas (1)!

Al pasar la Botera por frente de casa del rementero, vió á Mariquita que bajaba de lo alto del encinar con un haz de leña seca.

La niña estaba muy descolorida y triste.

— Hija, le dijo la Botera, vas á reventar con esas cargas.

— Si yo no estuviera mala, esta carga poco me importaria, repuso la niña.

— ¿Pues qué es lo que tienes?

— No lo sé; pero me siento mala hace algunos dias.

— Toma, y te morirás como la pobre de tu madre que esté en gloria, si sigues trabajando como una

(1) Brujas.

negra, miéntras el pícaro de tu padre va á emborracharse.

— ¡No diga usted eso de mi padre! replicó la niña poniéndose colorada de indignacion.

— El que dice la verdad á Dios alaba.

— Mi padre no se emborracha ya.

— Ya lo verás esta noche cuando vuelva de la taberna á donde ha ido con Menchaca.

— ¡Con Menchaca á la taberna! murmuró Mariquita aterrada. ¿Pero es cierto eso?

— ¡Ojalá que no lo fuera, hija!

La niña sintió sus ojos arrasados en lágrimas, se echó encima el haz de leña que habia posado sobre un terrero, y continuó con él hácia casa.

Aquella noche sucedió lo que en otros tiempos sucedia. El valle estaba silencioso y oscuro, y sólo se oia el murmullo del rio que chocaba en los estribos del puente, y el ladrido de los perros que velaban á la puerta de los caseríos diseminados en el valle.

De cuando en cuando una ventana se abria en casa del rementero, y á la luz que brillaba en lo interior de la casa, se descubria una niña que se asomaba á la ventana, escuchaba atentamente y volvia á cerrar.

Cuando el reloj de Santa María dió las doce, dos hombres atravesaron á gatas el puente y se separaron poco despues.

No sabemos lo que pasó en casa de Menchaca, hácia donde se dirigió uno de aquellos hombres; pero

sí lo que pasó en casa del rementero, hácia donde se dirigió el otro.

Mariquita estaba sentada sobre la cama de sus hermanitos, porque éstos la habian llamado diciendo que les daba miedo el viento que silbaba en las encinas, cuando oyó á su padre dar golpes á la puerta y echar votos y juramentos.

La pobre niña tomó presurosamente el candil, y bajó á abrir la puerta á su padre.

— ¿Estabas dormida, grandísima tal?..... ¡Toma para que te despaviles! la dijo su padre tirándole un fuerte pescozon.

La niña no despegó los labios : lo que hizo fué invocar el amparo de su madre desde el fondo de su corazon.

Inocente hija del que escribe este triste cuento, si siendo tú débil y buena, alza tu padre sobre tí la mano para maltratarte, ¡que la justicia del Señor abata aquella mano sacrílega!

VII.

La noche estaba muy oscura, y el reloj de Santa María acababa de dar las doce.

Menchaca y Lorenzo estaban en la taberna, y el tabernero pugnaba por echarlos fuera, apoyándose en dos razones : en que ya habian bebido bastante, y en

que el alcalde le habia prohibido consentir gente en la taberna desde las diez arriba. ¿Por qué el tabernero no habia hecho valer estas dos razones cuando Menchaca y Lorenzo concluyeron el primer cuartillo, y cuando el reloj de Santa María dió las diez?

Al fin el tabernero consiguió lanzarlos fuera á empellones, y ambos, en amor y compañía, aquí caigo, allí me levanto, tomaron la cuestecilla que media desde la iglesia al rio.

Aquella noche no se abria ventana alguna en casa de Lorenzo.

Los dos borrachos, al conocer, por lo pendiente del terreno, que entraban en la rampa del puente, se echaron al suelo y continuaron su camino á gatas.

Segun su costumbre, se separaron al empezar la cuesta del encinar para dirigirse cada cual á su casa, y Lorenzo, al llegar á la portalada de la suya, creyó haber oido un grito doloroso hácia la de Menchaca.

—¡Menchaca! ¿te has caido? gritó con toda la fuerza que le permitia lo *tomado* de su voz; pero nadie le respondió.

Entónces llamó á la puerta de su casa, acompañando los golpes con juramentos y amenazas á su hija, y á poco rato bajó á abrirle, no Mariquita, sino el niño mayor, que lloraba á lágrima viva.

—¿Qué tienes, hijo de una cabra? le preguntó Lorenzo pugnando por darle una patada.

—¡Que se va á morir Mariquita! contestó el niño.

Al oir esto, Lorenzo hizo un movimiento de dolorosa sorpresa, y pareció recobrar repentinamente parte de su serenidad y su razon.

Subió presurosamente la escalera, y al entrar en el cuarto donde dormia la niña, encontró á ésta acostada y al niño menor llorando á la cabecera de la cama.

—¿Qué tienes, hija? le preguntó Lorenzo con tanto amor como ansiedad, acabando de recobrar en toda su plenitud la razon.

— ¡Me muero, padre! contestó la niña con voz débil y angustiosa.

— ¡Hija de mi alma! gritó Lorenzo besando el rostro ya casi frio y cadavérico de la niña, y corriendo en seguida al balcon, empezó á gritar:

— ¡Menchaca! ¡Vecinos! ¡Socorro, que se muere mi hija!

Pero nadie respondia.

El valle continuaba en silencio, que sólo se oian los ladridos de los perros y el murmullo del rio.

Entónces Lorenzo encendió desatentadamente un farol, temiendo que áun así no pudiera llegar sin tropezar á casa de Menchaca ó la de la Botera, que eran los vecinos más cercanos, y salió á pedir auxilio á sus vecinos, porque el cirujano vivia léjos, y Mariquita no podia quedar largo rato sin más auxilio que el de sus hermanitos.

Lorenzo tomó una senda que por medio de unas rocas conducia á casa de Menchaca, y de repente lanzó

un grito de espanto al ver á un hombre tendido en el suelo.

Un segundo grito se exhaló de su pecho al acercar el farol á aquel hombre, porque aquel hombre era Menchaca, que yacia muerto en un lago de sangre con la cabeza horriblemente destrozada.

Menchaca habia dado contra una de las rocas que guarnecian la senda y se habia destrozado la cabeza.

¿Qué hacer entónces el desventurado padre entre atender á su hija, que se moria, ó atender á su amigo, que habia muerto?

Volvió piés atras y se dirigió á casa de la Botera, donde logró al fin que le oyesen y acudiesen en su auxilio.

El marido de la Botera tomó el farol y fué á avisar al cirujano, y la Botera y Lorenzo subieron á auxiliar á la niña.

La niña apénas podia ya hablar. Con la manecita hizo señas á su padre para que se acercára, y le dijo casi al oido con voz apagada pero solemne:

— ¡Padre! ¡yo me muero! Mis hermanitos ya no tendrán madre ni hermana que los cuide y los consuele! ¿Tendrán siquiera padre?

— ¡Sí, hija! contestó Lorenzo hecho un mar de lágrimas. Tendrán padre, yo te lo juro por la salvacion de tu madre y la mia!

— ¡Y madre tambien tendrán! añadió la Botera llo-

rando como Lorenzo y estrechando contra su seno á los dos pobres niños.

— ¡De Dios y de mi madre y de mí serán ustedes y ellos benditos! murmuró Mariquita radiante de gozo, y su espíritu voló un instante despues al cielo, donde le esperaba el de su santa madre.

Capitan, que hasta entónces habia estado sentado en un rincon de la pieza con la cabeza inclinada, se salió al encinar y se puso á aullar tristemente.

En aquel instante una luz apareció en lo alto del puente.

— Me parece, dijo el marido de la Botera al cirujano con quien volvia, que llegamos ya tarde.

— ¿Por qué?

— ¿No oye usted cómo llora el perro del rementero?

— Hombre, no crean ustedes tales simplezas.

— Cuando murió la pobre Rosa así lloraba Capitan.

El cirujano creyó que la niña le proporcionaria argumento para convencer al marido de la Botera de que es absurda la creencia vulgar de que los perros aullan cuando ha muerto ó va á morir álguien, pero la niña sólo le proporcionó argumento para escribir una certificacion de muerto más.

Un año despues de la muerte de Mariquita y Menchaca, el monton de chatarra habia crecido mucho y no habia una yerba en él.

Lorenzo estaba triste, pero no habia vuelto á pasar el puente á gatas. Cuando el alguacil ú otro le hablaba

de la taberna, recordaba lo que vió á la luz del farol la noche que murió su hija, y las palabras que su hija pronunció casi á su oido aquella misma noche.

En cuanto á los niños, estaban gordos, alegres y limpios, y asistian á la escuela : en una palabra, tenian padre y aún madre, y eran felices.

¿Lo era su padre tambien? Sí, todo lo feliz que puede ser el que lleva en su conciencia el remordimiento de haber puesto la palma de los mártires en la mano de una santa y en la mano de un ángel!

FIN DE LOS BORRACHOS.

LOZOYA:

LOZOYA [1].

I.

> El pecho sacó fuera
> el rio, y le habló de esta manera.
> (Fr. Luis de Leon.—*Prof. del Tajo.*)

Más fresco que una lechuga y más limpio que la plata, el serranito Lozoya saltaba y corria y hacia doscientas mil diabluras en el apacible valle de la Oliva, cuando allá por el año de 1852 se encontró de manos á boca con unos señores madrileños, que le dijeron :

— ¡Alto ahí, buen amigo! Traemos órden de S. M. la Reina para prenderle á usted y llevarle á Madrid.

(1) Este cuento, que reprodujeron, al dársele á luz por primera vez en 1858, todos los periódicos de España, es la historia alegórica de la traida del Lozoya á Madrid. No hay en él un detalle que no corresponda á una circunstancia de tan importante acontecimiento.



— ¡Vayan ustedes á donde se fué mi dinero! replicó Lozoya sin dignarse detener el paso. ¿Qué tengo yo que ver con la Reina ni con Madrid?

— Eso no es cuenta nuestra. Deténgase usted y no se ande con juegos, que nosotros somos mandados, y el que manda, manda.

— ¡Pues les digo á ustedes que no me detengo! ¡Caracoles, tambien es mucho cuento esto de que ni en los valles más solitarios le han de dejar á uno vivir en paz y gracia de Dios! ¿Me meto yo con álguien acaso?

— Hombre, no sea usted majadero, que no se le va á llevar á Madrid para nada malo. Se le construirá á usted un magnífico palacio en el Campo de Guardias, se le harán á usted dentro de Madrid caminos cubiertos para que no le molesten los carruajes, ni la gente, ni el sol, ni la lluvia, ni el viento; se le admitirá á usted en las casas principales de la córte, tendrá usted entrada sin papeleta ni nada en los jardines.....

— Pues denles ustedes muchos recados al palacio y á los caminos y á las casas y á los jardines, que yo me encuentro tan ricamente aquí, y no tengo gana de conversacion. ¿Están ustedes enterados? Con que beso á ustedes la mano.

— ¡Oiga usted!.....

— Al otro oido, que por éste no oigo.

Y así diciendo, Lozoya apretó el paso murmurando no sé qué y echando espumarajos de coraje.

— ¡ Favor á Isabel II! gritaron los madrileños, é inmediatamente aparecieron centenares de hombres armados de picos, azadones, palas, hachas, etc., y con unas caras de presidiarios que daban miedo, y ten de aquí, ten de allí, al cabo de yo no sé cuánto tiempo, lograron detener y poner á buen recaudo al pobre Lozoya.

Los moradores del valle lloraron aún más que el preso, porque de Lozoya se podian decir sin cargo de conciencia esos embustes que dicen los malos poetas de las Cloris y Galateas : nacian flores donde Lozoya posaba la planta, y Lozoya era el espejo en que se miraban las serranas.

— Pues, señor, decia el preso, me zampan en Madrid como tres y dos son cinco, sin darme tiempo á respirar el aroma de esas flores en capullo que con tanto esmero he regado.

Pero los temores del preso no se realizaron por entónces, porque hubo jaranas en Madrid, llovió mucho, ocurrieron muchos hundimientos, el camino se puso malo, el dinero anduvo escaso para componerle, y se queria que el serrano hiciese el viaje en toda regla.

Pasaron meses y pasaron años, hasta que por fin una mañana del florido mes de Mayo de 1858, el carcelero dijo á Lozoya disponiéndose á abrirle la puerta (ó la compuerta, que todo es cuestion de nombre) de la prision en que bufaba :

— Ea, ya llegó el instante fiero. Con que, hijo mio,

á Madrid, y cuidadito con lo que se hace, que no hemos gastado más de cien millones de reales en prepararle á usted el viaje para que usted se haga el remolon ó se vaya por esos trigos de Dios.

— Pero, señor, si dicen que el camino está muy cuesta arriba y no voy á poder llegar á Madrid..... Si hasta señores académicos lo han asegurado bajo su firma.....

— Hombre, no sea usted niño, que ya tiene usted edad para saber que bien se puede ser académico y reventar de..... sabio. Lo que yo le aseguro á usted es que nadie se atreverá á impedirle á usted el paso, porque se han hecho tan ejemplares castigos, que algunas montañas que proyectaron detenerle á usted, han sido abiertas en canal.

— Con todo eso no las tengo todas conmigo. Por supuesto serán extranjeros los que han preparado mi viaje, y mire usted que los extranjeros.....

— ¡Hombre de Dios, qué está usted ahí hablando! Españoles netos, y nada más que españoles, han arreglado la cosa..... Pero ya veo que usted trata de ganar tiempo con su cháchara, y á mí no me joroba usted ni otro más guapo. Ea, lárguese usted fuera.

Al decir esto, el carcelero abrió la puerta y Lozoya salió de estampía, bufando como toro á quien abren el toril, y tomó la rauta más que á paso en direccion á la córte.

No corria porque desease venir á Madrid, no, sino

por ver si en el encallejonado camino encontraba un resquicio por donde tomar soleta. Así que descubria un agujero, ¡shif! se colaba por él; pero nunca faltaba un hombre que, echando un *pecado*, le gritase:

— ¿A dónde vas, hijo de cabra? y de un cantazo ó una pellada de barro le hiciese entrar en vereda.

Al cabo de cuatro horas de caminata se encontró á doce leguas de su querido valle y dió vista á Madrid, echando espumarajos de rabia y lleno de inmundicia, pues en su desatentada carrera habia venido recogiendo cuanto polvo y basura habia en los callejones.

Al llegar á la venta del Partidor, situada en un vallecito que baja á las posesiones del regio Manzanares, le gritó el jefe de la escolta:

— ¡Alto! ¡alto! No sea usted tan vivo de genio, hombre. ¡Qué! ¿Queria usted entrar en Madrid hecho un yesero? Aguárdese usted, que ántes de entrar hay que ponerle un poco decente, porque hasta la Reina va á salir á recibirle á usted.

— ¡Será posible! ¡La Reina!.....

— La Reina, sí, señor, su madrina de usted. Como que en lo sucesivo llevará usted su real nombre.

— Pues no le pesará á S. M.

— ¿Qué hará usted para mostrarle su agradecimiento?

— ¿Qué haré? Convertir en un jardin, á fuerza de riego, los campos que rodean su córte.

— ¡Bien lo necesitan! Con que espérese usted un poquito.....

— Bien, esperaré todo lo que ustedes quieran, contestó Lozoya un poco más resignado con su suerte, más por las buenas noticias que acababan de darle que por las carocas que le hacian casi todos los taberneros de Madrid que habian salido á ofrecerle su casa.

— ¡Así me gusta! dijo el de la escolta. Ya que va usted entrando en razon, serémos complacientes con usted. Miéntras llega el instante de su solemne entrada en la córte, sálgase usted, si gusta, á distraerse un poco y tomar el fresco en esta cañadita; pero cuidado con que se aleje usted mucho.

— Estimando, contestó Lozoya, y añadió para su capote:

— Como vosotros os alejeis un poco, ya ha de llover ántes que me volvais á echar la vista encima, que eso de que la Reina va á salir á recibirme, es un honor demasiado grande para que yo no lo tenga por una bola con que me quereis engatusar.

En efecto, así que los guardianes se retiraron á echar un trago de vino, porque estaban ya hartos de agua, el tuno del serrano, que se iba escurriendo por la cañadita abajo, haciendo que regaba esta flor ó que acariciaba la otra, apretó á correr como alma que lleva el diablo, hácia las posesiones de Manzanares, atropellando cuanto encontraba á su paso y haciendo más

ruido que si sus zapatos tuviesen una arroba de tachuelas.

II.

Malucho suele andar Manzanares así que se acerca el verano, pero al acercarse el de 1858 lo estaba con doble motivo. Habia llegado á su oido que un serrano, jóven y frescachon, estaba para llegar á Madrid con grandes recomendaciones y con objeto de disputarle el derecho que creia tener á la plaza de aguador de la córte. Por espacio de no sé cuántos siglos habia tratado, aunque en vano, de hacer valer este derecho, y, como ustedes comprenden, á nadie le sirve de plato de gusto el que venga cualquier pelagatos á calzarse de buenas á primeras con lo que uno ha ambicionado tanto.

Casi nunca puede Manzanares cerrar los ojos, y sobre todo los de los puentes; pero ménos que nunca habia podido la noche anterior á causa de la desazon habitual y la accidental, por cuyo motivo estaba amodorrado sobre su blando y suave lecho, cuando oyó un gran ruido hácia las cuestas de la Moncloa. Miró á todas partes, pero como su vista estaba turbia nada vió, y volvió á apoyar la cabeza en el almohadon.

Lozoya, que tampoco tenía la vista muy clara con el polvo que habia recogido en el camino, no vió á Manzanares hasta que dió de hocicos con él.



¡Canario! exclamó Manzanares dando un pechugon al que tal beso acababa de darle. ¿Está usted ciego, hombre, que á poco más me rompe las narices? ¡No es usted poco bruto que digamos, pues se echa encima de uno sin decir agua va!

—Usted ha de perdonar, buen amigo, contestó Lozoya sudando la gota tan gorda; pero me vienen persiguiendo, y con la turbacion no habia reparado en usted.

— Y ¿por qué le persiguen á usted, hombre?

— Ahora se lo contaré á usted todo; pero ántes haga usted el favor de esconderme por ahí, porque si me ven, soy hombre al agua.

— ¿Supongo que no me irá usted á comprometer? ¿Cómo es su gracia de usted?

— Lozoya para servir.....

— ¡Lozoya! ¡Y se atreve usted á ponerse delante de mí, so bribon! Pero me alegro mucho de verle á usted para cantarle la cartilla. Con que usted es el palurdo que pretende soplarme mis derechos? Diga usted, so intrigante, ¿le parece á usted que habré estado yo tantos siglos haciendo la rosca á Madrid para consentir que usted venga con sus manos lavadas á apoderarse de la honorífica plaza que me corresponde?

— Pero, señor, si yo vengo á la fuerza.....

— Yo le daré á usted la fuerza, grandísimo pillo, adulador, bajo.....

— Más bajo es usted.

— ¿Bajo yo?

— Sí, señor, que por su bajeza no está usted ya en la córte.

— No lo estoy, porque no lavo la cara á nadie.

— No sólo no la lava usted, sino que la ensucia.

— Hombre, no me insulte usted; mire usted que me pierdo.....

— Todos los veranos se pierde usted de vista.

— Calle usted, hombre, calle usted, que me dan ganas de ahogarle.....

— ¡Qué ha de ahogar usted!

— Ahogo hasta en verano, que es cuando estoy más flaco.

— ¡Ya! como hay gentes que se ahogan en poca agua.....

— En fin, dejémonos de conversacion y vuélvase usted por donde ha venido.

— Pues no me iré, caracoles, que ya me voy incomodando con tanto fuero.

— ¿Que no se irá usted? ¡Está usted fresco!

— Nadie podrá decir otro tanto de usted.

— Hombre, no me haga usted tragar saliva.....

— Otras cosas más sucias traga usted.

— Y ¿qué es lo que yo trago, grandísimo pillo? Trago lo que sobra en las casas.....

— Ya lo huelo.

— Pues yo le aplastaré á usted las narices para que no lo huela, so indecente.

Y Manzanares tiró á Lozoya un puñetazo, que por un tris no le dejó chato.

— ¡Ah, traidor! exclamó el serrano lanzándose como un tigre á las barbas de su contrincante.

Y haciéndose mútuamente la zancadilla, cayeron ambos al suelo y empezaron á rodar por la Florida abajo, armando una tremolina de doscientos mil de á caballo.

Várias náyades que estaban en la Vírgen del Puerto lavando calcetines y calzoncillos, los vieron llegar, y creyendo que eran la ballena de marras, dieron la voz de alarma á Madrid.

— ¡Callen ustedes, hijas de una cabra! exclamaba Lozoya, viendo que se iba á descubrir su paradero; pero sí, al otro oido, como él habia dicho en otra ocasion á los madrileños.

Y no eran infundados los temores del pobre fugitivo, pues los guardianes echaron de ver su fuga, se apoderaron nuevamente de él, y quieras que no quieras, le encerraron en la venta del Partidor.

Las cosas que á Manzanares hizo decir su satisfaccion por la desgracia de su rival, y las que hizo decir á Lozoya su mala estrella, son más para oidas que para contadas.

Y á propósito de dichos de rios, oigo murmurar á mi espalda que esto es contar como querer, que soy un embrollon, que soy muy bolero, que los rios no hablan.

Dispensen ustedes, señores mios, que los rios hablan, y á veces hablan muy gordo. Si yo fuera erudito, les haria á ustedes mil citas para probarles que hablan los rios; pero como no lo soy, me basta y sobra la de fray Luis de Leon, que bajo su firma asegura que cuando D. Rodrigo andaba á picos pardos con la sin vergüenza de la Cava en los Cigarrales de Toledo, el Tajo sacó el pecho fuera y probó que no tenía pelillos en la lengua. Me parece que no serán ustedes tan temerarios que vayan á llamar tambien embrollon y bolero á un señor tan santo y tan formal como fray Luis de Leon.

Pero volvamos á nuestro héroe.

Lozoya pudo conseguir al fin, á fuerza de lamentos, que se trasladase al palacio que se le habia construido en el Campo de Guardias. Allí se fué serenando poco á poco, porque la habitacion parecia una nevera, y al cabo se hizo esta noble reflexion, muy propia de las inteligencias claras y de los corazones frescos:

—¿A qué vengo yo á Madrid? A dar de beber al sediento. Obra de misericordia es ésta que no debo descuidar como ese egoiston de Manzanares. Nada, nada, entremos en Madrid cuando lo dispongan esos señores, y á beber, tropa!

Tal fe vino á adquirir el serrano en la santidad de su mision, que ansiaba ya como la dicha suprema el momento en que diese principio á su santa obra.

Este momento llegó. Al penetrar Lozoya en Madrid por la puerta de Fuencarral, su regocijo fué tan gran-

de, que de un salto se elevó ochenta piés sobre la multitud, que le aclamaba y le bendecia.

Allá, hácia la morada de Manzanares, se oyó una insolente carcajada, mezclada de burla y despecho, y hácia los cerros de San Isidro resonó una purísima y fresca voz que trataba de imponer silencio al que así se reia.

Lozoya recorrió la imperial y coronada villa, ejerciendo su obra de misericordia, y cuando asomó por el sur buscando á Manzanares para reconciliarse con él, libre ya de todo rencor, pues las obras buenas los ahuyentan, Manzanares soltó una insultante carcajada, exclamando:

— Buen amigo, ¿qué le ha pasado á usted, hombre, que viene tan flaco y tan turbado? ¡El guapeton! ¡El frescachon! ¡El buen mozo! ¡Já, já, já!

—¡Silencio, impuro y miserable! gritó desde el cerro la santa fuente que un dia brotára al golpe del regaton de Isidro. ¿Te reiste hace un instante, al ver que se remontaba al cielo el que ayer moraba á la bendita sombra del Paular? Todo lo puro y santo se remonta al cielo. ¿Te ries ahora porque le ves flaco y dolorido? ¡Todo el que practica las obras de misericordia, sale de la vida y llega á las puertas del cielo dolorido y flaco!

Calló la santa fuente; ocultó Manzanares su oprobio entre el fango de su lecho, y en todos los templos de la metrópoli fué bendecido en cálices de oro el misericordioso Lozoya.

FIN DE LOZOYA.

EL ESTILO ES EL HOMBRE.

EL ESTILO ES EL HOMBRE.

I.

Dos personas han dicho que el estilo es el hombre. Como tengo poca memoria y ménos erudicion, no estoy seguro de que fuese Buffon una de esas personas; pero sí lo estoy de que la otra fué un guardia civil.

Soy ya hombre casado, y por consiguiente, no me hallo en estado de merecer; pero si me hallára, me guardaria muy bien de sacar á relucir la máxima de aquellos señores; porque ¿qué idea formarian de mí las muchachas que juzgasen de mis merecimientos por mi estilo desaliñado y vulgar?

En obsequio á mi señora esposa, digo públicamente que en mí el estilo es el hombre. Hecha esta confesion, no hay miedo de que ninguna de mis lectoras se enamore de mí. ¡Qué ganga, querida esposa, tienes en el estilo y en la franqueza de tu marido!

Pero echemos noramala esta maldita propension que uno tiene á irse á la broma, y hablemos con un poco más de formalidad.

Tres cosas hay en el mundo cuya fisonomía es única, la letra, la cara y el alma. «Fulano, decimos, se parece á Zutano», y hacemos bien en decir que *se parece*, porque si dijésemos que *es idéntico*, y aún que *es semejante*, faltariamos á la verdad.

Cualquiera de estas tres cosas, en el hecho de ser únicas, sirve para identificar la persona, y no lo ignora la policía, que sabe muy bien poner una pluma en la mano de aquel á quien sospecha autor del documento falso que posee, y sabe proveerse del retrato fotográfico del criminal á quien cree capaz de tomar las de Villadiego; pero ¿cómo se identifica la persona por medio del alma? ¿Cómo se obtiene un retrato fotográfico del alma que pueda servir de punto de comparacion?

Si el estilo es el hombre, habrá que convenir en que ya pareció aquello. Verdad es que los estilos se falsifican como se falsifica todo, empezando por el amor, que siendo emanacion divina y quinta esencia del alma, debiera ser mucho más sagrado que los billetes de Banco, que hasta no há mucho decian: «Pena de muerte al falsificador»; pero el observador un poco diestro distingue muy pronto el estilo falso del verdadero; porque el estilo es el alma, y el alma es una de las tres cosas cuya fisonomía es única.

Repitamos, pues, que en el mundo no hay dos letras ni dos caras ni dos almas *iguales*, aunque haya muchas *parecidas*, y adelante con nuestro cuento.

No sé por qué llamo cuento á lo que voy á contar, pues es tanta verdad, que los órganos de Móstoles, es decir, los corresponsales de los periódicos madrileños en aquella villa, dieron cuenta del suceso á su debido tiempo con todos sus pelos y señales.

Una mañana llamó el cartero á mi puerta y me entregó una carta de Navalcarnero, que está á cinco leguas de Madrid. Apénas leí esta carta, cogí un número de un periódico literario, monté en el primer jamelgo de alquiler que encontré á mano, y tomé apresuradamente el camino de Navalcarnero.

A las tres leguas de viaje, es decir, al pasar por Móstoles, un cabo de la Guardia civil, comandante del puesto de aquella villa, que estaba leyendo á la puerta de su cuartel, interrumpió la lectura guardándose el libro en el bolsillo, y me atajó el paso preguntándome cortésmente:

— Caballero, ¿tiene usted la bondad de enseñarme la cédula de vecindad ó el pasaporte?

— Hombre, le contesté, he salido tan precipitadamente de Madrid, que no me he acordado de echarme en la cartera la cédula de vecindad.

— ¿Con que ha salido usted precipitadamente, eh? me preguntó el guardia observándome con desconfianza.



— Sí, señor.

— Ya se le conoce á usted, que lleva usted la fisonomía como alterada y descompuesta.

En efecto, mi fisonomía debia estar muy alterada, tan alterada como la de aquel que ha cometido un crímen y va huyendo de la justicia, ó la de aquel que ha recibido la noticia de que su madre está espirando y va á recoger su último suspiro. La carta que me habia obligado á ponerme en camino no era para ménos.

— Caballero, añadió el guardia, usted me ha de dispensar, pero me veo en la necesidad de detenerle á usted.

— ¡Detenerme! exclamé espantado.

— Sí, señor, contestó el guardia, á quien este espanto infundió nuevas sospechas, mi obligacion es esa.

Entónces eché pié á tierra.

— Mire usted que me interesa muchísimo continuar sin detencion alguna mi camino.

— Lo siento; pero tambien á mí me interesa cumplir con mi deber. ¿Tiene usted aquí alguna persona que le conozca?

— No, señor; pero soy hombre bastante conocido, y tal vez usted mismo conozca mi nombre.

— ¿Cómo es su gracia de usted?

— Antonio de Trueba.

— ¿El escritor?

— Sí, señor.

— Conozco los escritos de ese señor, y me gustan mucho.

— No será por su mérito literario, porque maldito el que tienen.

— Pues á mí me gustan, porque en ellos se llama al pan pan y al vino vino, y porque son muy morales, lo cual no es ningun grano de anis para ningun individuo de la Guardia civil, encargada de velar por la moral pública; pero dejémonos de conversacion, y entre usted en el cuartel para que vuelva á Madrid con una pareja de guardias.

Mi terror subió de punto al oir esto.

— Pero ¿usted duda que yo sea Antonio de Trueba?

— No dudo, estoy seguro de que usted no lo es, de que usted usurpa su nombre.

— Y ¿en qué se funda usted?

— En que apénas hay escritor que no alabe sus propias obras, y usted no sólo no alaba las que supone ser suyas, sino que habla mal de ellas.

— Pero, hombre, por María santísima, la modestia.....

— ¡Qué modestia ni qué calabazas! Ya no se usa la modestia.

Consideré que meterme en discusiones sobre la modestia literaria con el guardia civil era perder tiempo, y traté de salir del atolladero por otro camino.

— Pero vamos, ¿qué es lo que necesito hacer para que usted me deje continuar mi viaje?

— Identificar su persona.

— Es decir, que si pruebo que soy el escritor cuyas obras conoce usted, ¿se dará por satisfecho?

— Tanto que tendré á mucha honra el que me permita usted estrecharle la mano.

— Y ¿por qué?

— Porque ese escritor es hombre de bien.

— Y ¿quién se lo ha dicho á usted?

— Su estilo. El estilo es el hombre.

Esta contestacion me hizo desistir de mi propósito de rehuir toda cuestion literaria con el guardia.

El guardia sacó del bolsillo la primera edicion de los Cuentos campesinos, de que soy humilde autor, y añadió:

— El estilo de este libro no puede engañarme.

— Pero tambien es fuerte cosa que ese libro esté escrito por mí y haya de dudar usted.....

— Si el libro estuviera escrito de puño y letra del autor, probaria usted la identidad de la persona con escribir una sola palabra; pero como está en letra de molde, no hay que pensar en tal prueba.

— Pues oiga usted, me ocurre una cosa.

— ¿Cuál?

— Si no puede usted comparar mi letra, quizá pueda comparar mi estilo.

— Tiene usted mil razones. Entre usted en esa piecesita, y escriba un cuentecillo.

— Sí, para cuentos estoy yo ahora.....

— Pues si no, replicó el guardia volviendo á su desconfianza al ver esta resistencia mia, vuelve usted á Madrid escoltado por una de las parejas que han salido á hacer el servicio, y estoy esperando de un momento á otro.

Esta amenaza volvió á estremecerme. Pensé que muchas veces he escrito cuentos con el alma quizá más angustiada é inquieta que entónces la tenía y me decidí á probar quién era el hombre; pero en aquel instante se me ocurrió una idea, que no sé por qué no me habia ocurrido ántes, y quise ver si con ella salia del paso.

— ¿Dice usted que el estilo es el hombre? pregunté al guardia.

— Sí que lo digo y lo sostengo.

— Pues entónces vea usted si el hombre que tiene delante y el estilo del libro que tiene en la mano son una misma cosa.

El guarda reflexionó un momento, como aquel que mentalmente ve algo, pero lo ve turbio, y me contestó:

— Esa es una callejuela por donde se quiere usted escapar; pero á mí no me venga usted con lilailas. El estilo es el hombre, pero nó el hombre físico: el estilo es el hombre moral.....

— Bah, bah, déjese usted de metafísicas, le repliqué, que yo soy poco aficionado á ellas.

Y metiéndome en el cuartelillo, escribí el cuento siguiente, que media hora despues leia el guardia.

II.

Navalcarnero es una de las poblaciones de la provincia de Madrid que más me agradan por su situacion, por su policía, por sus buenos edificios y por su vecindario. Situada en una altura que domina casi toda la provincia, puede calcularse el espectáculo que se ofrecerá á los ojos del que sube á la altísima torre de la hermosa iglesia parroquial de la villa, y más si se añade que desde allí, si no estoy equivocado, se descubren cinco provincias, que son la de Madrid, la de Segovia, la de Guadalajara, la de Toledo y la de Cuenca.

Prisionero en Madrid casi toda mi vida, es para mí felicidad muy grande la de poder abandonar por algunos dias la prision donde tantas esperanzas han nacido y han muerto en mi corazon.

Una vez conseguí quebrantar esta prision, y vagando por las lomas que limitan el horizonte por el poniente de Madrid, ví allá á lo léjos, hácia donde el sol iba declinando, una colina coronada por una poblacion, en la que se alzaba un altísimo campanario.

— ¿Qué pueblo es aquel que domina toda la llanura de Madrid? pregunté.

— Navalcarnero, me contestaron.

Este prosáico nombre me disgustó, pero la poesía de aquella hermosa torre, que iluminada por los últimos rayos del sol y realzada por el misterio de todo lo lejano, parecia la de una gran basílica, pudo más que la vulgaridad del nombre que acababa de resonar á mi oido, y caminando, caminando, primero á la luz del crepúsculo y luego á la luz de la luna, llegué á Navalcarnero.

Al entrar en la villa, recordé que en ella habitaba una familia á quien yo habia prestado un servicio poco costoso para mí, pero muy importante para ella.

A la puerta del Consejo provincial vi un dia á una pobre lugareña llorando desconsolada, y como le preguntase la causa de su llanto, me dijo que su único hijo habia sido declarado soldado á pesar de que la ley le eximia en el concepto de hijo de viuda pobre que mantenia á su madre con el producto de su trabajo.

— Tranquilícese usted, la dije, que si en el pueblo han cometido con su hijo de usted una injusticia, el Consejo provincial la reparará.

— ¡ Ay señor ! eso sería si hubiese quien supiese explicar al Consejo la razon que nos asiste.

— Usted misma ó su hijo pueden explicársela.

— Qué hemos de explicar, señor, si el chico y yo nos quedarémos cortados delante de los señores, y á quien darán la razon será á un abogado que viene con el mozo que se libra yendo soldado mi hijo. ¡ Ay, señor, teniendo dos hijos, me quedaré sin ninguno,

porque el uno se me marchó y el otro me le llevan!

La afliccion de aquella pobre mujer me conmovió, y á pesar de mi falta de serenidad y elocuencia para hablar ante ningun tribunal, me ofrecí á defender á su hijo ante el Consejo.

La anciana aceptó mi ofrecimiento llorando de consuelo y gratitud. La razon que asistia á su hijo era tal, que á pesar de sustentarla yo y de combatirla un abogado capaz de probar que dos y dos son cinco, el Consejo la reconoció y declaró libre al hijo de la viuda.

Ni aún tuve el sentimiento de ver llorar á la madre del mozo que debia sustituirle, porque aquel mozo, que se llamaba Angel, y que me pareció un excelente muchacho, puso un sustituto y volvió al pueblo con mi defendido.

Al llegar, pues, á Navalcarnero, pregunté por la señora Claudia, que así se llamaba la mujer que vi llorar á la puerta del Consejo provincial, y fuí á verla, no para pedirle hospitalidad, sino para que me indicase alguna casa donde pudiera hospedarme.

Claudia y Juan, su hijo, se llenaron de alegría al verme, y no consintieron que me fuese de su casa.

— ¡Pues no faltaba más! dijo la señora Claudia. Lo que yo siento es no tener el palacio de Isabel II para recibirle á usted; pero si la casa es pobre, la voluntad es rica, y ya buscarémos medios de que usted esté contento. Ustedes los de Madrid tienen muchas cosas buenas, pero no una que yo tengo y le gus-

tará á usted mucho, que es un huerto lleno de flores y árboles cargados de fruta.

— El palacio de Isabel II, contesté, no me complaceria tanto como un huerto así. Uno de los sueños dorados de casi toda mi vida es tener una casita y detras de ella un huertecito lleno de flores y frutales.

— Pues para tener eso no se necesita ser muy rico.

— Pero se necesita no ser escritor.

— No le entiendo á usted.

— Pues yo sí le entiendo, madre, dijo Juan. Tiene razon D. Antonio, que en España, aunque uno escriba bien, gana muy poco dinero. Aunque me esté mal el decirlo, yo escribo tan bien como el primero, pues el mismo señor juez dijo el otro dia que tengo una letra muy gallarda, y con todo eso en el juzgado no me pagan más que á real el pliego.

— Calla, calla y no seas tonto. ¿Qué tiene que ver lo que tú escribes con lo que escriben los señores que sacan libros?.....

— No hay más diferencia que ellos saben *ditar* y yo no.

— ¡Pues no es nada lo del ojo!

— De forma, madre, que cada uno tenemos nuestra *cencia*. ¿No es verdad, D. Antonio?

— Sí que lo es, Juan, y sobre todo, tiene ciencia el que, como tú, trabaja sin descanso para atender á su madre.

— En cuanto á eso, sí señor; mi hijo es de lo que

no hay. Él no ha salido tan despejado ni tan fino como su hermano Pepe; pero en cambio no ha abandonado á su madre como aquel cabeza de chorlito, que se empeñó en irse á la Habana ó no sé dónde, y probablemente el pobrecito habrá perecido en la mar, pues no hemos vuelto á saber de él..... Pero á todo esto no nos acordamos de que usted querrá cenar y descansar, que vendrá molido de la diligencia.

— De la diligencia, no señora; he venido á pié.....

— ¿Es posible? ¿Y cómo se ha atrevido usted?.....

— Me agrada mucho recorrer los campos, deteniéndome ahora en este cerro, bajando luego á aquel vallecito, cogiendo aquí unas flores, dibujando allí un árbol ó un paisaje.....

— Es verdad que eso divierte mucho.

— A ustedes los divertirá, replicó Juan, que á mí maldita la cosa me divierte.

— ¡Ya! ¡si todos fuéramos tan animalotes como tú, que sólo te diviertes comiendo, y bebiendo, y fumando, y retozando con las mozas!.....

— ¡Es que eso es lo positivo!

— ¡Hum!..... ¡malhaya vuestro positivo!..... Le aseguro á usted, D. Antonio, que no sé á quién ha salido este muchacho. Su hermano, mi pobre Pepe, dejaba todas las diversiones del mundo por juntarse con gente fina, por leer un buen libro ó por oir una buena música. Su padre, que esté en gloria, no tenia mayor gusto que sentarse en un altito á la caidita de

la tarde, cuando venia de trabajar, y pasarse allí media hora, fumando un cigarro y contemplando cómo se escondia el sol tras de los montes lejanos, y oyendo los cantares y el toque de la oracion en los campos y los campanarios de la llanura.

— Qué quiere usted, señora, en el mundo ha de haber toda clase de gustos.....

— Este le tiene al reves que su padre y su hermano. Su padre tenia sus cinco sentidos puestos en el huerto que verá usted mañana, y si fuera por gusto de este, ya no habria ni un árbol ni un rosal, porque dice que la fruta y las flores no dan dinero.

— Y digo bien. Una cosa que no da dinero, ¿para qué demonche se quiere?

— Yo te lo diré.....

— Mire usted, D. Antonio, no se canse usted en decírselo, porque no le ha de comprender á usted. Ea, vamos á cenar, que mañana, si Dios quiere, charlarémos despacio.

Cenamos los tres con mucha alegría y mucho apetito, y Claudia se dispuso á conducirme á la habitacion que me habia destinado.

— Que usted descanse, D. Antonio, me dijo Juan, y añadió sonriendo: si en lugar de dormir esta noche en el cuarto en que va usted á dormir, hubiera dormido hace un par de meses, más de cuatro maldiciones me hubiera usted echado.

— ¿Y por qué?

— Toma, porque hasta más de media noche no hubiera podido pegar ojo, oyéndome tocar la guitarra y echarle coplas á la Rosa.....

— ¿Y quién es la Rosa?

— Quién ha de ser, una novia que tenia yo.....

— Vamos, vamos, no haga usted caso de ese botarate, y véngase á acostar, dijo la señora Claudia conduciéndome hasta la puerta de mi habitacion.

Esta habitacion era un cuartito pobremente amueblado, pero muy blanco, muy limpio, y arregladito con todos los primores que el buen gusto puede inventar para suplir la pobreza.

Cuando quedé solo en mi habitacion, me puse á examinar ésta atentamente, y abrí unas maderas que creí fuesen las de algun balcon. Aquellas maderas eran las de una puerta que daba á un huertecito, al huerto de que Claudia me habia hablado.

La noche era deliciosísima, el cielo azul y la luna muy clara.

Apénas abrí la puertecita que daba al huerto, mi habitacion se inundó del perfume de las flores y la fruta.

Salí al huerto, y me senté al resplandor de la luna en un asiento rústico, colocado en el centro de una especie de plazoleta rodeada de rosales y matas de claveles y otras flores.

De cuando en cuando, en medio del silencio de la noche, cuando el ambiente agitaba un poco las ra-

mas, oia el ruido que hacia la fruta madura al caer de los árboles; me levantaba á cogerla y volvia á mi asiento, donde me sumergia en esas inefables y dulces meditaciones en que siempre se sumergen las almas *soñadoras* como la mia, cuando la noche es silenciosa, la luna clara, el ambiente perfumado, y el cielo azul.

Al otro lado del huerto habia una casa, y entre ella y la tapia del huerto, un callejon, al que daba un balconcito de la casa, que estaba oscura por aquel lado, pues no alcanzaba allí la luna.

Varias veces creí ver que se asomaba á aquel balconcito una mujer.....

— ¡ Ya le veo á usted venir ! dijo el guardia civil al llegar aquí de mi cuento, interrumpiendo la lectura para dirigirse á mí. A aquel balconcito se asomaba alguna muchacha, de quien al cabo se enamoró usted, y á quien va á ver ahora con tanta prisa.....

— Hombre, siga usted leyendo, que no estoy para gastar conversacion.....

— Si digo que le veo á usted venir.....

— ¡ Dale bola !

El guardia continuó la lectura, movido no tanto por mi impaciencia como por su curiosidad :

« De repente oí pasos en el callejon, y me pareció nuevamente que álguien se asomaba al balconcito bajo el cual cesaron los pasos.

— ¿Rosa? dijeron quedito en el callejon.

—¿Angel? contestaron, quedito tambien, desde el balconcito.

Teniamos, pues, en campaña unos novios, que se pusieron á pelar la pava en los términos siguientes:

—¿Se ha acostado ya tu madre?

—No sé.

—Qué, ¿estás enfadada?

—Y mucho que lo estoy.

—¿Por qué?

—Porque no me quieres ya.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—La horita á que vienes.

—Pues si vengo ahora de la dehesa de Sacedon, que está una legua.

—¿Y vuelves mañana?

—Antes de amanecer ya estoy andando.

—¿Y hoy fuiste muy temprano?

—Con estrellas llegué allá.

—¿Y por qué trabajas tanto?

—Toma, ya ves, mi padre es viejo, y el año pasado se empeñó en seis mil reales para librarme de coger el chopo. Si uno que es mozo y tiene obligacion no trabaja de firme, ¿quién ha de trabajar?

—Tienes razon.

—La que no debia trabajar tanto eres tú, que andas como una azacana todo el santísimo dia.

—Mi madre no está ya para nada, y si una no atiende á todo, ya ves tú cómo andará la casa.

— Es verdad; pero me duele que siendo tan guapa y tan.....

— ¡ Anda, burlon !

— ¡ Sí, burlon! Rosa te llaman, pero ¡ canario! el cura que te lo puso no era tonto.

— Ménos lo era el que te puso á tí Angel.

— El mismo cura fué. Lo que yo quiero es que nos ponga pronto otra cosa.

— ¿ Y qué nos ha de poner?

— El yugo.

— ¡ Ay qué vergüenza ese dia !

— Pues, chica, pronto va á llegar.

— ¿De véras?

— Hola, hola, ¿con que te alegras?

— Yo por estar siempre á tu lado.

— Y yo por estar siempre al tuyo.

— Anda, embusteron, que á tí poco te importa eso.

— Mira, Rosa, ni en broma me digas que no te quiero. Aquí me caiga muerto si no te quiero más que á mi vida. En el campo, en el pueblo, en casa, de dia, de noche, en todas partes y á todas horas estoy pensando en tí.

— ¿ Y es de véras eso? preguntó amorosamente la muchacha.

— ¿Que si es de véras? contestó el muchacho con voz que revelaba emocion en su corazon y lágrimas en sus ojos. Mira que el amor de Dios y el tuyo me falten, si no es verdad lo que te digo.

— Pues lo mismo, lo mismito te quiero yo.

— Anoche me desperté llorando de rabia, porque soñé que Juan habia vuelto á darte música.

— Pues te engañó el sueño, porque Juan no ha vuelto ni volverá.

— Aunque es un cobardote y yo le dije en la plaza, delante de todos los mozos, que si volvia le habia de costar cara la fiesta, no las tengo todas conmigo.

— Pues debes tenerlas, porque si no me deja en paz porque tú le amenazaste, me dejará porque yo le dije clarito que no le queria, porque es muy bruto y porque te quiero á tí.

— Bendita sea la madre que te parió.....

— La madre que me parió me está gritando ya desde la cama que basta de conversacion. Con que, adios. Toma y que vuelvas mañana.

La muchacha tiró una rosa, que sin duda se quitó del pelo y que el muchacho cogió en el aire, pues vi su mano agitarse por cima de la tapia, como si cazára moscas al vuelo.

El balconcito y el callejon estaban un momento despues silenciosos y desiertos. Yo permanecí aún largo rato en el huerto. Lo que mi cabeza pensaba y lo que mi corazon sentia ante el amor de aquellos corazones, y ante la majestad de aquella noche y en aquella atmósfera perfumada, no lo pueden decir labios ni lo pueden describir plumas.

III.

El guardia volvió á interrumpir la lectura para decirme:

—¿Sabe usted que me van interesando estos muchachos?

—Lo que yo deseo, le repliqué, es que le interese á usted este otro.

El guardia continuó:

«Apénas el canto de los pajarillos me anunció á la mañana siguiente que rayaba el alba, me levanté y salí al huerto.

La mañana era deliciosísima. El huerto no me pareció tan hermoso y tan poético como me habia parecido visto á la luz de la luna; pero aún así me enamoraba, porque abundaban en él las flores y los árboles cargados de fruta y las sombrías enramadas.

Aspirando el olor de las flores, gustando las frutas y mirando hácia el balconcillo de la casa contigua por ver si veia asomar por él á Rosa, pasé una hora que se me hizo un minuto.

No sé por qué tenia viva curiosidad de ver á aquella muchacha que tan hermosa me habia parecido cuando no la veia.»

El guardia se sonrió maliciosamente como repitien-

do: ¡si digo que le veo á usted venir! pero un gesto de impaciencia mia le hizo continuar:

«Cuando yo estaba más embelesado en la contemplacion del jardin, entró en éste Juan con una carta en la mano.

— Buenos dias, D. Antonio.

— Buenos dias, Juan.

— ¿Qué tal, se ha descansado?

— Perfectamente. ¿Y tú?

— Yo, *dende* que eché al ginojo á la Rosa, duermo como un marrano. Y hago bien, canario. El que se da malos ratos por las mujeres, es un tonto, que todas son unas tales.....

— Todas no, Juan.

— Todas, todas.

— ¿Tambien tu madre?

— ¡Mira qué salida! Mi madre no es mujer.

— ¿Pues qué es?

— Toma, esa es mi madre.

Esta contestacion, aunque no era original, me reconcilió un poco con Juan, que si generalmente carecia de instintos delicados, no carecia de los del amor filial.

— ¿Sabes que vuestro jardinito es una joya?

— Eso dice mi madre; pero á mí mejor joya me pareceria media docenita de onzas que se podia sacar de él vendiéndole.

— Con ningun dinero se pagan estas flores y estos árboles cargados de fruta.....

— *Tiniendo* dinero hay á manta flores y fruta en la plaza.

No repliqué á Juan, porque me pareció inútil explicar la teoría de lo bello y lo delicado á quien no lo habia de comprender.

— Ah, que ya se me olvidaba, dijo Juan dándome la carta que traia en la mano. Tome usted esta carta de Madrid, que es para usted.

Iba yo á abrir la carta, cuando se abrió el balconcito de la casa contigua y se asomó á él Rosa, que al dirigir la vista al jardin se puso tan colorada como sus tocayas, no sé si porque vió á un desconocido, que era yo, ó porque vió á un conocido, que era Juan, y se apresuró á volverse dentro.

Rosa era tan linda vista á la luz del sol, como vista á la luz del corazon: rubia, blanca, sonrosada, de ojos azules, de fisonomía dulce y expresiva, parecia más bien una de esas delicadas flores que brotan tímidamente bajo las hayas y los abetos del septentrion que una de esas flores lozanas que desafian á los rayos del sol bajo las palmas y los olivos del mediodía.

— ¡Haces bien en quitarte del medio, hija de una cabra! exclamó Juan al verla desaparecer del balcon.

— Hombre, ¿por qué tienes tan mala voluntad á esa pobre chica?

— Porque ha hecho la *marranada* de darme calabazas.

— Harias tú mérito para ello.



— No señor, que me las dió porque no me gustan monadas como á ella.

— ¿Y qué monadas son esas?

— Toma, esas cosas de novela que le gustan á ella, la tonta. Las *presonas* han de ser naturales.

— Pero es que las personas de novela, naturales son tambien, si las novelas no son malas.

— En fin, D. Antonio, para que vea usted que no podiamos hacer buenas migas esa chica y yo, le he de enseñar á usted una carta que me escribió un dia y lo que yo le contesté.

— Bueno, bueno; pero ántes voy á ver lo que me dicen en esta carta.

— Corriente. Miéntras tanto voy á ver si encuentro la que ella me escribió y la copia de la que yo le puse, que quiero que usted las vea.

Juan me dejó solo en el jardin.

La carta que me habia entregado era del editor de un periódico literario de Madrid, que me pedia con la mayor urgencia un cuentecillo inédito.

Como casi todos mis cuentos se han escrito con la urgencia con que escribo éste, urgencia de que Dios libre á los que escriba en lo sucesivo, no me pareció imposible satisfacer los deseos del editor, y me puse á pensar el cuento que habia de empezar inmediatamente.

Juan vino á interrumpir mi meditacion trayendo unos papeles en la mano. Iba á decirle que me dejára

en paz por algunos instantes, pero no lo hice considerando que tal vez aquellos papeles me porporcionarian asunto para el cuento que se me pedia.

— Aquí tiene usted los *decumentos* consabidos. Esta es la carta de esa mona. Léala usted, que le dará más sentido que yo.

La carta de Rosa, falta de ortografía, pero escrita en letra redonda y poquísimo rasgueada, y en papel aunque no muy fino, muy blanco y sin adorno ninguno, empezaba así:

« Juan: no vuelvo á salir al balcon si al darme música desde tu jardin cantas coplas malas. »

— ¿Y qué coplas eran las que tú cantabas, que le parecian malas á Rosa?

— ¡Je, je, je! me contestó Juan riendo brutalmente. Coplas con más sal y más gracia que el mundo. Unas hablando mal de las mujeres, como ésta:

« Si la mar fuera de tinta
y el cielo fuera papel,
y los peces escribanos
y escribieran á dos manos,
no escribieran en cien años
la maldad de una mujer.»

Y otras picantillas como aquella que dice:

« Una niña fué á lavar
un par de medias azules.....»

— ¡Basta, basta! interrumpí á Juan, y continué la lectura de la carta de Rosa:

«Esta mañana he encontrado rota la jaula que dejé anoche colgada en el balcon, y muerto el pobrecito canario que estaba en ella, y hecho pedazos el tiesto de claveles que estaba debajo de la jaula. Tú me dijiste el otro dia que en cuanto te casaras conmigo, los claveles iban á ir á la calle y el canario al gato, y por eso presumo que eres tú quien ha hecho el destrozo á pedradas. Mira, si supiera de cierto que eras tú, no volvia á mirarte á la cara, que el que lo ha hecho debe tener muy mal corazon.»

El guardia volvió á interrumpirse:

—Dicen que el estilo es el hombre; pero tambien se puede decir que el estilo es la mujer.

—¿Por qué?

—Toma, por lo bien retratada que está Rosa en esta carta.

—Pues qué, ¿conoce usted á Rosa?

—La conozco por su conversacion con Angel que usted ha copiado aquí.

Decir á un escritor de costumbres que *copia* conversaciones es echarle un gran piropo.

La vanidad me impidió esta vez incomodarme por la interrupcion del guardia.

El guardia continuó:

—«¿Y fuiste tú, pregunté á Juan, quien hizo aquel destrozo?

—Ya lo creo que fuí. Mire usted, D. Antonio: así que calculé que la Rosa y su madre estaban ya en lo

caliente, cojo un par de cantos, y *dende* aquí *mesmo*, cataplun, del primer cantazo aplasto pájaro y jaula, y del segundo tiesto y claveles se fueron al ginojo.»

— Hombre, dijo el guardia interrumpiendo nuevamente la lectura, quisiera que me trasladasen al puesto de Navalcarnero para atar corto á ese mozo.

— Ya está atado.

— ¿Cómo?

— Siga usted leyendo y lo sabrá.

El guardia siguió leyendo.

— «¿Y por qué hiciste tal barbaridad?

— Toma, porque ya le digo á usted que me cargan esas monadas de pájaros y flores que le gustan tanto á la Rosa.

— Y á tu padre le gustaban tambien como nos gustan á tu madre y á mí.

— Pues mire usted, D. Antonio, y usted ha de perdonar, yo soy muy natural.....

— Tambien son naturales las flores y los pájaros.

— Cá, hombre, si esas son cosas de novela.

— Este mozo, dije para mí, va á pegar un estallido de puro bruto.

La carta de Rosa contenia algunas líneas más en que la pobre niña se quejaba con deliciosa sencillez de otras barbaridades de Juan.

— Vamos á ver, dije á éste, ¿qué contestaste tú á esta carta?

— Aquí tiene usted la contestacion, que como me

salió tan bien puesta, me quedé con una copia igualita en un todo á la carta que le envié á la Rosa.

La carta de Juan estaba escrita en papel de color de rosa, ó más bien en papel carmesí rabioso, tenia orla con corazones traspasados por flechas y amorcillos, y la letra se perdia en un laberinto de ringorangos. Juan se expresaba en estos términos:

« Mi más querida y estimada Rosa: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la cabal salud que yo para mí deseo: la mia es buena para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad. Esta sólo se dirige para decirte que me da la gana cantar coplas hablando mal de vosotras las mujeres, porque todas sois unas..... (Juan me dijo de viva voz la insolencia que no se habia atrevido á estampar en la carta, y habia suplido con puntos suspensivos.) Yo fuí quien anoche de dos cantazos te mató el pájaro y te rompió el tiesto de claveles, y *dende* ahora te digo *pa* que no te coja de susto, que cuando nos casemos te he de romper la cabeza como anoche rompí el tiesto y la jaula, si andas con esas monadas, que ya sabes que yo soy muy natural. Si me quieres así, bueno, y si no, lo dejas, que yo tengo á porrillo mozas más guapas que tú con quien hablar. Con que adios, que nos vamos otros y yo al ventorrillo del puente, á ponernos de jamon y vino hasta que lo alcancemos con el *deo,* que eso es lo po-

sitivo, y lo demas es tonterías de novelas. Con esto no canso más. Manda cuanto gustes á tu querido amante. —JUAN PANTOJA.»

Nueva interrupcion del guardia civil:

—¿Ve usted, D. Antonio (si el guardia añade á mi nombre mi apellido, grito: «sean ustedes testigos de que este guardia reconoce que soy Fulano de Tal»), ve usted cómo tengo razon en decir que el estilo es el hombre? ¿Habrá quien pueda decir que en el estilo de esta carta no está retratado el zamarro que la ha escrito?

Como el zamarro que la habia escrito era yo, hice un gesto de condenado, y el guardia siguió adelante creyendo que aquel gesto era de disgusto por su nueva interrupcion.»

—«¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epístola.

Quise poner de vuelta y media al pedazo de animal que la habia escrito (¡pues ya lo iba yo componiendo!); pero consideré que si predicar á malos puede hacer arrepentidos, predicar á brutos sólo puede hacer enemigos, y lo único que procuré fué alejar á Juan para que me dejase idear el cuento que al dia siguiente me era indispensable enviar á Madrid.

IV.

Al anochecer de aquel mismo dia tenía yo completamente trazado en la imaginacion el cuento que iba á escribir. El cuento se habia de titular *Los dos rivales*, habia de pasar en Navalcarnero mismo; la heroina se habia de llamar Rosa, el amante afortunado Angel, y el amante desdeñado Juan.

Para que haya verdad en las obras del arte, conviene tomar por modelo á la naturaleza é imitarla hasta donde las prescripciones del arte lo permitan. Sabiendo que esta es mi opinion, se comprenderá por qué habia yo adoptado para mi cuento la localidad y los nombres que dejo consignados.

Miéntras la señora Claudia preparaba la cena y venía Juan á casa, salí á dar una vuelta por la villa aprovechando aquel paseo para acabar de redondear en mi imaginacion el plan del cuento.

Al pasar por una callejuela oscura, vi á Juan al pié de una reja, y me pareció que estaba como receloso y sobresaltado, pues con frecuencia volvia la cara, como temiendo que álguien le viese allí ó álguien fuera á disputarle aquel puesto.

Cuando volví á casa despues de recorrer el pue-

blo, encontré ya en la puerta á Juan, que acababa de llegar.

—Hola, Juan, le dije, se viene de pelar la pava, ¿no es verdad?

—¡Je, je, je, cá, no señor!

—Si te he visto yo muy pegadito á una reja.....

—¿De véras me ha visto usted?

—¡Vaya si te he visto!

—¡Buen lance hubiera sido que me hubiera visto otro!.....

—¡Juan, no seas calavera!.....

—¿Qué quiere usted, D. Antonio? por una buena chica algo se ha de arriesgar.

—Pero qué, ¿hay riesgo en hablar con la de la callejuela?

—¡Canario si hay!

Juan se acercó á mí y añadió en voz baja:

—La chica con quien me ha visto usted hablando tiene un novio que le pega una puñalada al lucero del alba. Como que el tal ha estado ya en presidio por una muerte que hizo en Brunete.

—Pues entónces, ¿por qué hablas tú con su novia?

—Porque ¡canario! es una chica que si usted la viera..... Hombre, se quedaba usted lelo.

—¡Buena alhaja será cuando tiene relaciones con un licenciado de presidio, y ademas gasta conversacion con otro mozo!

—Toma, porque es mujer para todo. Más natural

y más..... Lo mismo le da á ella beberse una azumbre de vino y comerse medio cabrito, que á ustedes, los señoritos, tomarse una jícara de chocolate.

—¡Juan, por Dios, no tengas relaciones con esas mujeres!

—Pero, hombre, si á mí me gustan las que son así, naturalotas.....

La señora Claudia interrumpió nuestra conversacion, avisándonos que ya estaba la cena en la mesa.

Cenamos, y en seguida me retiré á mi cuarto á escribir, despues de echarme al cuerpo una taza de café, que es con lo que obsequio á mis nervios cuando necesito su colaboracion.

Mis pobres nervios se portaron aquella noche, pues cuando los vecinos de Navalcarnero contaban las cinco de la mañana, yo contaba las últimas aventuras de *Los dos rivales*.

Poco despues de amanecer, Juan notó que yo estaba levantado y entró en mi cuarto.

—¡Hola, hola, cómo se madruga!

—Como que no me he acostado esta noche.....

—Qué, ¿anda usted con prisas?

—Sí.

—Eso tenemos de malo los que escribimos, que unas veces mucha prisa, y otras..... A ver, á ver, qué tal escribe usted.....

Juan examinó las cuartillas manuscritas que tenía yo sobre la mesa, é hizo un gesto desdeñoso.

— Qué, ¿no te gusta mi letra?

— Usted ha de perdonar, D. Antonio, que yo soy muy natural. Por debajo de la pata escribo yo mejor que usted, á pesar de que usted anda siempre entre librotes.

— Tienes razon, que tengo muy mala letra.

— Y entónces, canario, ¿de qué le sirven á usted los estudios? Bien digo yo que las cosas han de ser naturales.

En aquel instante me ocurrió que Juan, á pesar de ser tan bruto, me podia ser muy útil.

Siempre habia dado yo á la imprenta el original de mis cuentos sin quedarme con copia alguna. A esta falta de precaucion debia el habérseme perdido uno que, con el título de *Puerta-cerrada*, entregué á un editor (1), y á éste se le extravió, con detrimento de sus intereses, pero con mayor detrimento de los del autor, que no consisten, como los del editor, en un puñado de duros más ó ménos.

Esta pérdida me hizo tomar la precaucion de quedarme con copia de mis escritos, y me ocurrió que Juan podia ir copiando el cuento que yo escribia, para no perder tiempo.

— Mira, Juan, le dije, ve copiando estas cuartillas miéntras yo escribo las que faltan.

(1) Al del *Correo de la moda*, que es el periódico donde se publicaron por primera vez muchos de mis cuentos.

—Corriente, me contestó Juan muy satisfecho con aquella prueba de confianza que le proporcionaba ocasion de darme una leccioncita caligráfica. Ya verá usted cómo los paletos *semos* mejores escritores que los *madriliegos*, á pesar de que ustedes se tienen por unos sábelotodo.

Regalé á Juan un cigarro puro, del que picó para uno de papel, le di papel fino para que abultase poco la carta en que habia de ir á Madrid la copia del cuento, y Juan puso manos á la obra, siguiendo con los movimientos de su boca los formidables rasgos y floreos de su pluma.

Cuando vi que separaba la primera cuartilla copiada, fuí á examinarla y me encontré con que estaba llena de desatinos.

—Juan, esto no puede pasar.

—¿Y por qué?

—Porque en cada renglon hay diez disparates.

—Los disparates serán de usted, que no mios, me replicó Juan muy picado.

—Justo, porque mi letra se lee muy mal.

Velay usted, por qué digo yo que de qué les sirven á ustedes los señores los estudios.....

—Nada, nada, déjalo, Juan, y no escribas.

Y fuí á rasgar la cuartilla copiada por Juan.

—Demonche, ¿qué va usted á hacer? exclamó Juan arrebatándomela de las manos.

—A rasgarla, porque no sirve.

— ¿Cómo que no sirve? Este papel es muy rico para cigarros. Con la escritura están los cigarros mejor, que así parecen pintados.

Y Juan, haciendo la cuartilla tres dobleces, se la guardó en el bolsillo.

Faltóme tiempo aquel dia para sacar copia del cuento, y no queriendo dejar de enviar éste inmediatamente á Madrid, ni confiar al correo el único ejemplar, que podia perderse como el de marras, me vine á Madrid para entregársele yo mismo al editor.»

—¡Caramba, qué lástima, cuánto decae aquí el interes de este cuento! dijo el guardia civil. ¡Si al ménos dijera usted qué fué de Rosa y Angel, que eran tan buenos muchachos!

—¡Por Dios, hombre, siga usted leyendo, que me tiene usted frito con esas interrupciones!

— Tenga usted calma, hombre, tenga usted calma!.....

— Acabe usted con mil santos, que tengo el alma en un hilo.

— ¿Y por qué?

— ¡Otra te pego, Anton!..... Siga usted leyendo y lo sabrá.

Con esta advertencia, di al cuento, á los ojos del guardia, el interes que iba perdiendo, y el guardia continuó la lectura con más avidez que ántes:

«Mucho tiempo despues de mi viaje á Navalcarnero, recibí una carta de aquella villa. Quien me

escribia era la señora Claudia que me decia lo siguiente:

»No sé si habrá usted sabido la desgracia de mi pobre hijo. Yo, desde que ocurrió, he estado tan mala y tan trastornada que no he tenido valor ni cabeza para participársela. Mi pobre Juan apareció una noche asesinado de una puñalada, en una callejuela, tres dias despues que usted se fué, y por un papel que se le encontró en el bolsillo, escrito todo de su letra y dictado por él mismo, que lo ha conocido el señor juez, pues dice que el estilo es el hombre, y por las declaraciones de otros mozos que oyeron al asesino amenazarle, se sabe que le asesinó Angel, el novio de la Rosa que habia sido ántes novia de mi hijo. Yo, no sólo he perdonado al asesino, porque el Señor nos manda perdonar á nuestros mayores enemigos, y porque su familia y su novia son muy buenas, sino que daria mi vida por librarle de la muerte á que le han condenado. El jura y perjura que es inocente, pero las pruebas de su delito son tan infalibles, que la Audiencia de Madrid ha confirmado la sentencia del juez de aquí, y mañana le ponen en capilla! ¡Ay D. Antonio de mi alma, qué dolor tan grande para todo el pueblo y para su pobre padre y su novia, que se morirán de pena y de vergüenza! Como recuerdo lo que usted hizo por nosotros en el Consejo provincial, le suplico á usted por María Santísima que se eche á los piés de la Reina, que tiene

el alma tan compasiva y tan hermosa, y le pida la salvacion de este infeliz. Decia el papel que se encontró á mi pobre hijo, que no tiene de ángel más que el nombre; pero yo, á pesar de que me avergüenzo de no aborrecer con toda mi alma y todo mi corazon al asesino del hijo de mis entrañas, no puedo aborrecerle del todo. Será porque siempre le quise como á mi propio hijo, ó yo no sé por qué será. El señor cura á quien, creyéndolo un gran pecado, he confesado que no tenía fuerza para aborrecer al que ha derramado mi sangre, me ha dicho que léjos de pesarme, debo dar gracias á Dios por ello, y que tal vez el Señor lo dispone así, para salvar á un inocente. Cuando usted reciba esta carta, que no sé si entenderá, pues tengo muy mala letra y la escribo con los ojos ciegos de lágrimas, ya estará Angel en la capilla, y ¡qué angustia, señor, qué angustia tan grande será la de su alma y la de todos los que le queremos! Por Dios haga usted cuanto pueda por salvarle la vida, que se lo pido á usted por la gloria de su madre!»

Al guardia se le saltaron las lágrimas al leer esta carta.

—Vea usted, me dijo, si está retratada en esta carta la señora Claudia, como la pudiera retratar el mejor fotógrafo. Insisto en que tambien se puede decir que el estilo es la mujer.

Como el guardia leia en alta voz, tambien aquella carta me habia conmovido y me habia devuelto la

agitacion y la impaciencia que me atormentaban cuando el guardia me detuvo.

El guardia, para quien el cuento habia adquirido gran interes, se apresuró á continuarle ansioso de saber si yo habia salvado á Angel.

«Yo no necesitaba más pruebas que esta carta para saber que Angel era inocente de la muerte de Juan. El papel que la señora Claudia me decia haberse encontrado sobre el cadáver de su hijo, era la primera cuartilla de mi cuento *Los dos rivales*, que Juan se guardó para hacer cigarros, era una página de un diario en que uno de los rivales llamado Juan, como el hijo de la señora Claudia, y, como el hijo de la señora Claudia, de lenguaje é inclinaciones vulgares, decia:

«Angel le llaman á mi rival, pero de ángel no tiene más que el nombre. Me ha amenazado con que me hará y me acontecerá, y tengo que andar con mucho *cuidiao,* porque si no, á la vuelta de una esquina me desbandulla.»

El que habia asesinado á Juan era el licenciado de presidio, con cuya novia vi hablar á Juan la víspera del asesinato.

No necesitaba, pues, yo acudir á la inagotable clemencia de la Reina para salvar á un inocente, y quizá para hacer que cayera la cuchilla de la ley sobre el cuello de un asesino: me bastaba presentar al juzgado de Navalcarnero un número del periódico en

que se publicó uno de mis cuentos y dar una declaracion.

Y tomé apresuradamente el camino de Navalcarnero, seguro de que de mi viaje dependian la vida y la honra de dos familias inocentes y honradas y el castigo de un gran criminal.»

—¿Y llegó usted á tiempo? me preguntó el guardia con ansiedad.

— De usted depende el que llegue.

—¡Pues corra usted, corra usted sin detenerse, *señor Trueba!* exclamó el guardia empujándome hácia adelante, como si quisiera con el impulso de su voluntad hacerme salvar las dos leguas de camino que me faltaban.

— Deme usted el cuento, le dije.

—Cuando usted vuelva le daré una copia, que el original tiene que quedarse aquí como comprobante de que *es usted quien es.*

V.

En efecto, cuando llegué á Navalcarnero Angel estaba en capilla y todo el pueblo consternado.

Lo primero que hice fué aliviar la angustia del pobre sentenciado, asegurándole que tenía confianza en su salvacion.

Con el periódico en que se habia publicado con mi firma, tres dias ántes del asesinato, el escrito que se encontró al asesinado, destruí una de las pruebas que más comprometian á Angel.

Con mi declaracion de lo que Juan me habia revelado, hice que se prendiera al verdadero asesino que confesó de plano su crímen.

Angel fué puesto inmediatamente en libertad, y yo accedí á permanecer una temporada en Navalcarnero, donde era objeto de las mayores atenciones y obsequios.

La señora Claudia tenía un hijo y un protector en cada vecino, y particularmente en Angel y en Rosa; pero la pobre estaba muy triste, porque no podia olvidar á su hijo, y la soledad de su hogar la mataba.

Angel y yo paseábamos un dia por la plaza, precisamente la víspera de la boda de Angel con Rosa, á la que, por supuesto, estaba yo convidado, cuando vimos venir á la señora Claudia corriendo, llorando y gritando como una loca:

— ¡Mi hijo!..... ¡mi hijo!..... ¡ya tengo hijo!..... ¡gracias, Dios mio!..... ¡gracias, Vírgen Santísima!

Angel y yo creimos que habia perdido el juicio, y nos apresuramos á correr á su encuentro.

La pobre mujer se arrojó á nuestros brazos, y entónces supimos que el hijo de quien hablaba era Pepe, el que lloraba perdido hacia tantos años, Pepe, que acababa de llegar de la Habana casi rico, jóven, her-

moso, dispuesto á amparar y hacer dichosa la ancianidad de su madre!

Pocas veces he sido tan feliz como el dia que asistí á la boda de Angel y Rosa, por la sencilla razon de que pocas veces he presenciado tanta felicidad como la que presencié aquel dia.

Al siguiente tomé el camino de Madrid y me detuve en Móstoles para recoger la copia del cuento que me hizo escribir el guardia civil.

El guardia civil me esperaba con impaciencia, porque deseaba que le contase con todos sus pormenores el resultado de mi viaje á Navalcarnero. Complacíle gustoso, porque entónces no me impacientaba y afligia la imágen de un inocente próximo á espirar en un afrentoso patíbulo.

—¿Y qué va usted á hacer de ese cuento, que tanto empeño tiene en recogerle? me preguntó al darme la copia que me tenia preparada.

—Voy, le contesté, á convertirle en pan.

—¿Es decir, en dinero?

—Sí señor.

—Hombre, me ocurre una cosa (y usted perdone si es una tontería, pues de ningun modo trato de ofender á usted); ustedes los que necesitan sentir para crear venden sus creaciones; y me parece á mí que tiene algo de innoble el vender aquello en que ha tomado parte el alma, aquello que se ha formado con lágrimas de los ojos y latidos del corazon.

—En Francia, repliqué, se suelen vender las lágrimas y los latidos del corazon, y de ello puede responder el mulato Alejandro Dumas, que ha comprado las lágrimas y los latidos con que se formaron muchas de las creaciones que han pasado por suyas; pero en España, á Dios gracias, no sucede hasta ahora eso, porque el autor conserva latidos y lágrimas al pié de su creacion en una cajita que tiene la forma siguiente:

Antonio de Trueba.

FIN DE EL ESTILO ES EL HOMBRE.

LOS TOMILLARESES.

LOS TOMILLARESES.

I.

En un hermoso y solitario valle de la Alcarria hay dos pueblecitos olvidados de todo el mundo, ménos del Gobierno, que los tiene muy presentes cuando reparte las contribuciones.

Uno de estos pueblos se llama el Retamar, y el Tomillar el otro.

Los retamareses tienen fama de ásperos y amargos como la zarza y la retama, y los tomillareses la tienen de suaves y dulces como el tomillo y la miel.

Un caballero, montado en la cruz de los calzones, y llevando por único acompañamiento un perro, y por único equipaje una escopeta, llegó una hermosa mañana de primavera á una colina desde donde se descubrian las dos aldeas que ocupan los dos extremos del valle, y despues de pararse y meditar un rato, con-

tinuó su camino hácia el Retamar, que era el primer pueblo.

A tiro de piedra del Retamar, bajo unos hermosos álamos que se alzan á la orilla del camino, hay una fuente donde en tiempo de calor no dejan de detenerse las pocas personas que por allí viajan, para beber un trago de agua fresca y cristalina y descansar un rato en un asiento de piedra toscamente labrado que hay al pié de los álamos.

Cuando el viajero del perro y la escopeta llegó á la fuente, un muchacho acababa de llenar dos cántaros de agua que colocó en las aguaderas de un borriquillo, que miéntras se llenaban los cántaros pacia entre los álamos.

El muchacho saludó cortésmente al viajero, y éste se detuvo y trabó conversacion con el muchacho.

—¿Cómo se llama este pueblo?

—Se llama el Retamar, señor.

—No me disgusta su aspecto.

—Señor, aunque me esté mal el decirlo, mejor pueblo que éste no le hay en la Alcarria.

—¿Y aquel otro que se ve al fin del valle?

—Aquel és el Tomillar; pero no vale la mitad que éste.

—Y la gente del Tomillar, ¿qué tal es?

—La gente buena, pero muy boba.

—¿Cómo que boba?

—Si les dice usted á los del Tomillar que este bor-

rico vuela, le creen á usted. Es verdad que cara les cuesta la bobería, porque los del Retamar les quemamos más la sangre!.....

— Y ¿por qué se la quemais?

— Por las cosas que se cuentan de ellos.

— Y ¿qué cosas son esas?

— Una *enfinidad* de ellas. Mire usted, los del Tomillar una vez hicieron un reloj de sol, y para que no le estropeáran el sol ni el agua, le pusieron un tejadillo, y el reloj nunca marcó la hora; y otra vez le hicieron á la iglesia una torre de sillería, y como les faltaban piedras para concluirla, fueron á sacar las de abajo para ponerlas arriba, y se cayó la torre.

— Y ¿son ricos los del Tomillar?

— Más pobres que las ratas. Para ricos los del Retamar. Aunque sea mal preguntado, ¿viene usted al Retamar, ó va usted de paso?

— Me gusta mucho este valle, y vengo á pasar unos dias en él para divertirme en la caza.

— No faltará en el pueblo quien le acompañe á usted con galgos y todo.

— No lo necesito, porque vienen atras mis criados.

El muchacho, que se iba familiarizando con el forastero, volvió á su tono respetuoso así que el forastero habló de sus criados.

— Pues, señor, yo le aseguro á usted que se divertirá mucho, porque por aquí no falta caza, particularmente en la dehesa. ¿Usted no ha visto la dehesa del Retamar?

— No.

— Pues ya verá usted una cosa buena. ¡Tienen los del Tomillar unas ganas de quitárnosla!.....

— Decididamente prefiero el Retamar al Tomillar.

— Ademas de la caza, aquí va usted á tener una diversion que á ustedes los señores les gusta mucho, y que no tendria en el Tomillar.

— Y ¿qué diversion es esa?

— Las comedias.

— Qué, ¿hay comedias en el Retamar?

— ¡Vaya si las hay! El médico y el maestro y otros señores han hecho en la cuadra del señor alcalde un teatro que ni en Madrid le hay mejor. El domingo echaron una comedia que se rió más la gente!..... Usted, señor, la habrá visto alguna vez. Mire usted, es uno que llega á Illescas diciendo que es baron y no sé qué cosas más, y como el ama de la casa donde va á parar era tan boba como los tomillareses, lo cree todo y le da el oro y el moro, hasta que se descubre que el baron es un tuno.....

— Sí, sí, ya he visto esa comedia.

En esta conversacion el forastero y el muchacho llegaron á la entrada del pueblo, donde el camino que conduce al Tomillar, en vez de seguir por la poblacion, tuerce hácia las afueras.

— Qué, señor, le preguntó el muchacho, ¿no se queda usted en el Retamar?

— Sí; pero ántes voy por aquí á ver los alrededores del pueblo.

— Ea, pues hasta luégo, señor.

— Adios, muchacho.

El forastero se alejaba pocos instantes despues del Retamar y se acercaba al Tomillar.

II.

El Tomillar era, en efecto, pueblo mucho más pequeño y de aspecto mucho más pobre que el Retamar.

Alzábase en una colinita rodeada de fragantes tomillares, y se reducia á unas cuarenta casas agrupadas en torno de la iglesia, que carecia de torre, circunstancia que, por lo visto, habian aprovechado los retamareses para levantar á los sencillos tomillareses un falso testimonio de inverosímil simplicidad.

Unos chicos que jugaban á la pelota en el pórtico de la iglesia, desde donde se descubria el camino del Retamar, vieron al forastero que subia la cuesta y se apresuraron á dar la noticia que corrió al momento por todo el pueblo, de que un caballero se acercaba al Tomillar.

La llegada de un forastero, y sobre todo la llegada de un caballero, era novedad grandísima en el Tomillar. Así fué que ántes de que el de la escopeta y el perro hubiese acabado de subir la cuestecita que terminaba en la plaza de la iglesia, ya habia acudido á la plaza para verle una porcion de personas.

El forastero, ó mejor dicho, el señor, que era como ya le llamaban los tomillareses, era hombre como de cuarenta años, y á juzgar por su traje, su señorío debia tener pocas rentas.

Saludáronle todos con respeto, y él, despues de devolver el saludo con aire de superioridad, preguntó:

— Hay en este pueblo alguna fonda donde pueda yo hospedarme con mis criados?

Los tomillareses, á pesar del respeto que les inspiraba el forastero, no pudieron ménos de sonreirse al oir aquella pregunta, y encaminaron al forastero á casa de la tia Hermenegilda.

La tia Hermenegilda, ó más bien la tia Meregilda, que era como le llamaban en el pueblo, era una pobre viuda que tenía *tienda*, que surtia de géneros haciendo de cuando en cuando un viaje á Guadalajara, y empleando cinco ó seis duros, que venian á ser la mitad de su capital en circulacion. Ademas, hospedaba á los forasteros que iban por el Tomillar, y se reducian á algun comisionado de apremios ó algun cazador de Guadalajara ó Sigüenza.

Gumersindo, ó Gomisindo, pues los tomillareses encontraban más cómodo darle este nombre que el primero, era hijo de la tia Meregilda y acababa de redimir su suerte de soldado, gracias á un gran sacrificio de su madre, que habia tenido que vender las tierrecillas que le dejó su difunto marido.

Arañando la madre por un lado y arañando el hijo

por otro, madre é hijo vivian en paz y gracia de Dios todo lo felices que pueden vivir los que arreglan su gasto á su haber y se resignan con su suerte, aunque su suerte sea mala.

— Diga usted, buena mujer, preguntó el forastero á la tia Meregilda, continuando en su tono de superioridad, no han venido por aquí mis criados?

— No, señor, no ha venido nadie.

— ¡Canallas! En cuanto vuelva á Madrid voy á poner de patitas en la calle desde el cochero al mayordomo, exclamó el señor muy incomodado.

— Ande usted, señor, que ya vendrán, y si no mi hijo y yo le servirémos á usted en todo lo que le haga falta, repuso la tia Meregilda con la solicitud y la amabilidad que eran debidas á un señor que tenía cochero y mayordomo.

— Yo necesito una habitacion decente donde pueda esperar á esos bribones, que por lo visto han creido más cómodo seguir hácia Guadalajara en mi carruaje de cuatro caballos que torcer camino y venir á esperarme aquí, como se lo encargué, miéntras yo me entretenia cazando en los tomillares.

La tia Meregilda condujo al huésped á la mejor habitacion de su casa, es decir, á la sala, que estaba modestamente amueblada, pero embellecida por el aseo y el órden.

— ¿No tiene usted habitacion más decente que ésta? preguntó desdeñosamente el forastero.

— No, señor, contestó la buena mujer, algo picada de que pareciese poco decente la sala en que ella tenía puestos sus cinco sentidos.

— Pues tendré que resignarme á esperar aquí á esos bribones. No extrañe usted mi mal humor, porque es muy duro tener que servirse uno á sí propio y ocupar una habitacion como ésta, cuando se tiene una docena de criados y se habita un palacio que hasta la Reina encuentra cómodo y hermoso cuantas veces le visita.

— Ay, señor, exclamó la tia Meregilda asombrada, ¿con que la *mesma* Reina va á su casa de usted? Bien dicen que su real majestad es una señora tan buena y tan llana.....

— Buena mujer, ¿qué está usted ahí diciendo? replicó el forastero con una altivez y una indignacion que aterraron á la tia Meregilda. ¿Usted cree que mi casa es una pocilga como ésta, y que yo soy algun villano que huele á ajos como ustedes? Mi palacio de la calle del Burro es digno de hospedar á príncipes, y el conde de Picos-Altos, glorioso título con que me honro, pertenece á la nobleza más ilustre de España.

— Perdone usted, señor, murmuró aterrada y confusa la tia Meregilda, no he querido ofenderle á usted.....

— Lo sé, señora, lo sé; y en prueba de que me inspira usted confianza y simpatía, debo recordarle que teniendo una Excelencia como una casa, no le he exigido á usted el tratamiento.

— Gracias, señor.....

— No tiene usted por qué dármelas. Yo sí que se las doy á usted por lo indulgente que es con mi mal humor.

La tia Meregilda no se acordaba ya de que el señor Conde habia llamado á su salita pocilga, y á los tomillareses villanos que olian á ajos. Conforme habia ido descubriendo el altísimo personaje que tenía en su casa, habia ido hinchándose de orgullo, y hasta creia ya que con nada del mundo podia pagarse el que no se hubiese incomodado porque le tratase simplemente de usted, como trataba al alcalde y al cura del pueblo.

III.

Ocho dias despues de la llegada del señor Conde al Tomillar, los tomillareses estaban que reventaban de gozo y de orgullo.

El forastero, que era hombre riquísimo y de ilimitada influencia no sólo cerca del Gobierno, sino cerca de la misma Reina, estaba decidido á proteger al Tomillar, de modo que aquella pobre y olvidada aldea fuese dentro de poco tiempo una de las poblaciones más prósperas y envidiadas de la Alcarria.

El señor conde de Picos-Altos, agradecido á la franca y leal hospitalidad que habia encontrado en aque-

lla aldea, y enamorado de las ventajosas condiciones que el Tomillar reunia, sobre todo para la caza y la industria, estaba decidido á proporcionarle nada ménos que las siguientes gangas:

La de que pasase por allí el ferro-carril de Soria, ó cuando ménos, se pusiese á los tomillareses un buen ramal, á que se habian hecho acreedores;

La de que se declarase al Tomillar cabeza de partido judicial, si es que no se conseguia que birlase á Guadalajara la capitalidad de provincia;

La de que se perdonasen al Tomillar las contribuciones atrasadas;

La del establecimiento en el Tomillar, por cuenta del mismo opulento Conde, de una gran fábrica de paños y otros tejidos, que echase la pata á las que tanta celebridad dieron en otro tiempo á Guadalajara y el Nuevo-Baztan;

La de la explotacion en grande de los riquísimos criaderos de oro y plata que abundaban en el término del Tomillar, segun las observaciones que acababa de hacer el mismo Conde, inteligentísimo en minería, como lo probaban los descubrimientos de aquellos preciosos metales que habia hecho, por supuesto por pura aficion, en Sierra-Almagrera y áun en Hiendelaencina;

La del establecimiento en el Tomillar de un colegio de Padres Escolapios;

La de la construccion por el mismo Conde de un

magnífico palacio de verano en las inmediaciones del pueblo, á cuyo efecto, y para rodear el palacio de extensos jardines, viñedos y bosques de caza, compraria á los vecinos, al precio que éstos quisiesen, los terrenos casi infructíferos que allí poseian;

Y por último, y ésta sí que era ganga que deseaban cazar los tomillareses, la de hacer que se adjudicase al Tomillar la dehesa que hacia siglos disputaban los vecinos de este pueblo á los del Retamar, cascándose las liendres unos y otros dos veces al año, es decir, cuando los del Tomillar iban á la fiesta del Retamar, y cuando los del Retamar iban á la fiesta del Tomillar.

Éstas eran las gangas que en general prometia el señor conde de Picos-Altos á los vecinos del Tomillar. Entre las infinitas que prometia en particular, sólo citaré dos: el señor Conde, queriendo recompensar el celo con que la tia Meregilda y Gomisindo le servian y obsequiaban, habia decidido nombrar á la tia Meregilda ama de gobierno de su nuevo palacio del Tomillar, y á Gomisindo administrador de sus nuevas posesiones.

Inútil es advertir que el señor Conde, agradecidísimo á los obsequios de que era objeto por parte de los tomillareses, habia puesto á disposicion de éstos su palacio de la calle del Burro en Madrid, donde siempre que pasasen á la villa y córte serian tratados á cuerpo de rey, siquiera rabiase el dueño del parador de Barcelona, que en lo sucesivo ya no tendria la

honra de hospedar en sus cuadras á los tomillareses.

Véase, pues, si la cosa era para reventar de orgullo y pegar un estallido de gozo.

Viendo el señor Conde que los bribones y grandísimos canallas de sus criados no parecian por el Tomillar, determinó abandonar aquel hospitalario pueblo, con tanta más razon, cuanto que á su salida de Madrid le habia dicho S. M. la Reina que estaba muy disgustada del ministerio, y pensaba encargarle la formacion de otro.

La gaita era que el señor Conde ni siquiera podia escribir á su casa para que le enviasen carruaje y cuanto necesitaba para hacer el viaje con la comodidad y el decoro que correspondian á su alta clase, porque la señora Condesa estaba embarazada, y si llegaba á oler que su amado esposo experimentaba tales necesidades y disgustos, vaya, buen genio tenía ella para que ántes de las veinticuatro horas no arrojase muerta la criatura.

Cuando los tomillareses recibieron la triste nueva de que el señor Conde estaba resuelto á ausentarse, nombraron una diputacion, que pasando á ver al ilustre y generoso huésped, rogase á éste reverentemente que honrase por algun tiempo más al pueblo con su presencia.

La diputacion cumplió fielmente su cometido, pero el señor conde de Picos-Altos insistió en su resolucion, y cuando el pueblo supo que decididamente su pro-

tector se ausentaba, se echó á llorar como un becerro.

Llegó, por fin, el instante fiero, es decir, el de la partida del Conde, y éste, como los canallas de los criados le habian abandonado, y por lo tanto se encontraba sin dinero para pagar á la tia Meregilda y gratificar espléndidamente á Gomisindo, quiso dejar en prendas una sortija, que segun confesion del mismo señor, valia un dineral, como que era regalo de la misma Reina; pero la tia Meregilda y Gomisindo se echaron á llorar al ver la ofensa que el señor Conde les hacia creyéndolos capaces de desconfiar de él; y como el Conde les pidiese perdon por haber ofendido su delicadeza, le manifestaron que únicamente les probaria su arrepentimiento aceptando para el camino una onza de oro que tenian ahorrada.

El señor Conde no tuvo más remedio que aceptar la onza.

El pueblo, no ménos previsor y delicado en general, que la tia Meregilda en particular, pensó que el señor Conde se encontraba falto de recursos con motivo de la bribonada de los canallas de los criados, y determinó ofrecerle del modo más ingenioso y delicado una cantidad decorosa, que consistió en veinte onzas como veinte soles, que el señor Conde no tuvo más remedio que aceptar vivamente conmovido.

El pueblo entero queria acompañar al señor Conde hasta el Retamar; pero el señor Conde, tan modesto como generoso, se opuso obstinadamente á ello, con-

sintiendo únicamente que le acompañasen hasta el término de la jurisdiccion del Tomillar.

— Ya que acompañemos al señor Conde tan corto trecho, dijeron los tomillareses, acompañémosle como es debido.

Y buscando la mejor carreta que habia en el pueblo, en un quítame allá esas pajas la engalanaron con un pintoresco toldo, la mulleron con sus colchones y almohadas, la adornaron de flores é hicieron subir en ella al señor Conde.

Cuando éste se hubo colocado en ella, dijo casi llorando de emocion :

— Cuando ustedes gusten, señores, pueden enganchar los bueyes.

— ¡Qué más bueyes que nosotros! exclamaron todos los vecinos á una voz.

Y la carreta partió tirada por el pueblo tomillarés, y los vivas y los sollozos y los patatuses comenzaron y no cesaron hasta que los vecinos del Tomillar perdieron de vista al señor conde de Picos-Altos.

IV.

Ocho dias habian pasado desde el memorable en que el señor conde de Picos-Altos abandonó el Tomillar, dejando sumido en hondo desconsuelo á aquel

vecindario, y no se sabía aún si S. E. habia llegado con felicidad á Madrid, pues el señor Conde no habia escrito, á pesar de haberlo prometido, y esto tenía en terrible ansiedad á los tomillareses, porque cuando el señor Conde no habia escrito, era señal de que estaba enfermo, ó en el camino le habia sucedido alguna desgracia.

El señor alcalde creyó que era llegado el caso de convocar á concejo para acordar el medio, en primer lugar, de saber del señor Conde, y en segundo, de darle á conocer cuánto se interesaba el pueblo tomillarés en su preciosa salud.

El alguacil tocó, con perdon de ustedes, el cuerno con que, desde tiempo inmemorial, era uso y costumbre convocar á concejo, y todos los vecinos asistieron á las casas consistoriales llevados por el cuerno.

Despues de largas y acaloradas discusiones, en que más de un orador, —¡fuerza es, aunque doloroso, confesarlo!—más de un orador sacrificó á su inmoderado afan de lucir galas oratorias, el sagrado interes de la patria, vivamente interesada en resolver con premura aquella árdua cuestion; despues de largas y acaloradas discusiones, repetimos, se acordó que el señor alcalde, el alguacil y el maestro de escuela pasasen, en representacion del pueblo tomillarés, á Madrid, á visitar al señor Conde, con objeto de felicitarle si habia llegado bueno, y de decirle que se aliviára si habia llegado malo.

— Jinojo, dijo la tia Meregilda cuando supo la determinacion del vecindario, yo tambien voy á ver á aquel bendito señor.

— Canute, añadió Gomisindo, yo voy con ustedes, madre, que no sea que el *menistro* vaya con zaragaterías al señor Conde para que le haga á él administrador.

La tia Meregilda improvisó un par de docenitas de unos bollos que gustaban mucho al señor Conde, arregló con mil primores su cenicienta cabellera en un par de rizos y medio par de castañas, se puso la saya dominguera, se echó á la cabeza un pañuelo de algodon, colocó en una cestita de asa los bollos, y anda chiquita, que ya estás aviada, ella y su hijo, que tambien se habia ataviado con la elegancia que correspondia á un administrador en ciernes, fueron á reunirse con los delegados del pueblo tomillarés.

El señor alcalde se habia engalanado con su soberbia capa de cinco duros, y el maestro, si bien como hombre de letras carecia de capa, se habia puesto corbatin apretado como su situacion monetaria, calzon corto como su sueldo, medias de lana negras como su porvenir, y las manos en los bolsillos vacíos.

En cuanto al ministro, no describirémos su traje, porque es un personaje secundario, como que un ministro es un cualquiera.

Al dejar atrás las últimas casas del Retamar, se les reunió el muchacho, á quien vimos hablar con el se-

ñor conde en aquellos mismos sitios. Esta vez iba con su borriquillo á la fuente de donde la otra vez venia.

—¿Qué hay por el Retamar, muchacho? le preguntó el señor alcalde.

—Nada, que la gente se divierte en grande con las comedias.

—¿Qué, teneis comedias en el Retamar?

—Y de las buenas. Anoche volvieron á echar una que se *entitula* el Baron; y gustó más *entuavía* que la otra vez. ¿No la han visto ustedes nunca?

—No.

—Pues yo les diré á ustedes cómo es.

Y el muchacho refirió á los tomillareses el argumento de la comedia de Moratin.

El maestro se quedó pensativo.

Gomisindo queria decir algo, y sólo se atrevió á murmurar:

—Qué lance *juera*.....

—¡Muchacho!..... le interrumpió el maestro echándole una mirada de basilisco, y el muchacho se cosió la boca.

El retamarés se quedó en la fuente, y los representantes del pueblo tomillarés, hala, hala, hala, siguieron hácia la coronada villa.

Al anochecer entraron por la puerta de Alcalá, montados en sendos burros como ellos acostumbraban á viajar.

Para presentarse al señor conde de Picos-Altos con toda la decencia debida, los cinco se lavaron la cara en el pilon de la fuente de Cibeles, donde bebieron en union de sus cinco burros.

Despues de dejar las cabalgaduras en el parador de Barcelona, continuaron há:ia la puerta del Sol.

Al dar vista á ésta, el señor alcalde empezó de repente á gritar:

— ¡Fuego! ¡fuego! ¡que se quema esa casilla!

Y lanzándose hácia un *kiosko luminoso* que era la casilla que en su concepto se quemaba, arrojó la capa al incendio para sofocarle.

El encargado del kiosko, creyendo que el lugareño tenía gana de broma, tomó la cosa por donde quemaba y dió de patadas al señor alcalde y la multitu l silbó á la misma respetable autoridad.

Cuando el alcalde salió de su error y de entre los piés del kioskero, el maestro que era instruido como individuo del ramo de instruccion pública, prorumpió en esta sentencia digna de escribirse en los cristales de los kioskos luminosos para la debida claridad:

— Toda autoridad que confunde la luz con el fuego, se expone á morir á puntapiés.

Al llegar á la calle Mayor, el maestro preguntó á un muchacho:

— Di, chico, ¿dónde vive el señor conde de Picos-Altos?

El muchacho contestó en voz natural:

— Vive en la calle del.....

Y añadió dando un tremendo grito casi al oido del maestro:

— ¡Burro!.....

— Es cierto, es cierto, contestaron todos los lugareños incluso el maestro, recordando que en efecto en la calle del Burro habia dicho el conde que tenía su palacio.

Torciendo á la izquierda, entraron en la Plaza Mayor: pero lo que allí les pasó merece capítulo aparte.

V.

El *tuti-li-mundi*, el mundo nuevo, la catalinela, como ustedes quieran llamarle, alborozaba al numeroso y respetable concurso de soldados, niñeras y niños, lugareños y bobos de Coria que ocupaban media plaza.

— ¡Racataplan, racataplan! redoblaba un tambor, y el hombre que le tocaba, gritaba:

— ¡Quién quiere ver por dos cuartos la «Vida del hombre malo!» ¡Racataplan, racataplan! ¡Que vamos á empezar!..... Animo, señores, que aquí se aprende mucho.

— Madre, dijo Gomisindo, yo voy á ver eso, que los

administradores necesitamos saber mucho para que no *mos* la peguen.

—El saber, añadió sentenciosamente el maestro, no ocupa lugar. Todos, todos vamos á ver eso, y tú el primero de todos, alcalde.

Los cinco tomillareses aplicaron la gaita á otras tantas ventanillas, miéntras el del *tuti-li-mundi* explicaba en los siguientes términos la «Vida del hombre malo»:

— Juega á la rayuela en vez de ir á la escuela.

— Pega á su madre, y le llevan á la cárcel.

— Sienta plaza en la tropa, y se deserta y roba.

— Los civiles le pillan, y va á presidio á Melilla.

— Cumple la condena, y se deja bigote y pera.

— Se viste de caballero, y va á las casas de juego.

— Tiene una chiripa, y se mete á bolsista.

—Lo entiende en la Bolsa, y si gana, cobra.

— En la Bolsa lo entiende, y no paga si pierde.

—Queridas, juego y caballos, le dejan sin un cuarto.

—Se mete á minero, y con engaños gana buen dinero.

— Todo lo que ha ganado, se lo lleva el diablo.

— Falsifica un papel, y se descubre el pastel.

—Le busca un alguacil, y escapa de Madrid.

—No tiene dinero, y roba y mata á un arriero.

— Llega á no sé dónde, y la echa de conde.

—Le creen los paletos, y les saca los dineros.

—Dan los civiles con su persona, y le meten en chirona.

—Y al fin el hombre malo, las paga todas en el palo.

Todos los tomillareses quedaron pensativos y silenciosos despues de oir esta historia.

Di, alcalde, preguntó al fin el maestro, ¿qué te parece de eso que ha contado el hombre del tambor?

—Hombre, qué *quies* que te diga, que serán muy brutos los lugareños que se dejaron embobar por aquel tunante.

—Y *ice* que *tamien* era conde, añadió Gomisindo.

—¡Muchacho!..... le interrumpió el maestro, echándole otra mirada de basilisco, aunque no tan fiera como la que le echó junto al Retamar.

Todos guardaron silencio.

—Jinojo, dijo la tia Meregilda, yo he de saber si eso es verdad ó *fáula*. Diga usted, buen hombre, añadió dirigiéndose al hombre del tambor, ¿es *efetiva* la vida del hombre malo?

—Pregúnteselo usted á aquel que llevan allí los civiles, que debe saberlo, contestó el charlatan.

Los tomillareses lanzaron un grito de sorpresa, de indignacion, de dolor, de sabe Dios qué, al reconocer el preso.

—¡Señor conde! gritaron en coro.

—¡Qué conde ni qué calabaza! les contestó uno de los civiles. ¡Conde! condenado al palo sí que será ese bribon dentro de pocos dias.



— ¿De dónde le traen ustedes?

— De un pueblo de la Alcarria, donde hacia cerca de ocho dias estafaba á aquellos brutos, diciéndoles que era conde é iba á convertir en una Jauja el pueblo, cosa que creian á pié juntillas aquellos animales, que debian comer paja y cebada.

— ¡Sí señor, sí señor, que debiamos comer paja y cebada! exclamaron á una voz todos los tomillareses, y, se dirigieron tristemente á dormir con sus dignos compañeros.

FIN DE LOS TOMILLARESES.

LA NOVIA DE PIEDRA.

LA NOVIA DE PIEDRA.

I.

Entre los puertecitos de Ondárroa y Motrico, que distan uno de otro una legua, hay una hermosísima playa que lleva el nombre de Saturraran y sirve de divisoria á las dos provincias hermanas de Vizcaya y Guipúzcoa, á la primera de las cuales pertenece la villa de Ondárroa, así como á la segunda la de Motrico.

Es punto ménos que imposible ir de Motrico á Saturraran por la orilla del mar, porque ocupa este espacio la alta montaña de Mijoa, espesísima y cortada casi perpendicularmente por el lado del furioso golfo cantábrico, si bien por el lado opuesto tiene suaves declives cubiertos de viñedos y manzanares, y sembrados de caseríos que se descubren aquí y allí entre

bosquecillos de castaños y manzanos. Pero si el viajero que toma la hermosa carretera de Motrico á Ondárroa siente vivo disgusto al ver que en vez de caminar por la orilla del mar se aleja de éste y le pierde de vista, tras de los altos viñedos del Mijoa, pronto su disgusto se convierte en alegría, porque el vallecito que lleva el mismo nombre que la montaña, es un paraíso que jamas olvida el que le ha recorrido, á no ser que pertenezca al número de esos desventurados para quienes los montes no tienen más que cuestas, las rosas no tienen más que espinas, y los campesinos no tienen más que ignorancia.

El valle de Mijoa empieza, pues, casi á las puertas de Motrico y termina en la playa de Saturraran. Por su fondo corren paralelamente la carretera y un riachuelo que muere en el valle donde nace, dichosa suerte que tendréis muy pocos de vosotros, ¡oh pobres hijos de nuestras montañas, que las abandonasteis creyendo encontrar la felicidad en esa inhospitalaria América, donde suspirais por tornar á ellas!

La carretera, á quien cortés y galantemente ha cedido la derecha el rio, camina recta, grave, uniforme, sin permitirse el menor rodeo, como corresponde á su categoría oficial, y el riachuelo en unas partes aligera el paso como para salir cuanto ántes de cuestas, en otro le acorta para dar tiempo á los peces á que se bañen y solacen en él; aquí da un rodeito para no estropear un boronal; más allá se detiene un poco para

echar un buen chorro de agua á un molino que se la pide con mucha necesidad; y por último, siente tal satisfaccion prodigando el bien en su jornada, que al llegar al término de ella, léjos de haber enflaquecido, ha engruesado de tal modo, que apénas le conoceria la madre que le parió, que es una fuente del puerto de Arribileta.

Multitud de caseríos pueblan así el fondo como las laderas del valle en toda la extension de éste, y en el centro de aquella pacífica, hermosa y honrada república, está la aldeita de Illumbe, que pudiéramos llamar su capital, con su iglesita de San Juan en medio y sus casas, pobres sí, pero blancas y aseadas, y su campo poblado de nogales, y sus huertos orlados de parrales y cerezos, y sus bandadas de gallinas y palomas, y sus moradores, que trabajan y cantan y rien, más felices que vosotros los que abandonasteis nuestras montañas creyendo hallar la felicidad léjos de ellas.

El valle de Mijoa está, en mi concepto, destinado á una gran celebridad. La playa de Saturraran, en que desemboca, es una de las dos ó tres mejores que hay en toda la costa cantábrica para tomar baños marinos. Como estos baños, léjos de ser una moda pasajera, cada vez serán más universalmente reconocidos casi como una de las primeras necesidades de la vida, la hermosa playa de Saturraran atraerá gran número de forasteros durante el verano, y el delicioso valle

de Mijoa se llenará de casas de recreo y edificios donde puedan hospedarse los bañistas, con cuyo nombre designo lo mismo á los que acuden á orilla del mar para tomar baños, que á los que acuden para respirar las saludables brisas marinas y deleitar su ánimo contemplando á su frente el azul y dilatado horizonte marítimo, y á su espalda nuestras verdes y pacíficas montañas.

II.

El verano pasado vagaba yo un dia calurosísimo por el valle de Mijoa, y llegando á la playa de Saturraran, me tumbé sobre una peña á la que daba sombra otra peña mucho más alta y á cuyo pié venian á morir mansamente las olas despues de cubrir con una blanca capa de espuma el dorado y suave arenal.

El significado de los nombres de montes, aldeas y caseríos aislados es cosa muy curiosa en las provincias vascas, porque estos nombres rara vez son un sonido que sólo tiene una significacion convencional; casi siempre expresan las circunstancias naturales ó accidentales del sitio. Durante mi larga ausencia del pais nativo, recordé muchas veces el nombre de una esplanada conocida con el nombre de Mendiola, que equivale á Ferrería del monte, sin poder adivinar por qué se llamaria así aquel sitio, pues no habia en él

escorial alguno que indicase haber existido allí ferrería; pero al volver á Vizcaya hace pocos años, pasé por aquellas alturas siguiendo un camino vecinal que se habia abierto en mi ausencia, y me encontré con un gran escorial que se habia descubierto en el llano de Mendiola al abrir el camino. Allí, pues, habia existido una ferrería en los tiempos en que no se empleaban los motores hidráulicos para la fundicion y laboreo de la *vena* de hierro.

Entreteníame yo en la inocente ocupacion de averiguar el significado del nombre de la playa de Saturraran, y como soy poco fuerte en la difícil lengua vascongada, el resultado de mis cavilaciones no me satisfacia. Entónces llamé en mi auxilio á una bañera á quien hacia rato estaba oyendo hablar el vascuence con mucha perfeccion.

— ¿Sabe usted, le pregunté, qué quiere decir Saturraran?

— Bien claro está, señor; quiere decir Saturnino Arana.

Debo advertir que aquí es muy comun suprimir la terminacion de los nombres de bautismo, de modo que, por ejemplo, á Saturnino se le llama Sátur, á María, Mári, á Prudencio, Prúden, y á Magdalena, Magdálen. La *a* pospuesta á los nombres es el artículo singular, pues el plural es *ac*. Así resulta que la palabra *arana* equivale á *la ciruela*, y *aran*, ó sea la misma palabra sin la terminacion *a*, corresponde á *ci-*

ruela. Así como en castellano se antepone el artículo, en vascuence se pospone.

Ya me habia ocurrido á mí que algun Saturnino Arana ó Sátur Aran podia haber dado su nombre á la playa, pero me habia preguntado, dado caso que así sea, ¿quién era ese Saturnino? Esta misma pregunta hice á la bañera.

— ¿Quién habia de ser? me contestó. El novio de Marichu-ederra.

— ¿Y quién era esa Marichu?

— La novia de piedra.

— ¡Dale bola! exclamé impacientándome con la confusion en que me metia la bañera.

Hasta el nombre de Mariquita la hermosa, pues esta es la traduccion de Marichu-ederra, aumentaba mi curiosidad, haciéndome suponer que era el de alguna heroina de novela.

— Qué, ¿no sabe usted la historia de la novia de piedra? me preguntó la bañera mostrando gran extrañeza de mi ignorancia.

— No, señora, y estimaria á usted muchísimo que me la contase en pocas palabras.

— Pues en pocas y claras palabras se la voy á contar á usted, que yo soy marquinesa, aunque casé hace veinte años en Illumbe, y ya sabrá usted que el mejor vascuence de las tres provincias es el de tierra de Marquina.

— Sí, de ahí eran los Mogueles que escribieron li-

bros vascongados muy doctos y hermosos. Pero vamos á la historia de la novia de piedra.

— Vamos allá. ¿Ve usted aquella casería que blanquea allá arriba entre un castañar y un manzanar?

— Sí, y por cierto que es hermoso aquel sitio.

— Aquel sitio se llama Iturrimendi (1). La echecoandria (2) de Iturrimendi era una viuda muy buena y muy rica, tan rica que sus manzanares daban el año peor veinte barricas de sagardúa, y sus viñas otras tantas de chacolí, y sus ovejas pasaban de ciento y sus vacas de una docena, y su cosecha de trigo y borona no bajaba de ochenta fanegas. Su colmenar producia diez cántaras de miel y cuatro arrobas de cera, y sus castañares cien fanegas de castañas, y sus frutales la mejor fruta que se comia en el valle y se vendia en Ondárroa y Motrico, á donde la llevaban Sátur en un caballito y Marichu en la cabeza.

— ¿Quiénes eran Sátur y Marichu?

— Sátur, el *mutillá* (3) más gallardo y trabajador del valle de Mijoa, y Marichu la *nescachá* (4) más hermosa y alegre que habia desde Bermeo á Guetaria. Cuando el dia de fiesta bajaba Sátur á Illumbe por la mañana á misa y por la tarde á bailar en la arboleda, se llevaba tras sí el corazon de las muchachas, que

(1) Monte de la fuente.
(2) Señora de casa.
(3) Muchacho.
(4) Muchacha.

envidiaban á Marichu-ederra con quien Sátur iba á casar.

— ¿Pues qué, Sátur y Marichu no eran hermanos?

— No, señor; Sátur, que tenía casi la misma edad que Marichu, quedó huérfano de padre y madre cuando apénas comenzaba á andar, porque el padre, que era de la cofradía de pescadores de Motrico, pereció con otros en una lancha en esta misma playa, y la madre se murió de pena al volver de estas rocas, desde donde habia visto á su marido ahogarse sin poderle socorrer. Juana, la echeco-andria de Iturrimendi le recogió y le crió con tanto amor como criaba á su hija Marichu, porque los padres de Sátur eran inquilinos de la echeco-andria, y por acá en Guipúzcoa, como sucede en Vizcaya, los amos son, despues de Dios, los protectores de los inquilinos. Juana queria á Sátur como si fuese su propio hijo, y su mayor orgullo era ver á Sátur y Marichu bajar á las fiestas de Illumbe, vestidos, aunque al uso aldeano, con más riqueza que los caballeros y las señoras de Motrico. Sátur era tan valiente y bueno como trabajador y gallardo. Si habia un incendio en la aldea, el primero que se metia por medio de las llamas era él, y si habia un naufragio en la costa, él era tambien el primero que se arrojaba al agua. Y á pesar de ser tan valiente, era un manso cordero delante de la que le habia servido de madre, delante de los ancianos, delante de los niños, delante de los sacerdotes, delante

de la justicia, delante de todos los dignos de respeto por su debilidad ó su autoridad.

Al oir á la bañera hacer este retrato de Sátur, no pude ménos de recordar el que pocos dias ántes habia trazado yo en mi cartera despues de estudiar un poco el tipo del mancebo vizcaíno, recorriendo las aldeas de Tierratemprana. Hé aquí las líneas que yo habia escrito en mi cartera:

«Mucho pantalon de pana azul sujeto con ceñidor de estambre morado; chaleco de terciopelo listado; sobre el hombro, elástico de estambre de color de violeta; camisa de hilo muy blanca con cuello ancho echado atras á modo de esclavina; botones de plata sobredorada en el cuello de la camisa; boina encarnada con ancha borla de seda caida á la espalda; de cinco ó seis piés de estatura; rostro varonil y sonrosado; nariz un poco aguileña; musculatura de atleta; corazon de hierro para afrontar la adversidad ajena, y de cera para afrontar la adversidad propia; frente altiva ante los soberbios y fuertes, y frente humilde ante Dios y la autoridad y los ancianos. Tal es el mancebo de Tierratemprana.»

Y tal me figuraba yo, y aún me figuro, al mancebo que dió nombre á la playa de Saturraran.

III.

Si la bañera despertó mi curiosidad haciéndome el retrato de Sátur, no lo despertó ménos haciéndome el de Marichu.

—En cuanto á Marichu, continuó, no sé si decirle á usted que hicieron bien, ó decirle que hicieron mal, los que le pusieron Marichu-ederra.

—¿Pues no ha dicho usted que era la muchacha más hermosa que habia desde Bermeo á Guetaria?

—En cuanto á hermosura de cuerpo he dicho bien; pero en cuanto á hermosura de alma, que es la mejor de las hermosuras, no sé si he dicho mal.

Verdaderamente mala no era el alma de Marichu, pero la cabeza era muy pícara. Dios ponga en nuestro camino personas como Sátur, que cantaba y reia y hablaba poco, pero pensaba y sentia mucho, y no personas como Marichu, que se pasaba la vida cantando y riendo y charlando, y para que sintiera un alfilerazo era menester que el alfiler le entrara todito entero. Yo creo que en este mundo unos tenemos el corazon en el pecho y otros en la espalda, porque á unos se les llega á él con un alfiler, y á otros ni con un estoque de vara y media.

Tenian Sátur y Marichu diez y seis años, pero al

paso que Sátur era ya un hombre hecho y derecho, Marichu era todavía una niña. No hablo del cuerpo, que hablo del alma. Los dos estaban ya crecidos y hermosos como mozos casaderos, pero así como Sátur tenia ya la formalidad del hombre cargado de obligaciones, Marichu era una cascabelera que cuando iba al mercado de Motrico compraba cintas y perendengues para adornar las muñecas que años atras le habia comprado su madre.

Para Marichu no habia mejor diversion que la de burlarse de todo y de todos y hacer rabiar hasta á los niños de teta; pero no por eso tenia mal corazon, como se lo probaré á usted con un caso que le voy á contar.

Hacia algunos años habia muerto en América su padrino, dejándole una manda de quinientos ducados para que se pusiese maja cuando se casase, que así parece decia el testamento del padrino, que debia ser tan alegre de cascos como la ahijada. No faltó quien dijese á Marichu el extravagante destino que el difunto habia señalado á la manda, y no fué por cierto su madre, que era una señora muy prudente. Desde entónces Marichu rabiaba por casarse, no porque aborreciese la vida de soltera ni estuviese muy enterada de lo que es casarse una muchacha, sino para gastar los quinientos ducados en ponerse maja.

Habia en el valle una muchacha muy buena y muy pobre, que habia quedado huérfana y sin arrimo hacia

un año, y todo el valle se llenó de alegría al saber que Juan, el hijo único de los caseros más ricos de Mijoa, se iba á casar con Agustina, que así se llamaba aquella muchacha, á quien Dios habia dado tantas imperfecciones de cuerpo como perfecciones de alma, pues era un poco coja, un poco bizca y un poco jorobada.

Una tarde, al salir Marichu de Motrico, adonde habia ido á vender una cestita de fruta, alcanzó á Juan que volvia tambien de la villa, adonde habia ido á vender un carro de leña. Juan le dijo que subiera al carro, subió, y juntos continuaron el camino cantando y riendo y charlando.

—Juan, dijo Marichu, ¿es verdad que te casas con Agustina?

—Sí, verdad es.

—Te doy la enhorabuena, porque la novia es guapa.

—No es guapa, pero es buena, que vale mucho más, replicó Juan un poco ofendido de la burlona carcajada que Marichu soltó al decir que la novia era guapa.

Dejaron esta conversacion, y Juan se bajó del carro para aguijonear la pareja de bueyes.

Marichu cantó entónces este cantar, que sin duda compuso conforme le cantaba, porque aquello era un diablillo que tenia travesura para todo:

Si te casas con coja,
Bonita ó fea,
Verás que á cada paso
Se te ladea.

Juan puso un gesto de condenado al oir este cantar, y al ver la maliciosa sonrisa con que Marichu le acompañó, pero no pronunció una palabra en defensa de la pobre Agustina, á quien el cantar heria sin compasion.

Continuaban los dos su camino, unas veces riendo y charlando, y otras cantando, cuando Marichu entonó con mucho retintin esta otra copla:

¡Ay, que he puesto los ojos
En una bizca,
Que uno pone en Vizcaya
Y otro en Castilla.

Al oir Juan este maligno cantar, bajó la cabeza sin hablar palabra, y miéntras Marichu seguia cantando y riendo, Juan siguió aguijoneando los bueyes, cada vez más serio y pensativo.

Llegaban ya á Illumbe, donde Marichu debia separarse de Juan para tomar la estrada de Iturrimendi, y Marichu cantó allí con toda la malicia y el retintin de costumbre:

Muchas en la cabeza
Llevan la carga,
Y mi novia la lleva
Siempre en la espalda.

— Adios Juan, y muchas gracias, dijo Marichu al concluir esta copla saltando del carro; pero Juan, en lugar de contestarle volvió la espalda, dió un terrible

pinchazo á la pareja, y desapareció entre las casas de Illumbe.

Al dia siguiente se cantaban en todo el valle los tres cantares nuevos que la tarde anterior habian oido á Marichu-ederra las muchachas que trabajaban en las heredades próximas al camino, y se cantaban sin ocurrírsele casi á nadie que tuviesen por objeto hacer burla de Agustina, porque á nadie le ocurria que hubiese persona capaz de burlarse de aquella pobre muchacha.

Al dia siguiente corrió por todo el valle la noticia de que Juan no queria ya casarse con Agustina, y Agustina, llorando sin consuelo, subió á la casería de Iturrimendi á reconvenir á Marichu por la sinrazon con que la habia malquistado con su novio, y Marichu se arrepintió de tal modo de su ligereza, que viendo que Juan insistia en no casarse con Agustina, llamó á su casa á la pobre huérfana, y le dijo delante de su madre:

—Agustina, reconozco mi falta, y quiero hacer cuanto pueda por enmendarla. Yo te doy los quinientos ducados de dote que me dejó el padrino para ponerme maja, y ya verás cómo con ellos no faltará quien te quiera.

Y en efecto, con los quinientos ducados de dote que le dió Marichu, Agustina encontró un muchacho pobre, pero honrado, con quien se casó y con quien fué muy dichosa.

—Segun eso, dije á la bañera, ¿aquí el dote es el alma de los casamientos?

—Aquí, como en toda esta tierra, me contestó, el alma de los casamientos es el buen carácter, la honradez y la laboriosidad, pero no se mira con indiferencia el dote, y se hace bien en no mirarlo; como dice el refran, donde no hay harina todo es mohina, y el que se casa debe procurar, ántes de casarse, que haya harina en su casa para que haya tambien paz. Si el muchacho que se casó con Agustina se hubiera casado con una muchacha tan pobre como él, al dia siguiente de casarse no hubieran tenido qué comer, y muy pronto hubiera andado en casa la marimorena, porque con una buena cara y un buen querer no se pone el puchero, ni se viste y educa á los hijos. Casándose con una muchacha que le trajo quinientos ducados, arregló de muebles y ropa su casa, se proveyó de herramientas para la labranza y compró una pareja de bueyes y un carro, con lo cual todo marcha á las mil maravillas, y marido y mujer é hijos fueron felices. Dígame usted, ¿cuál vale más, esto ó enamorarse dos jóvenes sólo por la buena cara, casarse, y despues de un par de meses de mucho te quiero, tirar cada uno por su lado, entramparse y tenerlo todo patas arriba?

—Tiene usted razon; pero tambien es muy triste que el muchacho ó la muchacha pobre, sólo por tener la desgracia de serlo, haya de renunciar á casarse.

—Sólo por ser pobres, raros son los que quedan sin

casarse, que sólo quedan los que son viciosos ú holgazanes. Los que son honrados y trabajadores encuentran quien los quiera aunque sean pobres, y si no mire usted cómo Agustina, á pesar de ser pobre, se hubiera casado con Juan, que era rico, á no deshacer la boda la loquilla de Marichu-ederra. Vea usted cómo se arreglan por aquí los casamientos de la gente casera. Usted es casero, es decir, tiene casa y hacienda propias, y tiene cuatro hijos. A su fallecimiento, calcula usted que los bienes valen mil ducados y los deja al hijo que cree usted más digno de heredar y conservar la honra y los bienes de la familia, imponiéndole la obligacion de dar doscientos ducados á cada uno de sus hermanos cuando se casen. El heredero, si no tuviera hermanos á quienes dotar, como le sucedia á Juan, se casaria con una muchacha que no le llevase dote alguno, pero como los tiene, busca una muchacha que tenga dote, y con ayuda de lo que su mujer le lleva va cubriendo las sagradas obligaciones que le dejó su padre. ¿Qué seria mejor, que quien tiene estas obligaciones busque una mujer que pueda ayudarle á cubrirlas, ó que se case con una mujer que no le lleve un cuarto y se vea precisado á vender y desbaratar la casa y la hacienda de sus antepasados?

— Estoy en un todo conforme con usted: el sistema que en nuestra tierra se sigue en punto á casamientos, armoniza admirablemente con las buenas costumbres y el amor á la casa paterna que caracteriza á la socie-

dad vascongada, y prueba de ello es la paz y el amor que por regla general reinan aquí en los matrimonios. Pero vamos á la historia de la novia de piedra, porque va á ser el cuento de nunca acabar si no omitimos digresiones.

— Señor, no sea usted tan vivo de genio, que todo se andará. ¿No ha oido usted contar el cuento de aquel soldado, que llevaba en la mochila un par de guijarros y se los mandaba guisar á las patronas para comerse la racion de pan de municion mojada en la salsa de los guijarros? Los cuentos que andan rodando por los campos son guijarros que de nada sirven sino se los adereza con una buena salsilla.

IV.

Convencido de que la bañera no dejaba de tener razon en cuanto á la conveniencia de no servir á secas los cuentos que andan rodando por los campos, me propuse oir, callar y esperar, aunque la narradora se me fuese por los cerros de Arribileta.

La narradora continuó:

Juana, que no tenía pelo de tonta, y deseaba sobre todas las cosas de este mundo que Marichu y Sátur fuesen dichosos, habia pensado que para serlo los tres se necesitaba que los muchachos se quisiesen algo más

que como hermanos y se casasen; pero como todavía eran muy jóvenes y Marichu tenia tan poca formalidad, se contentaba con dejar correr el tiempo y observar con qué ojos se miraban Marichu y Sátur.

Una tarde estaban Sátur y Marichu en compañía de una porcion de jornaleras y jornaleros sallando borona en aquella pieza grande que ve usted más abajo de la casería de Iturrimendi, y entre las jornaleras se hallaba una mujer á quien con razon llamaban la casamentera, porque era muy aficionada á concertar casamientos, y tenia más orgullo en decir yo arreglé el casamiento de estos y los otros y los de más allá, que le puede tener un general en decir yo conquisté tal ó cual plaza. En cuanto notaba la casamentera que dos jóvenes se miraban con buenos ojos, se metia por medio y arreglaba el casamiento, sirviendo de hábil intermediaria entre las dos familias. Así era que rara vez se celebraba una boda desde Deva á Ondárroa y desde Motrico á Marquina y Eibar, sin que la casamentera de Illumbe figurase en ella á título de tal casamentera.

Poco ántes de ponerse el sol, la echeco-andria de Iturramendi salió de casa seguida de Eistaria, que era un perro de tan buena nariz para oler las tajadas como para oler las liebres, y llevando en la cabeza una gran cesta. En la campita de la cabecera de la heredad descargó la cesta, tendió un blanco mantel sobre la yerba, y cubrió el mantel con una tremenda fuente

de magras y huevos, dos panes, que dividió en rebanadas, y un jarro blanco que contendria cerca de media cántara de sagardúa.

Eistaria, que se volvia loco con el olor de las magras, empezó á ladrar como diciendo á los salladores: «¿Dónde tienen ustedes las narices que no han olido esto?»

— Ea, vamos á merendar, dijo Marichu soltando la azada y echando á correr alegremente, seguida de sus compañeras y compañeros hácia la cabecera de la pieza.

Habia en Deva un fondista ciego que por la animacion de los huéspedes que comian en mesa redonda adivinaba á punto fijo á qué altura iba la comida. La regla que no falló nunca al ciego de Deva, tampoco falló en la campa de Iturrimendi, pues la merienda de los salladores, que como todas las comidas y meriendas, empezó silenciosa, se fué animando poquito á poco, y concluyó poco ménos que en locura. Sin embargo, uno de los salladores concluyó de merendar como todos habian empezado, casi sin hablar una palabra. Y este uno fué Sátur, á quien, por lo visto, debió hacer poca gracia una broma con que en mitad de merienda salió la casamentera.

Tomó Marichu un vaso de sagardúa, le tiró un sorbo y volvió á dejarle sobre el mantel.

— Voy á saber tus secretos, dijo Martin, que era un guapo mozo, primo de Marichu, y no ménos locuaz

que su prima. Y diciendo esto probó del vaso, que volvió á colocar en el suelo.

—Pues yo voy á saber los secretos de los dos, dijo la casamentera, y apuró la sagardúa que quedaba en el vaso.

—Vamos, ¿qué secretos son los nuestros? preguntó Marichu riendo.

—Que os quereis un poquito más que como primos, contestó la casamentera.

—¡Ay qué engañosa! exclamó Marichu sin dejar de reir. ¿No es verdad, Martin, que es engaño?

—Es medio engaño solamente, contestó Martin.

—Pues yo creo que ni medio engaño es, dijo Sátur esforzándose por reir, y en seguida empezó á ponerse serio y caviloso.

Sátur, que queria de todo corazon á Maríchu, era de aquellos que no gustan de tener siempre el te quiero en los labios, porque se contentan con tenerle siempre en el corazon, y no debia haber hecho caso de una broma tan tonta; pero llovia sobre mojado, porque hacia tiempo que Martin decia á su prima que la queria, y su prima, sólo por el gusto de hacer rabiar á Sátur, bailaba con él y oia con gusto sus requiebros.

Al anochecer, cuando las jornaleros se preparaban á dejar el trabajo, Sátur se separó de ellos para recoger el ganado, que pastaba en los castañares de encima de Iturrimendi.

Cuando tocó á la oracion la campanita de Illumbe,

.os salladores suspendieron su trabajo, la echeco-andria dirigió las Ave Marías, que todos rezaron, y en seguida se dieron las buenas noches y se dispersaron, tomando cada cual el camino de su caserío con la azada al hombro, el canto en los labios y la alegría en el corazon; pero Marichu y su primo Martin se quedaron en la linde de la pieza charlando y riendo y retozando como unos locos, de modo que Sátur los oyó desde las arboledas, donde bregaba aún con el ganado.

La echeco-andria los oyó tambien, y asomándose á la ventana, gritó á su hija :

— ¡ Marichu ! ¡ Si voy allá con una vara ya te he de dar yo la conversacion ! Más valiera que fueras á ayudar á Sátur á bajar el ganado.

Sátur, así que recogió el ganado y terminó todos sus quehaceres, dió las buenas noches á su madre y su hermana, que así llamaba á Juana y á Marichu, y se dirigió á su cuarto á acostarse.

— Qué, ¿no te esperas á cenar, hijo? le preguntó Juana.

— No tengo gana, madre, contestó Sátur, y se retiró.

La echeco-andria rezó el rosario y cenó sin su hija, y en seguida se retiró con Marichu á un cuarto muy retirado del de Sátur.

— Hija, le dijo á Marichu, ya es hora de que tu madre te hable con claridad de lo que más interesa á las mujeres en este mundo, de tu casamiento.

Marichu bajó los ojos y se puso colorada, que no porque fuese alegre de cascos y loquilla, dejaba de ser honesta.

Tu madre, continuó Juana, necesita saber lo que piensas acerca de tan importante asunto para obrar como más nos convenga á todos. ¿Quieres á tu primo Martin?

— ¡No le he de querer si es mi primo!

— No te pregunto si le quieres como primo, te pregunto si le quieres como novio.

— Como novio no, señora.

— ¿Quieres como novio á algun otro?

Marichu se puso aún mas colorada que ántes y guardó silencio.

— Vamos, eso es decir que sí, añadió Juana muy contenta. Y ¿á quién quieres, hija?

— Demasiado lo adivinará usted.

— ¿Es á Sátur?

— Sí, señora.

— Muy bien hecho, hija mia, porque Sátur es guapo y trabajador y juicioso, y te querrá como hermano y como marido. Pero dime, si le quieres ¿por qué gastas bromas con otros, y particularmente con Martin?

— Por hacerle rabiar.

— Hija, eso es muy mal hecho, dijo Juana poniéndose muy seria. Para tí es cosa muy inocente y de poca importancia el gastar conversacion y reir con tu primo

de cualquier otro muchacho; pero para Sátur, que es tan serio y formal, es cosa muy grave. Aunque te parezca una tontería el que se disguste por una niñada tuya, debes cuidar de no disgustarle con niñadas. Ea, no olvides este consejo y anda á acostarte.

A la mañana siguiente la echeco-andria tuvo otra conferencia á solas con Sátur.

— Hijo, le preguntó á Sátur, ¿por qué te incomodaste anoche?

— Madre..... no lo sé, contestó Sátur balbuciente y saltándosele las lágrimas.

— Sí, lo sabes, hijo, le replicó cariñosamente Juana. Yo soy tu madre y tengo derecho á exigirte la verdad.

— Pues bien, madre, la diré: me incomodé porque Marichu gastó bromas con Martin.

— Pero, hijo, ¿qué te importan las bromas de tu hermana?

— Madre, me importan mucho, y ya adivinará usted por qué.

— ¿Por qué, hijo?

— Porque la quiero más que como hermana, contestó Sátur haciendo un gran esfuerzo para decir á su madre adoptiva lo que hacia mucho tiempo deseaba decirle.

— Bien, hijo mio. Pues has de saber que Marichu te quiere del mismo modo.

— ¡Madre! exclamó Sátur loco de alegría, ¡no me engañe usted por Dios!

—Ahora verás cómo no te engaño, dijo Juana, y llamando á Marichu que llegaba en aquel instante de la fuente, los dos muchachos se confesaron delante de su madre que se querian, y convinieron en unirse con el único lazo que sólo rompe la muerte.

V.

Desde Ondárroa á Motrico nadie ignoraba que estaban próximos á leerse las amonestaciones de Marichu y Sátur. Sin embargo, en Marichu muy poco se conocia, porque todos los domingos por la tarde bailaba y reia, y jugaba Marichu en el campo de Illumbe con su primo Martin sin hacer mucho caso de Sátur que casi todas las tardes dejaba el campo á lo mejor de la fiesta, y subia cabizbajo y triste hácia los castañares de Iturrimendi.

Sátur se iba desmejorando mucho, y Juana, que conocia la causa de su mal, echaba cada dia un sermon á Marichu; pero Marichu no podia renunciar al placer que hallaba en hacer rabiar á Sátur.

Un domingo por la tarde sucedió lo que sucedia todos los domingos: que Sátur ántes de ponerse el sol dejó el baile de Illumbe á donde habia bajado con Marichu, y tomó las cuestas de Iturrimendi más triste y desesperado que nunca. La echeco-andria le vió

salir y salió á su encuentro ántes que torciera camino y se dirigiera al castañar á donde iba siempre para desahogar su dolor donde no le viera nadie.

— Hijo, ¿qué tienes? le preguntó Juana sumamente afligida al verle pálido como un muerto y con los ojos llenos de lágrimas.

— Madre, le contestó Sátur, lo que tengo es deseos de morirme.

— Hijo, no digas disparates, replicó Juana. ¿Por qué has de tener tales deseos?

— Porque Marichu no me quiere.

— No seas loco, hijo.

— No soy loco, madre: lo que soy es desgraciado.

Juana trató de consolarle y convencerle de que los desvíos que lloraba no eran falta de cariño, sino falta de reflexion de Marichu; pero ni uno ni otro pudo conseguir, y entónces Juana irritada hasta más no poder por la conducta de Marichu, exclamó:

— Permita Dios que mi hija encuentre un novio de piedra, ya que de piedra es ella.

Cuando poco despues llegó Marichu, hubo la de Dios es Cristo entre ella y su madre. Marichu reconoció de véras su falta y llorando de pesar y arrepentimiento juró y perjuró á su madre y á Sátur que en lo sucesivo tendria más juicio, con lo cual Sátur recobró la alegría y la tranquilidad.

Juana dilataba el casamiento de sus hijos, porque decia con muchísima razon:—Si hoy que estos mu-

chachos no son más que novios es una desgracia que Marichu tenga tan poca formalidad; ¡qué sería, Dios mio, si estuvieran ya casados! En conciencia no debo permitir que se casen hasta que mi hija vaya sentando la cabeza, que eso vendrá con el tiempo.

Marichu léjos de sentar la cabeza, parecia tenerla cada vez más ligera. Queria de véras á Sátur; pero le era imposible renunciar al placer de hacerle rabiar, y en el baile de Illumbe, y en las romerías bailaba y loqueaba y gastaba conversacion no sólo con su primo Martin, sino con cuantos muchachos la hacian la rueda que eran muchos, porque Marichu-ederra robaba los corazones con su hermosura y su gracia.

Sátur pasaba malísimos ratos con los desvíos y cascabeladas de su novia, y todo se volvia decir que deseaba morirse porque la vida le era una carga muy pesada.

Una tarde volvian él y Marichu y otros muchachos y muchachas de la romería de Ondárroa. En la romería habia hecho Marichu todo lo posible para desesperar á su novio; pero en el camino habia logrado devolverle la alegría y la dicha, cosa que le era muy fácil, pues Sátur era blando de corazon lo mismo para el dolor que para la alegría, y ella tenía bastante gracia y habilidad natural para disipar con un par de palabras y un par de monadas las negras nubes que con tanta facilidad se amontonaban al rededor de la imaginacion y el alma del pobre muchacho.

Cuando llegaron á una hermosa campa que hay á la orilla del mar, á la vuelta de ese ribazo donde se pierde de vista el camino de Ondárroa, venian ya cariñosamente enlazadas como suelen venir de las romerías las parejas bien avenidas, cada cual con un brazo extendido de hombro á hombro por detras del cuello de su compañero.

Al llegar así á la campa, los ojos de Sátur casi siempre tristes aunque eran muy grandes y hermosos, brillaban de alegría como si vieran el cielo.

El sol se escondia ya tras de los montes de Salluve, y doraba con su última luz el cabo de Machichaco y la isla de Izaro.

Venia con los alegres y hermosos jóvenes de Mijoa el tamborilero de Motrico, que con el de Ondárroa habia tocado en la romería, y determinaron bailar en la campa hasta que oyeran el toque de la oracion en Santa María de Ondárroa.

El baile empezó, bailando Marichu-ederra con Sátur; pero Marichu, apénas habia dado algunas vueltas, dejó á su novio y se puso á bailar con Martin, y luégo bailó con todos los demas muchachos sin hacer caso de Sátur.

Sátur abandonó la campa ántes que concluyera el baile, y sus compañeros le vieron desaparecer de su vista en la revuelta que hace el camino al desembocar en esta playa. No faltó quien, compadecido de él, dijese á Marichu:

— Mira qué triste y desesperado va el pobre Sâtur. Mujer, ¿ no te da cargo de conciencia el hacerle penar así? Con razon te llaman ya todos la novia de piedra.

— Anda, contestó Marichu despues de soltar una alegre carcajada, déjale que vaya solo, pues así podrá detenerse á rezar por su padre en la playa sin que le interrumpa nadie. En Illumbe me esperará, y tiempo me queda de contestarle ántes que lleguemos á casa.

Oyóse poco despues á lo léjos el toque de la oracion, y el tamboril calló, y muchachas y muchachos siguieron su camino atronando el valle y el mar y las montañas con sus cantares y sus gritos de alegría.

Cuando llegaron á Illumbe, la noche habia cerrado y era oscura como boca de lobo.

Marichu preguntó por Sátur y nadie le dió razon de él. El perro le buscaba tambien, y se paraba de cuando en cuando á aullar tristemente aterrorizando á la gente de la aldea que en el aullido de los perros ve el anuncio de que alguna persona ha espirado ó está próxima á espirar.

Unicamente un vecino de Illumbe que habia salido al anochecer del molino, ese que ve usted ahí arriba á la izquierda de la carretera, dijo á Marichu que habia visto á Sátur de pié y con la cabeza baja sobre esas peñas á cuyo pié se estrella el oleaje; pero creyendo que estaba rezando por su padre que se ahogó aquí, no le habia llamado.

Todas estas cosas alarmaron terriblemente á Marichu, que se tranquilizó un poco pensando que Sátur habria dado algun rodeo para subir á Iturrimendi por no pasar por Illumbe, y en seguida emprendió la cuesta esperando encontrarle en casa.

El perro iba con ella, y de cuando en cuando se paraba á aullar tristemente.

La oscuridad de la noche y los aullidos del perro, y el sobresalto en que aún estaba su espíritu con lo que le habian dicho en Illumbe, llenaron á Marichu de sombrías cavilaciones y amargos remordimientos desde Illumbe á Iturrimendi.

— ¡Madre! gritó al acercarse á casa impaciente por salir cuanto ántes de sus amargas dudas.

La echeco-andria le contestó desde la ventana.

— ¿Ha venido Sátur? le preguntó Marichu con ansiedad.

— No. Pues qué, ¿no viene contigo?

— No, señora.

— ¿Dónde le has dejado?

— Se adelantó miéntras nosotros bailábamos en la campa de más allá de la playa.

— Estará en Illumbe.

— No, señora: no ha llegado allí; pero me han dicho que le vieron de pié, con la cabeza baja, sobre las peñas de la playa.

— ¡La Vírgen de Iziar nos valga! gritó Juana asaltada de una horrible sospecha. ¿Se separó de tí enfadado?

— Sí, señora.

— ¡ Ah, corazon de piedra !

El perro volvió á aullar lúgubremente.

— Corre á Illumbe, añadió la echeco-andria cada vez más aterrorizada, busca allí quien te acompañe con una aja (1) y ve llamándole hasta la playa.

— ¿Qué sospecha usted, madre? dijo Marichu llorando.

— Sospecho una gran desgracia, pues tu hermano solia decir que no podia con el peso de la vida.

— ¡Jesus! exclamó Marichu con horror y corrió como loca hácia Illumbe, y tan loca y desatentada iba, que en lugar de detenerse á pedir luz y compañía, siguió por el valle abajo gritando con desesperacion : ¡ Sátur!!..... ¡ Sátur!!..... ¡ Sátur !!

Pero Sátur no respondia : sólo respondian los aullidos de Eistaria y el eco que repetia gritos y aullidos allá en el mar y en la montaña.

Al fin Marichu llegó á la playa y guardó silencio un instante como esperando que Sátur le contestase; pero sólo oyó el rugido de las olas.

A pesar de que la noche era oscura como el ala del cuervo, en la playa reinaba una ténue claridad pro-

(1) Este nombre se da en castellano en Vizcaya á una rama gruesa de roble que se pica y *aja* longitudinalmente con el hacha, se ata con mimbres y se seca en el horno para servirse de ella, encendiéndola como una tea. En vascuence se llama *zuciá*.

ducida por la blanca espuma de las olas, y á beneficio de aquella claridad creyó Marichu distinguir un bulto como de una persona que estaba de pié dentro del agua.

— ¡ Sátur!! gritó creyendo que aquel bulto era Sátur, que no teniendo valor para avanzar al abismo, esperaba que llegase á él una ola y le arrastrase. Este modo de discurrir era algo torcido; pero Marichu, en su alucinacion, no acertaba á discurrir más derechamente.

— ¡ Sátur!! continuaba la pobre muchacha, sal de ahí, sálvate, que necesito tu salvacion para que me perdones y no muramos de pena madre y yo!

Pero Sátur no respondia ni daba un paso hácia fuera, y las olas cada vez rugian más furiosas, y cada vez rompian más cerca del bulto inmóvil.

Entónces Marichu, impaciente y desesperada, se lanzó al agua, resuelta á abrazarse á Sátur y arrastrarle fuera ó morir entre las olas abrazada á él.

Avanzó, avanzó luchando con la marejada y la profundidad del agua en que casi se sepultaba por completo, y al fin llegó al bulto inmóvil y se abrazó á él loca, delirante, frenética, gritando sin cesar:

— ¡ Sátur! ¡ hermano de mi alma!

Pero el bulto que Marichu abrazaba era esa roca á manera de ilso grande (1) que ve usted ántes de

(1) Aquí se da el nombre de ilsos á los mojones terminales. La roca que se eleva en la playa de Saturraran es de forma piramidal.

llegar á donde forman cordon y se rompen las olas.

¡Tan trastornado estaba el juicio de la desdichada Marichu, que Marichu no conocia que abrazaba á una piedra y no á un hombre!

¡La maldicion de su madre se habia cumplido!

Algunos vecinos del valle que la habian oido gritar, habian corrido tras ella alumbrados con ajas, y oyéndola gritar aún, y viéndola abrazada á la roca, se arrojaron al agua y la arrancaron de allí con mucho trabajo, pues hasta que perdió completamente el sentido no pudieron separar sus brazos de la roca.

Lleváronla al molino, y á la mañana siguiente recobró el conocimiento. Su primera palabra fué preguntar por Sátur. Contestáronle que Sátur estaba sano y salvo, y entónces, animándose un poco, refirió lo que le habia pasado en la playa; pero no tardó en volver á perder el conocimiento, y algunas horas despues espiró sin recobrarle.

Sátur no habia parecido; pero á la caida de la tarde oyóse al perro aullar sobre esa roca donde está usted sentado, y acudiendo á averiguar la causa de sus tristes aullidos, se encontró el cadáver del pobre muchacho al pié de la roca.

Desde entónces empezó á llamarse á esta playa, playa de Sátur Arana, en memoria del desventurado y culpable jóven que buscó la muerte en ella; y por último, andando el tiempo, vino á llamarse como hoy se llama: playa de Saturraran.»

Así terminó la bañera la trágica historia de Marichu-ederra y Sátur Arana, y como siempre que me hablan de hijos que mueren, pienso en los padres que les sobreviven, compadeciendo más á los que quedan que á los que se van.

—¿Qué fué, le pregunté, de la echeco-andria?

—La echeco-andria, me contestó, lloró por sus hijos miéntras tuvo ojos para llorar; pero lloró aún más por haber pedido á Dios que su hija encontrase un novio de piedra.

FIN DE LOS CUENTOS CAMPESINOS.

APÉNDICE.

En la segunda edicion de este libro, hecha en 1862, dije:

«Agotada en poco más de un año la primera edicion de los CUENTOS CAMPESINOS, que fué de 6,000 ejemplares, reproducidos los cuentos en casi todos los periódicos de provincia, traducidos algunos de ellos á los idiomas extranjeros, y juzgados todos con una benevolencia que yo no esperaba al darlos á luz, tanto por la prensa española como por la extranjera, era deber mio mejorar notablemente el libro en esta nueva edicion, y así lo he hecho. De los nueve cuentos que contiene, cuatro son nuevos, y alguno más he de añadir cuando haga la tercera edicion, que será dentro de muy poco tiempo, á juzgar por el favor que el público dispensa á mis libros, no por su mérito literario, sino por la sinceridad con que están escritos.

»Quizá sean inoportunas estas líneas; pero una vez entrado en la senda de las inoportunidades, no se abandona tan pronto, y prueba de ello es lo que voy á añadir.

»Más de una vez me he permitido interrumpir el relato con el recuerdo de mi hija, de mi inocente y hermosa Ascension, que dormia tranquilamente á mi lado, ó me interrumpia con sus juegos y sus caricias, miéntras yo escribia estos cuentos; pero ¿qué confitero, cuando hace dulces para venderlos al público, no regala el más sabroso á sus hijos, que juegan y travesean á su lado?

»Demasiado sé que con frecuencia me aparto de las reglas del arte, y esto debe consistir en dos cosas: en mi empirismo literario, y en que nunca me ha ocurrido la idea de que mis escritos puedan proporcionarme un asiento en la Académia.

»Sin tener nada de excéntrico, ni pretender que mi particular criterio valga más que el colectivo de la sociedad, he adquirido ciertos hábitos de inocente independencia, de que no me es dado prescindir, lo mismo en el cultivo de la literatura que en la vida privada.

»Hace pocos dias asistí á la fiesta patronal de Coveña, y por mis propias manos senté á mi niña, al salir la procesion, en las andas del santo Cristo del Amparo, en aquellas mismas andas donde Juan Cachaza colocó á la suya. Yo no digo que esto no sea una contravencion de las reglas sociales, que imponen cierta gravedad á los hombres que gastan corbatin y levita; pero es una contravencion inocente, que de seguro me perdonarán las gentes de corazon, cuyo voto es el que verdaderamente me complace.

»Tampoco diré que el colocar como coloco á mi niña, y áun á su madre y á su padre en otras andas que tienen la forma de libro, no sea una contravencion de las reglas literarias, que gritan al autor: «Estése usted entre bastidores, y no salga usted al tablado, que quita la ilusion al público»; pero los que me perdonaron la contravencion á las reglas sociales, me perdonarán tambien la contravencion á las reglas literarias, y aquí me tienen ustedes pecador en los CUENTOS DE COLOR DE ROSA, y pecador reincidente en los CUENTOS CAMPESINOS.

»Los escritores que, como yo, tienen la cabeza muy chica y el corazon muy grande, y no dan *palotada* cuando no tienen los nervios estallando, y los ojos húmedos y el corazon agitado, necesitan evocar el recuerdo de lo que más aman ó más lloran, á fin de *producir* la emocion, que es la fuente de sus inspiraciones. La torre de la iglesia de mi aldea, que es altísima y hermosa, conserva los agujeros en que al edifi-

carla se iban fijando los andamios; pero nadie censura por eso al arquitecto, porque ¿qué importa aquella imperfeccion, si á ella se debe el que la torre sea tan alta y tan sólida y tan hermosa? Con esto no quiero decir que mis cuentos sean altos y sólidos y hermosos.

»Ya que sin querer he hablado de Coveña, voy á hablar otro poco queriendo.

»La villa de Coveña, hoy reducida á un centenar de vecinos, en su mayor parte acomodados, fué en lo antiguo poblacion importante. Sus moradores dicen, no sé si apoyados en la tradicion ó en algun rinconcito de la historia, que existia ya en tiempo de la dominacion romana, y de ella salieron varios jefes de legion, y despues ha sido cuna de tres obispos y arzobispos y de otros hombres notables.

»Sábese que el condestable D. Álvaro de Luna tenia el señorío de Coveña, y que despues de la trágica muerte de aquel desgraciado valido de D. Juan II, fué arrasada una soberbia fortaleza que coronaba el cerro que domina por el Norte á la villa. Este cerro se denomina aún del Castillo, y unos montículos pedregosos que hay en su plataforma debieron formarse con los escombros de la fortaleza, cuyos sillares se dice fueron empleados por Herrera en la construccion de la magnífica iglesia parroquial de la villa.

»Asegúrase que Coveña llegó á contar ocho mil habitantes, é indudablemente se extendió la poblacion por todo el valle que hoy cultivan sus laboriosos moradores, pues á larguísima distancia se descubren vestigios de edificios y hasta empedrados de calle.

»Habia en Coveña dos mercados semanales, que se celebraban en una plaza que hoy se conoce por el Prado del Mercado, y se halla en las afueras de la villa. Todavía se descubren las ruinas de un convento de monjas y otro de frailes, y á más de un kilómetro de la actual poblacion hay una heredad, que lleva el nombre de Rica-Posada, porque allí existió una de las principales posadas que contaba Coveña para gua-

recer á los muchos forasteros que acudian á su gran mercado.

»Pero todas estas memorias de antigua grandeza, de que hablan con tristeza y dolor los coveñeses, no constituyen para éstos gloria tan grande como la de ser Coveña patria de santa María de la Cabeza, esposa del santo labrador Isidro. Al oriente de Coveña hay unas heredades que llevan el nombre general de barrio de Guadalajara, y en ellas un sitio que lleva el particular de los Vallejuelos. Es tradicion constante que en los Vallejuelos existió la casa solariega de los Cabezas, y allí nació la bienaventurada María, que más tarde habia de atravesar el cercano Jarama, sirviéndole su mantilla de barca.

»Jerónimo Quintana viene en apoyo de la tradicion coveñesa en sus *Grandezas de Madrid*, y no faltan Nobiliarios que designen á Coveña por patria de la Santa.

»Cuando me contaban en Coveña todas estas cosas, una buena mujer que estaba presente exclamó:

»—¡Ay! dentro de algun tiempo se irá olvidando todo eso, porque se irán muriendo las pocas personas que lo saben, y la pobre Coveña ni siquiera conservará el recuerdo de lo que fué!

»—Señora, le dije, tranquilícese usted, que todo eso se consignará en un libro, que, por poco que viva, ha de vivir más que la generacion actual, pues uno de sus ejemplares vendrá á parar al archivo municipal de Coveña.

»El libro á que yo aludia es éste.

»El amor á la patria, el amor al pueblo en que se ha nacido, me ha parecido siempre tan noble y tan santo casi como el amor á la familia. No sé qué semejanza encuentro entre el anciano que evoca la historia de su aldea y el anciano que evoca la historia de su familia.

»En la provincia de Guadalajara hay un despoblado que se llama Alcolea, y se cuenta que allí ha existido un gran pueblo y allí tuvo su palacio y su ordinaria morada uno de los reyes moros que dominaron las Alcarrias.

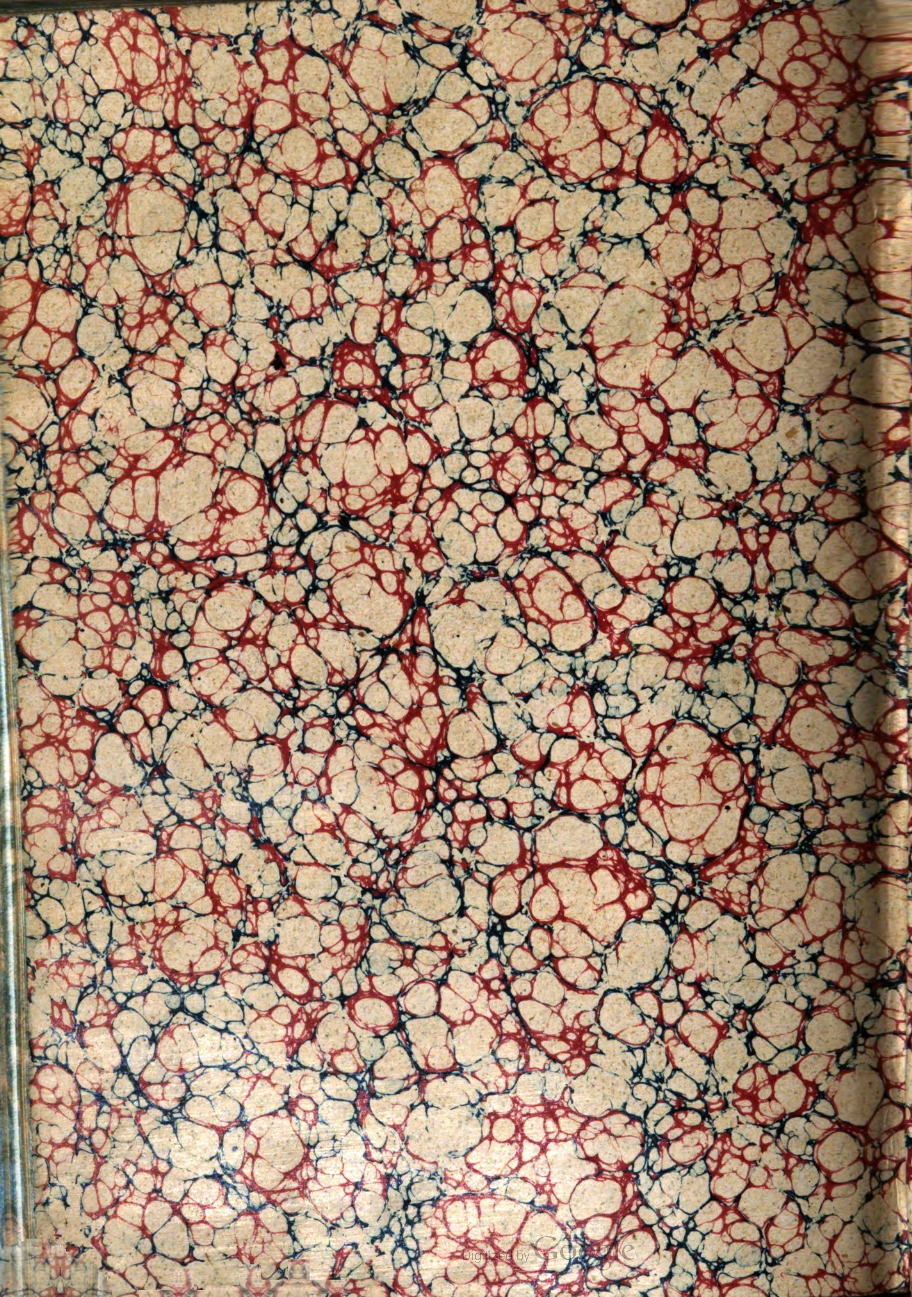
»Alcolea ha dejado hace pocos años de ser municipio. No puedo recordar sin viva emocion el patriotismo de su último morador, que era conocido por Paco Verde. Paco Verde juró morir en el pueblo donde habia nacido, y lo ha cumplido fielmente. Sus convecinos se habian alejado, ruinas y desolacion le rodeaban, los malhechores asaltaban su casa y sus heredades, no tenía autoridad local que le amparase, no gozaba ninguna de las ventajas que gozan los que viven en poblado, y sin embargo, pasaba tristemente la vida entre aquel monton de ruinas, sin que los esfuerzos de parientes y amigos bastasen á arrancarle de allí. Casi en un mismo dia espiraron Alcolea y Paco Verde, porque al dia siguiente de morir el último habitante se arruinó la última casa de Alcolea!

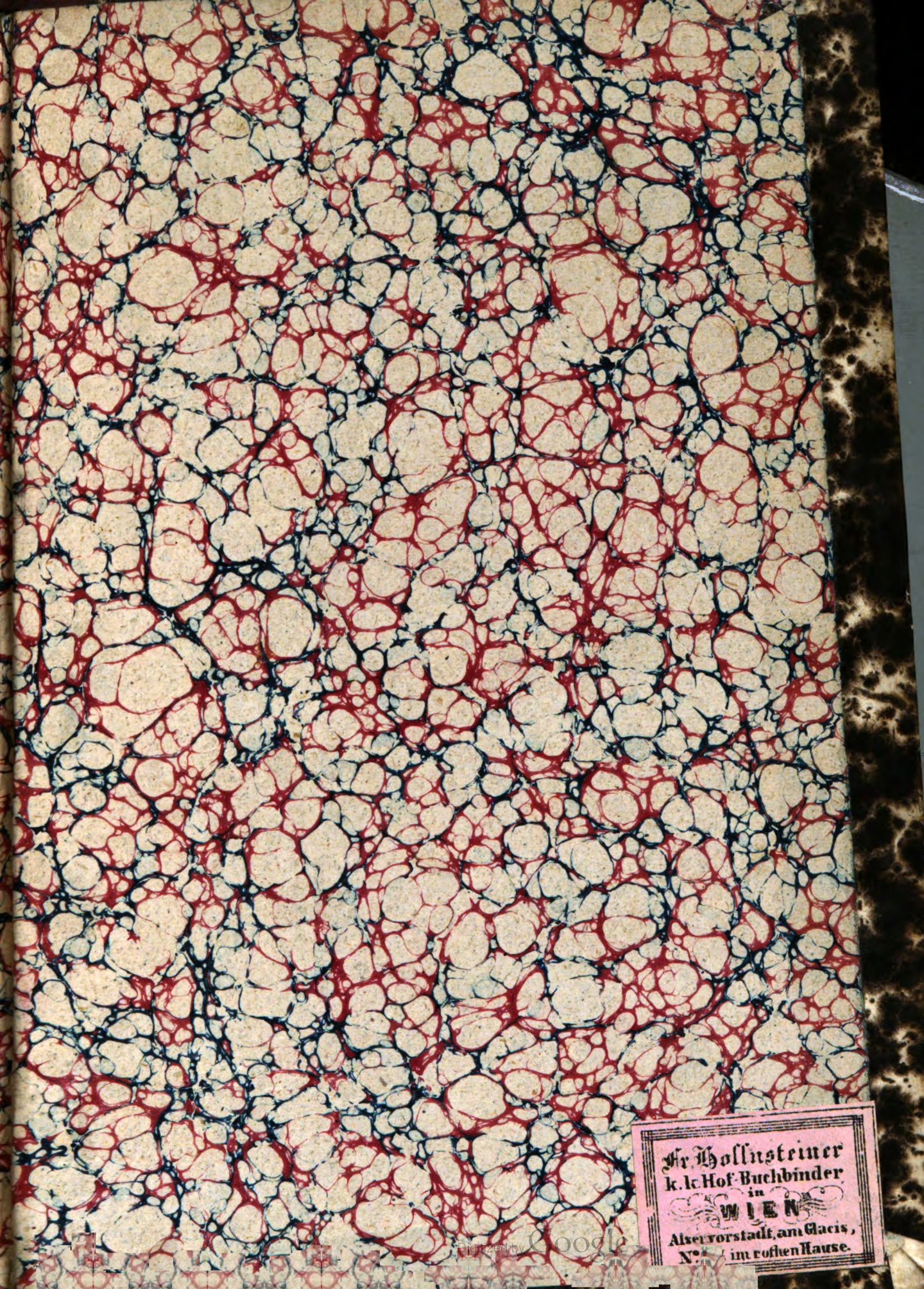
»—¿Por qué, me he preguntado varias veces, no procurará el gobierno supremo de la nacion estimular el patriotismo de los pueblos, el amor de los habitantes á la localidad en que nacen, y viven y aman y trabajan y mueren?

»Sabido es que el amor al hogar y la familia es el más fecundo manantial de patriotismo. La localidad en que se vive y el vecindario que la puebla constituyen un segundo hogar y una segunda familia. Engrandézcase, glorifíquese, embellézcase la localidad con la poesía de la historia, que es la poesía de los recuerdos, y los moradores la amarán. Para eso todos los municipios debieran tener sus anales, en que se consignáran año por año todos los sucesos importantes ó simplemente curiosos que ocurriesen en la localidad. Los cronistas debieran ser los secretarios de ayuntamiento, y al terminar el año la municipalidad debiera dar su aprobacion á la crónica correspondiente á los últimos doce meses, para depositarla en seguida en el archivo municipal. Así todos los pueblos tendrian sus anales, que, andando el tiempo, serian de una utilidad inmensa para la historia particular del pueblo y para la general de la nacion.»

Esto dije en 1862, y en 1865, al hacerse la tercera edicion de este libro, sólo tengo que añadir que he corregido todos los cuentos que contiene, y he aumentado su número con el que lleva el título de *La novia de piedra*.

ÍNDICE.




Fr. Hollnsteiner
k. k. Hof-Buchbinder
in
WIEN
Alservorstadt, am Glacis,
im rothen Hause.

